Amin Maalouf

El laberinto de los extraviados

Occidente y sus adversarios

Una guerra devastadora se declaró hace poco en Europa, la amenaza nuclear es constante, la división entre Occidente, China y Rusia cada vez es más fuerte… Estamos viviendo una época muy convulsa que afecta ya a nuestro modo de vida y que cuestiona los fundamentos de nuestra civilización. Somos conscientes de ello, pero nadie hasta ahora había analizado esta crisis con la profundidad que merece.

En *El laberinto de los extraviados* Amin Maalouf se remonta a los orígenes del nuevo enfrentamiento entre Occidente y sus adversarios, trazando el itinerario de cuatro grandes naciones: el Japón de la era Meiji, la Rusia soviética, China y Estados Unidos. Un enorme fresco histórico que arroja luz sobre los conflictos actuales, las motivaciones de sus protagonistas y las extrañas paradojas de nuestra época.

Amin Maalouf

El laberinto de los extraviados

Occidente y sus adversarios

ePub r1.0
Titivillus 11.10.2024

Título original: *Le labyrinthe des égarés: L'Occident et ses adversaires*
Amin Maalouf, 2023
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia & Amaya García, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En memoria de mi madre,
nacida en Egipto en 1921,
fallecida en Francia en 2021.

PRÓLOGO

«El pasado nunca muere.
Ni siquiera es pasado».

«The past is never dead.
It's not even past».

WILLIAM FAULKNER (1897-1962),
Réquiem por una mujer

LA HUMANIDAD PASA HOY por uno de los períodos más peligrosos de su historia. En algunos aspectos, lo que está sucediendo no tiene precedentes; pero, en otros, es una herencia directa de los conflictos anteriores que enfrentaron a Occidente con sus adversarios. Este libro trata de estos enfrentamientos del pasado remoto y cercano.

No voy a extenderme mucho en las relaciones que trajo consigo, en todas las latitudes, la expansión colonial europea, y que fueron incontables. Lo que pretendo es centrarme en un ámbito mucho más limitado como es el de los países que, en el transcurso de los dos últimos siglos, han intentado resueltamente poner en tela de juicio la supremacía global de Occidente.

Solo tomo en cuenta tres: el Japón imperial, la Rusia soviética y, por último, China.

ANTES DE TRAZAR SUS TRAYECTORIAS, tan singulares, y sin pretender anticipar el desenlace de los conflictos actuales, se impone una pregunta: ¿de verdad lo que estamos viendo en la actualidad es el declive de Occidente?

No se trata, ni mucho menos, de una pregunta nueva, sino que se lleva planteando de forma recurrente desde la Primera Guerra Mundial; las más de las veces, por cierto, de la pluma de los propios europeos. Lo cual no resulta una sorpresa, ya que las potencias del Viejo Continente han conocido, en efecto, una «pérdida de categoría» en relación con el rango que ocupaban en el mundo en tiempos de los grandes imperios coloniales.

No obstante, buena parte de la preponderancia perdida la «recuperó» esa otra potencia occidental que son los Estados Unidos de América. La magna nación de allende el Atlántico se alzó hasta el primer puesto hace más de cien años; ella fue la que se encargó de bloquear el camino a todos los enemigos de su bando; y, en el momento en que escribo estas líneas, conserva la primacía merced a su potencia militar y su capacidad científica e industrial, así como a su influencia política y mediática en el conjunto del planeta.

¿También estará ella a punto de caer de su pedestal en la actualidad? ¿Estaremos asistiendo a la pérdida de categoría de todo Occidente y a la emergencia de otras civilizaciones, de otras potencias dominantes?

En lo que a mí se refiere, a estas preguntas que, inevitablemente, seguirán persiguiendo a nuestros congéneres durante todo el presente siglo, les daré una respuesta matizada: sí, el declive es real y adquiere a veces la apariencia de una auténtica quiebra política y moral; pero todos cuantos combaten a Occidente y cuestionan su supremacía, por razones buenas o malas, se hallan en una quiebra aún más grave que la suya.

Mi convicción, en este asunto, es que ni los occidentales ni sus numerosos adversarios son hoy capaces de conducir a la humanidad fuera del laberinto en el que anda perdida.

SEMEJANTE DIAGNÓSTICO SUPONGO QUE TRANQUILIZARÍA a algunos de mis contemporáneos. Conscientes de las dificultades por las que pasan sus propias naciones, no les disgustaría pensar que las demás lo están pasando igual de mal. Pero, si nos situamos en una perspectiva más amplia, este *extravío* generalizado, este *agotamiento* del mundo, esta incapacidad de nuestras diversas civilizaciones para resolver los espinosos problemas a los que debe enfrentarse nuestro planeta, solo puede ser motivo de angustia.

Me complace creer, sin embargo, que esta aprensión que siento y que otros muchos notan bajo todos los cielos acabará por traer consigo una toma de conciencia saludable. Aunque ninguna nación, ninguna comunidad humana, ningún ámbito de civilización posea todas la virtudes ni cuente con todas las respuestas, aunque ninguna tenga ni capacidad ni derecho para ejercer su dominio sobre las demás, ni ninguna tampoco quiera que la sometan, que la rebajen ni la marginen, ¿no deberíamos volver a plantearnos en profundidad la forma en que se gobierna nuestro mundo para prepararles a las futuras generaciones un porvenir más sereno, que no esté compuesto de guerras frías o calientes ni de luchas interminables por la supremacía?

PUES ESTAMOS ERRANDO EL CAMINO si creemos que a la humanidad tiene que encabezarla obligatoriamente una potencia hegemónica y que solo quepa la esperanza de que lo haga la menos mala, la que cometa menos atropellos, aquella cuyo yugo sea menos pesado.

Ninguna merece ocupar una posición tan abrumadora, ni China, ni América, ni Rusia, ni la India, ni Inglaterra, ni Alemania, ni Francia, ni tan siquiera Europa unida. Todas, sin excepción, se volverían arrogantes, depredadoras, tiránicas, odiosas, si se hallasen en una situación de omnipotencia, por más que fuesen portadoras de los más nobles principios.

Tal es la gran enseñanza que nos prodiga la Historia y hay en ella quizá, por encima de las tragedias de ayer y de hoy, el esbozo de una solución.

I

Las chispas japonesas

«Se abandonarán los malos hábitos del pasado y todo se basará en adelante en las justas leyes de la naturaleza. Se buscará el saber por el mundo entero…»

Juramento del emperador Meiji,
6 de abril de 1868

1

EN LOS ÚLTIMOS DÍAS de mayo de 1905 se propagó una noticia inaudita que procedía de Extremo Oriente: la flota imperial rusa, que había zarpado con gran pompa del Báltico siete meses antes con el propósito de castigar a los japoneses, había quedado, al parecer, reducida a la nada; por lo visto, más de cinco mil hombres habían perecido en el mar y otros seis mil habían caído prisioneros, entre ellos el vicealmirante Rozhéstvenski; a este, herido en la cabeza, debían de estar atendiéndolo en ese momento en un hospital de la isla de Kyushu, a donde su adversario, el almirante Tōgō Heihachirō, artífice de la victoria, parece ser que fue a hacerle una visita de cortesía y a interesarse por su salud.

La incredulidad y la estupefacción cundieron por todo el mundo. ¡Hacía tanto que las potencias europeas ponían en práctica con rigor y eficacia la política de la fuerza, la llamada «diplomacia de cañonero»! Cuando un sátrapa de ultramar, ya fuese el dey de Argel, el nabab de Bengala, el sultán de Zanzíbar o incluso el emperador de China, se mostraba recalcitrante, falto de docilidad o insolente, se enviaban unos cuantos barcos para que depusiera su mala actitud.

Y de pronto, allí, en el estrecho de Tsushima, a los cañoneros del zar los mandaron irrespetuosamente al fondo marino. Del conjunto de buques de la flota, que eran alrededor de treinta, solo tres pudieron llegar a Vladivostok.

A quienes seguían de cerca los acontecimientos del año transcurrido no debería haberlos pillado por sorpresa. Desde el principio del conflicto, en febrero de 1904, los rusos daban señales de debilidad tanto en tierra como en el mar. En las cancillerías se rumoreaba que el imperio de los zares, aun siendo inmenso, no dejaba de estar, cuando menos, igual de enfermo que el de los sultanes otomanos. Pero pocos se esperaban semejante derrota.

Tanto en Londres y Berlín como en París o Viena, los periódicos subrayaban que, por primera vez, un «pueblo de color» había puesto en jaque a una gran potencia europea y alertaban a sus lectores

contra «el peligro amarillo». En los Estados Unidos, una de las pocas personas en alegrarse del acontecimiento resultó ser, cómo no, el profesor universitario negro W. E. B. Du Bois, que se mostró agradecido a los japoneses por haber roto con «la estúpida magia moderna de la palabra "blanco"».

HACÍA CASI MEDIO MILENIO QUE el «hombre blanco» había asentado su preeminencia en el mundo. Si fuese menester atribuirle un siglo a tal «encumbramiento», ese sería el siglo XV.

El *Quattrocento*, como lo llaman los italianos, había comenzado, no obstante, bajo otros auspicios. A partir de 1405 había llevado a cabo varias expediciones marítimas una gigantesca flota china que llegó a contar con una tripulación de veintiocho mil hombres y más de doscientas naves, entre ellas alrededor de sesenta juncos inmensos que transportaban tanto a la ida como a la vuelta tesoros fabulosos. Se hallaba al mando de un personaje fuera de lo común, el almirante Zheng He. Nacido en una familia de altos funcionarios chinos de religión musulmana, su cometido era explorar todas las zonas costeras que iban desde las islas de La Sonda hasta el Cuerno de África, pasando por las Indias, Persia y la Península Arábiga, para describirlas y realizar mapas, para establecer con ellas relaciones de intercambio, para demostrar, mediante la munificencia de la flota, la del soberano que la había armado, y también, siempre que pareciese factible, para obtener de los vasallos del Imperio del Centro los tributos que dejasen constancia de ese vasallaje.

Zheng He podría haber pasado a la Historia como el primero de un linaje de exploradores chinos, pero su séptimo viaje iba a ser el último. La llegada de un nuevo emperador en 1424 cambió la situación y quebró el envite. Se decretó que las expediciones habían sido onerosas y superfluas. Se descuidó la flota, que empezó a deteriorarse. Se ordenó luego su destrucción, so pena de severos castigos para cualquiera que intentase volverla a forjar.

China se encerró entonces en sí misma, infligiéndose un prolongado estancamiento del que iba a tardar siglos en desarraigarse.

EN ESA MISMA ÉPOCA, PERO en el otro extremo del mundo, se iniciaba el movimiento inverso. Un príncipe europeo, Enrique de Portugal, apodado el Navegante, aunque había navegado muy poco, decidió

financiar y apadrinar una serie de expediciones por las costas que iban hacia el África negra. Empezaron con el descubrimiento de las Azores en 1457, continuaron hacia el golfo de Guinea, por donde los europeos no se habían aventurado nunca, y luego hacia el cabo de Buena Esperanza.

En las décadas siguientes surcaron todos los océanos capitanes, aventureros, negociantes, botánicos y misioneros procedentes de Génova, Venecia, Oporto, Bristol, Ámsterdam o Saint-Malo. Una extensa empresa de exploración, colonización, explotación y conquista que iba a convertir a Europa occidental durante siglos en el centro político, económico e intelectual del planeta.

La iniciativa del infante don Enrique no era solo fruto de su pasión personal por explorar la Tierra, sus poblaciones y sus riquezas. Se incluía en un amplio movimiento de despertar cultural y de florecimiento que merece con creces el nombre que se le ha dado en la Historia: el Renacimiento. Con él, el Occidente cristiano empezó a salir del largo túnel que supuso para él la Edad Media, un milenio entero que inauguraron las invasiones bárbaras y que concluyó con la peste negra y la guerra de los Cien Años.

Aunque se conciba como un regreso a la época gloriosa de la Grecia y la Roma antiguas, el Renacimiento iba a ser muchísimo más. Una civilización eminentemente nueva iba a nacer y en cien ámbitos al mismo tiempo, desde las prácticas comerciales hasta las técnicas artísticas, sin olvidar la imprenta, un invento chino que recogió y desarrolló Gutenberg a partir de 1440.

Original y audaz, la civilización europea nacida del Renacimiento iba a llevar a cabo lo que ninguna otra había podido hacer antes que ella: conquistar, tanto en sentido propio como figurado, el planeta entero, con los métodos más refinados y también los más brutales.

2

DURANTE LOS CUATRO SIGLOS posteriores, desde el XVI hasta el XIX, la supremacía de Occidente no dejó de extenderse y consolidarse. En el conjunto del planeta y en todos los ámbitos.

Al principio, los otomanos albergaban aún la esperanza, a rebufo de su conquista de Constantinopla en 1453, de ampliar sus fronteras hasta Budapest y hasta las puertas de Viena. Pero ese envite se quebró tanto en tierra como en mar. Y, aunque su imperio no se transformó en el acto en ese «hombre enfermo» que acabaría siendo, nunca más volvió a tener capacidad para imponerse.

De hecho, durante mucho tiempo, en ninguna parte del mundo emergería de nuevo ninguna potencia capaz de poner en tela de juicio la preeminencia de Europa. Sí que hubo, bien es cierto, aquí y allá dinastías gloriosas, como los mogoles en la India, quienes construyeron el Taj Mahal, o los safávidas de Persia, artífices del esplendor de Isfahán. Pero solo los europeos albergaban aún ambiciones planetarias, solo ellos fraguaban dominios allende los océanos y los mares.

Los primeros imperios que abarcaron varios continentes fueron los de España y Portugal, que se repartieron la mayor parte del Nuevo Mundo; no tardaron en unirse a ellos Inglaterra, Francia y los Países Bajos; y, mucho más tarde, en el siglo XIX, tres estados recién constituidos que aspiraban a su pedazo del «pastel» colonial: Bélgica, Alemania e Italia. Por su parte, los rusos habían iniciado la empresa de conquistar, con sucesivos avances territoriales, un gigantesco imperio asiático que iba desde las estribaciones de los Urales hasta las orillas del mar de Japón, donde fundaron Vladivostok en una península que les cedió China.

Allí donde a los europeos les pareció ventajoso, sobre todo en las Américas, así como en Australia, fundaron colonias para asentar pobladores que, en ocasiones, se mezclaban con las poblaciones locales, aunque las más de las veces las desposeían de sus tierras, expulsándolas o matándolas. A otros lugares se limitaron a enviar a soldados y administradores. Generaciones de escolares estudiaron

en libros de texto en los que, en los mapas del mundo, se veían amplias zonas de color rosa, azul, morado, amarillo o verde, que correspondían a los diferentes imperios coloniales europeos. Y aquel no era más que un aspecto de la realidad. Muchos países, sin que los pintasen de esos colores, estaban sometidos a «capitulaciones», a «tratados desiguales» o a protectorados forzosos.

SI ESA EXPANSIÓN GEOGRÁFICA PUDO seguir y perpetuarse fue porque la acompañaba un formidable auge material y moral que iba a transformar en profundidad a las naciones afectadas.

A partir del siglo XVIII, Europa occidental entró en la era de la Revolución Industrial, que comenzó en Inglaterra antes de llegar al continente y fue, innegablemente, uno de los giros más decisivos de toda la aventura humana. Con ella se puso en marcha un florecimiento vertiginoso de las ciencias, las técnicas y las ideas que ya no iba a encallar nunca y engendraría la civilización más avanzada, más dinámica y más ambiciosa de la Historia. Una civilización prometeica cuyos herederos y cuyas hechuras seguimos siendo todos aún hoy, sean cuales sean nuestras filiaciones y nuestras creencias.

Al tratarse de un movimiento tan amplio y tan complejo resultaría fastidioso engolfarse en un estudio detallado de sus orígenes, de sus etapas o de sus consecuencias. Me limitaré, pues, a recordar aquí lo que es evidente, a saber, que la Revolución Industrial, al tiempo que garantizaba a los occidentales su preponderancia económica y su superioridad militar, trastornó a fondo sus sociedades; una metamorfosis que fue a menudo traumática, pero que acabó por dejar asentada su supremacía intelectual y moral en el mundo entero.

Cuajaron ideas nuevas, referidas a los ciudadanos y sus derechos, a los gobernantes y sus deberes, al lugar de la religión y sus límites. Acontecieron magnos alzamientos, en especial la Revolución Gloriosa inglesa en 1688, la Guerra de la Independencia americana en 1776 y la Revolución francesa en 1789, que iban a traer a los pueblos afectados una nueva confianza y a identificar a Occidente, a ojos del mundo entero, con las nociones de modernidad, libertad y progreso.

En adelante este iba a dominar por la fuerza del saber y del pensamiento tanto como por la fuerza de las armas. A las demás

ramas de la humanidad, incluso a las naciones más poderosas, incluso a las que habían edificado en el pasado grandes civilizaciones y poderosos imperios, no les iba a quedar más remedio que reconocer su preeminencia. El planeta no iba a vivir ya más que al ritmo de los occidentales, de sus inventos, de sus rivalidades, de sus utopías, de sus revoluciones, de sus guerras tanto como de sus tratados de paz. Solo ellos iban a interpretar aún auténticos papeles en el escenario del mundo; los demás no iban a ser ya más que comparsas, supletorios, figurantes a la vez pasmados, maravillados, doloridos, frustrados e impotentes, que se doblegaban de mala gana a la voluntad de los vencedores al tiempo que soñaban con tomarse la revancha y sembrar el desorden.

Tal era el estado del mundo al despuntar el siglo XX y cabía creer que iba a seguir así por mucho tiempo, quizá para siempre. Pero la batalla de Tsushima puso en entredicho este *statu quo*.

EN LOS PAÍSES DE ORIENTE el regocijo era general. «La victoria del Japón ha mermado el sentimiento de inferioridad que padecía la mayoría entre nosotros —escribió más adelante Jawaharlal Nehru, el futuro primer ministro de la India—. Puesto que se había vencido a una gran potencia europea, eso quería decir que Asia aún podía vencer a Europa como lo había hecho en el pasado».

El doctor Sun Yat-sen, que iba a convertirse en primer ministro de la República china, dijo prácticamente lo mismo: «Vimos la derrota de Rusia por Japón como la derrota de Occidente por Oriente. La victoria de los japoneses era nuestra victoria». Y uno de los grandes nombres de la literatura árabe contemporánea, el iraquí Maruf al-Rusafi, dedicó un largo poema a la batalla de Tsushima que describía los paisajes, refería las peripecias del enfrentamiento y se maravillaba de la habilidad táctica del almirante japonés: «Togo dispuso su flota muy cerca de la flota enemiga. Igual que puede una prenda de ropa adherirse a la piel de quien la lleva puesta». Antes de concluir con una lección ética y política: «La persona valerosa que convierte la Razón en su arma merece prevalecer. El soberano que encomienda cada misión a quien sabe llevarla a cabo merece gobernar».

Para esos hombres, igual que para todos sus compatriotas, el acontecimiento adquiría un significado concreto. Cuánto tiempo llevaban los pueblos maltratados por la Historia preguntándose con

angustia cómo recuperar el atraso, cómo acabar con el menosprecio y la humillación. Y ahora sabían la respuesta: emprender a toda costa una modernización masiva e integral. Sí, podían salir del callejón sin salida histórico en el que se hallaban, pero solo si se mostraban audaces, determinados y voluntaristas.

¿No era acaso esa mentalidad la que había conducido a los japoneses por el camino que había hecho posible su deslumbrante victoria sobre los rusos?

3

TODO HABÍA EMPEZADO EN julio de 1853, cuando un oficial de marina estadounidense, el comodoro Matthew Perry, se había presentado ante las costas del Archipiélago solicitando que lo recibiesen las autoridades más altas, a quienes deseaba entregar una carta oficial del presidente de los Estados Unidos a su «gran y buen amigo» el emperador de Japón.

Nada más llegar, el visitante se mostró poco respetuoso con las normas que establecían sus anfitriones. En principio, todo navío que quisiera atracar debía pedir permiso y esperar en alta mar a que se le autorizara a pasar; y debía ir obligatoriamente a Nagasaki, el único puerto previsto para recibir a los forasteros. Pero Perry había resuelto ir de preferencia a Edo, la sede del poder efectivo.

La carta, que firmaba el presidente Millard Fillmore, era cortés y atenta al tiempo que formulaba peticiones concretas. «Sabemos que las antiguas leyes de Su Majestad Imperial no permiten el comercio exterior con los chinos y los holandeses; pero, según va cambiando el estado del mundo y van apareciendo países nuevos, parece sensato, de vez en cuando, hacer nuevas leyes». Los Estados Unidos forman parte de esos recién llegados a la escena mundial, decía la carta, y merecen que se los tome en consideración. «Nuestro territorio se extiende de un océano a otro, nuestro gran estado de California se halla exactamente enfrente de vuestros dominios, nuestros barcos de vapor pueden llevar a cabo la travesía en dieciocho días». Tendría grandes ventajas para ambas naciones establecer entre sí relaciones comerciales basadas en el mutuo respeto e intercambiar sus mercancías.

LA MISIVA IBA COLOCADA CON solemnidad en una caja de madera de palisandro con adornos de oro. Y la acompañaba un «regalo». Un rectángulo de tela blanca que el visitante desplegó ante la mirada de sus perplejos anfitriones, explicándoles que su presidente esperaba vehementemente que el emperador respondiera de forma positiva a sus peticiones; pero que si, por desgracia, la respuesta era negativa, habría una guerra. «Y en tal caso —añadió el comodoro

Perry— necesitaréis esto para capitular».

Pese a lo que cabría esperar de semejante arrogancia, Matthew Perry no daba el tipo de hombre de poco juicio. Este oficial superior que rondaba los sesenta años, conocido en la marina por sus prendas de organizador, no había actuado con ánimo de provocar, sino en virtud de una evaluación exacta de lo que estaba en juego y de los riesgos. Antes de emprender aquel viaje, había examinado cuidadosamente cuanto había encontrado acerca de Japón, sus leyes, su historia, sus riquezas, sus dirigentes. Y había llegado a la conclusión de que de nada serviría mostrarse dócil y reverente; para darse a respetar tenía que aparentar una absoluta confianza en sí mismo, como si no tuviese nada que temer y sus anfitriones tuvieran que temerse cualquier cosa si se les ocurría llevarle la contraria.

Era un enfoque cuando menos arriesgado y habría podido concluir de forma lamentable. Pero resultó ser pasmosamente eficaz. Las autoridades japonesas, a quienes impresionaron el personaje, sus barcos negros y su bandera blanca, no se resolvieron a castigarlo por su descaro. Seguramente tenían aún *in mente* la humillación que habían infligido a China los británicos durante la Guerra del Opio, unos cuantos años antes. El caso es que prefirieron dar largas a los norteamericanos en lugar de proporcionarles un pretexto para atacar. Se limitaron, pues, a pedirle a Perry que se marchase y este accedió, no sin haber prometido que regresaría al año siguiente para oír la respuesta de sus anfitriones. Cosa que hizo. Y se firmó entonces un acuerdo que autorizaba el comercio entre ambas naciones y terminaba así con el aislamiento secular del Archipiélago.

Esta apertura forzada, fruto de la intervención temeraria de un oficial de marina y que consintieron sin entusiasmo alguno las autoridades, inauguró un prolongado período de giros drásticos que iba a tener consecuencias de primer orden para Japón, para los Estados Unidos y también para el resto del planeta.

EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS Unidos se veía en la obligación de dirigir su carta oficial al emperador, pero había pocas probabilidades de que este la leyera o incluso de que a alguien se le ocurriese enseñársela. Hacía varios siglos que los soberanos nipones habían dejado de gobernar. Había incluso dos capitales: en Kioto

residía el emperador, rodeado de poetas, calígrafos, músicos y también de espías que se aseguraban de que no se metiera en los asuntos de Estado, ya fuesen exteriores o internos, militares o civiles; estos correspondían todos ellos al sogún, el «comandante en jefe», que era el dueño auténtico del país y residía en Edo.

El poder de los sogunes prevalecía desde el siglo XII, y desde hacía doscientos cincuenta años se iba transmitiendo dentro del mismo clan, el de los Tokugawa. Habían proporcionado al país gran estabilidad y también, durante una temporada, relativa prosperidad. Pero, en la época en que llegó el escuadrón del comodoro Perry, el sistema estaba en crisis. Aunque la población tuviera pocos contactos con el extranjero, parte de la elite conseguía estar al tanto de lo que sucedía en el resto del mundo. China y Corea estaban cerca, geográfica y culturalmente, por lo que resultaba inevitable que las noticias circulasen ente estos países y el archipiélago nipón.

Estaban también los mercaderes neerlandeses afincados en Nagasaki; cierto es que solían comportarse con discreción para que no peligrasen los privilegios que se les habían concedido, pero acontecía a veces que hablaban con los lugareños, que estaban al acecho de cualquier retazo de información que sus dirigentes les ocultaban; gracias a ellos, por ejemplo, a la población le habían llegado noticias de la Revolución francesa, pero con unos cuantos años de retraso y en una versión no poco expurgada.

¿DURANTE CUÁNTO TIEMPO PODRÍAN SEGUIR impidiendo los sogunes que los rumores del mundo les llegasen a sus súbditos? ¿Durante cuánto tiempo iban a poder mantener una jerarquía social en la que los samuráis estaban en el punto más alto y los comerciantes en el ínfimo?

Cuando llegó el «visitante» norteamericano estas preguntas ya se estaban formulando y probablemente por eso las autoridades habían reaccionado de forma tan prudente. Pero, en vez de sosegar el debate, esta circunspección lo enconó más. Los más audaces decían que no bastaba con entornar tímidamente la puerta y que habría que ir mucho más allá; a los más medrosos les parecía, a la inversa, que ya se estaban corriendo demasiados riesgos y que, si el país empezaba a abrirse a los vientos del mundo, se desencadenaría una tempestad que ya nadie podría aplacar y que se lo llevaría todo por delante.

Un gran desasosiego se propagaba por todas las clases sociales, acompañado de recriminaciones, así como de violencia. Bandas armadas de saqueadores fanáticos y xenófobos empezaron a infestar las ciudades y el campo. Tras unos cuantos años de inestabilidad larvada, el país acabó inmerso en una mortífera guerra civil que condujo a la caída del sogunato y a la instauración, en 1868, de un régimen completamente nuevo, presentado como una «restauración» del poder imperial y cuya figura emblemática era un joven soberano de quince años: Mutsuhito.

Adoptó para caracterizar su reinado la apelación Meiji, «el Gobierno ilustrado». Y dejó Kioto para afincarse en Edo, rebautizada como Tokio, «la capital del Este», donde tomó posesión del castillo de los sogunes, convertido en el palacio imperial.

4

EN DOS OCASIONES, EL Japón moderno nacido de «la Restauración Meiji» iba a ser fuente de inspiración para buena parte de la humanidad y, sobre todo, para las grandes naciones de Oriente: la primera, por sus hazañas bélicas; la segunda, por sus hazañas económicas. Este destino es tanto más singular cuanto que el Archipiélago iba a pasar, entre esos dos notables períodos, por un derrumbamiento político y moral de la amplitud de un cataclismo, siendo el único en la historia mundial en haber recibido el castigo de un bombardeo nuclear.

La nueva era la había inaugurado un «Juramento en cinco puntos» con el que el joven emperador se comprometía a instaurar una Constitución y a crear «asambleas deliberativas» para que «todas las decisiones se tomasen tras un debate abierto». En adelante, prometió, «toda la gente de a pie tendrá autorización para seguir su camino profesional, fuere cual fuere, como les sucede ya a los funcionarios civiles y militares», «se abolirán los malos hábitos del pasado» y «se buscará el saber por el mundo entero para consolidar las bases de la autoridad imperial».

La mayoría de los japoneses entendía este último punto en su sentido más tangible, el del poderío militar. ¿No era de sentido común que el país debía salir cuanto antes del estado de debilitamiento que había permitido que los extranjeros, simbolizados en los «barcos negros» del comodoro Perry, lo humillaran y le impusieran su ley? Era obvio que se trataba de una prioridad absoluta. Pero los reformadores resueltos que pilotaban el cambio sabían también que, para poder dotarse de fuerzas armadas modernas y para mantenerlas en buen estado, era preciso que el país fuese próspero y se industrializase; que pudiese fabricar sus propias armas en vez de comprárselas a los demás; que tuviera, pues, medios económicos para producirlas, así como capacidad técnica.

Y la lógica de la modernización debía llegar más allá, mucho más allá aún. Había que edificar una sociedad japonesa capaz de

producir ingenieros, técnicos, científicos, industriales, banqueros, gestores. Y también docentes, investigadores, periodistas, fotógrafos, juristas, sociólogos, filósofos, etc.

Con el empeño de recuperar el tiempo perdido, el nuevo régimen envió por el mundo a numerosos emisarios, a menudo jóvenes que habían demostrado ya su inteligencia y su ansia de aprender, recomendándoles que estudiasen, con diligencia y a fondo, en diferentes ámbitos, todo cuanto sabían los occidentales y en lo que residía su superioridad. De forma paralela y sin esperar el regreso de esos «exploradores» se emprendió la construcción de las instituciones civiles y militares del nuevo Japón guiándose por los modelos que parecían más eficaces.

Para crear un servicio de correos, por ejemplo, se tomó como modelo el General Post Office británico, y para la marina imperial, la Royal Navy. Por cierto, el hombre que iba a pasar a la Historia como el destructor de la flota rusa, el almirante Togo, había pasado antes siete años viviendo y estudiando en Inglaterra: incluso había dado la vuelta al mundo como simple marinero a bordo del buque escuela *Hampshire*. Pero los promotores de la europeización no querían depender de un único país extranjero. Incluso para la marina se construyeron barcos tanto en Francia como en Inglaterra, al tiempo que se aceleraba la creación de astilleros en el Archipiélago.

Para organizar una policía moderna se adoptó igualmente el modelo francés. Y se había proyectado hacer otro tanto para el ejército de tierra. ¿Acaso Francia no había dominado a Europa alrededor de sesenta años antes, en tiempos de Napoleón I? Era su sobrino quien ejercía el poder a principios de la era Meiji y existía la esperanza de establecer con él relaciones constructivas. Pero cuando los emisarios japoneses se presentaron en Francia en otoño de 1870 y se enteraron de que Prusia había infligido una dura derrota al país y de que Napoleón III estaba prisionero, decidieron cambiar de planes e ir a Berlín.

PARA ACELERAR LA MODERNIZACIÓN Y evitar prolongados tanteos en ámbitos en los que la población del archipiélago contaba con poca experiencia se decidió fomentar la llegada de cierta cantidad de profesionales europeos, especialmente científicos, a quienes se ofrecieron condiciones de vida y laborales confortables y

estimulantes.

Uno de los testimonios más instructivos de ese período es el de Ludovic Savatier, un médico francés nacido en Oléron, quien dirigió durante varios años los servicios sanitarios de Yokosuka, el principal arsenal de la nueva marina imperial, sito en las inmediaciones de Tokio. Botánico ocasional, se escribía regularmente con uno de sus amigos parisinos para describirle sus hallazgos y referirle su vida en Japón. Al leerlo cuesta recordar que estaba hablando de un país que, hasta una fecha reciente, les estaba vedado a los extranjeros y donde a los propios autóctonos se los condenaba a veces a muerte tan solo por haber pasado una temporada en tierras de ultramar.

En más de una ocasión, Savatier contó sus propios encuentros con el emperador Meiji, quien a todas luces seguía muy de cerca cuanto ocurría en el arsenal. «Su Majestad ha pasado la última hora de la tarde visitando parte de nuestros talleres: las fraguas, la calderería, la fundición y el ajuste. Al día siguiente, a las nueve, visitas a la atarazana, al taller de confección de velas, al de poleas, al de armazones…». Se enorgullecía al contar que estaba «junto al Mikado, al fondo de la dársena» cuando su hijita, Léontine, echó a correr hacia ellos llamando a su papá. Y se maravillaba de cuanto ocurría a su alrededor: «Ya puede figurarse la transformación por la que está pasando Japón desde hace dos años —escribía a su corresponsal en diciembre de 1871—. ¡Esta gente avanza más deprisa de lo que lo hemos hecho nosotros desde hace doscientos años!». Decía estar convencido de que, pasados veinte años, «habrá más motivo de orgullo en ser japonés que europeo».

LA FASCINACIÓN DE UN MÉDICO de Charente que se hallaba entre el séquito imperial nipón se correspondía con la constante fascinación de sus anfitriones por todo cuanto llegaba de Occidente. Savatier comentaba que «solo la emperatriz y sus damas de honor llevaban el traje nacional, admirable, por cierto»; «el Mikado vestía el uniforme de general de división, menos las charreteras» y todos los hombres de su séquito iban vestidos a la europea.

Esta propensión a imitar a Europa llegó a veces demasiado lejos para el gusto de los propios japoneses. Como cuando el primer ministro Ito Hirobumi, uno de los principales artífices de la modernización, organizó en su residencia un baile de trajes donde

apareció disfrazado de noble veneciano bailando con su hija vestida de campesina italiana mientras su mujer iba envuelta en una mantilla traída de España. La prensa, que estaba en plena expansión y paladeaba con deleite una libertad inconcebible hasta entonces, empezó a reírse del «gabinete bailarín», un apodo del que se burlaron los lectores.

En conjunto, no obstante, la línea de conducta que prevalecía era la de tomarlo todo en cuenta: «técnica occidental y alma japonesa», se decía. Pero, aunque fuese relativamente fácil identificar la técnica, era más complicado definir el alma. ¿En qué consistía su esencia? ¿Qué había que conservar de la cultura japonesa y de qué había que prescindir? Desde el punto de vista de un extranjero, cualquier cosa inusual, exótica o sencillamente «diferente» parece característica de una civilización. Pero quienes han crecido en su seno no tienen esos puntos de referencia. Y a veces dejan que a ellos los guíe la mirada de los demás.

Así pues, cuando los occidentales que estaban empezando a conocer el Archipiélago manifestaban asombro ante algún aspecto de su cultura, como el teatro noh, el kabuki, los haikus, el budismo zen o la ética de los samuráis, los japoneses se sentían halagados y lo consideraban sobresaliente. Pero sin llegar a plantearse en ocasiones si se comportaban así porque veían en ello el alma auténtica de su país o porque a los occidentales, a quienes admiraban, los había impresionado.

Estas preguntas acerca de la identidad nunca iban a dejar de perseguir a la nación japonesa, como demuestran vigorosamente su cine y su literatura. Pero, en los albores de la era Meiji, la cuestión prioritaria tanto para los dirigentes como para los extranjeros que los observaban era la de saber si el país iba a salir con bien de su metamorfosis y sobre todo, y más concretamente, si iba a poder alcanzar mediante esa modernización a marchas forzadas el estatus de gran potencia en pie de igualdad con Inglaterra, Francia, los Estados Unidos, Alemania o Rusia.

HASTA ESE MOMENTO, EL PAÍS no tenía gran experiencia en conflictos exteriores. Con la excepción de una aventura desdichada en Corea en los últimos años del siglo XVI, nunca había enviado tropas fuera de sus fronteras. Y a él tampoco lo habían atacado nunca: el último intento de invasión se remontaba al siglo XIII, cuando el nieto de

Gengis Kan, Kublai, que acababa de conquistar China al frente de los ejércitos mogoles, había intentado sumar el Archipiélago a su extenso imperio y había reunido en las costas coreanas una flota de varios miles de naves. Afortunadamente para los insulares se desencadenó una violenta tempestad que dispersó a los invasores. La mitología nacional atribuyó ese inesperado rescate a un «viento providencial», en japonés *kami kaze*, que engendró una tenaz alegoría.

Nadie más desde entonces intentó un asalto similar y Japón permaneció al margen de los incontables conflictos del planeta. Pero aquello no iba a tardar en cambiar de forma trágica. Su «salida al mundo» tras una larga vida de aislamiento iba a resultar estrepitosa y devastadora, para los demás y para sí mismo.

5

FUE, PUES, DESDE LAS costas coreanas desde donde se lanzó el último intento de invasión. Y, por más que el temor que causó la flota enemiga se remontase a medio milenio, no había desaparecido de la memoria colectiva. Cierto es que, cuando se mira un mapa, Corea es la única tierra de Asia que está cerca del Archipiélago, exactamente a veintisiete millas marinas en el punto más estrecho, es decir, a cincuenta kilómetros. Algunos dirigentes no vacilaban en comparar la península vecina con «un puñal que apuntaba al corazón de Japón».

Una metáfora que iba acompañada de un meditado análisis estratégico: un puñal no es peligroso en sí, se convierte en tal cuando lo empuña una mano hostil; en este caso concreto, la de China o la de Rusia. Desde el punto de vista de los reformadores de la era Meiji, su mejor protección contra semejante riesgo sería ver surgir una Corea modernizada, siguiendo el ejemplo de Japón, y que considerase a este su mentor y su aliado natural.

De hecho, esto era lo que había empezado a ocurrir. Más fascinados aún que el resto del planeta por el milagro que estaba sucediendo a unas millas de sus costas, los coreanos tardaron muy poco en iniciar su propia apertura. Su soberano, Gojong, que tenía casi la misma edad que Mutsuhito, había enviado al vecino archipiélago emisarios encargados de estudiar lo que se estaba haciendo allí y de aconsejarlo sobre el comportamiento que se debía seguir. Se mostraba dispuesto a sacar a su propio reino del aislamiento, a establecer relaciones con los países extranjeros y a adoptar determinadas reformas, recalcando también él que había que conciliar las técnicas de Occidente con la mentalidad de Oriente.

A largo plazo, Corea iba a conseguirlo de forma admirable. Pero en aquel momento, el joven monarca, cuyo entorno era poco favorable al cambio y que temía disgustar a su «protector» tradicional, el emperador de China, fue perdiendo poco a poco el control de la situación.

En diciembre de 1884, unos activistas radicales a quienes fascinaba el modelo japonés intentaron dar un golpe de Estado. Ocuparon el palacio real y Gojong estuvo secuestrado tres días antes de que las tropas chinas lo liberasen. La insurrección quedó así sofocada y varios de sus dirigentes murieron ejecutados. Aunque el más influyente, Kim Ok-gyun, que dirigía el Gaehwadang, el «Partido de las Luces», consiguió salir del país para refugiarse en Japón.

Este personaje, que tenía un gran ascendiente sobre sus jóvenes compatriotas, acabaría metido, muy a su pesar, en el meollo de un episodio tan trágico como rocambolesco y que iba a tener consecuencias mucho más allá de su tierra natal.

En marzo de 1894, cuando llevaba nueve años en el Archipiélago dedicado a organizar la oposición al régimen coreano, se dejó convencer para ir a China invitado por un alto dignatario que deseaba conversar con él. Casi todos sus amigos le desaconsejaron que fuera, pero el exilado consideró que no debía hacer caso omiso de una iniciativa como aquella, que podía resultar determinante para el porvenir de su país.

Unas horas después de su llegada a Shanghái lo mató en su hotel, de tres disparos, uno de sus compañeros de viaje llamado Hong Jong-u. Este se había infiltrado en su entorno pocos meses antes con la firme intención de eliminarlo. Como en Japón al opositor lo protegían constantemente sus anfitriones, su futuro asesino había fraguado el plan de alejarlo del Archipiélago y fue probablemente él quien lo convenció de que fuera a Shanghái.

HONG HA DEJADO POCAS HUELLAS en la Historia, aparte de ese asesinato. Sin embargo, se le podría haber recordado por razones mucho mejores. En todo caso, eso fue lo que pensaron quienes lo habían conocido en Francia, donde vivió dos años antes de ir a cometer su delito.

Llegó a París en diciembre de 1890, provisto de varias cartas de recomendación, y trabó diversas amistades. El pintor Félix Régamey, un enamorado de Asia y de sus artes, lo tomó bajo su protección y lo alojó durante una temporada en su casa; lo llevó al Colegio de Francia para presentárselo a Ernest Renan; y después le encontró un trabajo en el recién inaugurado Museo Guimet, que precisaba ayuda para archivar sus colecciones de manuscritos

coreanos y japoneses.

En colaboración con J.-H. Rosny, dos hermanos escritores muy conocidos en aquella época que firmaban con el mismo pseudónimo, Hong tradujo un texto literario coreano que se publicó con el título de *Printemps parfumé* [1]. Tras su marcha se editó otro llamado *Le Bois sec refleuri* [2]. Vinieron luego otras publicaciones, especialmente un manual de adivinación llamado *Guide pour rendre propice l'étoile qui garde chaque homme et pour connaître les destinées de l'année* [3]. El futuro asesino empezaba en todas las ocasiones por leer atentamente el manuscrito original, luego explicaba el contenido frase por frase a uno de los Rosny, quien lo redactaba en correcto francés. La meta de ese trabajo en común era que el público europeo, que no conocía la cultura coreana, la descubriese y disfrutara de ella.

En un artículo publicado poco después del crimen de Shanghái, ambos hermanos manifestaron su asombro e incredulidad: «Él y nosotros fuimos tan amigos, nos importó tanto el éxito de su obra que no podíamos por menos de investigar a fondo los motivos que lo han movido a cometer ese crimen… ¡Ojalá sea inocente! ¡Ojalá podamos al menos hallar alguna disculpa en un caso de legítima defensa o de exaltación patriótica!».

Refirieron que su amigo les había hablado alguna vez de su futura víctima. Comulgaba, a lo que decía, con las aspiraciones de modernización de Kim Ok-gyun, ya que habían militado juntos en el mismo partido; pero lo describía como un hombre obstinado y violento. El opositor le había dicho un día: «¡Si alguna vez cambias de opinión, te mataré!». Hong también le reprochaba que se hubiera «vendido» a los japoneses, que eran, desde el punto de vista del futuro asesino, no menos peligrosos para su patria que los chinos o los rusos.

Por ello, cuando un emisario del Gobierno coreano fue a verlo a París para pedirle, en nombre del rey Gojong, que viajase a Japón para eliminar al disidente, aceptó entusiasmado, al parecer, prometiendo dedicar en adelante toda su energía a esa tarea. Y cumplió su palabra.

AL DÍA SIGUIENTE DEL ASESINATO, la policía de la Concesión Internacional de Shanghái detuvo a Hong y lo entregó a las autoridades chinas. Las cuales, so pretexto de que el asesino y su

víctima eran ambos súbditos coreanos, dispusieron mandarlos de vuelta a su país de origen *juntos*. ¡Lo que significaba que sería el propio asesino quien acompañaría los restos mortales de su víctima hasta el territorio de quien había ordenado el crimen!

Lo espantoso de la situación solo pudo verse cuando el barco llegó a su destino y al asesino lo recibieron como a un héroe mientras que al cadáver del opositor lo descuartizaron sobre la marcha para enviar los trozos a los cuatro puntos cardinales del país y que todas las provincias quedasen informadas del castigo que había padecido el «traidor». Se organizaron con tal ocasión ruidosas manifestaciones contra los japoneses.

Dos meses después, un cuerpo expedicionario procedente del Archipiélago desembarcaba en Corea, donde había ya tropas chinas. Acababa de estallar la primera guerra sino-japonesa. Se declaró oficialmente el 1 de agosto de 1894.

AL PRINCIPIO DEL CONFLICTO, LA mayor parte de los expertos extranjeros pronosticaban una victoria segura de China. Pocos eran los que calibraron la amplitud de los progresos que había realizado Japón desde que se emprendió la modernización.

Además de la calidad del material, tanto importado como fabricado *in situ*, los ejércitos nipones iban a desplegar una habilidad táctica y un ardor combativo incomparablemente superiores a los del adversario. En cada enfrentamiento, sin excepción, conseguían salir con ventaja, ya fuera en tierra o en el mar. En el territorio de Corea, que fue el primer campo de batalla, su victoria iba a ser fulminante; tanto es así que, al norte del país, la ciudad de Piongyang, que los chinos habían decidido fortificar para frenar el avance enemigo, capituló después un solo día de lucha.

En abril de 1895 se firmó un tratado de paz que concedió a los vencedores «reparaciones» económicas sustanciales; una «concesión» en Shanghái en igualdad de condiciones con las potencias occidentales; el estatus de «nación más favorecida» en las transacciones comerciales; y, sobre todo, la isla de Taiwán, que iba a ser durante medio siglo la joya del imperio colonial japonés.

Para los dirigentes de la Restauración Meiji se trataba de un avance de primer orden. Tras una demostración sobre el terreno, su país cambiaría de estatus a partir de entonces. Dejaba de ser una

presa, podría decirse, para acceder al rango de depredador.

Prueba de ello es que, cuando, como reacción a las sucesivas humillaciones que había padecido China y, sobre todo, a su hiriente derrota ante el vecino archipiélago, estalló el llamado levantamiento «de los Bóxers» y durante cincuenta y cinco días estuvieron asediadas las legaciones extranjeras de Pekín, en el verano de 1900, «la Alianza de las ocho naciones» que se formó para resistir el asalto incluía a los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, Rusia, Italia, Austria-Hungría y *también* Japón, que se incorporaba así de forma sumamente simbólica al concierto de las grandes naciones.

ESTA PASMOSA MUTACIÓN TENÍA, ADEMÁS de su evidente significado estratégico global, un significado «íntimo» cuya importancia pocos observadores a lo largo y a lo ancho del mundo calibraban.

Para los japoneses, de hecho, China nunca había sido una nación como cualquier otra, sino que la veían como la «progenitora» de su propia civilización. De allí les llegó el alfabeto, el budismo y el confucianismo; el cultivo del arroz y la crianza del gusano de seda; y también la pintura, la caligrafía o el arte de la poesía. Por ello, los habitantes del Archipiélago sentían tradicionalmente gran estima por su extenso y venerable vecino; solo a finales del siglo XIX, cuando descubrieron la tremenda delantera que China había dejado que cogiera Occidente, empezaron a mirarla por encima del hombro. Del mismo modo, los chinos de aquella época no detestaban a Japón. No lo veían aún como a un enemigo al que había que derribar, sino como a un hermano menor que hubiese ido a estudiar a la ciudad y hubiese regresado más espabilado y más fuerte. Más arrogante, también, más no por ello querían destruirlo, más bien intentaban imitarlo. Algo así como el propio Japón había imitado a los europeos.

Muchos futuros dirigentes chinos vivieron y estudiaron por un tiempo en Japón. Algunos, como el propio Sun Yat-sen, nunca dejaron de tenerle afecto; otros, como Zhou Enlai, el inamovible primer ministro de Mao Zedong, siempre le guardaron rencor. Pero todos lo consideraron, durante un tiempo, como un ejemplo. Al que, sin llegar a seguirlo a ciegas, sí había que contemplar con interés y observar de cerca.

6

TRAS HABER INFLIGIDO UN duro escarmiento a la mayor nación de Asia, el Japón de la era Meiji iba a repetir la hazaña, diez años después, a costa de la gran potencia europea que, en aquel tiempo, era la Rusia zarista.

Esta se había precipitado un tanto al considerar que el debilitamiento de China le brindaba una oportunidad para un avance estratégico en Manchuria y Corea. Retrospectivamente, resulta obvio que el incremento del poderío de un adversario tan enérgico y combativo debería haber incitado más bien a la circunspección. Pero, con el estado de ánimo que entonces prevalecía, la victoria de un ejército asiático sobre otro ejército asiático no parecía significativa para calibrar sus probabilidades de éxito frente a unos europeos. Nicolás II se mostraba confiado y su «primo» Guillermo II, emperador de Alemania, que se echaba sus propias cuentas estratégicas, lo animaba a embarcarse en ello «para defender nuestra civilización contra el peligro amarillo». Tanto uno como otro preveían una campaña fácil y corta.

No fue tal el caso. Desde el principio del conflicto, las noticias del frente fueron alarmantes y provocaron que en el imperio de los zares empezara a crecer gradualmente el descontento. Los japoneses progresaban inexorablemente tanto en el mar como en tierra. Con mucha osadía y también, a veces, algo de suerte. Como cuando el acorazado *Petropávlovsk* se hundió por culpa de una mina el 13 de abril de 1904, causando la muerte de más de 650 hombres, entre ellos el almirante Makárov, comandante de la flota del Pacífico. Era un oceanógrafo muy respetado y muchos lo consideraban el mejor estratega ruso de la guerra marítima; su fallecimiento ya en las primeras escaramuzas fue innegablemente un duro golpe para su bando.

IGUAL QUE HABÍAN HECHO EN su conflicto con China, los japoneses se adueñaron enseguida de la península coreana antes de enfrentarse con sus adversarios cerca del río Yalu, que marca la frontera con Manchuria. Hubo un combate feroz que concluyó el 1 de mayo con

una hiriente derrota de las tropas del zar. En un comentario, escrito el mismo día en que se supo la noticia, la militante marxista Rosa Luxemburgo anunció como hecho probado «el hundimiento del absolutismo ruso».

No cabe duda de que era un tanto prematuro, pero se había convertido en algo verosímil. A partir de ese momento, amplios sectores de la población comenzaron a echarle en cara al régimen zarista que llevase adelante una guerra onerosa y mal preparada; le pedían, de paso, que aboliese la censura y convocara unas elecciones libres. En enero de 1905 decenas de miles de manifestantes se reunieron en San Petersburgo, en las inmediaciones del Palacio de Invierno, con un rosario de reivindicaciones. El ejército imperial abrió fuego causando varios cientos de víctimas. Un «domingo rojo» que le causó a Nicolás II una pérdida irreparable de prestigio.

Precisamente, el zar había enviado sus mejores barcos del Báltico a Extremo Oriente tanto para prevenir esos desórdenes como para frenar el avance de los japoneses; pensaba que con una buena victoria mataría dos pájaros de un tiro. Consecuentemente, el día en que sus súbditos se enteraron de que también a esa majestuosa escuadra la habían aniquilado antes de llegar a destino, ya no pudieron contener la ira.

En el puerto de Odesa los marineros del acorazado *Potemkin* se sublevaron en el acto (otro momento emblemático de la historia de Rusia). No cabía duda de que para el trono de los Románov se había iniciado la cuenta atrás.

ES UN EUFEMISMO DECIR QUE las desventuras del zar no despertaban tristeza en todas partes. Sun Yat-sen cuenta que, en 1905, al regreso de un viaje a Europa, se había detenido en Suez, donde «unos árabes, habiéndome tomado por un japonés, me ovacionaron. “Tus compatriotas —gritaban— acaban de hundir una flota rusa que habíamos visto pasar por este canal… ¡Nosotros también somos orientales a quienes oprimen los occidentales! ¡La victoria de los japoneses es la nuestra!”. El entusiasmo de esa gente que vive en la otra punta del continente asiático era indescriptible. La común opresión había convertido a esos árabes en hermanos de los japoneses…».

Esos sentimientos que se expresaban espontáneamente en la

calle también los compartían las elites. El escritor egipcio Mustafá Kamil, uno de los pensadores políticos más brillantes e influyentes de su generación, publicó, ya en 1904, una obra entusiasta titulada *El sol naciente* y dedicada a la metamorfosis de Japón. El prólogo, escrito inmediatamente después de la batalla del río Yalu, sienta de entrada las intenciones del autor: «La forma mejor de instruir a las naciones y de mostrarles el camino hacia el progreso y la civilización es explicarles cómo actuaron quienes lo consiguieron. A nosotros, los orientales, nos enseñan desde niños que nuestra civilización pertenece a un pasado difunto, que no tenemos ya papel alguno en el mundo de hoy y que debemos aceptar la supremacía de Europa. La nación japonesa acaba de dar un mentís a esas alegaciones».

Aunque el libro adopta un tono resueltamente militante, no es ni mucho menos un panfleto escrito a vuelapluma. Cuidadosamente documentado y argumentado, presenta a sus lectores el archipiélago nipón, su pasado, su geografía y su civilización. Se demora en la personalidad del emperador Meiji y dedica un capítulo propio a cada uno de sus cinco colaboradores principales, a quienes presenta como los auténticos artífices de las reformas y a quienes nombra, igual que todos los textos de esa época, con sus títulos nobiliarios occidentalizados: el marqués Ito, el conde Inoue, etc. Se maravilla ante la modernización acelerada de los ejércitos, pero también ante la cantidad de periódicos y revistas fundados en los últimos años, no menos de cuatrocientos, ¡de los cuales alrededor de veinte diarios solo en la ciudad de Tokio! Y lamenta que haya, junto con publicaciones serias, una prensa chismosa a la que no interesan más que los escándalos.

El autor procura ser riguroso y fiable en cuanto refiere, sin aspirar por ello a la imparcialidad: «Es normal que los egipcios se pongan plenamente de parte de los japoneses. Son orientales, como nosotros, que han adquirido, en términos de poder y progreso, con qué permitirse impedir las injerencias de los occidentales. Además, se trata de un país civilizado, libre y que cuenta con un régimen constitucional. ¿Cómo no apoyar a un país donde el orador puede decir lo que quiera, donde el escritor puede escribir lo que quiera, donde los humildes y los poderosos se sienten iguales ante la ley?».

A lo largo de las páginas, Mustafá Kamil dice a veces «nosotros

los egipcios», «nosotros los orientales», «nosotros los pueblos oprimidos»; y da a veces la impresión de estar expresándose, de forma más específica, en nombre de los musulmanes. Así es, en cualquier caso, como lo han entendido algunos de sus correligionarios del sudeste de Asia. *El sol naciente* lo tradujo al malayo y lo publicó un editor de Singapur provocando en los lectores un debate altamente revelador. Desde su punto de vista, de hecho, no cabía la menor duda de que el único dirigente del mundo que pudiera ayudarlos a alzar la cabeza, a recuperar la dignidad ultrajada y a desquitarse de los colonizadores británicos y neerlandeses era el emperador Meiji. Pero ¿podían albergar una esperanza razonable de que la salvación del islam fuera obra de un jefe que no era musulmán?

Fue entonces cuando al editor de Singapur se le ocurrió abrir una suscripción para financiar una misión en Japón cuya finalidad fuese convertir a la población y, por qué no, al Mikado en persona. Desde hacía algún tiempo, efectivamente, rumores persistentes, que alimentaban ciertos periódicos, afirmaban que en 1906 iba a celebrarse en Tokio una conferencia mundial durante la que los representantes de las grandes religiones expondrían las ventajas de su propia fe comparada con las demás para que el emperador pudiese optar por la que le pareciese mejor.

Es esta, como es ya sabido, una antigua parábola que se ha contado a menudo, referida a diferentes soberanos, a lo largo de toda la Historia. Pero el hecho de que pudiese volver a aparecer a principios del siglo XX refleja a la perfección el fervor casi místico que había suscitado en algunos ambientes los éxitos de la era Meiji.
AL MARGEN DE ESA VISIÓN quimérica, fruto de la dificultad para conciliar los conceptos ancestrales del mundo con las realidades del tiempo presente, la expectativa de los pueblos musulmanes era real y Japón no la desalentaba. Algunos de sus dirigentes imaginaban a su país al frente de un amplio movimiento panasiático y no les resultaba indiferente el hecho de que había, tanto en las Indias como en las islas de los Mares del Sur, importantes poblaciones musulmanas que toleraban mal que los dominasen los europeos.

En un periódico japonés afín, según se decía, al Estado Mayor, podía leerse en 1911: «La forma en que las autoridades holandesas tratan a los musulmanes de Java y Sumatra es una de las más

atroces de los anales de la humanidad. Los vigilan como a criminales, los maltratan como a animales y les prohíben tener comunicación con el mundo exterior. Aconsejamos a los musulmanes, hermanos nuestros, que dediquen sus esfuerzos a la búsqueda del saber, tanto el del Corán como el de las ciencias modernas, y a no perder la esperanza en la ayuda divina».

Tales palabras circulaban por las colonias y reafirmaban en las poblaciones afectadas el sentimiento de que la joven potencia asiática que había sabido vencer a China y a Rusia acudiría un día a liberarlas de quienes las oprimían. Y aunque algunos habrían preferido que el salvador que esperaban fuese de su misma religión, a la aplastante mayoría de los orientales, musulmanes o no, le parecía muy bien el «héroe» tal y como era, sintoísta y budista, siempre y cuando siguiese plantando cara a los colonizadores.

Quedaba por saber si tal era su intención… ¿De verdad el País del Sol Naciente se había fijado el objetivo de guiar a los pueblos de Oriente para ascender por el camino que él había emprendido o se trataba tan solo de un sueño de los demás? En este punto esencial existía un grave malentendido que iba a acabar perjudicando de forma duradera las relaciones de Japón con todos cuantos lo habían admirado y habían querido seguir su ejemplo. Algunos le siguen guardando rencor a día de hoy.

7

PERO NO HABÍA LLEGADO todavía la hora de los balances, aún duraba la de las esperanzas. O de las ilusiones, según qué enfoque adoptemos. La victoria de Japón había hecho que saltaran chispas y se encendieran llamas. Unas veces efímeras y otras, duraderas.

Lo que el mundo entero acababa de descubrir era que una nación podía, en relativamente poco tiempo, lo que dura la vida de un hombre, recuperarse del atraso acumulado durante siglos y encaminarse a la gloria; sacar su cultura tradicional de la marginalidad y de la insignificancia para darle lustre; arrancar a sus hijos de la ignorancia y la pobreza para devolverles una dignidad; e imponerse en la escena internacional en calidad de actor respetado y temido.

Desde que los europeos asentaron su preminencia en el mundo, en el siglo XV, ninguna nación de Oriente había conseguido semejante metamorfosis. De ahora en adelante, todas soñaban con repetir esa hazaña.

A partir de la guerra ruso-japonesa, por lo tanto, iba a producirse una sucesión de revoluciones inspiradas en el ejemplo del vencedor y, a veces, fruto de la humillación que había infligido este a sus adversarios.

Está claro que cuando una sociedad sufre una honda conmoción nunca es por simple reacción a un acontecimiento exterior, fuere cual fuere. Siempre se dan una larga evolución en las mentalidades y una acumulación de tensiones sociales o identitarias y de problemas mal resueltos. Pero a veces la transformación no pasa de ser hipotética por falta de un catalizador. Y ese fue precisamente el papel que desempeñó el triunfo de Japón para numerosos países de Oriente.

EL PRIMERO EN TAMBALEARSE FUE Irán, conocido por entonces como «Persia». Cierto es que ese país tenía sus propias cuentas que ajustar con Rusia. Sospechaba que esta, a rebufo de sus conquistas en Asia central, pretendía seguir adelante con proyectos de expansión hacia su territorio para tener acceso al anchuroso «mar cálido» que es el

océano Índico; y que pretendía anexionarse Isfahán, Shiraz y Tabriz, como había hecho con Bujará, Jiva y Samarcanda. Por ello, cada derrota de los rusos ante los japoneses entusiasmaba a los iraníes y estimulaba su combatividad.

Una circunstancia concreta había inflamado los ánimos algunos años antes. El sah reinante, que deseaba ir a Europa con su séquito y no podía asumir los gigantescos gastos de semejante desplazamiento, había decidido pedirle dinero prestado a San Petersburgo. Era consciente de que esa deuda le daría al zar un medio de presión formidable, pero no se planteaba siquiera renunciar al viaje.

Llegado el momento de devolver el préstamo y cuando se descubrió, como era de esperar, que las arcas del Estado estaban vacías, se le impusieron a la población nuevas tasas, lo que acarreó una vehemente indignación en el país, sobre todo entre los comerciantes del bazar. Las autoridades quisieron reprimir las protestas, lo que solo sirvió para dar alas al movimiento, y unos cuantos elementos de vanguardia empezaron a pronunciar a media voz la palabra «revolución».

En el mes de mayo de 1904 alrededor de sesenta intelectuales, resueltamente partidarios de la modernización, se reunieron clandestinamente en un arrabal de Teherán, se constituyeron en «Comité revolucionario» y elaboraron un proyecto para «derrocar el despotismo» y establecer «el reinado de la ley y la justicia». Pocos meses después, otro grupo que se hacía llamar «la Sociedad secreta», menos radical, pero de base más amplia, publicó una serie de propuestas afirmando que, si se adoptaban, permitirían que el país «superase, en una generación, lo que se ha llevado a cabo en otros sitios, *incluso en Japón*».

En julio de 1905, las protestas fueron a más, las reivindicaciones se concretaron y el monarca renunció a reprimirlas. Se estaba asistiendo a una auténtica revolución. Desembocó en una Constitución y en la creación de un Parlamento donde estarían representados «todos los estratos sociales», príncipes, terratenientes o negociantes. Uno de los testigos de esos acontecimientos, un británico anónimo, probablemente un diplomático, comentó en sus notas personales, claramente atónito: «La victoria de Japón ha tenido, aparentemente, un notable impacto en todo Oriente. Incluso

aquí, en Persia…». Igual que en la vecina Rusia, explicó, una nueva mentalidad iba cundiendo entre la población: «La gente ha llegado a pensar que era posible tener un sistema de gobierno diferente y mejor».

Otro observador, británico también, Edward G. Browne, un orientalista eminente e íntegro, no tardó en dedicar una obra notable a *La revolución persa de 1905-1909*. Ya en las primeras páginas escribía: «El despertar del mundo musulmán, cuyas diversas manifestaciones políticas y religiosas se habían observado durante los últimos treinta o cuarenta años en Turquía, Persia, Egipto, Marruecos, el Cáucaso, Crimea y la India, lo ha acelerado y acentuado en gran medida la victoria japonesa sobre Rusia, que ha demostrado que los asiáticos, cuando disponen del armamento y el equipamiento adecuados, son perfectamente capaces de plantar cara a los más formidables ejércitos de Europa».

DE HECHO, ESE «DESPERTAR» DE los pueblos musulmanes, que se había traducido en una revolución en el país de los sahs, iba a desembocar también en una revolución en el país de los sultanes, inspirada naturalmente en Japón, tanto en sus reformas modernizadoras como en sus hazañas bélicas.

También los otomanos tenían cuentas que ajustar con la Rusia zarista, que había aprovechado la proverbial debilidad del «hombre enfermo» para obligarlo a dejar sus posesiones en los Balcanes y en las inmediaciones del mar Negro. El sultán Abdul Hamid II, el último hombre fuerte de la dinastía otomana, veía en los acontecimientos de Extremo Oriente una ocasión soñada para modificar la relación de fuerzas a su favor. Los elementos más progresistas de la sociedad compartían ese análisis, pero dándole un significado muy diferente: desde su punto de vista, lo que había permitido el ascenso de Japón no era solo el hecho de haber mejorado sus capacidades militares, era también el de haberles garantizado a sus ciudadanos la libertad de expresión y de asociación, y haberlos animado a ejercer todas las actividades industriales y comerciales que deseasen. ¿No habría que aplicar esas recetas exitosas al universo otomano?

Cuando, en 1908, estalló la revolución de «los Jóvenes Turcos», cuando se apartó al sultán Abdul Hamid para luego destituirlo formalmente, los dirigentes del movimiento invocaron de forma

explícita el modelo japonés, prometiéndose reproducirlo. Se publicaron en los siguientes años muchas obras que ensalzaban la sagacidad del Mikado, el patriotismo de sus súbditos, su diligencia en los estudios, su abnegación en las tareas que realizaban, su habilidad militar, así como su rigor ético. ¡El título de una de esas obras, publicada en 1911, ya era en sí todo un programa: *Lecciones materiales sacadas de la guerra ruso-japonesa y de las razones de la victoria de Japón; cuando una nación tiene en sus propias manos su suerte!* El autor, Pertev Bey, era un oficial superior otomano que el propio sultán había enviado a Extremo Oriente para seguir de cerca las peripecias del conflicto y aprender de él; había regresado con una profunda admiración por la Restauración Meiji y deseoso de presenciar una metamorfosis semejante en su propio país.

LOS PARTIDARIOS DE LA MODERNIZACIÓN en el seno del mundo musulmán no tenían hasta entonces más modelo que seguir que el de Occidente. Y eso es algo que siempre ha planteado, tanto hoy como ayer, problemas de difícil solución. Tomar como ejemplo a aquellos de los que uno intenta protegerse y contra los que probablemente tendrá que combatir un día precisa de una acrobacia mental agotadora y de cierta doblez. Por el contrario, tomar como ejemplo un país lejano con el que no existe un contencioso histórico y que debe plantar cara, además, a los mismos adversarios es algo que proporciona al imitador una serenidad estimulante. Esto es lo que explica, al menos en parte, la facilidad con la que los pueblos bajo el dominio de las potencias europeas habían abrazado la causa de Japón.

Durante años, todos los movimientos reformistas o revolucionarios que iban surgiendo en el seno de los pueblos de Oriente se remitieron al ejemplo de la era Meiji. Fue lo que impulsó varias revoluciones importantes. Son incontables los ejemplos, procedentes de Afganistán, de Siam, de Tonkín, de Java o también de Birmania, país de origen del monje budista U Ottama, figura emblemática de la lucha anticolonialista, que decidió sencillamente afincarse en Japón para impregnarse por completo de su experiencia antes de regresar a su país para luchar contra los ingleses.

Sería engorroso multiplicar los ejemplos, pero hay uno que no

podemos por menos de mencionar aquí: el 1 de enero de 1912, el doctor Sun Yat-sen, ya citado en estas páginas, y que fue un gran admirador de Japón, donde vivió durante mucho tiempo y cuya lengua hablaba con fluidez, proclamó en Nankín la llegada de la República china, poniendo fin a un régimen imperial cuya historia se remontaba a más de dos milenios. El último «Hijo de Cielo», Puyi, depuesto a la edad de cinco años, no iba a tardar en ponerse al servicio de los japoneses antes de concluir su vida como empleado subalterno en el seno de la administración comunista.

No cabe duda de que el sistema arcaico de los emperadores de China se había visto debilitado por muchas desilusiones. Pero la conmoción fruto de su derrota ante su joven vecino nipón y de la metamorfosis de este había sido un factor decisivo en su derrumbamiento. Japón estaba por entonces en el apogeo de su esplendor. Pero estaba también, sin saberlo, al filo del precipicio más vertiginoso.

8

EL EMPERADOR MUTSUHITO MURIÓ en julio de 1912, a los cincuenta y nueve años, y su país pronto dejó de ser el depositario de las esperanzas de los pueblos de Oriente.

No obstante, si nos ciñésemos al balance efectivo, no cabe duda de que Japón había tenido éxito en su metamorfosis: había recuperado la dignidad; sus ciudadanos eran más libres y más prósperos; y de ahí en adelante se lo reconoció como una de las grandes potencias del planeta. Ya nadie ponía en duda su pertenencia a ese «club» tan cerrado donde antes no se veía más que a europeos de pura cepa. Por ello, muchos orientales seguían soñando con que su nación realizara hazañas similares. Pero cada vez eran menos quienes veían en el País del Sol Naciente un aliado de fiar para su propio combate.

Por más que los dirigentes japoneses insistieran en repetir «¡Asia para los asiáticos!», su eslogan sonaba cada día un poco más a hueco. Sobre todo para sus vecinos más próximos. ¿Acaso no habían sido los coreanos los primeros en admirarse de los progresos que había logrado el Archipiélago y en querer reproducirlos en su país? Pero contaban con que los tratarían como amigos, como hermanos, y no, desde luego, con que los sometieran a una tutela y, más adelante, a una anexión, como sucedió en 1910. De ahí surgió su desconfianza hacia Japón, la cual aún sigue vigente.

Los chinos iban a padecer una decepción comparable. De entrada, pensaron que la radical modernización que la era Meiji había llevado a cabo era el camino que debían seguir también ellos si querían remediar las sucesivas afrentas que los occidentales les habían infligido desde la Guerra del Opio. Ni siquiera la derrota ante sus impetuosos vecinos en el conflicto habido entre 1894 y 1895 había puesto en entredicho este convencimiento; muchos habían preferido ver en ella una amonestación saludable que podría sacar a su gran nación del embotamiento y ayudarla a incorporarse. Pero esa actitud benévola poco a poco se fue volviendo insostenible. Sobre todo cuando los japoneses se empecinaron en conquistar el

Imperio del Centro y adueñarse de sus inmensos recursos, una empresa temeraria donde acabaron por empantanar sus ejércitos y sus armas.

Retrospectivamente, salta a la vista que, en lo referido al papel del Archipiélago tanto en Asia como en el ancho mundo, había contradicciones difíciles de superar. ¿Podía luchar contra el colonialismo al tiempo que intentaba fundar su propio imperio colonial? ¿Podía denunciar la arrogancia de las grandes potencias al tiempo que aspiraba a su vez a ingresar en las filas de dichas potencias?

Ambigüedades así iba a ponerlas de manifiesto, recién acabada la Primera Guerra Mundial, un revelador episodio.

CUANDO ESTALLÓ EL CONFLICTO EN agosto de 1914, Japón había decidido participar, alineándose en el bando de los británicos, los franceses y los rusos, contra los imperios centrales. Su contribución principal fue atacar las posesiones alemanas en China y en el Pacífico, de las que consiguió apoderarse ya en las primeras semanas; una excelente operación que le permitió, con un coste mínimo, ocupar un lugar junto a los vencedores cuando se reunió en París la Conferencia de Paz en 1919. En honor a ese nuevo aliado, una importante arteria de París que bordea el Sena recibió el nombre de «avenue de Tokyo» o, para ser exactos, «Tokio», pues tal era la grafía de la época en francés; en 1945 la rebautizaron como «avenue de New York»; pero el museo construido en las inmediaciones conservó su apelación inicial de «palais de Tokyo».

Con el respaldo del prestigio que se les reconocía, los representantes japoneses formularon dos peticiones muy distintas entre sí, e incluso claramente opuestas. La primera era que se incluyese en la Carta de la futura SDN, la Sociedad de Naciones, una «cláusula de igualdad entre las razas» que estipulase que los súbditos de los Estados miembros no deberían volver a padecer de ahí en adelante discriminación alguna por su color o su nacionalidad. El jefe de la delegación explicó a sus interlocutores que esa declaración sería acorde con los ideales de la nueva organización internacional, hecho que resultaba difícil poner en duda. No obstante, la propuesta se topó con feroces opositores. No cabía duda de que la igualdad era completamente aceptable como principio, pero las cancillerías del Viejo Continente recelaban

mucho de sus implicaciones: si se admitía que los pueblos de Asia y África eran iguales a los europeos, ¿cómo se justificaba que los británicos, los franceses, los belgas o los neerlandeses pudieran seguir colonizándolos?

Los japoneses recurrieron entonces al presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, que había proclamado rotundamente, al entrar en la guerra, el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Pero a él tampoco le apetecía hacer constar en una Carta la igualdad de las razas humanas. En Virginia, de donde era oriundo, desde luego no se creía en la igualdad entre negros y blancos y, al parecer, la opinión personal del presidente sobre este particular eran aún más retrógrada que la de sus coetáneos.

A mayor abundamiento, en los estados de la costa del Pacífico, sobre todo California, existía en aquel momento una creciente hostilidad hacia la llegada de inmigrantes asiáticos, a quienes la prensa y los políticos describían constantemente como un «peligro amarillo» y todo cuanto tendiese a reconocerles derechos similares a los de los europeos se recibía con desconfianza. Esta actitud coincidía con la de algunos miembros de la Commonwealth británica, como por ejemplo Australia, a la que aterrorizaba la idea de ver desembarcar en sus costas a muchedumbres de migrantes llegados de Asia.

Cuando los principales participantes en la Conferencia de Paz presentaron un vergonzoso, pero irrevocable, rechazo a la «cláusula de igualdad», los representantes de Tokio formularon su segunda petición: que se le reconociese la soberanía de las antiguas posesiones alemanas en China, alrededor de la ciudad de Qingdao, en Shandong. Japón, que las ocupaba desde el principio del conflicto, ahora deseaba conservarlas. ¿Iban a volver a decirle que no? La delegación hizo saber que se retiraría de la conferencia si se le hacía semejante afrenta y se negaría a firmar la Carta de la SDN.

El chantaje tuvo el efecto deseado. Una parte importante de Shandong, provincia natal de Confucio, se entregó a Japón pese a las furiosas protestas de los delegados chinos.

¿SE HABÍA TRATADO DE UNA maniobra desde el principio? ¿Habían presentado los japoneses la reforma sobre la igualdad de las razas sabiendo de antemano que la iban a rechazar y que a las potencias no les quedaría más remedio que concederles otra cosa como

compensación? Entre los historiadores hay división de opiniones. Lo cierto es que la Conferencia de París, que iba a desembocar en el calamitoso tratado de Versalles y que había acumulado desbarajustes en diversas regiones del mundo, iba a caer en uno más, y no de los menores, en Asia oriental. Al conceder a los japoneses un territorio innegablemente chino, los principales dirigentes del planeta se habían portado como aprendices de brujo e incluso como pirómanos.

En cuanto la noticia de esa «traición» se conoció en Pekín, miles de estudiantes se reunieron en la plaza de Tiananmén para gritar de ira contra Japón, contra las grandes potencias, sus «cómplices», y contra sus propios gobernantes, culpables de corrupción y de incompetencia.

Fue el 4 de mayo de 1919, una fecha que marcó en la Historia el inicio de un poderoso movimiento nacionalista, modernista, comunista y antioccidental que aún hoy sigue siendo una de las fuentes de inspiración fundamentales de la sociedad china y de sus dirigentes.

NO TARDÓ MUCHO EN QUEDARLES claro a gran cantidad de japoneses que la habilidad de su delegación en la Conferencia de Paz no había proporcionado a su país ni una victoria, ni un éxito a medias, sino la promesa de un espantoso desastre. No cabía duda de que les habían concedido Tsingtao y sus inmediaciones, pero con esa «presa de guerra» se habían ganado la tenaz hostilidad de la mayor nación de Asia.

Sun Yat-Sen fue el último gran patriota chino que siguió sintiendo amistad por el archipiélago vecino y no dejó de visitarlo ni de conversar con sus dirigentes pese al resentimiento que sentían a partir de entonces sus propios conciudadanos. El 28 de noviembre de 1924 fue allí por última vez, para asistir a un encuentro dedicado al «panasianismo» que se celebraba en Kobe. En el discurso que pronunció, se reafirmó en su fe en la necesaria unión de los pueblos de Asia e hizo a sus anfitriones una advertencia firme, pero amistosa: «El Japón de hoy se ha familiarizado con la civilización occidental del reinado de la fuerza, al tiempo que conserva las características de la civilización oriental de la justicia. Queda por saber si será un halcón, al estilo de Occidente, o si será la ciudadela de Oriente. Esta es la elección que se le presenta hoy al

pueblo de Japón».

NO MENOS DESASTROSO PARA EL Archipiélago fue el efecto que su comportamiento en París causó en las potencias occidentales. Desde luego, estas no tenían que darle ninguna lección en cuestión de rapacidad, cinismo, arrogancia o doblez. Pero mostrar un apetito insaciable o echarles un pulso a los interlocutores para llegar a los propios fines nunca ha sido una estrategia demasiado hábil.

Incluso quienes habían sentido admiración por las hazañas de la era Meiji se mostraban ahora recelosos. En los pasillos, a algunos delegados se les había ocurrido un apodo para los japoneses que se cuchicheaba a veces a sus espaldas: «los prusianos de Asia».

Conseguir que le dediquen a uno semejante apodo en una conferencia internacional cuya meta era precisamente castigar el militarismo prusiano de Europa no era ni mucho menos un éxito diplomático del que fuera posible jactarse.

Y, en este terreno, las cosas no iban a mejorar en absoluto en los años siguientes.

9

EN LA NOCHE DEL 18 de septiembre de 1931, una carga explosiva dañó un tramo de vía férrea cerca de la ciudad de Mukden, en Manchuria. Al haber ocurrido la deflagración a pocos cientos de metros de un conjunto de barracones de soldados chinos, el ejército japonés acusó a estos de la autoría del sabotaje y emprendió de inmediato una ofensiva que concluyó con la ocupación de toda la provincia. Esta quedó inmediatamente separada de China y convertida en un Estado títere, satélite de Japón, bautizado como Manchukuo.

No tardó en saberse que el explosivo lo había colocado en ese lugar un teniente del ejército japonés para provocar la invasión. Este incidente no deja de recordar al que iba a ocurrir al amanecer el 1 de septiembre de 1939, cuando un golpe de mano, falsamente atribuido a unos polacos, sirvió de pretexto a Alemania para invadir el país vecino y desencadenar, consecuentemente, la Segunda Guerra Mundial. Un paralelismo que cobra todo su sentido cuando se sabe que en este conflicto Japón iba a ser aliado de la Alemania nazi y de la Italia fascista.

Pero había entre ambas mistificaciones una diferencia: mientras que la escenificación en la frontera polaca la habían ordenado los dirigentes alemanes de mayor categoría, que habían fijado ya el día y la hora del comienzo de las hostilidades, el sabotaje de Manchuria lo habían decidido dos coroneles que no contaban con la aprobación de sus superiores jerárquicos y pretendían, precisamente, forzarlos a actuar. Tuvieron un completo éxito en su empresa, ya que las autoridades políticas, al no atreverse a castigar a los militares belicistas, se decantaron por reaccionar exactamente como estos deseaban.

Y no se trató de un caso aislado. Durante los años cruciales que iban a conducir a su país a empantanarse en China y a emprenderla luego con los Estados Unidos, los dirigentes japoneses fueron permitiendo que los arrastrasen de desastre en desastre, de locura en locura, unas facciones de oficiales fanáticos incontrolables que

echaban abajo, a golpe de eslóganes extremistas, toda evaluación racional de la situación y aterrorizaban a las personalidades más ponderadas del régimen, amenazándolas y a veces incluso eliminándolas. Así pues, cuando el primer ministro Inukai Tsuyoshi quiso impedir que se enviaran más tropas a China, once oficiales jóvenes de la marina imperial fueron a su domicilio el 15 de mayo de 1932 y lo acribillaron a tiros.

La reacción que trajo consigo el crimen fue aún peor que el hecho en sí. Buena parte de la opinión pública, especialmente en el seno de las fuerzas armadas, consideró que los asesinos eran unos héroes, tanto es así que el tribunal encargado de juzgarlos no se atrevió a condenarlos a muerte. Les impusieron penas de cárcel menores, lo que debilitó considerablemente el prestigio de las autoridades al demostrar que era posible desafiarlas impunemente, incluso empuñando las armas. Yukio Mishima se inspiró ampliamente en ese episodio para su gran tetralogía de novelas *El mar de la fertilidad*.

NO CABE DUDA DE QUE el país conoció en la década de 1930 un período de extravío político y moral tan sorprendente como devastador. Aún hoy cuesta comprender cómo Japón, tras haber demostrado tan notable capacidad para fijarse objetivos sanamente ambiciosos y llevarlos a cabo con celeridad, rigor y eficacia, pudo perder de esa forma todos sus puntos de referencia.

Para algunos historiadores, la explicación de esa deriva es que, tras desaparecer la generación de los fundadores, la que la sustituyó que no tenía una visión clara de qué camino debía seguir. De hecho, al principio de la era Meiji, en 1868, existía como una alquimia que funcionaba admirablemente: un emperador joven y dinámico a quien querían y respetaban tanto su pueblo como todos cuantos se cruzaban con él; y, a su alrededor, un puñado de hombres inteligentes, hábiles, decididos, abiertos al mundo y con más ambición para su país que para sí mismos. En pocos años habían llevado a cabo con éxito una metamorfosis que nadie creía posible y que había sacado a su nación de una vez por todas de la ignorancia y de la pobreza.

Al cabo de cuarenta años, la mayoría de esos hombres había muerto o se había retirado de la vida activa; y, cuando el gran emperador murió a su vez, de repente se produjo un inmenso vacío.

Su hijo, Yoshihito, lo sucedió, pero lo paralizaban desde la infancia enfermedades diversas que afectaban gravemente a su salud física y mental. No podía asumir convenientemente sus funciones de jefe de Estado y, menos aún, desempeñar el papel de inspirador como había hecho su padre.

PRONTO RECURRIERON AL HIJO DE Yoshihito, el príncipe heredero Hirohito, que se convirtió en regente a los veinte años para paliar las deficiencias de su padre antes de subir a su vez al trono al cabo de cinco años. No puede negarse que fuera equilibrado y sosegado ni que estuviese pendiente de lo que acontecía en el planeta. Pero también era tímido, reservado y veleidoso. A su alrededor pululaban diversos personajes que cultivaban opiniones y ambiciones varias y que pretendían todos ellos conseguir el asentimiento de Hirohito para sus propios proyectos. No cabe duda de que todos y cada uno tenía sus propias ideas sobre de la orientación que debía seguir su país, pero no existía ninguna visión conjunta.

La alquimia que tan maravillosamente había funcionado en tiempos de Mutsuhito y su entorno no se recobró. Peor aún: el recuerdo de aquella edad de oro, en que se tomaban excelentes decisiones sin que se supiese exactamente de quién procedían, proporcionaba a los japoneses y también a los extranjeros la ilusión de que existía una autoridad invisible capaz de pilotar la nave con mano firme en cualesquiera circunstancias. Siendo así que no había ninguna. Ya nadie llevaba el timón, ni el emperador, ni sus ministros, ni sus consejeros, ni sus generales, lo que resultaba cuando menos paradójico en un país que acababa de demostrar al mundo entero las prodigiosas virtudes del voluntarismo.

Iván Maiski, que fue el embajador soviético en Londres en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, refiere en sus memorias que su homólogo japonés, Yoshida Shigeru, fue a verlo de improviso en enero de 1937 para despotricar contra el comportamiento de los militares de su propio país, pronosticando que el pueblo japonés acabaría por pagar muy caras «sus estupideces», lo que dice mucho del estado de ánimo que imperaba en el seno de la administración imperial en cuanto a lo que tramaban los halcones.

SI HUBIESE QUE ENCONTRARLES A los dirigentes de aquella época circunstancias atenuantes, habría que buscarlas en la lógica política

que imperaba en sus tiempos.

Inicialmente, el objetivo de Japón era sustraerse al dominio de las potencias europeas y convertirse en un igual en lugar de un vasallo. En esto la Restauración Meiji había conseguido un éxito admirable, llevando al país, en una generación, del atraso a la modernidad y de la dependencia a la soberanía. No obstante, tras haber ascendido hasta la categoría de gran potencia, el Archipiélago se había sentido en la obligación de hacer lo que hacían todas las potencias de su época: conseguir un imperio colonial. Y no se trataba solo de una cuestión de prestigio, sino que sentía la necesidad de tener, tanto para su industria como para sus fuerzas armadas, recursos abundantes de los que carecía su propio territorio.

Más adelante, tras su amarga y traumatizante derrota, Japón iba a demostrar admirablemente que era posible lograr un desarrollo económico sin conquistar territorios ajenos; así como dejar de ser una presa sin convertirse en depredador. Pero nada permite afirmar que ese camino pudiera tomarse en consideración en 1900 o en la década de 1930. En aquel tiempo, la lógica de los militaristas parecía imparable y quienes intentasen oponerse parecían inconsecuentes.

¿Quiere decir esto que la deriva era inevitable? Probablemente no. Pero la tentación de huir hacia adelante era muy fuerte y habría sido preciso, para resistirse a ella, un liderazgo sensato, estable, visionario y con incontestable autoridad moral. Como, por desgracia, ya no contaba con él, Japón se encaminó hacia el precipicio como un borracho, sin que nada ni nadie lo detuviera. Para empezar, al lanzarse a la conquista de la inmensa China, lo que era una locura; y, a continuación, arremetiendo contra los Estados Unidos, lo que era un auténtico suicido.

Cuando los historiadores actuales se detienen en las actas de las reuniones celebradas en el palacio imperial en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, les llama la atención una comprobación sencilla, pero asombrosa: los dirigentes japoneses decidieron arrojar el guante a la cara a Norteamérica *sin creer nunca que pudiesen salir vencedores* de ese enfrentamiento.

El tema que aparecía una y otra vez en sus deliberaciones era el de la postura estadounidense sobre los territorios que las tropas

japonesas habían conquistado en China, Corea y el Pacífico. En más de una ocasión, el emperador preguntó por ello a sus colaboradores y la respuesta fue siempre que, en esencia, Washington jamás reconocería esas conquistas. Una evaluación perfectamente realista y que, por lógica, debería haber suscitado otra pregunta: ¿sería posible que los estadounidenses cambiasen de opinión si les declaraban la guerra? También en este caso la respuesta solo podía ser negativa. Japón no podría vencer a los estadounidenses ni obligarlos, por la fuerza de las armas, a reconocer sus conquistas. Pero, en tal caso, ¿no era absurdo declararles la guerra?

A decir verdad, en la década de 1940 ya solo quedaba una circunstancia en la que Japón podría haber conservado los territorios que había ocupado: *si* los Estados Unidos al final hubiesen decidido no participar en la guerra mundial, Alemania quizá habría rematado su conquista de Europa y la contienda habría concluido con un arreglo entre Berlín y Washington en el que los nazis y sus aliados japoneses habrían conservado sus conquistas. Pero para que esa circunstancia se materializase era condición *sine qua non* que los Estados Unidos permaneciesen ajenos al conflicto. En consecuencia, el ataque lanzado contra Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941 no era solo una provocación irreflexiva y costosa, sino que se revela, con la perspectiva del tiempo, como la única acción susceptible de convertir en inevitable la derrota de Japón y de sus aliados.

SABIDO ES LO QUE VINO a continuación: las ciudades de Hiroshima y Nagasaki sufrieron, en agosto de 1945, los primeros bombardeos atómicos de la Historia, que afortunadamente siguen siendo los únicos. Luego Japón capituló y las tropas estadounidenses, al mando del general Douglas MacArthur, desembarcaron en su territorio, que no había conocido hasta entonces ninguna ocupación extranjera.

El emperador, considerado como un símbolo de la continuidad nacional, no se vio en la obligación de abdicar, pero no volvió a desempeñar ningún papel político activo. Se implantó una nueva Constitución que estipulaba explícitamente, en su extraordinario «artículo 9», que «el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra como derecho soberano de la nación y a la amenaza, como también al uso de la fuerza como medio para zanjar discrepancias

internacionales»; que no contará nunca con fuerzas terrestres, navales o aéreas, ni con ningún otro potencial bélico; y que «al Estado no se le reconocerá derecho de beligerancia». El nuevo primer ministro, el barón Kijuro Shidehara, afirmó a sus compatriotas que se trataba de una exigencia del ocupante estadounidense; se supo más adelante que era él quien lo había querido así, y que le había atribuido la paternidad a MacArthur para evitar cualquier oposición.

Al adoptar esta medida tan infrecuente y radical, Shidehara quería acabar de una vez por todas con las tentaciones militaristas de su país para que pudiera florecer de nuevo sobre cimientos muy diferentes. Era una apuesta arriesgada, pero tuvo un éxito mucho mayor de lo que se podía esperar. En pocos años, el Archipiélago volvió a ser un modelo para las demás naciones. De forma menos aparatosa que antes, pero incomparablemente más constructiva, más profunda y más duradera.

10

EN DOS OCASIONES EN el espacio de un siglo, Japón supo asombrar al mundo: la primera, por sus éxitos militares; la segunda, por sus éxitos económicos. Para cada uno de los casos se habló, merecidamente, de un auténtico «milagro» y la gran disimilitud entre estos episodios convierte la hazaña en más notable aún.

Todo empezó en ambos casos con la irrupción intempestiva de un oficial norteamericano temerario y arrogante: el comodoro Perry en 1853, el general MacArthur en 1945. Ante estas dos «incursiones», los japoneses, tras sufrir inicialmente un gran impacto y desconcierto, reaccionaron con mucha sagacidad. En lugar de enclaustrarse en la negación, la amargura y el resentimiento, aprovecharon sus humillantes infortunios para reaccionar y para librarse de sus propias imperfecciones. En el primer caso, el aislacionismo; en el segundo, el militarismo. Y, en ambas ocasiones, siguieron hasta el final el camino de su lógica con ímpetu y determinación.

La abolición radical de la tentación imperialista nada más acabar la Segunda Guerra Mundial fue, sin duda, un elemento indispensable para el éxito económico. No solo porque desde ese momento el país se centró en la producción «civil», «liberándose» de las preocupaciones políticas y militares que le habían trastornado el juicio en los años anteriores, sino también porque tranquilizó por completo a los vencedores de la guerra sobre el hecho de que su antiguo enemigo confeso, que había luchado encarnizadamente contra ellos y en cuyos «padres adoptivos» se habían convertido de pronto, no iba a aprovecharse de su generosidad para revolverse contra de ellos.

De hecho, los estadounidenses lo trataron con un paternalismo generoso y lúcido casi sin parangón en la Historia; y él, por su parte, resultó ser completamente leal.

POR DESCONTADO, LA POSTURA DE los Estados Unidos no la guiaba únicamente la bondad. Enfrente de Japón se hallaban en las orillas del continente asiático la Unión Soviética, Corea y China, tres países

total o parcialmente comunistas cuyo discurso anticapitalista tenía, a finales de la década de 1940, cierto atractivo para la propia sociedad japonesa. Desde el punto de vista de Washington, el Archipiélago debía plantar cara a ese desafío e incluso oponerle un contraejemplo, el de una democracia próspera.

La demostración fue innegablemente persuasiva. Bajo el efecto combinado de las transformaciones masivas que impuso el ocupante y las medidas sutiles que adoptaron los propios dirigentes nipones, el «nuevo despegue» ocurrió a una velocidad inaudita. Solo una nación capaz de producir el milagro Meiji podía, inmediatamente después de una derrota aplastante y desmoralizadora, volver a ponerse en pie así, emprender de nuevo la ruta hacia la cima y recuperar en tan poco tiempo el respeto y la admiración de toda la humanidad. Un eminente economista japonés, Tsuru Shigeto, habló de «derrota creativa» y eso fue efectivamente lo que ocurrió.

En 1946, el Archipiélago estaba al borde de la hambruna. Los estadounidenses se habían visto incluso en la obligación de enviar cargamentos enteros de alimentos básicos para evitar una catástrofe humanitaria. Las infraestructuras estaban destruidas; las fábricas, paradas; y un grupo de edad entero, diezmado. Sin embargo, al cabo de unos pocos años, la vida económica se había recuperado con creces.

Paradójicamente, los conflictos regionales favorecieron el nuevo arranque. Entre 1950 y 1953 una guerra enfrentó por toda la península coreana a las fuerzas del dirigente comunista Kim Il-sung, con el respaldo de millones de «voluntarios» chinos, y a las tropas estadounidenses al mando del inevitable MacArthur. Durante ese conflicto, a este le resultó complicado llevar desde los Estados Unidos todo cuanto necesitaban sus soldados: comida, ropa, municiones, etc. ¿No sería más sencillo que lo fabricasen allí al lado, en el vecino archipiélago? Fue, como resulta fácil imaginar, una suerte para la agricultura y la industria japonesas, sin olvidarse del turismo en el caso de los militares de permiso. Volvía a estar en marcha el motor económico. El país, dolorido aún por la aplastante derrota, recuperó la confianza y los ánimos.

En 1960, el primer ministro Ikeda Hayato prometió que los ingresos de sus conciudadanos iban a duplicarse en diez años. El objetivo parecía atrevido, pero se cumplió… en siete años. Con

semejante empuje Japón había conseguido superar a Francia, Inglaterra y Alemania para convertirse en la tercera economía mundial por detrás de los Estados Unidos y de la Unión Soviética.

A este regreso a la prosperidad lo acompañó un auténtico renacimiento cultural. Las artes volvieron a florecer. El cine, la literatura, el teatro tradicional y otros muchos elementos del modo de vida japonés tuvieron una proyección internacional que no volvió a flaquear.

PERO LO MÁS SIGNIFICATIVO NO es solo esa capacidad para levantarse y dar un salto adelante. Es también que Japón supo volver a convertirse, sin escándalo, en un modelo que querían imitar los pueblos de Oriente. Y de una forma muy distinta a la del pasado.

En los tiempos de su sonada victoria sobre la Rusia zarista, en 1904 y 1905, Japón había desencadenado una tempestad revolucionaria en numerosas comarcas. Se habían alzado naciones, se habían desplomado tronos; escritores indios, turcos o árabes habían compuesto odas a mayor gloria del «Mikado», en quien algunos quisieron ver, durante una temporada, a un moderno «comendador de los creyentes». Aquella fiebre no duró. Al cabo de diez años la llama vacilaba ya y nunca volvió a encenderse.

El segundo milagro japonés, aunque se inauguró inmediatamente después del cataclismo de Hiroshima, iba a tener un destino diferente. No dio pie ni a largos poemas, ni a sueños mesiánicos, ni a movimientos revolucionarios. Lo que ocurrió apenas si pueden detectarlo los sismógrafos de la actualidad. Y, sin embargo, realmente sucedió, como habría dicho el gran Galileo.

La era Meiji, que había perdido el alma por los extravíos militaristas, volvió tranquilamente a ocupar su lugar en la Historia mediante una apacible metamorfosis que iba a trasformar a Japón y al resto de mundo mucho mejor de lo que habían sabido hacerlo las pretensiones hegemónicas o las revoluciones violentas.

LOS VELOCES ÉXITOS DE JAPÓN iban a proporcionar, de hecho, ideas a unos cuantos «vecinos» atentos. En particular a un militar surcoreano llamado Park Chung-hee.

Al llegar al poder, en 1961, todo permitía creer que iba a ser un autócrata más del tercer mundo. De los muchos que había en aquellos años, respaldados por Moscú unos y por Washington otros. El general Park pertenecía a esta última categoría. Su país,

magullado en las sucesivas guerras que se habían desarrollado en su territorio, contaba aún con la ayuda occidental para evitar la extrema pobreza; de la que no andaba muy lejos, por cierto: tenía una renta per cápita inferior a la de Madagascar, Sri Lanka o Somalia, la mitad de la de El Líbano, y la tercera parte de la del Perú.

Peor aún, hasta principios de la década de 1970 las estadísticas de las instituciones internacionales situaban a veces a Corea del Sur *por debajo* de su «hermano enemigo» del norte, lo que permitía temer consecuencias políticas desastrosas.

CUANDO DIO EL GOLPE DE Estado, el general Park tenía cuarenta y tres años y había dejado ya atrás una trayectoria muy controvertida. En su juventud, su país era una provincia japonesa y él empezó su carrera militar como oficial nipón. Como tal, sirvió con entrega y recibió medallas. Adoptó incluso un apellido y un nombre japoneses y mostraba tal celo que lo admitieron en la prestigiosa Academia del Ejército Imperial, sita en un arrabal de Tokio, para perfeccionar su formación.

No le resultó fácil caer de pie después de la derrota. Al principio, se unió al movimiento comunista; incluso lo detuvieron, lo juzgaron por intento de conspiración y lo condenaron a muerte para, después, indultarlo. Pero al estallar la guerra de Corea, en 1950, se había decantado resueltamente por el bando estadounidense.

Ganarse la confianza de sus nuevos mentores le garantizó un ascenso rápido en el ejército. Park formaba parte de esos personajes, bastante numerosos, que habían colaborado con el ocupante japonés (o, en Europa, con los nazis) y a los que, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, habían «recurrido» los aliados occidentales porque podían serles valiosísimos en la lucha contra el comunismo.

El hombre tenía, junto con sus innegables defectos, virtudes no menos innegables. Brutal, sin escrúpulos y arribista, pero audaz, ingenioso y entregado en cuerpo y alma a los combates que reñía, tanto los de la guerra propiamente dicha como aquellos contra la ignorancia, la incompetencia y el subdesarrollo. Aún hoy sus compatriotas se hallan divididos al respecto. Muchos siguen siendo críticos con sus métodos dictatoriales y también con su cercanía al «enemigo hereditario» japonés; sin embargo, cuando les han hecho

encuestas para elegir a su personaje histórico favorito, con frecuencia los coreanos lo eligen a él. Porque consiguió, tras los pasos del milagro japonés, un milagro coreano aún más espectacular que llevó a un país pobre del tercer mundo a la categoría de duodécima potencia industrial del planeta, con (en el momento en que escribo estas líneas) una renta per cápita ¡idéntica a la media de la Unión Europea y ligeramente superior a la de Japón!

SU PROXIMIDAD CON ESTE ÚLTIMO país, que le había valido al general Park la etiqueta de colaboracionista, le valió también triunfar allí donde tantos otros habrían fracasado. Observando de cerca lo que ocurría en la antigua potencia colonial y maravillado ante el «milagro» económico que esta había conseguido, llegó a preguntarse si sus propios compatriotas no podrían lograr una hazaña similar.

Se había fijado, por ejemplo, en que los éxitos de Japón se debían en buena parte al papel que desempeñaban los grandes grupos, con fuerte apoyo del Estado, que hacían las veces, para la industria, para la banca y también para el comercio exterior, de insustituibles «locomotoras». Corea debería ir por ese mismo camino, decretó el general-presidente. ¿No tenía el Archipiélago a Mitsui, Mitsubishi, Toyota u Honda? La Península iba a tener a Samsung, Hyundai, LG o Kia.

Algo más importante aún: ese hombre criado en una familia de tradición confuciana comprendía mejor que otros la importancia capital de la educación como fundamento del desarrollo. La había convertido en el primer mandato de su credo. Si Corea invierte en enseñanza, si la totalidad de población llega a ser instruida y con un nivel alto, a continuación, vendrá la prosperidad y esta será prácticamente irreversible.

Aunque obviamente la idea no era nueva, se llevó a un nivel sin parangón. Cuando se compara hoy el nivel de instrucción de los diferentes países del mundo, Corea está en la parte más alta, a menudo incluso ocupa el primer lugar. Claramente por encima de los grandes países de Europa y también de los Estados Unidos…

LA IMPORTANCIA QUE LA SOCIEDAD coreana le concede a tener estudios linda a veces con la obsesión. Incontables familias se centran en el rendimiento escolar de sus hijos con la certidumbre de que de ello depende su estatus social, su nivel de vida, su respetabilidad e

incluso su dignidad. Esta preocupación se vuelve a veces excesiva hasta el punto de provocar depresiones, animadversiones enfermizas y suicidios. La literatura, las canciones, las películas y las series televisivas producidas en Corea del Sur, y que cuentan ahora con una audiencia mundial, tratan a menudo de ese tema con un enfoque unas veces trágico y, otras, cómico.

Se trata de una crítica sana y completamente justificada, dado que la presión que se ejerce tanto sobre los jóvenes como sobre sus padres raya a veces en el acoso; aunque no hay que olvidar que es el reverso de una moneda eminentemente envidiable. Se podría decir que la mayoría de los países del mundo padece la enfermedad inversa: en lugar de hacer excesivo hincapié en la enseñanza, el saber y los estudios, se abusa de una complacencia irresponsable y casi criminal con la ignorancia y el analfabetismo, siendo así que todo el mundo sabe hoy en día que es el nivel de instrucción de las mujeres y de los hombres, de los jóvenes y de los viejos, lo que en una sociedad moderna determina la capacidad para vivir en la prosperidad, el progreso, la democracia, la libertad, la igualdad, para hacer que la respeten las demás sociedades humanas e incluso para sobrevivir en este mundo difícil que es el nuestro.

Tratándose de Corea del Sur, en cualquier caso, está claro que el aumento general del nivel de instrucción no solo ha facilitado la emergencia de una industria próspera y poderosamente innovadora. También ha ayudado al país a salir muy deprisa de la dictadura y a edificar una auténtica democracia con elecciones libres y una vida cultural dinámica.

EL «CONTAGIO» DEL SEGUNDO MILAGRO japonés no se limitó a Corea del Sur. Ni únicamente a los demás «pequeños dragones» asiáticos, tales como Singapur, Hong Kong o Taiwán, que tuvieron, por la misma época su propio despegue económico, en parte gracias al impulso que dio el Archipiélago. Solo se alcanzó la apoteosis el día en que el «Imperio del Centro» acudió *motu proprio* a atender a las enseñanzas de su «joven» vecino; un momento crucial en la historia de Asia e incluso, puede decirse sin miedo a exagerar, un giro decisivo en la trayectoria de toda la humanidad.

El acontecimiento emblemático fue, en este sentido, la gira que en octubre de 1978 realizó por Japón el nuevo dueño de China, Deng Xiaoping. Aunque aún no lo habían «entronizado»

oficialmente, ya estaba al mando y reflexionaba intensamente sobre todo lo que debería hacer para sacar a su país del marasmo en que se hallaba.

A sus anfitriones se les había anunciado claramente la meta del viaje, sin falsos pudores: había ido a aprender. Y cuando, durante la visita a la incomparable Kioto, le explicaron cortésmente que la antigua capital japonesa se había construido siguiendo el modelo de la antigua capital china de Chang'an, la actual Xi'an, Deng les respondió, imperturbable: «Hoy están invertidos los papeles, vosotros sois los profesores y nosotros los alumnos».

Ese fue el *leitmotiv* que volvía continuamente durante la gira. China necesita modernizarse, necesita desarrollarse lo más deprisa posible y, para conseguirlo, tiene que basarse en el ejemplo de Japón. Sí, por supuesto, ha existido entre ambos países una historia cuando menos complicada. Guerras, matanzas, humillaciones. Pero, aunque el discurso oficial de los comunistas chinos, sus camaradas, describiese continuamente a Japón como a un agresor detestable del que había que desconfiar constantemente, Deng quería que a sus anfitriones les llegase un mensaje muy diferente. Hemos tenido, les dijo en esencia, dos mil doscientos años de historia común y, de ellos, solo un siglo, solo uno, de malentendidos; hay que cerrar ese horrible paréntesis y reanudar, sobre nuevas bases, nuestra afinidad milenaria.

En el ambiente de entusiasmo fruto de la visita de Deng, un antiguo primer ministro japonés, Tanaka Kakuei, describió la aproximación entre los dos grandes países como «el acontecimiento más dichoso desde la Restauración Meiji». La expresión podía parecer hiperbólica, pero no carecía de justificación. Si dicha «Restauración» prometía despertar a los pueblos de Asia y encarrilarlos resueltamente por la vía de la modernización, un objetivo semejante no podía alcanzarse mientras el gigante del continente permanecía al margen del movimiento. Ese momento crucial, que durante tanto tiempo habían retrasado los extravíos tanto de China como de Japón, ¿había llegado por fin? ¿Iban ambos países a recuperar juntos el camino de la serenidad, la prosperidad y el progreso?

En cualquier caso, el «reencuentro» de 1978 permitía pensar que el Archipiélago estaba consiguiendo con éxito, merced a sus

hazañas económicas, lo que no había podido llevar a cabo mediante sus aventuras militares. Y que China se disponía, por su parte, a reconsiderar su visión de la Historia, su concepto de la economía, así como sus relaciones con el resto del mundo.

Hay que decir que, en el intervalo entre los dos «milagros» japoneses, otro gran país había recogido la antorcha de la emancipación de los pueblos de Oriente y barajado vigorosamente las cartas. Con promesas muy atractivas y resultados cuando menos desconcertantes.

II

El «paraíso» de los trabajadores

«Du passé faisons table rase,
Foule esclave, debout, debout!
Le monde va changer de base,
Nous ne sommes rien, soyons tout!»

«Del pasado hay que hacer añicos.
Legión esclava, ¡en pie, a vencer!
El mundo ha de cambiar de base,
los nada de hoy todo han de ser».

EUGÈNE POTTIER (1816-1877),
Letra de *L'Internationale*

1

DE TODAS LAS CHISPAS que brotaron del archipiélago nipón tras su irrupción estruendosa en la escena mundial, las más determinantes para el porvenir de la humanidad fueron las que alcanzaron a las dos grandes naciones a las que había derrotado: Rusia y China. Sus dinastías reinantes, los Románov y los Qing, ambas en el poder desde el siglo XVII, no iban a tardar en venirse abajo, cediendo el puesto a regímenes políticos de una categoría inédita, que prometían trastocar el orden establecido hasta entonces en el mundo. Remitiéndose a una misma ideología socialista e internacionalista, ambos países iban a empuñar, cada uno a su manera, la «antorcha» que había encendido la era Meiji, la de un desafío radical y global a la secular supremacía de Occidente.

En el caso de Rusia, resultaba extraño que asumiera ese papel. ¿El prestigio que había adquirido Japón ante los pueblos orientales no se debía precisamente a que había infligido una derrota a una gran potencia europea? ¿Cómo esa misma potencia podía erigirse, doce años después, en ciudadela del combate contra Occidente y en abanderada de los oprimidos?

Esa aparente rareza es el reflejo de la posición paradójica que ocupaba Rusia en el mundo a principios del siglo XX y que, en lo esencial, sigue ocupando: una gran potencia europea innegablemente, puesto que era y sigue siendo el país más poblado y extenso del continente, cuyos jinetes, los temibles cosacos, habían acampado en pleno centro de París tras la caída de Napoleón I; pero también una gran potencia oriental, ya que se extendía desde los Urales hasta el mar de Japón, ocupaba todo el norte de Asia y compartía fronteras con el Imperio otomano, Persia, Afganistán, China y Corea.

Rotundamente «euroasiática», a la Rusia cristiana nunca se la consideró *occidental*. Cierto es que entendió, como tantos otros, que debía seguir las enseñanzas de Occidente; nada ilustra mejor esta postura que la gira que realizó el zar Pedro el Grande, de incógnito, por diversos países de Europa, entre ellos Inglaterra, los Países

Bajos, Prusia y Austria, a finales del siglo XVII, para entender y para aprender; podría incluso decirse que en eso fue el precursor y el inspirador de gran cantidad de dirigentes por todo el mundo, entre ellos los reformadores de la era Meiji. Sin embargo, siempre hubo entre Occidente y Rusia fosos difíciles de cruzar, especialmente ese que representa el cisma casi milenario entre las Iglesias de Oriente y las de Occidente. Aunque no haya impedido las alianzas y los intercambios, ha mantenido constantemente entre el mundo ortodoxo y el resto de la cristiandad una elevada barrera que nada ha podido rebajar.

Esta mutua desconfianza iba a crecer con la caída de los zares y el vuelco ideológico del país. Como si un segundo cisma hubiese llegado para agravar el primero.

AL ENCABEZAR LA LUCHA GLOBAL contra la hegemonía de Occidente, Rusia dio a ese enfrentamiento una tonalidad intelectual muy diferente. En los tiempos en que el archipiélago nipón desempeñaba ese mismo papel, la cuestión racial estaba omnipresente. En primer lugar, se percibía a las potencias europeas como «blancas», hecho que asumían plenamente. Y los orientales se identificaban con los japoneses porque no eran de ese color. La Revolución rusa iba a modificar ese enfoque. En adelante, el aspecto determinante en la definición de Occidente iba a ser su sistema socioeconómico, el capitalismo, con su corolario, el imperialismo, que Lenin describió como su «fase superior», sin olvidarse de la explotación de los trabajadores en los propios países colonizadores.

Ese cambio de perspectiva, que atenuó la dimensión racial del conflicto, era ineludible desde el momento en que el desafío a la supremacía de Occidente procedía de una nación mayoritariamente blanca y europea. A sus dirigentes no les quedaba más remedio que deshacerse de los criterios según los cuales se parecían a los opresores para destacar los que les hacían parecerse a los oprimidos. El enemigo no era ya el blanco, ni el europeo, era el capitalista, que explotaba y oprimía a los negros y a los amarillos, pero también a una multitud de blancos. Mientras el marxismo siguió siendo la ideología dominante de los revolucionarios del mundo entero, pocas veces se hacía hincapié en el hecho de que los individuos y los grupos perteneciesen a una raza.

Por ello, el desafío ruso a Occidente estuvo en condiciones de

adquirir, en gran cantidad de países, ricos o pobres, colonizadores o colonizados, una repercusión inmensa. Por primera vez en la Historia, una doctrina laica e internacionalista se extendía bajo todos los cielos. Hubo momentos en que pareció incluso que iba camino de triunfar.

Las páginas siguientes van a evocar esta aventura soviética que comenzó en 1917 y se prolongó, corriendo distintas suertes, durante tres cuartos de siglo; no para rememorar los numerosos acontecimientos dramáticos que la fueron jalonando, sino con el enfoque concreto que nos interesa en este libro, el del desafío formidable que Rusia le lanzó a la secular supremacía de Occidente. Un desafío que estuvo durante mucho tiempo en la entraña de la vida política e intelectual del planeta y cuyas consecuencias siguen muy presentes.

DURANTE TODO EL SIGLO XIX, en el imperio de los Románov no había dejado de amplificarse la aspiración al cambio. Mientras su país empezaba a industrializarse, más tarde y más despacio que sus rivales de Occidente, muchos rusos se impacientaban. Bajo la seducción de las ideas llegadas de Francia, Inglaterra o Alemania, y frustrados por no poder experimentarlas en su propia sociedad, que juzgaban despótica y atrasada, cultivaban, con audacia, ufanía y abnegación, pero a menudo también ciegamente, diversas utopías revolucionarias. Mucho antes de la aparición de los comunistas, la imagen de Rusia en Occidente iba asociada ya a la sublevación «decembrista» del príncipe Trubetskói, a los escritos anarquistas de Bakunin y de Kropotkin, así como al terrorismo de los *naródniki*…

A esa efervescencia política y social la acompañaba una ebullición cultural notablemente fecunda. En pocas décadas, Rusia había engendrado uno de los magnos momentos de la literatura universal, con escritores como Pushkin, Gógol, Tolstói, Dostoievski, Chéjov o Turguénev, así como una gran tradición musical que ilustraron Tchaikovski, Músorgski o Rimski-Kórsakov. Hubo también científicos de renombre, como el químico Mendeléiev o el fisiólogo Pávlov. En numerosos ámbitos, el país florecía velozmente sin que sus dirigentes consiguiesen tomar en consideración la metamorfosis. El último zar, Nicolás II, influenciable y torpe, acabó por desacreditarse tras una serie de decisiones irreflexivas e incoherentes. Por si fuera poco, la hemofilia que padecía el joven

heredero, el zarévich Alekséi, y la agobiante presencia en el palacio imperial del inquietante curandero Rasputín reforzaban la sensación de inminente final de un reinado.

Si la guerra contra Japón había sido el catalizador de la revolución de 1905, la Primera Guerra Mundial, que se gestionó con la misma incompetencia, iba a servir de marco a la revolución de 1917. Esta ocurrió en dos tiempos: un levantamiento popular a finales de febrero (principios de marzo en el calendario gregoriano) que condujo a la abdicación del monarca y a la formación de un Gobierno de coalición; a continuación, a finales de octubre (principios de noviembre, con un estilo nuevo), un audaz golpe de mano contra el Palacio de Invierno de Petrogrado, la actual San Petersburgo, que llevó a los bolcheviques al poder. A renglón seguido, estos anunciaron que Rusia iba a retirarse del conflicto mundial, lo que enfureció a sus principales aliados, Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Lenin y sus camaradas tuvieron que enfrentarse a una guerra civil, alzamientos militares, intervenciones armadas extranjeras, un desplome de la economía e incluso a hambrunas. Precisaron cinco años para tomar los mandos con firmeza.

EL ANTIGUO IMPERIO DE LOS zares, rebautizado con el nombre de «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas», iba a reivindicar en adelante el marxismo-leninismo, una doctrina heterogénea cuyo primer elemento correspondía a la base teórica y el segundo, a las «instrucciones de uso», por llamarlo así. Karl Marx, en efecto, estaba convencido de que el socialismo se impondría de forma ineludible cuando el proletariado, sobre todo el de las grandes naciones industriales como Alemania o Inglaterra, tuviera suficiente poder para instaurarlo; mientras que al militante ruso le parecía aberrante esperar a que el proletariado ruso creciese y se estructurase o a que los obreros de Europa occidental fuesen los primeros en sublevarse.

Ese voluntarismo leninista iba a tener sobre el destino del comunismo un efecto estimulante y amplificador, pero también perverso. La idea según la cual un grupito de activistas decididos, adoctrinados y bien organizados podía adueñarse del poder en cualquier país, al margen de lo adelantada que estuviera la sociedad, permitió que se propagase el movimiento rápidamente por el mundo. No obstante, esta forma de ver las cosas favoreció

por doquier la emergencia de regímenes autoritarios que gobernaban en nombre de los trabajadores, pero sin contar con su opinión y en continua deriva hacia la arbitrariedad burocrática y la represión. Nunca pudo superarse esta tara original del poder soviético que acabó por llevarlo a la ruina.

Sin embargo, los comienzos habían sido entusiastas y eminentemente prometedores.

2

EN MARZO DE 1919, cuando su régimen, con año y medio de vida, luchaba aún por la supervivencia, Lenin y sus camaradas se lanzaron a una ambiciosa empresa que apuntaba a construir «un partido mundial de los proletarios». Con esa finalidad, fundaron una «Tercera Internacional», llamada «Internacional comunista» o «Komintern», cuya misión consistía en reunir en su regazo a todos los movimientos políticos que se constituyesen sobre el mismo modelo y con la misma doctrina en el mundo entero. Cada uno de ellos tendría sus propias autoridades nacionales, pero para las decisiones importantes todos tendrían que remitirse a Moscú, sede del comité ejecutivo, que presidía uno de los principales dirigentes bolcheviques, Grigori Zinóviev.

La creación de la Komintern no era solo la aplicación de los conceptos internacionalistas de los nuevos amos de Rusia. Procedía de una mentalidad que no puede por menos de parecer, con la perspectiva del paso del tiempo, tremendamente ingenua, pero que estaba por entonces muy extendida tanto entre los militantes de base como entre los jefes. En efecto, muchos de ellos estaban convencidos de que la revolución mundial era inminente. Algo así como algunos discípulos de Jesús estaban convencidos de que su reino en la tierra se implantaría en vida de ellos, eran muchos los revolucionarios rusos que creían que su alzamiento había prendido una mecha cuyos efectos iban a notarse enseguida.

En un artículo publicado en mayo de 1919, Zinóviev pronosticaba que «dentro de un año se estará empezando a olvidar que hubo en Europa un combate para hacer que triunfase el comunismo dado que toda Europa se habrá vuelto comunista». Es posible, añadía, que el capitalismo sobreviva un año más en Inglaterra, pero en el resto del continente desde luego que no. El propio Lenin, en un artículo publicado en julio de 1919, prometía a los militantes que, pasado un año, ya se habría organizado una federación soviética planetaria y que esa victoria sería «completa y definitiva».

Al año siguiente, como la victoria tardaba en llegar, ambos dirigentes tuvieron que reconocer que habían pecado de exceso de optimismo y que sería menester prepararse para llevar a cabo un combate más largo de lo previsto y también más arduo.

EN ESE AMBIENTE DE GRAN fervor revolucionario, la Komintern decidió organizar en Bakú, a orillas del mar Caspio, en septiembre de 1920, un «Congreso de los pueblos de Oriente». A los dos mil delegados, pertenecientes a decenas de etnias tanto del interior como del exterior del Imperio ruso, Zinóviev les dijo en su discurso de apertura: «¡Proletarios de todos los países *y pueblos oprimidos del mundo entero*, uníos!». Y no se limitó a ampliar así la frase original de Marx, sino que fue mucho más allá: «Camaradas y hermanos, la tarea que se os brinda es la de encender el fuego de la guerra santa contra los capitalistas ingleses y franceses». Una idea que repitió en la perorata acotando algo más el ataque: «¡Juremos pelear la guerra santa ante todo contra el imperialismo británico!». Lo que desencadenó una salva de aplausos de los delegados y gritos entusiastas: «¡Lo juramos!».

A continuación, otra gran figura de la Komintern, Karl Rádek, subió a la tribuna para presentar un informe sobre la situación internacional y «las tareas que incumben a las masas laboriosas de Oriente». Insistió a los delegados en el «destino en común» que vinculaba a sus pueblos con la Revolución rusa. «O unimos nuestras fuerzas para acelerar la victoria del proletariado de Europa occidental o *nosotros* moriremos y a *vosotros* os esclavizarán».

El comunicado final del congreso repitió las mismas recomendaciones: «¡Avanzad como un solo hombre en la guerra santa contra los ocupantes británicos! Para liberar a los pueblos de Oriente, para acabar con la división de la humanidad en pueblos opresores y pueblos oprimidos, y para alcanzar la igualdad completa entre todos los pueblos y las razas, fueren cuales fueren su lengua o el color de su piel, fuere cual fuere la religión que profesen».

En la reseña que publicó tras el congreso de Bakú, el *Times* de Londres no olvidó referirse con ironía al «espectáculo de dos judíos que convocan al mundo islámico a la yihad contra el colonialismo británico». Pero la paradoja de la que se mofaba el periódico no era sino aparente. Lo que la joven Revolución rusa pedía a los pueblos

de Oriente era que «trocasen» su fervor religioso por otro fervor anticolonialista y liberador.

Ese deseo quedaba claramente formulado en la solemne llamada que les dirigieron a los congresistas de Bakú los principales dirigentes comunistas de entonces, empezando por Lenin y Trotski. «Antaño —les decían— cruzabais los desiertos para ir a visitar los santos lugares. Hoy también deberíais abriros camino por encima de las montañas y los ríos, atravesando bosques y desiertos, pero para encontraros, para tratar juntos la manera con la que podríais liberaros de las cadenas de la servidumbre y para uniros en una alianza cordial que os permita vivir en la igualdad, la libertad y la fraternidad. ¡Que vuestro congreso aporte fuerza y confianza a los millones de seres humanos que siguen oprimidos por el mundo entero! ¡Que les insufle fe en su propia fuerza! ¡Que acerque el día de su definitivo triunfo y su liberación!».

Dos años después de su fundación, la Komintern se atribuía ya cuarenta y ocho partidos miembros, repartidos por el conjunto del planeta, desde México a la India y desde Suecia a África del Sur. Se creaban a diario nuevos movimientos, en circunstancias muy diferentes de un país a otro. A varios de ellos, como los partidos chino, vietnamita, cubano, francés, italiano, portugués o húngaro, les esperaba un papel protagonista en la historia de su país; otros iban a seguir siendo durante décadas modestas capillas.

Muchas personalidades iban a surgir en el seno de ese amplio movimiento planetario, con las trayectorias más diversas y singulares. A los detractores del comunismo les gusta desgranar los nombres de Stalin, Beria, Vychinski, Lysenco, Pol Pot o Mengistu, siendo así que sus partidarios prefieren recordar a Antonio Gramsci, Oscar Niemeyer, Pablo Neruda, Pablo Picasso, Paul Éluard, Louis Aragon o Nazim Hikmet. Lo que es seguro es que la Revolución de Octubre había despertado una formidable esperanza e iba desembocar en una inmensa desilusión.

A principios de la década de 1920 aún no había más que esperanza. En Occidente, la esperanza de que la Primera Guerra Mundial sería también la última, de que la horrible carnicería no iba a repetirse nunca, de que los trabajadores de Francia, Alemania e Inglaterra volverían a descubrir su solidaridad, su fraternidad, y volverían a ser camaradas. Y, en Oriente, la esperanza de acabar

con el colonialismo, el racismo, la miseria y el oscurantismo.

MUCHOS DE LOS QUE HABÍAN visto en Japón emergente una gran oportunidad histórica, pero a los que había desalentado el creciente chovinismo de sus dirigentes, dirigieron en adelante la mirada hacia Moscú. Uno de los mejores ejemplos fue, una vez más, Sun Yat-sen.

En el discurso que había pronunciado en Kobe pocos meses antes de morir, ese mismo en el que se preguntaba si Japón iba a convertirse en «halcón» (pregunta meramente retórica puesto que ya había ocurrido la mutación), el padre de la República china hacía un vibrante elogio de Rusia. «Existe hoy en Europa una nueva nación que los blancos miran con malos ojos y que intentan expulsar de su familia. La consideran como una serpiente venenosa o como una alimaña y no se atreven ya a acercarse a ella. Esa nación es Rusia. Acaba de separarse de Occidente para reunirse con Oriente. Los principios que la guían concuerdan con los nuestros propios de benevolencia y justicia, pero les resultan inaceptables a los europeos porque acabarían con su reinado de la fuerza».

Sin dejar de expresarse como lo hacía en su juventud, a golpe de referencias geográficas y raciales, el doctor Sun daba por completo «el espaldarazo» al nuevo abanderado de Oriente. Esbozaba incluso una síntesis entre el comunismo y el confucianismo, dos doctrinas cuyo destino iba a ser enfrentarse rudamente en el seno de la nación china antes de reconciliarse.

A LAS PALABRAS DEL HOMBRE de Estado se había anticipado una iniciativa muy sorprendente. En enero de 1923, había solicitado formalmente a los dirigentes bolcheviques que le enviasen a un delegado plenipotenciario, cosa que Lenin aceptó puntualmente. El hombre a quien se encomendó esa misión, Mijaíl Borodín, uno de los más brillantes y más hábiles agentes de la Komintern, iba a convertirse, en pocos meses, en el brazo derecho del dirigente chino y en el consejero al que más caso hacía.

Borodín, cuyo verdadero nombre era Mijaíl Gruzenberg, había nacido en las inmediaciones de Vitebsk antes de emigrar a los Estados Unidos, donde estudió en la Universidad de Indiana y fundó, luego, en Chicago, una escuela para enseñar inglés a los inmigrantes rusos. Se mostraba más bien reservado en lo referido a Lenin, a quien conocía algo y que le parecía dogmático y aventurado. Por ello había ido siguiendo con tibieza las noticias

llegadas de su tierra natal. Pero, al ver que los bolcheviques, ya en el poder, se topaban con grandes dificultades frente a todos aquellos que les eran hostiles, tuvo mala conciencia y se fue en 1918 a Moscú, ciudad que los nuevos dirigentes habían convertido en su capital en sustitución de San Petersburgo.

Nada más llegar, lo recibió, para mayor sorpresa suya, el propio Lenin, quien le habló con el corazón en la mano, igual que a un viejo amigo, y escribió de su puño y letra, para que dispusiera de ella, una larga carta dirigida a «los trabajadores estadounidenses» en la que decía: «Somos hoy, como quien dice, una fortaleza asediada que espera que los demás contingentes de la revolución socialista mundial acudan a socorrernos. Esos contingentes existen, están empezando a formarse y son mucho más fuertes que los nuestros… En una palabra, somos invencibles porque la revolución proletaria mundial es invencible».

Entusiasmado con ese encuentro, Borodín empezó a recorrer el mundo para difundir las ideas de la Revolución y facilitar el nacimiento de movimientos políticos de observancia comunista. Contribuyó sobre todo a la creación de un «Partido Socialista Obrero» en México y también, indirectamente, a la del «Partido Comunista de la India».

En China consiguió convertirse en muy poco tiempo en un actor principalísimo de la escena política. Contaba con la plena confianza de Sun Yat-sen, quien lo llevaba consigo a todas las reuniones importantes y le pedía que lo representase cuando él no podía acudir. Y como Borodín no hablaba la lengua del país y su conocimiento de esta, de su cultura y de sus costumbres no bastaba, la Komintern había colocado junto a él a un camarada vietnamita tan inteligente como discreto, que hablaba con fluidez el cantonés, el inglés, el francés y el ruso. Se hacía llamar Ly Thuy, pero el mundo entero iba a conocerlo, unos años más adelante, con otro pseudónimo: Ho Chi Minh.

A QUIENES TRATARON A BORODÍN siempre les llamó la atención una mezcla inusual de urbanidad burguesa y de eficacia militante, así como una gran cultura, tanto clásica como revolucionaria, que le permitía recitar fragmentos enteros de Shakespeare, Pushkin o Marx. A Sun Yat-sen lo fascinó sobre todo la capacidad de su particularísimo consejero para entender de una ojeada una

situación extremadamente compleja, resumirla en dos o tres ideas claras y proponer a renglón seguido soluciones plausibles. Rodeado de potenciales herederos que desconfiaban unos de otros y ponían sus ambiciones personales por encima de los intereses del país, el dirigente chino se sentía a gusto con aquel extranjero cuya autoridad provenía totalmente de la suya. No cabe duda de que el enviado de la Komintern tenía sus propios objetivos estratégicos, pero estos, consideraba el doctor Sun, no eran incompatibles con los intereses de la nación china en esta fase crítica de su historia.

Cuando algunas personas, celosas de la creciente influencia de Borodín, le preguntaron un día a Sun Yat-sen si sabía el verdadero apellido de su hombre de confianza, sin duda para hacerle notar que Gruzenberg era judío, el padre de la República china replicó: «Por supuesto que sé cómo se apellida. ¡Lafayette!». Una respuesta tan mordaz como elocuente y que, en sustancia, decía: de la misma forma que el aristócrata francés acudió a socorrer a las colonias norteamericanas sublevadas contra la Corona británica, el activista soviético ha venido a ayudar a China en su propio combate por la independencia nacional; y si Borodín interpretaba en esa «alegoría» el papel de Lafayette, entonces él, el primer presidente de China, interpretaba en ella el papel de George Washington, primer presidente de los Estados Unidos.

El 11 de marzo de 1925, cuando se hallaba en su lecho de muerte, rodeado de su familia y de sus amigos más cercanos y acababa de firmar su testamento político y su testamento privado, Sun Yat-sen manifestó el deseo de añadir a ellos un tercer documento: una carta solemne dirigida, curiosamente, a los dirigentes de la Unión Soviética: «Al deciros adiós, queridos camaradas, deseo expresar la ferviente esperanza de que pronto amanecerá el día en que la URSS salude, como aliada y amiga, a una China fuerte e independiente, el día en que los dos aliados avanzarán juntos hacia la victoria en la magna lucha por la liberación de los pueblos oprimidos del mundo entero».

La carta, redactada en inglés por un joven militante de su entorno, se la leyó al moribundo su cuñado antes de que él la firmase con mano temblona. Su contenido era conforme a las opiniones que el fundador de la China moderna profesaba en el ocaso de su vida, pero probablemente no habría llegado a rematarla

con ese toque, cuando menos inusual, de no ser por la amistad que sentía por su consejero soviético y la gran confianza que tenía en él. «SUN YAT-SEN DIJO ANTES DE morir: "La palabra de Borodín es mi palabra"», comenta André Malraux, admirativo, en su primera novela, *Los conquistadores*, donde es omnipresente la sombra del emisario de la Komintern.

3

LO QUE BORODÍN PUDO llevar a cabo en China era innegablemente una proeza. Pero no es más que un ejemplo entre tantos otros de las acciones militantes iniciadas en la misma época en el mundo entero. Incluida mi propia tierra natal.

Lo que allí ocurrió no tuvo, por supuesto, una resonancia planetaria, y los personajes que participaron no consiguieron una gran notoriedad, pero me parece que, observando alternativamente un país gigantesco y un país pequeño, se calibra mejor lo que supuso el extraordinario impulso que en sus tiempos trajo consigo la Revolución de Octubre.

Si me detengo en ello en el espacio que ocupan unas pocas páginas es también porque los azares de la existencia me hicieron conocer en Beirut, cuando tenía yo veinte años y él setenta, al hombre que estuvo en los orígenes de la creación de un partido comunista en El Líbano. En aquel tiempo, yo sabía poco de su pasado militante, no lo descubrí hasta mucho más adelante, cuando no estaba ya en este mundo.

Tenía el alma de un poeta romántico más que la de un combatiente de la revolución mundial. En su juventud publicaba en la prensa artículos que firmaba como «El fantasma llorador», en los que se lamentaba de las desdichas de sus compatriotas, que habían pasado sin transición de la dominación otomana a la dominación francesa, siendo así que aspiraban a la independencia. Describía en ellos los padecimientos de los campesinos y criticaba sin contemplaciones a las autoridades políticas y religiosas, complaciéndose a veces en añadir al pie del artículo: «redactado en mi cuchitril rojo, en el corazón del barrio de los ricos, en el año seis de la Tercera Internacional».

Habitualmente firmaba siempre sus escritos con pseudónimo, pero el 19 de octubre de 1924 escogió hacerlo con su verdadero nombre: Ibrahim Yazbek. Se trataba de una ocasión solemne, pues acababa de escribir la oración fúnebre de uno de sus autores preferidos, Anatole France. Novelista y reputado intelectual, premio

nobel de literatura, este se revelaba, en los últimos años de su vida, como un ferviente admirador de la Revolución rusa. En noviembre de 1922, había publicado en *L'Humanité*, órgano del Partido Comunista francés, un vibrante «Salut aux Soviets!», que empezaba así: «Hace cinco años, la República de los Soviets nació pobre e invencible. Traía consigo un nuevo espíritu, amenazador para todos los gobiernos de opresión e injusticia que se reparten la tierra. El viejo mundo no se equivocó. Sus líderes reconocieron a su enemigo. Armaron contra él a la calumnia, la riqueza, la violencia. Quisieron asfixiarla; enviaron contra ella a hordas de bandidos. La República de los Soviets reclutó a sus ejércitos rojos y aplastó a los bandidos».

Esas palabras combativas le habían valido al escritor la admiración de algunos y la hostilidad de otros muchos, sobre todo en el seno de la Academia Francesa, de la que era uno de los miembros más eminentes. Y lo hicieron aparecer, ante los ojos de sus contemporáneos, como a un gran amigo de los bolcheviques. Por ello, el joven Yazbek, que compartía sus mismas inclinaciones, veía en él un modelo.

La elegía que le dedicó empezaba: «Ha callado la guitarra de la libertad y corren las lágrimas de los oprimidos». Y concluía con un «¡Anatole France, salve!», que era el eco del saludo que el escritor desaparecido había dirigido a los Soviets.

CUATRO DÍAS DESPUÉS, UN ENVIADO de la Komintern se presentaba en Beirut. Tras coger una habitación en el Hôtel d'Europe, sito muy cerca del puerto, empezó a buscar al autor de la vibrante oración fúnebre.

No le costó encontrarlo, puesto que Yazbek, por cuyos artículos pocas veces recibía una remuneración de los periódicos que lo publicaban, trabajaba precisamente como intérprete en la capitanía del puerto, donde se precisaban de continuo los servicios de un políglota para entenderse con los viajeros extranjeros. Ambos hombres no tardaron en encontrarse y se citaron en el hotel.

—En el preámbulo de su artículo lo presentan a usted como escritor socialista. ¿Es así como se define usted? —preguntó el visitante.

—Me describiría más bien como comunista —rectificó el interesado.

Su interlocutor sonrió.

—¿Hay más personas en este país que piensen como usted?

—Somos unos cuantos…

—¿Habría entre ustedes proletarios?

—Está Fuad. Es obrero en la manufactura de tabaco.

El viajero explicó entonces sin rodeos que le habían encargado entrar en contacto con personas que compartiesen las mismas opiniones políticas y que estuvieran dispuestas a comprometerse en la acción militante.

—En tal caso no puede dejar de hablar con el camarada Fuad —fue la conclusión de Yazbek—. Voy a enviarle un recado para que venga a reunirse con nosotros.

EL EMISARIO ERA UNO DE los jóvenes prodigio del Komintern. En la época de su misión en Beirut solo tenía diecinueve años. Se había presentado como Joseph Berger. No era su verdadero nombre, pero iba a usarlo toda la vida, incluso en sus memorias, publicadas en la década de 1970. Al nacer, en Cracovia, se llamaba Isaac Jeliaznik. A los quince años emigró a Palestina, pero no tardó en romper con el movimiento sionista al que pertenecía para fundar, con unos cuantos camaradas, el Partido Comunista palestino, en cuyo secretario general se convirtió a los diecisiete años. Fascinado por su precoz madurez, Zinóviev le encargó, en nombre de la Komintern, que escudriñase Oriente Próximo en busca de personas susceptibles de fundar partidos hermanos.

Los tres «conjurados» de Beirut se reunieron esa misma noche en el Hôtel d'Europe, en una habitación del último piso. «Berger llevaba gafas oscuras, una abundante barba y ropa que revelaba su pertenencia a la clase media», iba a escribir el «camarada Fuad» unos años después con un retintín de reprobación obrera.

Era, a los treinta años, el menos joven de los tres y el único que no procedía de la llamada «clase media». Había nacido en una modesta familia maronita de la montaña libanesa y emigrado en su infancia a Egipto con su madre, que era viuda. Había trabajado desde la adolescencia en las manufacturas de cigarrillos, en El Cairo y luego en Alejandría, donde había colaborado en la fundación de un sindicato muy activo, así como en un esbozo de partido obrero.

En agosto de 1923, los periódicos egipcios anunciaron que habían detenido a un tal Fuad Shemali por «actividades subversivas» y que iban a expulsarlo a su país de origen. Yazbek

empezó a acechar los barcos procedentes de Alejandría y un día vio llegar al proscrito. Fue a su encuentro y le susurró discretamente al oído que compartía sus ideas y que le gustaría volver a verlo.

En los meses siguientes a su regreso a la tierra natal, el antiguo emigrante consiguió volver a encontrar trabajo en una manufactura de tabaco, en Bikfaiya, en el Monte Líbano, donde no tardó en organizar, como había aprendido en Egipto, un activo sindicato, acompañado de un movimiento político.

Al día siguiente de la llegada de Berger se organizó una reunión más concurrida en casa del abuelo de Yazbek, en el arrabal de Hadath, cerca de Beirut. El camarada Fuad asistió con dos obreros de su sindicato. El emisario recordó algunas de las veintiuna normas que había promulgado el Komintern para las organizaciones que quisieran afiliarse. Los presentes dieron la debida conformidad. Era el 24 de octubre de 1924 y esa fecha se considera hoy la de la fundación del Partido Comunista libanés, aunque, para evitar que las autoridades de la administración francesa lo prohibieran, se prefirió aquel día no llamarlo «comunista». Fue, pues, con el nombre de «Partido del Pueblo Libanés» como comenzó su existencia.

A ESTA PRIMERA REUNIÓN ASISTIÓ una decena de participantes, todos ellos, por cierto, de confesionalidad cristiana, a excepción de Berger. Algo más adelante, se unieron a ellos otros militantes que pertenecían a todas las comunidades del país, pero esa característica iba a perdurar, en Levante y en otras zonas, y merece destacarla: a menudo los minoritarios, sobre todo los cristianos de Oriente y los judíos, hallaron en los movimientos de observancia marxista un marco propicio para su compromiso político. El énfasis puesto en el internacionalismo y en la pertenencia a una clase antes que en la religión, la etnia o la raza, les permitía ir más allá de su estatuto de minorías y considerarse, por primera vez en la vida, ciudadanos de pleno derecho.

UNA DE LAS DECISIONES DE la reunión de Hadath fue dotar al nuevo partido de un himno en lengua árabe inspirado en la Internacional. Fue naturalmente a Yazbek, el poeta del grupo, a quien se le encargó esa misión. En algunas de las estrofas que compuso se reflejaban los temas proletarios y su tradicional imaginería:

Hemos vivido mucho bajo un yugo agobiante.
¡Destruyámoslo, camaradas, con martillos y hachas!

Mientras que en otras estrofas aparecían preocupaciones específicamente libanesas:

Ni cristianos ni judíos entre nosotros, ni musulmanes,
ni drusos, solo una promesa de fraternidad entre todos.

Al «letrista» del himno lo nombraron secretario general. Pero entendió, al cabo de unos meses, que lo suyo era escribir, no construir una organización militante ni dirigirla. Le cedió el sitio al «camarada Fuad» y se distanció del partido.

Renunciando en adelante a toda actividad política, se adjudicó la misión de reunir documentos desconocidos acerca de la historia de El Líbano y fue precisamente por eso por lo que quise verlo a finales de la década de 1960. Le había pedido consejo para una investigación que estaba haciendo, dentro de mis estudios universitarios, sobre las sublevaciones campesinas en la Montaña en el siglo XIX. Me sugirió unos cuantos títulos que debía leer, que resultaron muy útiles. No hablamos de nada más y no lo volví a ver.

Con la perspectiva del paso del tiempo, lamento no haber podido preguntarle por aquel período de su vida. Afortunadamente, los tres «protagonistas» de aquel día han escrito todos ellos sus memorias, lo que permite hacerse una idea exacta del acontecimiento y del ambiente que lo rodeaba. Y también del accidentado derrotero que fue el suyo.

La lectura de sus libros es instructiva, pero poco regocijante. Pues si Yazbek habla con serenidad y sin excesiva nostalgia del papel que pudo desempeñar, no sucede lo mismo con sus dos compañeros.

Al «camarada Fuad», tras haber ejercido sus funciones de secretario general durante unos cuantos años y participado en el VI Congreso de la Komintern en Moscú en 1928, lo apartaron de pronto de forma brutal e insultante, puesto que lo acusaron de haber sido siempre un informador por cuenta de las autoridades de la administración francesa. No se pudo pronunciar su nombre durante más de cuarenta años en el seno del partido que había fundado. Y aunque al final lo rehabilitaron, sigue en un gran olvido.

¿A quién había desagradado y por qué transgresión lo castigaron? Los que se han ocupado de ese tema no saben aún el quid de la historia. Murió en 1939, pobre, profundamente dolido, abandonado por todos. Tenía tan solo cuarenta y cinco años.

En cuanto a Joseph Berger, su suerte no fue mucho más envidiable, ya que tuvo que padecer, por parte de sus propios camaradas soviéticos, las persecuciones y las humillaciones que sufrieron la mayoría de los militantes audaces y entusiastas de su generación.

4

SE HA DICHO CON frecuencia que Stalin desconfiaba de la Komintern, de su ideología, de su red, de sus emisarios y de sus dirigentes históricos. Sería más justo decir que profesaba por esas personas un aborrecimiento tenaz.

¿Existía en él un odio particular hacia los intelectuales judíos que dirigían la organización cuando nació, como por ejemplo Zinóviev, Bujarin o Rádek, debido a sus orígenes? Es muy posible. Semejantes sentimientos no le eran ajenos y se manifestaron ampliamente al final de su vida. Pero puede verse también en su actitud la hostilidad de un hombre tosco, torpe, procedente de un medio rural modesto y que siempre creyó notar arrogancia y desdén en los ojos de sus camaradas urbanos, sofisticados y políglotas. Se ensañó sistemática e incansablemente incluso contra aquellos que no suponían ya para él amenaza política alguna.

Desde este punto de vista, el ejemplo de Borodín es elocuente. Lo habían expulsado de China en 1927 por orden de Chiang Kai-shek, quien se había impuesto como heredero político de Sun Yat-sen, pero que no compartía en absoluto la simpatía de este por los soviéticos. Al llegar a Moscú, tras un largo y penoso recorrido en ferrocarril, el brillante emisario de la Komintern tenía la esperanza de irse acto seguido a la India, donde el fundador del Partido Comunista, Manabendra Nath Roy, era uno de sus grandes amigos. Pero le hicieron comprender que debía pasar esa página «heroica» de su existencia y, en adelante, tuvo que limitarse a cometidos sin lustre, en particular el de director adjunto de una empresa estatal que producía pasta de papel; era algo que no entraba en absoluto en sus aptitudes y resultó ser tan incompetente que llegaron a reprenderle en público de forma humillante. Lo nombraron luego redactor jefe de una publicación en lengua inglesa, *Moscow News*; en ella cumplió correctamente con su tarea, pero sin entusiasmo; y teniendo buen cuidado de no apartarse nunca de la línea oficial.

Quienes coincidieron con él por entonces describen a un hombre mohíno, cuyo único objetivo era sobrevivir y amparar a su mujer y

a sus hijos. Parecía convencido de que, si no se hacía notar, Stalin lo dejaría en paz. De hecho, se salvó, en lo esencial, hasta febrero de 1949, cuando lo detuvieron y estuvieron varios días interrogándolo en la Lubianka, el cuartel general de la policía política, para enviarlo luego, por motivos ignotos, a un campo de prisioneros, uno de los más severos, en las inmediaciones de Yakutsk. Nunca salió de él.

Se supo, mucho más adelante, que había muerto allí en mayo de 1951, en circunstancias mal esclarecidas, probablemente fusilado. SU MARTIRIO HABÍA TARDADO EN llegar, muchos de sus camaradas lo habían precedido por ese mismo camino. A Grigori Zinóviev, que dirigía la trayectoria de la Komintern cuando se fundó, lo destituyeron de su cargo ya en 1926, lo expulsaron del partido, lo detuvieron, lo torturaron, luego lo deportaron a Siberia y lo fusilaron por «terrorismo». A su sucesor, Nikolái Bujarin, lo ejecutaron también por «conspiración orientada a derribar el poder»; su auténtico crimen era ser un excelente orador y el ídolo de los intelectuales marxistas, cosa que Stalin no soportaba.

Karl Rádek, que había desempeñado un papel capital en la Conferencia de los Pueblos de Oriente, murió también en un gulag, al final de un largo y envilecedor deterioro que cuenta de forma desgarradora un hombre que lo conoció bien y lo admiró durante mucho tiempo: Joseph Berger.

Rádek tenía a su cargo la «Secretaría Oriental» de la Komintern, uno de cuyos agentes más activos era el padrino del «Partido del Pueblo Libanés». «Lo conocí ya en mi primera visita a Moscú, en 1925», cuenta Berger en sus memorias, tituladas *Nada más que la verdad*. Por entonces, a Rádek lo diferenciaban de los demás dirigentes su forma de hablar sin rodeos, su sentido del humor y «la forma inortodoxa en que presentaba las opiniones ortodoxas». Cuando empezaron las purgas, se asustó, sobre todo por la antigua amistad que lo unía a Trotski. Pero Stalin le prometió que se libraría si se pasaba a su bando. Cosa que hizo, de forma cada vez más celosa, arremetiendo contra todos aquellos de los que el tirano había decidido librarse, sobre todo Zinóviev, a quien Rádek llamo muy públicamente, en un programa de radio, «traidor», «fascista internacional» y «perro rabioso».

Lo que Berger describe es la desintegración moral de un ser

humano por los efectos del miedo. «¿Cómo un hombre con tanto talento ha podido llegar a una situación tan lamentable?», se pregunta su antiguo camarada, que se considera en la obligación de destacar que ni siquiera ese deterioro le valió a Rádek para salvar la cabeza, pues acabó su vida, como tantos otros, en un campo de Siberia, molido a palos por un agente provocador.

El propio Berger tuvo la suerte de salir vivo del gulag, pero no sin haber pasado allí veinte años de su vida, durante los que lo condenaron dos veces a muerte, sin llegar a ejecutarlo. No lo dejaron en libertad ni lo rehabilitaron hasta 1956, en el momento de la desestalinización, y pasó el resto de su vida reuniendo sus recuerdos, reconstruyendo las conversaciones que mantuvo con sus incontables compañeros de detención, que tenían, cada uno, sus opiniones, su temperamento, sus miedos y su parte de Historia. Intentando comprender cómo el sueño de su juventud había podido convertirse hasta tal punto en una pesadilla.

«Sean consumidos de la tierra los pecadores», escribe en su epílogo, citando el Salmo 104. Pero se apresura a añadir que habría que librarse de los «pecados» más que de los «pecadores». Siendo, según él, el peor de los pecados «la creencia en unos *imperativos revolucionarios* a los que nosotros, los comunistas de la década de 1920, teníamos que subordinar todo el resto de nuestra actividad política». Ese concepto resultó ser muy peligroso, explica, puesto que se utilizó para «desacreditar y humillar a los mejores representantes de toda una generación».

Estas palabras, meditadas y maduradas durante las largas noches siberianas, son portadoras de remordimientos tanto como de melancolía.

UNA DE LAS CONSECUENCIAS DE lo que cometieron y soportaron sus camaradas, «los comunistas de la década de 1920», fue que «el paraíso de los trabajadores» se vio a partir de entonces, y por mucho tiempo, como un territorio infernal donde ningún ser humano prendado de la libertad habría soportado vivir.

Incluso un escritor con tan buena disposición hacia los Soviets como Anatole France no iba a tardar en distanciarse. Él, cuya obra maestra, *Los dioses tienen sed*, es una implacable denuncia de las atrocidades cometidas en nombre de la Revolución francesa, ¿cómo habría podido dar por buenas las que se cometieron en nombre de

la Revolución rusa? Falleció mucho antes de las «purgas» estalinistas, pero ya había habido, con Lenin, un primer juicio político de envergadura contra los socialistas-revolucionarios que se habían puesto en contra de los bolcheviques tras haber sido aliados suyos. El escritor francés había tomado la pluma para implorar a las autoridades de Moscú: «¡En nombre de los intereses superiores de la humanidad, no ejerzáis contra unos adversarios políticos actos que podrían interpretarse como una venganza! Causaríais así un daño irreparable a la causa de la liberación de los trabajadores del mundo». Esta toma de postura, que se hizo pública, contribuyó quizá a templar el ardor vengativo de los dirigentes soviéticos. Aceptaron conmutar las doce penas de muerte que había dictado el tribunal. Pero aquellos a quienes así se indultó terminaron masacrados, sin excepción, bajo el reinado de Stalin.

Casualmente, también al presidente del tribunal, Piatakov, lo ejecutaron durante esas mismas «purgas».

MUCHAS COSAS HABRÍAN CAMBIADO EN la Historia si, en octubre de 1929, cuando la economía capitalista pasó por su crisis más devastadora, hubiese existido en el mundo un gran país que propusiera una vía diferente. Pero no se dio el caso. Lo que el régimen soviético había demostrado durante los doce años que separan la Revolución de Octubre del crac de Wall Street es que era necesario pensárselo bien antes de «hacer añicos el pasado» y que el sistema capitalista, con todos sus defectos, era en última instancia un mal menor.

Sin duda había que seguir vilipendiándolo, combatiéndolo, maldiciéndolo e, incluso, cantando las alabanzas del socialismo y del igualitarismo. Pero ¿sustituir los regímenes vigentes en los Estados Unidos, en Inglaterra o en Francia por una tiranía sanguinaria como la de Stalin? No, gracias.

No está de más recordar a veces que uno de los argumentos de Lenin para justificar que la gran revolución debía ocurrir en su país y no en otro lugar era que había que ahorrarle a Rusia los espantos del capitalismo que Dickens había descrito en lo referido a su ciudad de Londres en el siglo XIX. Si fuera posible «saltarse esa etapa» y construir un «paraíso» para los trabajadores sin pasar por el «purgatorio» de la explotación inhumana, ¡cuántos sufrimientos se evitarían! Inmediatamente después de la Revolución de Octubre,

era algo que parecía plausible, lo que explica quizá la candorosa exaltación de aquellos años; pero en el momento de la Gran Depresión esa apasionante perspectiva ya no existía.

LA PRIMERA CONSECUENCIA DE ESE desencanto fue la aparición en Europa de una criatura política monstruosa que planeaba acabar de una vez por todas con el internacionalismo. Nacido de las frustraciones del pueblo alemán al acabar la Primera Guerra Mundial, el nazismo no habría tenido tanto éxito si las esperanzas que habían acariciado hasta entonces los «proletarios de todos los países», caros a Marx, no las hubiera reducido a la nada la desastrosa experiencia del poder en Rusia.

Pero, aunque los bolcheviques hubiesen favorecido indirectamente el auge de sus enemigos más virulentos, estos últimos no iban a tardar en «devolverles el favor», si así puede decirse, ya que actuaron con tanta arrogancia, brutalidad y crueldad que acabaron por dar un nuevo impulso al movimiento comunista e incluso, durante una temporada, por devolverle el prestigio a Stalin pese a sus propias atrocidades.

Mucho habría que decir acerca de la responsabilidad del amo del Kremlin en la tragedia que causó en Europa el nazismo. Por haber pervertido y desnaturalizado el ideal revolucionario; por haber impedido a los comunistas alemanes aliarse con los socialdemócratas, lo que quizá habría impedido que Hitler llegara al poder; y por haber firmado con este, en agosto de 1939, el pacto que le permitió desencadenar la Segunda Guerra Mundial. No por ello deja de ser cierto que la Unión Soviética y su jefe salieron reforzados de esta adversidad.

Gracias al papel decisivo que desempeñó la derrota de Alemania, Stalin cobró, de la noche a la mañana, una talla y una credibilidad que nunca había tenido. Fue como si los hechos confirmaran de repente las razones que daba para justificar sus incontables purgas. Y como si el carácter incomprensible de algunos de sus actos (como precisamente el pacto con Hitler) se convirtiese en un ejemplo elocuente de su perspicacia, su habilidad estratégica y su genialidad.

EL VUELCO DE LA SITUACIÓN había sido pasmoso. En junio de 1941, la propia supervivencia de «la patria del socialismo» parecía peligrar. Incapaces de plantar cara a los invasores alemanes, las tropas

soviéticas retrocedían en todos los frentes. Stalin navegaba a la deriva y su aparente derrota iba acompañada de vergüenza, ya que había pactado con el monstruo antes de propiciar que este lo atacase y también, en vísperas del conflicto, había decapitado al Estado Mayor del Ejército Rojo. Pero en la primavera de 1943 ya estaba recuperando la iniciativa, sus divisiones irrumpían en Europa y lo cortejaba la humanidad entera, empezando por Winston Churchill, el primer ministro británico, y por Franklin D. Roosevelt, el presidente de los Estados Unidos. La hostilidad que había mostrado Occidente desde el primer día hacia la Revolución bolchevique no venía ya a cuento. Ese había sido, de rebote, el efecto de los crímenes que perpetraban los nazis.

Stalin triunfaba. La apoteosis fue indudablemente para él la batalla de Stalingrado. Una de las más feroces de todos los tiempos, ya que causó en seis meses más de dos millones de víctimas y marcó el comienzo del fin del Tercer Reich, por más que este pareciera estar en camino de conquistar toda Europa. Ningún otro dirigente en la Historia había tenido hasta entonces el privilegio de ver cómo se jugaba el destino de la humanidad en una ciudad que llevase su nombre.

Es ello tanto más significativo cuanto que una de las primeras decisiones que tomó, en la embriaguez de la victoria, fue la de disolver la Komintern. La razón oficial era que quería tranquilizar a sus aliados demostrándoles que no seguiría intentando exportar la revolución a sus países. Pero es sensato pensar que también quería señalar así el tránsito de una era a otra. De la era de la revolución «artesanal» a la del equilibrio de fuerzas entre las grandes potencias. De la era de Lenin a la de Stalin. Y aunque el sucesor se cuidó siempre muy mucho de meterse abiertamente con su maestro, a partir de ahora podía albergar la esperanza de que los libros de Historia iban a colocarlo a su mismo nivel, y quizá más arriba.

¿Por qué no? ¿Acaso el balance de sus resultados no se había vuelto más impresionante que el de su antecesor? Cuando Lenin expresó en 1919 que confiaba en la inminencia de la victoria del comunismo, una de las razones de su desmedido optimismo era que uno de sus camaradas, el periodista Béla Kun, acababa de fundar en Budapest una «República soviética húngara». Esta se vino abajo, no obstante, al cabo de unos meses y su fundador, refugiado en Rusia y

reconvertido en activista de la Komintern, acabó su vida fusilado, como tantos otros, por orden de Stalin, aprovechando una purga. Pero ahora era toda Hungría la que se hallaba en manos de los Soviets.

Lenin tenía también la esperanza de que, al concluir la Primera Guerra Mundial, los comunistas alemanes no tardarían en adueñarse del poder. No lo consiguieron, pero al acabar la Segunda Guerra Mundial, el Ejército Rojo ocupó Berlín y toda la parte oriental de Alemania. Y conquistó también Polonia, Rumania, Bulgaria, Checoslovaquia y unos cuantos países más. Casi la mitad de Europa.

NO MENOS SIGNIFICATIVO, TANTO CONCRETA como simbólicamente, fue que Stalin borrase de un plumazo la peor afrenta que había padecido la Rusia soviética desde su creación, a saber, el tratado de Brest-Litovsk.

Cuando Lenin, al llegar al poder, decidió sacar a su país de la Primera Guerra Mundial y negociar una paz aparte con Alemania, esta, conocedora de su posición de debilidad, le impuso condiciones humillantes, sobre todo la de que abandonase extensos territorios. Considerando que no tenía otra elección, al dirigente bolchevique no le quedó más remedio que aceptar, prometiéndose que se tomaría la revancha más adelante. Nunca se le había presentado la ocasión, pero en 1945 Stalin consiguió recuperar todos los territorios perdidos y otros muchos también. Además, les había quitado a los japoneses los territorios que estos habían arrebatado al imperio de los zares al derrotarlo en 1905.

¿No le sobraban acaso al artífice de esas espectaculares revanchas buenas razones para creer que tenía definitivamente garantizado su lugar en la historia del comunismo, como también en la historia de Rusia, y en el peldaño aun más alto?

5

AUREOLADA CON SU VICTORIA sobre la Alemania nazi, la Unión Soviética iba suponer, a partir de 1945, con Stalin y, luego, con sus sucesores, un reto formidable para la supremacía secular de Occidente.

A quienes ya saben cómo concluyó esta «guerra fría» entre los dos bandos les resulta tentador creer que nunca hubo ninguna duda sobre cómo iba a concluir la batalla. No era esa la impresión de quienes vivieron en aquellos años. El mundo se hallaba por entonces en un gigantesco pulso político, económico, intelectual y mediático en el que ambos protagonistas conseguían éxitos y sufrían derrotas y que habría podido concluir con la victoria tanto de uno como de otro.

Incluso la denominación que hoy se sigue aplicando a esas décadas no se fue imponiendo sino progresivamente. Al principio de dicha «guerra», nada permitía afirmar con seguridad que siempre iba a seguir siendo «fría».

En Europa se temió, durante mucho tiempo, que los ejércitos soviéticos recuperasen la ventaja para apoderarse de la mitad occidental del continente. En el plano militar, las cosas iban a acabar por estabilizarse, pero los estados mayores y los institutos de estudios estratégicos no dejaron nunca de echar la cuenta de las divisiones blindadas, de comparar los aviones de caza y de calcular cuánto tiempo necesitarían las tropas estacionadas a orillas del Óder para llegar al Rin.

Esta intranquilidad había empezado antes incluso de que concluyese la guerra mundial. Todo hace suponer que el desembarco aliado en Normandía, el 6 de junio de 1944, se debía menos a la voluntad de quebrar a la Alemania nazi, que ya estaba prácticamente vencida, que al temor de ver a los ejércitos soviéticos conquistar toda Europa. Documentos que han salido a la luz recientemente muestran que Stalin, que no había dejado de presionar a Churchill y a Roosevelt desde el verano de 1941 para que abriesen un segundo frente en el oeste, cambió de actitud

después de su victoria en Stalingrado y que deseaba que, en adelante, lo dejasen «acabar el trabajo» para cosechar los frutos él solo. Su embajador en Londres, Iván Maiski, anteriormente citado, lo expresa candorosamente en sus memorias, aunque afirme que se trata de su análisis personal más que de las directrices de su Gobierno.

Afortunadamente para Europa, el desembarco restableció el equilibrio. Ni Francia, ni Bélgica, ni los Países Bajos, ni la Alemania Occidental iban a sufrir la irrupción de las tropas de Stalin. En cambio, la mitad oriental del continente iba a pagar un pesado tributo por su liberación.

«Desde Stettin en el Báltico hasta Trieste en el Adriático, un telón de acero ha caído sobre el continente», diría Winston Churchill en un discurso pronunciado el 5 de marzo de 1946 en la Universidad de Fulton, en Missouri. Esa expresión no cayó en el olvido. En la primera fila de asistentes estaba Harry S. Truman, que había sucedido a Franklin D. Roosevelt, fallecido de una hemorragia cerebral.

Antes de escuchar las palabras del visitante británico, el presidente había tenido ocasión de leer un largo telegrama remitido desde su embajada en Moscú pocos días antes. Lo había redactado George F. Kennan, segundo de a bordo de la delegación, y ponía en guardia a los responsables estadounidenses ante le tentación de fiarse de los soviéticos. No hay que creer que sigan siendo aliados nuestros, venía a decir, y, sobre todo, no hay que imaginarse que se convertirán en amigos nuestros: «Entre su sistema y el nuestro, el enfrentamiento es ineludible, pero podemos evitar que degenere en conflicto armado».

Kennan afinó su análisis en un artículo que publicó al año siguiente y en el que exhortó a «poner diques» y a «contener» los intentos de expansión de la Unión Soviética. Esa política de *containment* del antiguo aliado exigía cortarle el camino cada vez que intentase avanzar, responder a su propaganda con una propaganda más eficaz y más agresiva que la suya, no intentar engatusarlo o «apaciguarlo» y apoyar por todos los medios a los gobiernos y a los movimientos políticos que se oponían a él.

Uno de los elementos de este dispositivo fue «cercar» el territorio soviético con una red de alianzas militares, empezando

por la OTAN, la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Otro elemento, más crucial aún, fue el Plan Marshall, que proporcionó un apoyo económico masivo a las naciones europeas que había arruinado la guerra. La mitad occidental del continente pudo, así, recuperarse de forma espectacular y el foso con la mitad oriental no dejó ya de ahondarse.

A ESTA BRECHA EN LA prosperidad se sumó una cada vez mayor diferenciación en el ambiente político e intelectual. Mientras en Francia o en Italia las instituciones democráticas recuperaban su funcionamiento normal tras los años de dictadura o de ocupación, los países de Europa oriental, incluso los que habían tenido antes de la guerra una democracia floreciente, veían desaparecer poco a poco cualquier vida política digna de ese nombre.

La tragedia más traumatizante fue el «golpe de Praga» de febrero de 1948, cuando los comunistas, cuyo partido ya era el primero del Gobierno, pero temían una derrota en las siguientes elecciones, obligaron al presidente checoslovaco Edvard Beneš a entregarles todo el poder; su principal adversario, Jan Masaryk, ministro de Asuntos Exteriores, se cayó unos días después por la ventana de la vivienda oficial que ocupaba en el tercer piso del Ministerio, sin que se sepa de forma cierta si lo habían empujado anímicamente al suicidio debido al infortunio de su patria o lo había empujado físicamente al vacío una mano criminal.

Esta última hipótesis sigue siendo, no obstante, la más plausible. Tanto más cuanto que el hombre de Estado estaba en pijama. Si se le hubiese ocurrido un gesto como el de una inmolación solemne, ¿no se habría vestido de otra manera?

EN OTROS LUGARES, EN POLONIA, Hungría, Rumania o Bulgaria, el control se impuso de una forma menos espectacular, pero no menos brutal. Desapareció toda oposición, se amordazó a la prensa, se metió en vereda a la cultura y no tardaron en celebrarse en la mayoría de las «democracias populares» juicios-espectáculo dentro de la más pura coreografía estalinista, con humillaciones públicas, torturas, confesiones y ahorcamientos, y fuertes tufos de antisemitismo, por lo general so pretexto de combatir el «cosmopolitismo».

Fue este ambiente desesperante en el que George Orwell escribió *1984*, describiendo un mundo esclavizado donde ya no sería

posible reunirse, hablar ni tan siquiera reflexionar sin la constante vigilancia del obsesionante «Big Brother». Al escritor británico, como a todos aquellos que amaban la libertad, que habían temido perderla y que acababan de celebrar la derrota del nazismo, ver a Europa derivando ya hacia un nuevo totalitarismo le causaba un hondo desánimo. Publicada en 1949, la novela se sitúa en una Inglaterra sometida a una dictadura de tipo estalinista y vuelta a bautizar con el nombre monstruosamente anodino de «Pista de aterrizaje número uno». Para escapar a semejante destino, parecía decir Orwell, habría que pelear contra ese nuevo enemigo igual que se luchó contra el otro, con la misma determinación. No por casualidad dio al protagonista de su novela el nombre de Winston.

Y no es tampoco por casualidad por lo que, en el momento de recordar los acontecimientos que condujeron al sometimiento de su país, el narrador aludió a los «estragos de la guerra atómica de la década de 1950». Fue precisamente en 1949 cuando los soviéticos hicieron explotar su primera «bomba A», cuatro años después que los estadounidenses. Estos sabían que sus adversarios estaban desarrollándola, pero no pensaban que fuesen a lograrlo tan pronto. Truman reaccionó pidiendo a los investigadores y a los militares de su país que acelerasen la fabricación de un artefacto mucho más temible aún: la «bomba H». Esta se probó, efectivamente, en noviembre de 1952, en un atolón de las islas Marshall, con una potencia mil veces superior a la de aquella que había destruido Hiroshima.

La carrera armamentística había comenzado. Continuaría durante las décadas siguientes. Se construyeron miles de ojivas, cada vez más sofisticadas y capaces de reducir a la nada a la humanidad entera e incluso toda vida en la Tierra si, por desgracia, a un gobernante impetuoso o desquiciado le daba un día por utilizarlas.

MUCHOS OBSERVADORES TEMÍAN QUE SEMEJANTE cataclismo se desencadenase con ocasión de un nuevo conflicto en Europa. En las inmediaciones de Berlín Occidental, por ejemplo, que siguió siendo durante mucho tiempo un enclave en territorio comunista. Pero, como la partida se jugaba desde ese momento en el amplio tablero de ajedrez del mundo, no se podía excluir que prendieran fuego a la mecha en otra parte.

Por supuesto, nadie se imaginaba aún que un pulso soviético-estadounidense que incluyese misiles nucleares podría ocurrir por la zona de Cuba, a pocas millas de Florida. Era más bien en dirección al Asia oriental hacia donde miraban con aprensión los contemporáneos.

EN OCTUBRE DE 1949, EL Partido Comunista chino, que dirigía Mao Zedong, proclamaba en Pekín el nacimiento una «república popular» mientras Chiang Kai-shek se replegaba en Taiwán con el apoyo de los Estados Unidos, que iban a continuar considerándolo durante más de veinte años el presidente legítimo de China.

Entretanto, la vecina Corea se había dividido ya en dos en el momento de la capitulación de Japón, convirtiéndose el Norte en comunista y el Sur en prooccidental; tierra de enfrentamiento secular entre las potencias, viviría, entre 1950 y 1953, la primera guerra «real» entre los dos bandos ideológicos que a partir de ahora se disputaban el planeta y también el primer enfrentamiento militar directo entre chinos y estadounidenses. El conflicto se desarrolló por toda la península, causó cientos de miles de víctimas y acabó con la creación de una línea de demarcación más o menos idéntica a la que existía al principio de las hostilidades. En el momento en que escribo estas líneas, esa frontera, considerada «provisional», aún no se ha movido.

Durante esa guerra, al frente de las tropas estadounidenses, bajo el mandato de las Naciones Unidas, estaba el general MacArthur. Cuando se vio en dificultades con los comunistas, pidió a Truman permiso para organizar ataques contra el territorio chino, sin excluir utilizar, si era menester, armas atómicas. Llegó incluso a informarse acerca de los emplazamientos nucleares soviéticos para poder bombardearlos si Stalin decidiera acudir en ayuda de Mao. La opinión pública estadounidense no era hostil a semejante escalada, pero Truman se negó a tomar ese camino.

Para sortear la «tibieza» del presidente, MacArthur se dirigió entonces a la prensa, que se le mostraba ampliamente favorable, así como al Congreso, donde el Partido Republicano tenía mayoría. El jefe del ejecutivo reaccionó destituyendo al héroe. Una ráfaga de indignación y de rabia recorrió el país. Truman, a quien llamaron de todo y algunos acusaron de ser la marioneta de los comunistas, batió récords de impopularidad. Pero la mayoría de los

historiadores están convencidos hoy de que su firmeza, frente al aventurerismo de MacArthur, evitó, a su país y al mundo, un desastre sin precedentes.

En Vietnam la guerra fue aún más larga y más devastadora que en Corea. Aunque empezaron también allí por una separación entre un Norte comunista y un Sur prooccidental, el combate por la unificación duró treinta años y causó dos guerras: la primera, contra Francia, concluyó el 7 de mayo de 1954 en Diên Biên Phú; la segunda, contra los Estados Unidos, concluyó el 30 de abril de 1975 en Saigón. Ciudad cuyo nombre se cambió a renglón seguido por el del hombre que había sido la inspiración de aquel largo combate por la independencia y la unificación: Ho Chi Minh.

El discreto amigo de Borodín es hoy el único, de todos los «misioneros» de la Komintern, que ha seguido siendo para su nación un icono. Pero no nos sorprende demasiado leer en las memorias de Nikita Jrushchov que Stalin no sentía simpatía alguna por el dirigente vietnamita, que no se fiaba de él y que lo llamaba en privado «comunista de las cavernas».

6

AL MORIR STALIN, EN 1953, nadie cuestionó el carácter opresivo del régimen. Ni en la URSS ni en las «democracias populares» se tuvo la audacia de dar ese paso resueltamente. Sin embargo, no cabe duda de que determinada forma de miedo se disipó de la noche a la mañana.

La lucha por la sucesión fue breve y relativamente poco mortífera. Si excluimos la ejecución de un puñado de torturadores unánimemente aborrecidos, como Lavrenti Beria, no hubo ajustes de cuentas cruentos. En adelante, a los dirigentes del Kremlin los iban a elegir invariablemente por cooptación, los conflictos se resolverían mediante el voto de las máximas autoridades del partido y los perdedores se irían a casa para rumiar su infortunio.

La última caza de brujas que había ordenado Stalin no llegó a su fin. Apuntaba sobre todo a sus propios médicos, en su mayoría judíos, a quienes acusaba de haber asesinado a Andréi Zhdánov, su hombre de confianza, y haber intentado envenenarlo a él. A varios de ellos ya les estaban haciendo enérgicos interrogatorios para arrancarles una confesión. La máquina de triturar almas se caló en cuanto murió el tirano. Al cabo de un mes, las futuras víctimas se hallaban en libertad y sus torturadores entre rejas, acusados de haber fabricado pruebas para incriminarlos.

Estaba claro que el ambiente ya no era el mismo. Cierto es que en el momento de las honras fúnebres del «padrecito de los pueblos» se lloró mucho por mil razones complejas que los psicólogos y los sociólogos saben analizar mejor que los historiadores; pero todos se secaron las lágrimas enseguida, soltando un suspiro de alivio que llevaban lustros reprimiendo.

Los dignatarios del partido, como por ejemplo Jrushchov, Malenkov, Mólotov, Bulganin o Voroshílov, sin olvidarse de Beria, habían sentido también un inmenso alivio, quizá algo mayor incluso que el del resto de la población. Varios de ellos afirmaron más adelante que cuando iban a ver a Stalin no sabían nunca si iban a regresar a casa. Esa sensación de inseguridad los envilecía y los

paralizaba. Joseph Berger escribe en sus memorias: «Cuando Jrushchov dijo que solo podía charlar con Bulganin en el coche que los trasladaba hacia o desde el Kremlin, nadie lo creyó porque se sabía que era demasiado prudente para decir lo que pensaba, incluso a solas con Bulganin. En cambio, tras la muerte de Stalin, incluso nosotros, los presos, manteníamos ya conversaciones interminables, y no solo entre amigos».

Pero, aunque los «herederos» respirasen mejor en ausencia del hombre que durante tanto tiempo los había tenido aterrados, no por ello sabían qué había que hacer después de él. Era una evidencia que las cosas debían cambiar, no era posible seguir gobernando a latigazos como lo hacía «él». Pero ello no quitaba que hubiese que conseguir aflojar la tenaza sin que acarrease el hundimiento de todo el sistema.

Cuando se recuerda en la actualidad la «desestalinización» que llevaron a cabo los nuevos dirigentes, no siempre se insiste en el tiempo que precisaron para atreverse a implantarla. El dictador murió el 5 de marzo de 1953 y hasta el 25 de febrero de 1956 Jrushchov no presentó, ante el XX Congreso del partido, su informe *Acerca del culto a la personalidad y sus consecuencias*. E incluso tras ese plazo de tres años, la denuncia de los crímenes estalinistas no se realizó más que a puerta cerrada y bajo prohibición de airear lo dicho. De forma tal que aquello siguió circulando unos cuantos meses más clandestinamente entre un torbellino de rumores y ha conservado en los libros de historia el nombre de «el informe secreto».

La evidente explicación de esa «timidez» de los nuevos amos del país es que temían que al régimen soviético lo desacreditasen las revelaciones, que se desprestigiase ante el mundo entero y no pudiera ya conservar su autoridad, en particular en las «democracias populares». De lo que había ya señales de advertencia.

Por ejemplo, nada más morir Stalin, los servicios de seguridad recibieron numerosas informaciones sobre las «cogorzas clandestinas» organizadas en Polonia, Hungría o Rumania para celebrar el acontecimiento, por lo que había sido necesario que en algunas ciudades se prohibiese temporalmente la venta de alcohol. En el trascurso de los meses siguientes, acontecimientos mucho más

graves alarmaron a las autoridades, sobre todo una ola de manifestaciones masivas en Berlín y en toda Alemania del Este, en cuya represión murieron alrededor de cuarenta personas; y disturbios en la ciudad industrial de Pilsen, en Checoslovaquia, donde destrozaron la sede del partido manifestantes que enarbolaban retratos de Jan Masaryk, como si quisieran ofrecer al mártir del golpe de Praga una revancha póstuma; luego, tras anunciarse la detención de Beria, un motín en el campo de Vorkutá, en el extremo norte, más allá del círculo polar. Solzhenitsyn lo refiere en *Archipiélago Gulag*. Al decidir los prisioneros ponerse en huelga, el comandante los reunió para ordenarles que volviesen al trabajo. «¡El país necesita carbón!», les espetó. «¡Y nosotros, libertad!», gritó un preso.

¿No era acaso de esperar que gestos tales de insumisión se generalizasen si las autoridades denunciaban públicamente los comportamientos de Stalin?

ESO FUE PRECISAMENTE LO QUE ocurrió en Budapest en octubre de 1956. Tras enterarse de los principales puntos del «informe secreto» de Jrushchov, miles de estudiantes se adueñaron de las plazas y no tardó en sublevarse toda Hungría. El nuevo primer ministro, Imre Nagy, un comunista reformista que había tomado partido por sus compatriotas rebeldes, anunció que su país iba a convertirse en una democracia plural y a salir del Pacto de Varsovia, que incluía a la URSS y a todos los países que giraban en su órbita, para adoptar una postura neutral entre el Este y el Oeste. La hegemonía soviética nunca se había enfrentado a semejante desafío en Europa oriental.

Los dirigentes del Kremlin no se lo pensaron mucho antes de pronunciarse a favor de una intervención militar. Sabían que el espectáculo de los carros de combate del Ejército Rojo aplastando un levantamiento de estudiantes iba a causar un efecto desastroso. Pero también sabían que si permitían que Hungría se apartase del «bando socialista», todas las «democracias populares» le seguirían los pasos. «Cuando yo ya no esté, los imperialistas os retorcerán el pescuezo como a pollitos», había avisado Stalin. ¿Iban a darle la razón sus sucesores? ¿Iban a «dilapidar» de esta manera todo cuanto él había conquistado?

UNO DE LOS ARGUMENTOS EN contra de la línea dura, mas no lo suficiente para inclinar la balanza, fue el impacto que una represión

cruenta podía tener en la opinión pública de Occidente. Estaba claro que las consecuencias serían desastrosas, y así ocurrió efectivamente.

Una de las principales características de la Revolución de Octubre, e innegablemente uno de sus grandes éxitos, es haber provocado un gigantesco debate ideológico que dominó la vida intelectual de todo el planeta durante buena parte del siglo XX. En Europa sobre todo, a la mayoría de los intelectuales los sedujo, en uno u otro momento, el pensamiento marxista y muchos de ellos recorrieron un largo camino con los partidos comunistas de sus países. A los dirigentes soviéticos, incluido Stalin, no les resultaba indiferente el acontecer de esos movimientos y escuchaban a menudo la voz de reputados escritores, pintores, arquitectos e investigadores, por más que pocas veces siguieran sus consejos. Ahora bien, cuando nos fijamos en la trayectoria de estos personajes, comprobamos que el hecho de aplastar la insurrección húngara de 1956 constituyó, para muchos de ellos, un importante momento de ruptura.

¿POR QUÉ ESE ACONTECIMIENTO Y no otro? Seguramente porque el «paraíso de los trabajadores» acababa de conseguir, con la desaparición de Stalin, una oportunidad de redimirse, podría incluso decirse que la última ocasión de recuperar su credibilidad moral, y, sin embargo, la había despilfarrado en el acto.

El comunismo había supuesto siempre un dilema tanto para los intelectuales europeos como para las sociedades de las que procedían. Por una parte, tenía una ideología atractiva, que incitaba a luchar contra el oscurantismo, la explotación del hombre por el hombre y la arrogancia de los capitalistas. Pero, por otra, estaba el balance histórico de la experiencia soviética, la represión, la censura y las cruentas purgas. Los primeros pasos hacia la desestalinización, de los que había empezado a dejar constancia la prensa internacional en junio de 1956, parecían muy prometedores. Por desgracia, las esperanzas no tardaron en frustrarse. Antes de que acabase el año, los propios «desestalinizadores» ya habían lanzado sus tanques contra Budapest. Volvía a empezar la pesadilla. Quienes soñaban aún con conciliar la exigencia de justicia social con la exigencia de libertad se hallaban ahora destrozados, asqueados y desmoralizados.

El veredicto definitivo lo pronunció Albert Camus, quien representa, mejor que cualquier otro, la conciencia ética de los europeos de su época. En un texto llamado «La sangre de los húngaros» escribió: «No soy de los que piensan que puede contemporizarse, incluso con resignación, incluso provisionalmente, con un régimen de terror que tiene tanto derecho a llamarse socialista como lo tenían los verdugos de la Inquisición a llamarse cristianos».

EN LOS AÑOS SIGUIENTES, NO obstante, la Unión Soviética iba a conseguir grandes éxitos e incrementar considerablemente su prestigio. Por ejemplo, en 1957, con el lanzamiento del *Sputnik*, el primer satélite artificial colocado en órbita alrededor de la Tierra. La gran potencia comunista parecía en camino de recuperar su retraso tecnológico respecto a Occidente. Desde el punto de vista de las relaciones públicas, no cabía duda de que era un éxito. Pero, en el ámbito de la ética, los daños que causaron los acontecimientos de Budapest no se remediaron nunca.

La pérdida de la credibilidad moral fue incluso acentuándose con el paso de los años. Con episodios espectaculares que, ocasionalmente, recordaban a quienes lo hubiesen olvidado hasta qué punto el régimen soviético se había vuelto incurable. El ejemplo más sobrecogedor, por supuesto, fue la construcción del Muro de Berlín en agosto de 1961.

Cuesta comprender cómo los dirigentes del Kremlin no vieron lo monstruosa y degradante que era esa idea. Construir una muralla alrededor de una ciudad para protegerla de potenciales agresores ha sido una costumbre practicada durante milenios; pero construir un muro para impedir que los habitantes se vayan es un acto de tiranía, es un abuso de autoridad y es también la constatación del fracaso del sistema, puesto que reconoce que, sin esa barrera, los hijos del país optarían por irse a vivir a otro sitio.

CIERTO ES QUE EL AÑO del Muro fue también el del vuelo espacial de Yuri Gagarin, el primer cosmonauta de la Historia. Y también aquel en que retiraron por fin los restos mortales de Stalin del mausoleo construido en la Plaza Roja y cambiaron el nombre a las ciudades que llevaban el suyo, incluida Stalingrado.

Tras ocho años de balbuceos quedaba rematado el proceso de desestalinización. Pero ya era tarde, demasiado tarde, no podía

ganarse ya la batalla «de los corazones y de las almas».

7

LA CUESTIÓN DE LAS libertades y de los derechos fundamentales del ser humano no iba ya a dejar de perseguir a la Unión Soviética hasta su último día. Esgrimida por Occidente y, de forma más agresiva, tras la llegada a la Casa Blanca de Jimmy Carter en 1967, iba a afectar de manera decisiva al desenlace de la Guerra Fría.

Aunque su impacto se notase más en los países del norte industrializado que en los del sur, que tenían, a la hora de determinar sus alianzas, prioridades diferentes. Comprometidos en difíciles combates contra la dominación política y económica de las antiguas potencias coloniales o de los Estados Unidos, a muchos dirigentes de África, Oriente Próximo, el sur de Asia o América latina los tentaba acercase a Moscú, que preconizaba precisamente la lucha contra el colonialismo y el imperialismo.

Por regla general, el «bando socialista» apoyaba a todos aquellos que combatían contra la influencia occidental y que eran esencialmente más nacionalistas que marxistas. Algunos se mostraban, por lo demás, ferozmente hostiles al comunismo, una doctrina que se oponía abiertamente a la religión, a los capitalistas, así como a toda la jerarquía social tradicional, y les parecía demasiado carente de consenso e incluso francamente molesta en un momento en que su nación estaba naciendo o renaciendo.

En la India, por ejemplo, el Partido del Congreso, artífice principal de la independencia, preconizó siempre un socialismo moderado y practicó un parlamentarismo resueltamente pluralista que en nada se parecía a los regímenes vigentes en los países comunistas; circunstancia que no impidió a «la mayor democracia del mundo» ser, en tiempos del primer ministro Nehru y de sus herederos, una aliada estratégica de la Unión Soviética.

Otro ejemplo muy diferente, aunque no menos revelador, es el del presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, quien en su país perseguía despiadadamente a los comunistas, varios de cuyos dirigentes murieron mientras los torturaban, siendo así que era, en las relaciones internacionales, un aliado cercano a Moscú.

Lo que pretendo decir es que el pulso entre los soviéticos y Occidente no era solo un enfrentamiento entre dos sistemas o dos ideologías. Lo era en primer lugar, por supuesto, pero también era otra cosa. Cada país, cada dirigente, cada formación política tenía su propia posición en los equilibrios de la Guerra Fría. Por ejemplo, mientras que el mariscal Tito, presidente comunista de Yugoslavia, se acercaba a los occidentales huyendo de la «fraternal» hegemonía de la URSS, el general De Gaulle, presidente de Francia y figura emblemática del mundo occidental, se complacía en recordar que Europa iba «del Atlántico a los Urales» con la esperanza de mermar, al incluir a los rusos, el control del Viejo Continente por parte de los estadounidenses.

Empero, y pese a esas sutilezas, no cabe duda de que el régimen soviético ejerció, de forma voluntaria, pero a menudo también involuntaria, una significativa influencia en la vida política y económica de sus aliados. Ni de que esa influencia resultó, en conjunto, calamitosa.

De hecho, si muchos dirigentes del tercer mundo adoptaron, tras la independencia, el sistema del partido único fue porque ese modelo, difícilmente defendible en principio, estaba «legitimado» hasta cierto punto por el ejemplo de ese gran país que era la Unión Soviética. La mismísima noción de «democracia» la habían pervertido la instauración, en Europa oriental y en otros lugares, de dictaduras bautizadas como «democracias populares», así como el desdén mostrado por la «democracia burguesa». A esta la denigraron constantemente los regímenes comunistas, que la acusaban de no ser más que un simulacro y de perpetuar el poder de los capitalistas, discursos que asumieron fervorosamente los muchos autócratas que soñaban con librarse de los partidos de la oposición, de los periódicos independientes y de toda voz disonante.

Volviendo al ejemplo de Nasser, por más que no quepa duda de que ese gran amigo de Moscú fuera ideológicamente hostil al marxismo-leninismo, tampoco hay duda de que fue al ejemplo soviético al que se acogió para prohibir todos los partidos, tanto de izquierdas como de derechas; para amordazar a una prensa egipcia abundantísima en el pasado, y para adoptar, en la gestión de la economía, un modelo dirigista agobiantemente burocrático.

CUANDO NOS FIJAMOS EN LA época en la que los pueblos del tercer

mundo peleaban por su emancipación política, comprobamos que la Unión Soviética gozaba, a la sazón, de un inmenso crédito moral. Y no solo entre los autócratas, a quienes seducía el partico único; personajes eminentemente respetables, como Julius Nyerere o Nelson Mandela, expresaron constantemente su agradecimiento por el apoyo sin fisuras que recibieron.

No hay momento histórico que ilustre mejor el papel ambivalente de la Unión Soviética, potencia a la vez imperialista *y* antimperialista, que lo ocurrido en el otoño de 1956. Dos crisis de envergadura habían estallado ese año, una en Europa, con la insurrección húngara, la otra en Oriente Próximo, al nacionalizar Nasser el canal de Suez. Debido a una curiosa coincidencia de fechas, ambas crisis llegaron juntas al paroxismo en los últimos días de octubre y los primeros días de noviembre. De tal forma que las tropas soviéticas se dispusieron a aplastar el levantamiento de Budapest en el preciso momento en que las tropas británicas, francesas e israelíes asaltaban Egipto.

EL MARISCAL BULGANIN, PRIMER MINISTRO soviético, escribió el 5 de noviembre a los dirigentes afectados mensajes que han quedado en los anales de la diplomacia como textos antológicos.

A su homólogo británico, sir Anthony Eden, le dirigió una amenaza muy poco disimulada: «Nada hay que pueda justificar que las fuerzas armadas de Gran Bretaña y Francia, dos grandes potencias miembros permanentes del Consejo de Seguridad, ataquen a un país que acaba de conseguir la independencia y no cuenta con medios para defenderse. ¿En qué posición quedaría Gran Bretaña si la atacasen países más fuertes que ella y que dispusieran de todo tipo de armas modernas de destrucción? Existen países que no precisan enviar a sus fuerzas navales o aéreas hacia las costas británicas, pero que podrían recurrir a otros medios, tales como misiles, por ejemplo. Si se hubiesen utilizado misiles contra Gran Bretaña o Francia, probablemente estas habrían hablado de un acto de barbarie. ¿En qué se diferencia el ataque inhumano de sus fuerzas armadas contra Egipto?».

A lo que Eden respondió al día siguiente sin más demora: «El mundo sabe que durante los tres últimos días las fuerzas soviéticas han emprendido la destrucción despiadada de la resistencia heroica de un auténtico movimiento por la independencia, un movimiento

que, al proclamar su neutralidad, ha demostrado que no suponía amenaza alguna para la seguridad de la Unión Soviética. En semejante momento, el Gobierno soviético no es el más indicado para tildar de "barbarie" las acciones del Gobierno de Su Majestad».

Al presidente del Consejo de Ministros francés, el socialista Guy Mollet, Bulganin le escribió: «Durante nuestro encuentro en Moscú el pasado mes de mayo hablamos del hecho de que sus actuaciones se inspiraban en los ideales socialistas. ¿Cómo un comportamiento de bandidos como el ataque a Egipto, que coincide de lleno con una guerra abiertamente colonial, puede tener algo que ver con el socialismo?». Para añadir a continuación: «El Gobierno soviético está completamente decidido a recurrir a la fuerza para aplastar a los agresores y restaurar la paz en Oriente».

Y en su mensaje al primer ministro David Ben-Gurión el dirigente soviético consideró que la operación de su ejército contra Egipto «siembra tanto odio contra Israel entre los pueblos de Oriente» que no puede más que «poner en peligro la propia existencia de Israel como Estado».

LA PROBABLE EXPLICACIÓN DEL TONO tan poco habitual que empleaba Bulganin era que quería, con semejante golpe de efecto, orientar todas las miradas hacia Oriente Próximo y apartarlas de lo que estaba ocurriendo en Hungría.

Los Estados Unidos entendieron el mensaje y exhortaron a sus amigos británicos, franceses e israelíes a que detuviesen en el acto sus operaciones militares. El presidente Eisenhower estaba hecho una furia. Ahora que los soviéticos se estaban desprestigiando ante el mundo entero, ¿por qué demonios brindarles la oportunidad de esa maniobra de distracción? Estaba tan fuera de sí que decidió humillar al Gobierno de Londres de una forma que hasta entonces parecía inconcebible entre esos dos aliados.

Los británicos habían solicitado un préstamo al Fondo Monetario Internacional para enfrentarse a una situación económica delicada, y los Estados Unidos, que tenían vara alta en esa institución, se negaron a concedérselo hasta que no hubiesen aceptado terminar con las hostilidades y retirar las tropas de Egipto. Temiendo poner en peligro la libra esterlina, Londres tuvo que obedecer.

Desde el punto de vista de los historiadores, ese episodio fija el momento simbólico en que las antiguas potencias coloniales

perdieron definitivamente la capacidad de intervenir militarmente en las crisis regionales sin el visto bueno de Washington. Y también el momento en que el otro gran vencedor de la Segunda Guerra Mundial se afincó resueltamente en su propio papel de superpotencia. Las palabras de Bulganin, que habían indignado a los dirigentes europeos, en cambio les encantaron a los árabes, los indios, los africanos y a muchos otros.

Para Moscú, la crisis de Suez compensó, en el sur del planeta, lo que la crisis de Budapest le había hecho perder en el hemisferio norte.

8

LOS SOVIÉTICOS IBAN A tener en las décadas siguientes otros muchos éxitos. Pero también numerosísimos fracasos.

Una de sus grandes victorias fue la llegada al poder en La Habana, el 1 de enero de 1959, de un joven abogado revolucionario, Fidel Castro, que siguió siendo hasta el final uno de sus aliados más fiable y más militante.

Situada a menos de doscientos kilómetros de las costas de Florida, Cuba había sido hasta entonces una colonia a medias de los Estados Unidos. Su último hombre fuerte, Fulgencio Batista, tenía que ver con el hampa neoyorquina, que poseía en la isla lucrativas redes de casinos, prostitución y droga. Desde que la ayudaron a liberarse de sus colonizadores españoles, en 1898, los Estados Unidos habían enviado a sus tropas más de una vez para restablecer el orden o para librarse de un Gobierno que no les gustaba. La habían obligado incluso a incluir en su Constitución la humillante «Enmienda Platt» que los autorizaba a intervenir cuando lo estimasen útil. Y habían instalado en la bahía de Guantánamo una gran base naval de la que nunca consintieron en irse.

Desde el punto de vista de Castro, la única protección de su país frente a las recurrentes injerencias de su poderoso vecino era aprovechar al máximo la rivalidad entre las dos superpotencias planetarias. De hecho, pudo plantar cara a Washington, y su régimen sobrevivió. Pero el embargo económico estadounidense empobreció mucho a Cuba, cuya población emigró en masa a los Estados Unidos.

EN OCTUBRE DE 1962, EL apoyo de los soviéticos a Fidel Castro estuvo a punto de provocar un enfrentamiento atómico. Hubo otros momentos peligrosos durante la Guerra Fría, pero solían ser el resultado de errores o malentendidos. Y ninguno causó un pánico planetario del orden de aquel.

Igual que todos mis contemporáneos viví aquel acontecimiento de hora en hora con angustia. Por entonces se hablaba mucho de los arsenales nucleares que iban creciendo peligrosamente y cuya

capacidad de destrucción era literalmente aterradora. Un año antes, los soviéticos habían hecho estallar una bomba de cincuenta megatones, cinco mil veces más potente que la que había destruido Hiroshima. ¿Podría llegar a verse cómo semejantes artefactos inundaban el planeta con un diluvio de fuego?

Jrushchov había instalado misiles en Cuba, hecho que los Estados Unidos descubrieron merced a fotos aéreas donde se veían los silos previstos a tal efecto. Kennedy había reaccionado imponiendo un bloqueo marítimo y exigiendo, el 22 de octubre, en una dramática alocución televisada, que se desmantelase el arsenal.

El día más febril fue el sábado 27 de octubre, cuando un avión de reconocimiento estadounidense cayó derribado mientras sobrevolaba Cuba y el piloto se mató. Robert Kennedy, fiscal general de los Estados Unidos y hermano del presidente, llamó al embajador soviético para decirle en esencia: «¡La Historia recordará que ustedes dispararon primero!». Pocas horas después se evitó por poco un incidente aún más grave. Un submarino soviético equipado con misiles atómicos recibió disparos de aviso y su comandante estaba a punto de ordenar una réplica cuando, por fortuna, su superior inmediato le pidió que esperase hasta que se aclarasen las cosas.

La víspera, Jrushchov había dirigido a Kennedy una carta de tono alarmista, pero que abría una vía al diálogo: «Señor presidente, ambas partes deberíamos ahora dejar de tirar de los extremos de la cuerda en la que ha hecho usted el nudo de la guerra, pues cuanto más tiremos más se irá apretando el nudo. Y momento llegará en que ni siquiera quien lo hizo pueda ya deshacerlo. Habrá entonces que cortar ese nudo, y no necesito explicarle lo que eso significaría, pues sabe usted perfectamente de qué fuerzas terribles disponen nuestros respectivos países. A menos que desee de verdad que lleguemos al cataclismo termonuclear, habría que dejar de agarrar la cuerda y buscar soluciones. Por nuestra parte estamos dispuestos a ello».

El dirigente soviético envió sus propuestas: retiraría sus misiles de Cuba, y los Estados Unidos, a cambio, retirarían los misiles que habían instalado el año anterior en Turquía; y no volverían a intentar derribar a Fidel Castro, como ya habían hecho en varias ocasiones, sobre todo a raíz de la invasión fracasada de la bahía de

Cochinos en abril de 1961. Washington aceptó las propuestas y solo pidió que la retirada de sus propios misiles permaneciese secreta y no se llevase a cabo hasta pasados seis meses para no ofender la susceptibilidad de los dirigentes turcos. La tensión cayó en el acto. El mundo volvió a respirar.

UNA DE LAS CONSECUENCIAS DE este arreglo fue garantizar la supervivencia del régimen castrista, que se convirtió en un aliado de gran importancia para los soviéticos en su política internacional, en América Latina, en el seno del movimiento de los no alineados y, más aún, en África, donde la intervención de las tropas cubanas en la guerra civil angoleña fue un factor determinante en la victoria del partido al que apoyaba Moscú.

Pocos pronosticaban, cuando llegó al poder Fidel Castro, que duraría tanto enfrentado a la hostilidad activa de los Estados Unidos. Sin embargo, siguió al frente de su país durante medio siglo, más que ningún otro dirigente en la historia del continente americano, y pudo entregar el poder a su hermano Raúl antes de morir en su cama a los noventa años. Es sensato pensar que la forma en que se solucionó la crisis de 1962 fue uno de los factores que favorecieron esa longevidad.

Los dos protagonistas principales de ese pulso, Kennedy y Jrushchov, no salieron tan bien parados. Podría decirse incluso que ambos fueron víctimas colaterales.

A aquel lo asesinaron en Dallas un año después, y aún no se ha disipado el misterio que rodea su muerte pese a los archivos que se han abierto. Hay historiadores serios que piensan que el crimen lo ordenaron los hermanos Castro para responder a los numerosos intentos de asesinato que los hermanos Kennedy no dejaban de tramar contra Fidel. Otros historiadores no menos respetables acusan al hampa, o a los anticastristas, o a todos a la vez, y citan incluso el nombre del supuesto asesino, un asesino profesional de nacionalidad francesa. Fuere cual fuere la verdad, todo hace suponer que hubo, en esa tragedia, una dimensión cubana, y que la forma en que se solucionó la crisis de los misiles determinó el destino del joven presidente.

En lo referido a Jrushchov, quedó apartado del poder el 14 de octubre de 1964, menos de dos años después de la crisis de los misiles, que se citó como uno de los motivos de su caída. A sus

camaradas de la dirección del Partido Comunista los irritó, al parecer, tanto su «aventurerismo» como sus «extravagancias». Lo sustituyó Leonid Brézhnev, a quien se consideraba más comedido, más prudente y de un estilo menos llamativo.

CUALQUIERA QUE SEA LA OPINIÓN que tenga cada cual sobre la crisis de 1962 y sobre la forma en que Jrushchov la gestionó, el propio hecho de que Moscú le hubiera echado un pulso a Washington a pocas millas de las costas estadounidenses da fe de la importancia planetaria que la superpotencia comunista había adquirido en aquellos años.

Pero el ejemplo de Fidel Castro sigue siendo único. En ningún lugar del mundo tuvieron los soviéticos un aliado estratégico de tal categoría. Entregado a ellos en cuerpo y alma y capaz de desempeñar un papel significativo en otras regiones del mundo.

En Asia estaban, por supuesto, los comunistas vietnamitas. La victoria de Ho Chi Minh sobre los franceses en 1954 le había proporcionado también a Moscú un gran éxito. Y la victoria de sus herederos sobre los estadounidenses en 1975 le dio al mundo entero la sensación de que el «bando socialista» estaba prevaleciendo y los bastiones de Occidente iban a caer uno tras otro «como fichas de dominó».

Pero la expansión de los soviéticos en esa parte del mundo tropezó con un obstáculo de envergadura y un tanto paradójico: la China popular. En ningún momento sintieron los comunistas chinos que les fuera posible confiar por completo en sus camaradas soviéticos. Tanto antes como después de su llegada al poder en 1949, Mao Zedong y sus camaradas estaban continuamente alerta. Stalin no tenía empacho en negociar con sus adversarios sin avisarlos siquiera, en hacer que los espiasen sus propios agentes o en utilizar el activismo de aquellos para ponerlo al servicio de sus propios cálculos estratégicos. No puede descartarse, por ejemplo, que no hubiese provocado deliberadamente la guerra de Corea en 1950 para que los chinos se viesen implicados en un conflicto directo con los Estados Unidos.

Esa desconfianza entre los dos grandes países comunistas no se atenuó nunca. Ni con los sucesores de Stalin ni con los de Mao. Las palabras cambiaron a veces, pero el contenido era esencialmente el mismo: China no quería convertirse en vasallo de Rusia, ni que esta

se comportase como un señor feudal en los países que pertenecían tradicionalmente al área de influencia del Imperio del Centro.

EN DOS OCASIONES HUBO, INCLUSO, enfrentamientos militares altamente simbólicos. El primero en 1969, en una zona fronteriza que el Imperio ruso había conseguido merced a uno de esos tratados desiguales que le impusieron a China en la época en que era muy débil. En este caso el mensaje estaba claro: presentar a los dirigentes soviéticos como continuadores de la política imperialista de los zares. Hubo escaramuzas durante los meses siguientes que causaron unas cuantas decenas de víctimas. Era obvio que nadie quería quedar mal, pero tampoco buscaba ninguno una escalada bélica. Ambos países estaban en plena guerra del Vietnam, luchando en el mismo bando. Sus respectivos primeros ministros, Alekséi Kosiguin y Zhou Enlai, coincidieron precisamente en Hanoi en septiembre de ese año en las honras fúnebres de Ho Chi Minh. Aprovecharon para llegar a un acuerdo que puso punto fin a los combates.

No ocurrió lo mismo en el segundo enfrentamiento, diez años después. Que fue indirecto, pero infinitamente más violento, puesto que causó varios miles de víctimas. Sucedió en febrero de 1979. Los vietnamitas y sus aliados camboyanos acababan de derribar el abominable régimen de los Jemeres Rojos, que reivindicaba el pensamiento de Mao. En China, el nuevo hombre fuerte, Den Xiaoping, consideró que tenía que dar un golpe de efecto. Sin ser personalmente, en modo alguno, un fiero defensor de dicho pensamiento, no podía tolerar que los vietnamitas, con la bendición de los soviéticos, se metieran con los protegidos de Pekín. Puso en marcha, pues, una auténtica «expedición punitiva» contra su vecino del sur para que entendiese que no debía confiar demasiado en su alianza con Moscú y también para que los estadounidenses entendieran que su país podría ser para ellos un aliado activo y decidido si los soviéticos se mostraban demasiado agresivos o demasiado glotones. Militarmente la operación no resultó en absoluto concluyente, pero en el plano político obtuvo el efecto deseado.

DE ESTE MODO, LA CHINA popular, que se consideraba en la década de 1950 uno de los blancos principales de la política estadounidense de *containment*, también trabajaba, a su vez, para «contener» a los

rusos. Y lo conseguía a la perfección. Después de 1979 ninguna «ficha del dominó» asiático volvió a caer en manos Moscú.

9

OTRA ÁREA, MUY EXTENSA, donde la expansión de los soviéticos había arrancado con firmeza antes de derrapar y, luego, hundirse es el mundo arabo-musulmán.

La alianza sellada con Nasser en el momento de la crisis de Suez les había resultado ventajosa a ambas partes. El éxito político del rais le había valido un tremendo prestigio ante los árabes y otros muchos pueblos del tercer mundo, hecho que había repercutido en sus aliados. Moscú lo había ayudado luego a construir una gran presa en el Nilo y también a organizar un ejército moderno que parecía poderoso y contribuía a realzar la talla del dirigente egipcio. Pero después de que los israelíes destruyeran su aviación el 5 de junio de 1967, y de la posterior y veloz desbandada de sus fuerzas terrestres en el Sinaí, todo volvió a quedar en entredicho. Y cuando murió Nasser de un ataque al corazón a los cincuenta y dos años, el 28 de septiembre de 1970, y lo sustituyó su vicepresidente, Anwar el-Sadat, para los soviéticos significó el principio del fin. Todo cuanto habían construido desde el golpe de efecto de Suez iba a convertirse en ruinas.

En vida de su antecesor, Sadat nunca hacía hincapié en sus desacuerdos con él, lo que habría desembocado seguramente en su despido. Se esmeraba incluso en parecer dócil, anodino y sin relevancia. Pero es evidente que se trataba de una artimaña para sobrevivir que han puesto en práctica, a lo largo de la Historia, quienes medran a la sombra de dirigentes carismáticos y autoritarios. ¿Acaso no se había portado de la misma forma Jrushchov con Stalin?

No bien hubo llegado al poder, el nuevo presidente egipcio mostró con toda claridad que tenía un enfoque propio y que sabía imponerlo con habilidad y tesón.

Se percataba, por ejemplo, de que la economía dirigista que preconizaba Nasser funcionaba mal y estaba deseando desviarse del modelo vigente en los países socialistas para acercarse a los occidentales, así como a los países productores de petróleo a los que

su antecesor siempre había considerado adversarios.

Ocho meses después de su llegada, Sadat anunció que, aun estando de acuerdo «en lo esencial» con la línea que había seguido Nasser, «que tenga Dios misericordia de él», le parecía necesario aportar «unas cuantas rectificaciones». Se trataba, por supuesto, de un eufemismo, ya que empezó a replantearse sistemáticamente todas las políticas que se habían llevado a cabo antes de llegar él. Para intentar desestabilizarlo, los fieles a su antecesor dimitieron en bloque, sin sospechar que eso iba a ser para el nuevo rais un regalo inesperado, ya que se libró de golpe de todos aquellos que habrían podido ponerle palos en las ruedas.

COMO QUIENES HABÍAN DIMITIDO REPRESENTABAN al ala izquierda del régimen, los soviéticos se preocuparon. Para tranquilizarlos, Sadat aceptó firmar con ellos sin demora un «tratado de amistad y de cooperación» por un periodo de quince años. Pero ya al año siguiente, con una decisión muy sonada y que Moscú consideró una humillación pública, anunció que mandaba a casa a varios miles de consejeros soviéticos, tanto civiles como militares.

Los rusos estaban desconcertados, pero Egipto había adquirido tal importancia en su estrategia mundial que no se resignaban aún a renunciar a ese país. Igual que un inversor o un jugador que hubiera puesto ya demasiado dinero encima de la mesa, tanto empeño tenían en salvar su apuesta que se hundieron más.

Así fue como, cuando Sadat les preguntó si aceptaban proporcionarle ayuda militar masiva que le permitiera recuperar por la fuerza los territorios que habían ocupado los israelíes en la «guerra de los Seis Días», vieron en ello la oportunidad de volver a tomar las riendas. De hecho, proporcionaron la ayuda requerida, con material y consejos tácticos, y el ejército egipcio pudo llevar a cabo en octubre de 1973 la hazaña de cruzar por sorpresa el canal de Suez, destruir las fortificaciones de la línea Bar-Lev y avanzar por el Sinaí.

Fue un momento de gloria para el nuevo presidente, que había conseguido así y en un plazo muy breve remediar, al menos en parte, la afrenta que había soportado su antecesor. Y fue también un momento de gran tensión entre Moscú y Washington que estuvo a punto de degenerar en un enfrentamiento directo.

Los soviéticos fueron, no obstante, incapaces de cosechar los

frutos de su implicación. Con el respaldo de su éxito, Sadat recurrió a los estadounidenses para que lo ayudasen a llegar a un acuerdo con Israel. A continuación, como las negociaciones de paz se alargaban, decidió acelerarlas yendo personalmente a Jerusalén en noviembre de 1977. Un acontecimiento inaudito y espectacular, que causó el efecto de una bomba en el mundo entero.

Los dirigentes soviéticos sintieron, con razón, que Sadat los había engañado, que los había utilizado a ellos y a sus armas para aproximarse al bando occidental. Y la cosa no se quedaba ahí. Lo más grave —para ellos, pero también para Sadat— estaba aún por llegar.

UNA DE LAS CONSTANTES DE la política de Nasser había sido «contener» y reprimir a los Hermanos Musulmanes. Prohibiendo sus organizaciones, encarcelando a sus dirigentes y llegando incluso a ejecutar a algunos de ellos, pero también, y sobre todo, al ocupar él todo el espacio de la lucha patriótica contra el colonialismo. Su sucesor quiso, desde el principio de su mandato, abandonar esa política. Los medios de comunicación oficiales recibieron consignas para que lo llamasen en adelante «el presidente creyente Mohamed Anwar el-Sadat». No se trataba solo de un guiño a los islamistas. Era el inicio de una nueva orientación que iba a tener repercusiones en el mundo entero.

Desde la aparición de los comunistas en el escenario mundial, sus adversarios se habían preocupado siempre de destacar su ateísmo y su hostilidad militante contra todas las religiones. No es de extrañar, pues, que los Estados Unidos intentasen movilizar a sus aliados en el mundo musulmán en contra de la invasión de Afganistán por parte del ejército soviético en 1979. Lo nuevo en esa batalla era la determinación con la que la condujeron la administración del presidente Carter y, en particular, su principal consejero, Zbigniew Brzezinski.

Los estadounidenses, que acababan de padecer una derrota clamorosa en Vietnam y también en el resto de Indochina, estaban deseosos de «devolverles la pelota de otro Vietnam» a sus adversarios soviéticos, que se habían embarcado imprudentemente en una aventura militar en Afganistán. Las monarquías del petróleo estaban dispuestas a participar en la operación financiando el envío de «voluntarios», reclutados en todo el mundo musulmán, para una

yihad contra los comunistas. El nombre de uno de esos militantes iba a hacerse famoso un día en el mundo entero en circunstancias bien sabidas: Osama bin Laden.

No hace falta decir que, en tiempos de Nasser, Egipto no habría participado nunca en esa operación. Con Sadat había cambiado el ambiente. Y fue, de hecho, en El Cairo donde Brzezinski arrancó su gira por los países musulmanes para movilizarlos en la lucha contra los soviéticos.

Una lucha que resultó terriblemente eficaz. Afganistán se convirtió, efectivamente, en «un Vietnam» para la Unión Soviética, ya que se empantanó allí durante diez años y perdió casi quince mil hombres, lo que contribuyó innegablemente a hacer que perdiese la Guerra Fría.

Cierto es que a largo plazo la instrumentalización política de la religión iba a traerles repercusiones desastrosas a todos los participantes sin excepción. El propio Sadat no disfrutó mucho tiempo de su apertura hacia los movimientos islamistas, puesto que cayó en octubre de 1981 bajo las balas de un militar radicalizado que quería que pagase su reconciliación con los israelíes.

En lo que se refiere a los Estados Unidos, también ellos iban a padecer, y durante varias décadas, los efectos secundarios de esa política. Tras haber ayudado a los islamistas a expulsar a los soviéticos, decidieron interrumpir la ayuda, lo que interpretaron algunos militantes radicales como un abandono y una traición. En consecuencia, se llevaron a cabo atentados muy violentos contra objetivos occidentales y los más mortíferos fueron los del 11 de septiembre de 2001 contra las torres gemelas de Nueva York, cuyo balance se elevó a tres mil muertos.

En respuesta a esos ataques, los Estados Unidos invadieron Afganistán, donde quedaron empantanados a su vez durante unos veinte años antes de retirarse sin gloria en agosto de 2021.

Pero si Occidente y sus aliados del mundo arabo-musulmán acabaron por padecer también ellos las consecuencias del auge del islamismo político, a la Unión Soviética no podían ya proporcionarle ni satisfacción ni ventaja alguna sus tardías desgracias, puesto que ya se había desintegrado.

10

CUANDO EXAMINAMOS LOS REVESES que padeció Moscú en su política internacional (en Egipto, Hungría, Polonia, China y en otros lugares) comprobamos que en ellos desempeñaron un importante papel factores regionales específicos, de carácter cultural, ideológico o geoestratégico. Pero existía también para todos esos fracasos una explicación compartida: la economía.

La Unión Soviética, por mucho que fueran creciendo sus aliados, sus clientes y sus «satélites», por mucho que rubricase con ellos promesas de amistad eterna, les construyese complejos industriales, presas faraónicas o ejércitos formidables, y se dotase de un arsenal apocalíptico capaz de aniquilar a la humanidad entera, padeció a lo largo de toda su existencia una debilidad constitutiva que nunca pudo superar: la disfunción de su sistema económico dirigista, centralizado y desmesuradamente burocratizado.

En todos los lugares donde se implantó resultó inoperante. Por motivos mil veces estudiados y analizados a fondo, cuando no se quiere que la demanda determine el precio de un producto y la cantidad de él que hay que producir, no se tarda en caer en el absurdo. Se produce demasiado o demasiado poco. Se deja de innovar y no hay ya preocupación por mejorar la calidad. En el mercado interior se sigue vendiendo porque los compradores no tienen dónde elegir. Pero en la exportación ya no se es competitivo. Hay retroceso, debilitamiento, empobrecimiento.

Sin embargo, teóricamente no debería suceder nada de eso. Si los responsables son competentes y disponen de los datos oportunos pueden adoptar las medidas adecuadas y hacer que se apliquen mejor que en los sistemas descentralizados, en donde hay incontables actores. Pero resulta que nunca sucede así. En todos los niveles, los responsables locales se esfuerzan por demostrar que han alcanzado los objetivos fijados por el partido o que los han rebasado. En consecuencia, los datos que reciben las autoridades centrales se falsifican sistemáticamente, las directrices que de ello se derivan no corresponden a las necesidades reales y se cumple con

ellas de forma errática. Ese círculo vicioso de la falta de eficacia no tarda en afincarse y afecta irremediablemente a todos los engranajes de la sociedad, igual que una artrosis.

En ninguna parte permitió el dirigismo burocrático un desarrollo armonioso. Por doquier trajo consigo incompetencia, desmotivación, penurias e incluso escandalosas desigualdades entre quienes podían zafarse del sistema y aquellos a quienes afectaba de pleno.

Podría caerse en la tentación de sacar la conclusión de que un poder autoritario es *forzosamente* incapaz de triunfar en el ámbito económico. Sería esta una aseveración meritoria, pero inexacta. El despegue de Corea del Sur ocurrió durante la dictadura de Park Chung-hee, el de China bajo la égida de un Partido Comunista y el balance económico del general Pinochet en Chile no fue nada desastroso. No obstante, no cabe duda de que, en el caso de la Unión Soviética, su esclerosis económica era inseparable de su esclerosis política.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL RÉGIMEN fueron, a este respecto, crepusculares. La imagen impactante que permanece en la mente de la gente es la de los tres supremos dirigentes que fallecieron uno tras otro en menos de dos años y medio. Mucho se ha ironizado sobre esos «ancianos» que caían como moscas. Si nos fijamos bien, el problema no era realmente la edad. Si Leonid Brézhnev murió a los setenta y cinco años, Yuri Andrópov lo hizo a los sesenta y nueve y Konstantín Chernenko tenía setenta y tres cuando remató la «hecatombe» en marzo de 1985; en esa fecha, el presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, acababa de celebrar su septuagésimo cuarto cumpleaños y China había emprendido la más asombrosa de sus revoluciones bajo la férula de Deng Xiaoping, que era ya octogenario. Valga esto para decir que la edad no era aquí más que una cómoda metáfora. El problema auténtico es que había, en una sala del Kremlin, una docena de dirigentes inmutables que se iban pasando el poder de mano en mano sin que los preocupase lo que pudieran pensar sus conciudadanos.

A Brézhnev lo habían elegido para sustituir a Jrushchov porque parecía sensato y responsable. De hecho, no se permitió quitarse el zapato en Naciones Unidas para dar golpes en el estrado y nunca se jugó una partida al mentiroso con misiles atómicos como había

hecho su antecesor en la crisis de Cuba. Pero su sensatez era muy relativa. Él también podía ser aventurero, como lo demostró con su irreflexiva decisión de enviar a sus tropas a Afganistán.

Y estaba también ese otro defecto que es sin duda lo contrario del aventurerismo, pero que puede resultar a largo plazo no menos arriesgado: el inmovilismo. Durante todo su reinado, que duró dieciocho años y fue, por lo tanto, el más largo de la era soviética después del de Stalin, Brézhnev se esforzó por evitar los trastornos graves. No hubo ni cruentas purgas ni represiones en masa, pero tampoco hubo apertura ni la mínima democratización del régimen, cuya falta de respeto a los derechos fundamentales continuó empañando su imagen algo más cada día. Y aunque la represión de la Primavera de Praga en 1968 fue muchísimo menos mortífera que la insurrección de Budapest doce años antes, el efecto que produjo en la opinión pública europea fue igual de desastroso.

En el ámbito económico y tecnológico, el sueño que había acariciado Jrushchov de alcanzar a Occidente e incluso de «enterrarlo» no volvió nunca al orden del día. Sin resuello por el ritmo que imponían los Estados Unidos a la carrera armamentística, la economía soviética no dejó de pasar penurias. Pero no por ello se rebeló la población; se conformó con sobrevivir, desengañada, desmotivada, mohína, sin creer en nada ya.

LUEGO APARECIÓ UN NUEVO ROSTRO que no se parecía a los que lo habían precedido. Era más joven, más expresivo, más sonriente, e inspiraba confianza del brazo de su elegante Raisa. En poco tiempo consiguió barajar los naipes y pasar página en la Guerra Fría. Habría podido cambiar el mundo de forma aún más duradera y haber asentado los cimientos de un futuro completamente diferente. No supo hacerlo y no lo ayudaron gran cosa.

Mijail Gorbachov era consciente del declive de su gran país enfermo y se prometía curarlo. Quería acabar con la opacidad, la torpeza, las prácticas autoritarias, la ceguera, el despilfarro, así como con el alcoholismo. De un día para otro el mundo entero memorizó las palabras mágicas «glásnost» y «perestroika». Y aunque a algunos aún les cupiesen dudas acerca de la necesidad de encaminarse hacia una mayor transparencia y hacia un serio cuestionamiento del sistema vigente, el accidente nuclear de Chernóbil recordó, en abril de 1986, la urgencia de llevar a cabo un

giro importante.

Por supuesto, a cada paso los cambios despertaban resistencias y los acompañaban riesgos. En particular, quienes conocían la historia de la posguerra sabían que antes o después el nuevo amo del Kremlin iba a tener que enfrentarse al difícil dilema con el que ya se habían enfrentado sus antecesores: ¿qué hacer si se veía ante una sublevación en los países del Este?

En 1956, Jrushchov había enviado a Budapest sus carros de combate, haciendo peligrar así la desestalinización que había iniciado; luego, en 1968, Brézhnev había acabado con la Primavera de Praga, asegurando que había recibido peticiones de ayuda. ¿Se atrevería Gorbachov a apartarse de esa línea? ¿No iba a caer en la tentación de intervenir en el último momento para preservar su hegemonía sobre la mitad oriental de Europa?

Ese era *el test*, y tenía empeño en que le saliera bien. Los dirigentes de los partidos «hermanos» no dejaban de lamentarse y de denunciar que los «dejasen tirados», pero Gorbachov no quería apartarse del camino que se había trazado y llegó hasta el final. Hasta la caída del Muro en noviembre de 1989; hasta el desplome de todos los regímenes que gobernaban en los países del Este; y hasta la reunificación de Alemania.

Su apuesta era que la Unión Soviética, libre del peso de los países que había conquistado Stalin y «convertido» luego a la fuerza al comunismo, iba a poder volver a empezar con buen pie. Reestructurar su economía, liberalizar su vida política, abrirse, democratizarse y prosperar. Para internarse por ese prometedor camino había que liquidar el pasado resueltamente y a toda costa.

No obstante, en ese bonito guion había un inconveniente. Que podía parecer de menor importancia, pero que iba a impedir a Gorbachov pasar página con tranquilidad: los países bálticos. Estonia, Letonia y Lituania formaban parte de las quince repúblicas de la Unión Soviética y habían pertenecido durante mucho tiempo al Imperio de los zares. Sin embargo, habían sido independientes entre las dos guerras mundiales y solo las habían reconquistado tras el pacto con Hitler. Ahora querían recobrar su independencia.

¿Iba Gorbachov, a quien acusaban ya de desmantelar el «bando socialista», a aceptar además la secesión de tres repúblicas miembros de la Unión Soviética? No podía resignarse a ello de buen

grado, pero ¿podía aún impedirlo?

En agosto de 1989, cuando grupos favorables a la democracia estaban empezando a moverse en Praga, Berlín del Este, Varsovia, Budapest y en otros lugares, se hizo un llamamiento en los países bálticos para formar «una cadena humana». Desde Tallin a Vilna, pasando por Riga, dos millones de personas, mujeres y hombres de todas las edades, de todas las condiciones sociales y de diferentes convicciones políticas se cogieron de la mano a lo largo de más de seiscientos kilómetros. Una acción espectacular, conmovedora, pacífica, civilizada, que despertó la simpatía del mundo entero y evidenció la voluntad de todos los bálticos de pasar la página soviética de su historia.

Unos meses después y cuando acababa de caer el muro de Berlín, Estonia, Letonia y Lituania comunicaron solemnemente su intención de volver a ser independientes. El dilema de Gorbachov era, en esta ocasión, dificilísimo de resolver. Si permitía que se fuesen, ¿quién iba a impedir a Kazajistán, Georgia, Armenia, Azerbaiyán y a las demás que se separasen a su vez? ¿No supondría el fin de la Unión Soviética? A falta de otro recurso, envió a sus tropas a Letonia para recuperar el control. La población levantó barricadas, hubo unos cuantos incidentes que causaron seis o siete muertos y unas decenas de heridos, sin más resultado que empañar un tanto la imagen de Gorbachov y debilitar su poder.

LA UNIÓN SOVIÉTICA ESTABA EMPEZANDO a desintegrarse. Su desaparición se anunció con solemnidad y tristeza el 25 de diciembre de 1991 en un discurso de Mijaíl Gorbachov, que habría de ser su último dirigente, emitido por televisión. Sus palabras estaban impregnadas de dignidad, de solemnidad, pero también de una inmensa tristeza.

«El destino ha querido que, en el momento en que estaba llegando yo a los más altos cometidos del Estado, el país estuviese ya en muy malas condiciones. Sin embargo, tenemos de todo y en abundancia: tierra, petróleo, gas, carbón, metales preciosos y muchas otras riquezas naturales. Y también inteligencia y talento que Dios nos ha prodigado sin tasa. Pese a todo ello vivíamos mucho peor que en los países desarrollados y cada vez nos retrasábamos más en comparación con ellos.

»¿Por qué? Porque nuestra sociedad se asfixiaba en el cepo de

un sistema autoritario que la obligaba a atenerse a un dogma y a soportar la tremenda carga de una militarización desenfrenada. Todos los intentos de reformas parciales habían fracasado uno tras otro. El país se había quedado sin perspectivas de porvenir. No podía continuar así. Era menester un cambio radical.

»Por todas esas razones ni una sola vez he sentido la tentación de utilizar mi cargo de secretario general únicamente para "reinar" como un zar durante unos cuantos años. Habría sido irresponsable e inmoral.

»Sabía que era difícil, e incluso arriesgado, emprender reformas de tamaña envergadura en una sociedad como la nuestra. Pero no había otra elección».

EL RÉGIMEN SOVIÉTICO, NACIDO DE la Revolución de Octubre, se había venido abajo antes de haber podido celebrar su septuagésimo quinto aniversario. «El paraíso de los trabajadores» en el que tantas mujeres y hombres habían creído en todos los continentes no había cumplido sus promesas.

Sin duda, Rusia iba a poder proseguir su historia con otra forma de ver las cosas, otras ambiciones, otras doctrinas y otras aventuras. Pero su sueño de abrirle un nuevo camino a toda la humanidad había fracasado definitivamente.

III

Una marcha tan larga

«Nuestro Celeste Imperio posee de todo en abundancia dentro de sus fronteras y de nada carece. No necesita pues traer del exterior lo que producen los bárbaros».

Carta del emperador Qianlong
al rey de Inglaterra Jorge III, 1793

1

SI EL PRINCIPAL PUNTO flaco de la Rusia soviética fue su incapacidad para edificar un sistema económico eficaz y el del Japón imperial su incapacidad para salir de una visión estrictamente nacionalista de su papel, ¿qué ocurrirá el día en que un gran país de Oriente consiga combinar una perspectiva global inspirada en el marxismo con una eficacia modernizadora como la de la era Meiji?

Esta pregunta dejó de ser una simple hipótesis por investigar desde que China repitió, y a muy amplia escala, el milagro económico que ya habían llevado a cabo otros países de África, al tiempo que seguía reivindicando el «socialismo científico», por más que fuese «de características chinas». Este tercer reto a la supremacía de Occidente podría revelarse aún mucho más serio que los anteriores, tanto más cuanto que procede de una nación con una población particularmente numerosa.

Una nación que vivió durante siglos una humillante decadencia y a cuyo despertar acompañó una prolongada secuencia de extravíos. Pero que parece hoy determinada a volver a ocupar su puesto entre las grandes potencias, y en primerísima fila.

DURANTE MUCHO TIEMPO, SE CONSIDERÓ «el Imperio del Centro». Su soberano era «el Hijo del Cielo», sus vecinos cercanos reconocían su preeminencia y los países lejanos no la interesaban. China tuvo que pasar por muchas pruebas antes de entender que una petulancia así no podía conducirla más que al desastre y que tenía que metamorfosearse a toda costa.

Cierto es que en su caso la tentación de atrincherarse era comprensible. Tiene un territorio inmenso y una población relativamente homogénea y a sus referencias culturales, que ilustra la imprescindible figura de Confucio, las caracteriza una infrecuente continuidad. No cabe duda de que padeció, en el curso de los siglos, incursiones e invasiones, de ahí la necesidad de construir la Gran Muralla. Pero los conquistadores habían acabado siempre por integrarse en la realidad del país y añadir un capítulo a su historia milenaria sin poner en entredicho los cimientos de su civilización.

Quienes estaban al mando de los derroteros del Imperio del Centro tenían la convicción de que las cosas siempre transcurrirían así.

No obstante, en las primeras décadas del siglo XV, en el momento en que Occidente iniciaba su Renacimiento, preludio de su ascenso hacia la supremacía global, también China pasó por un intento atrevido y espectacular para salir de su aislamiento y para trabar vínculos de intercambio con diversas naciones, cercanas o remotas.

Un soberano visionario había conseguido, de hecho, construir una flota gigantesca, que se suponía que iba a garantizarle una rotunda presencia en todos los océanos. Si su aventura hubiese podido seguir adelante, la historia de la humanidad habría transcurrido de forma muy diferente.

ASIA ACABABA DE PASAR POR una conmoción estratégica. La inmensa extensión que habían conquistado los mogoles y abarcaba antaño gran parte del continente llegando hasta Europa oriental se había ido dislocando poco a poco. En la propia China, a la dinastía que había fundado Kublai, el nieto de Gengis Kan, acababa de derrocarla una dinastía autóctona, la de los Ming.

Nada más llegar, los nuevos amos del imperio tuvieron que enfrentarse a un espinoso problema: las largas rutas de las caravanas que unían su territorio al resto del mundo, y a las que se había tomado la costumbre de llamar, de forma simbólica, «la Ruta de la Seda», se habían vuelto mucho más arriesgadas sin la protección de los jinetes mogoles. Pero ¿cómo iba a ser posible encomendarse a estos cuando se los acababa de echar del poder y se los trataba como a enemigos? ¿No sería más sensato buscar, para los flujos comerciales, caminos que la propia China pudiera controlar en vez de contar con la buena voluntad de los demás?

Tal era la preocupación del príncipe Zhu Di, el hijo menor del fundador de la dinastía. Y estaba firmemente convencido: si se pretendía preservar la prosperidad del imperio la única solución era sustituir las rutas comerciales terrestres, que cruzaban Asia central, por vías marítimas. Para alcanzar ese objetivo era preciso a toda costa construir una flota capaz de garantizar el dominio de los mares.

En 1402, el príncipe se hizo con el poder por la fuerza y se proclamó emperador, adoptando el título de Yongle, «Felicidad

perpetua». La tradición de los monarcas era dar a su reinado una divisa que, supuestamente, resumía su ambición. La de Zhu Di era garantizar la duradera prosperidad del imperio. Pero no pudo conseguirlo. Su formidable intento de renacimiento acabó en fracaso. No por culpa de sus enemigos exteriores, sino debido a la incapacidad de la clase dirigente confuciana de aquellos tiempos, conservadora hasta el inmovilismo, para volver a plantearse el lugar de China en el mundo y sus relaciones con los demás. Visto a distancia, el reinado de Zhu Di se ve como un breve paréntesis. Unos cuantos años de lucidez tras los que vino un largo sueño desasosegado.

CONSIDERADO DESDE UNA PERSPECTIVA GLOBAL, ese despertar abortado del gigante de Asia representa un giro decisivo en el caminar de toda la humanidad, ya que es precisamente en ese momento, en las lindes del Quattrocento, cuando comenzó Occidente su irresistible ascensión hacia la supremacía global.

No fue, pues, por casualidad por lo que los artífices del nuevo renacimiento de China, empezando por Deng Xiaoping y Xi Jinping, vieron en esa página de su historia, que se remonta a seis siglos atrás, un modelo, una referencia y una fuente de inspiración.

ZHU DI ERA UN VISIONARIO y un constructor sin par. Afincó el poder imperial en Pekín, dando a la ciudad su nombre actual, Beijing, que quiere decir sencillamente «la capital del norte». Empezó a construir allí lo que hoy se llama la Ciudad Prohibida. Y restauró la Gran Muralla, que estaba empezando a convertirse en ruinas; por lo demás, es a él a quien le debe esta sus más sólidas fortificaciones, que aún admiran los visitantes. También patrocinó una gigantesca enciclopedia que contaba con veintidós mil entradas y de la que no quedan, por desgracia, más que unos pocos fragmentos dispersos por el mundo. Pero su proyecto más ambicioso fue la construcción de la gran flota imperial, que se suponía que iba a garantizar a China el dominio de los mares.

Esa misión se le encomendó al almirante Zheng He, mencionado ya al principio de este libro, y cuyo destino iba a revelarse aún más asombroso que el del propio emperador. Perteneciente a una familia de altos funcionarios musulmanes oriundos de Bujará y que llevaban seis generaciones al servicio de los soberanos mogoles, el futuro almirante había nacido en 1371, en el peor momento para

los suyos, ya que acababan de destronar a los herederos de Kublai y a sus leales servidores iban a perseguirlos a partir de entonces.

Al nacer, su nombre era Ma He. «Ma» es un patronímico frecuente entre los musulmanes chinos, a menudo una forma abreviada de Mahmud o de Mohamed. Su padre y su abuelo se llamaban ambos Ma Hajji, lo que permite suponer que habían realizado juntos un viaje a La Meca.

Uno de sus antepasados, llamado Chamseddine, había sido gobernador de Yunnan y la familia gozaba de gran prestigio en la provincia. Pero cuando en 1381 los Ming enviaron un gran ejército para instaurar su autoridad y expulsar a los dignatarios del antiguo régimen, mataron al padre de Ma He y al niño, de diez años, lo hicieron cautivo y castraron bárbaramente, como se hacía entonces para impedir a los clanes rivales tener descendencia.

En su desventura, Ma He tuvo, no obstante, una oportunidad inesperada: la de que lo destinasen al servicio de Zhu Di, que le llevaba once años y quien no tardó en darse cuenta de que se hallaba ante un muchacho poco corriente y se encariñó con él. Le encomendó responsabilidades cada vez más pesadas y el príncipe no tardó en ponerlo al frente de su casa, un cometido que recaía con frecuencia en un eunuco de elevado rango y lo convertía en el brazo derecho del señor. En el ejercicio de este cargo tomaron la costumbre de llamarlo «el eunuco Sanbao», el «eunuco de las Tres Joyas» o «de las Tres Protecciones».

Además de esos cometidos civiles, a Ma He lo pusieron al mando de importantes unidades militares, cargo que desempeñaba siempre con valor e inteligencia. Fue en recuerdo de una batalla donde brilló por su coraje en un lugar llamado Zhenglunba, en las inmediaciones de la capital, por lo que su señor empezó a llamarlo afectuosamente Zheng He, que iba a convertirse en la forma honorífica de nombrarlo.

Pero la misión que le valió un renombre duradero y un lugar en la Historia fue, por supuesto, la construcción y el mando de la gran flota.

A DECIR VERDAD, NI EL almirante ni el soberano tenían la mínima experiencia de las cosas del mar. La decisión de dotarse de semejanza armada se adoptó por razones puramente estratégicas, tras una evaluación racional de las amenazas que pesaban sobre el

comercio exterior de China y la forma de enfrentarse a ellas. Si quería conservar el control de sus intercambios con el resto del mundo, al Imperio del Centro no le quedaba más remedio que metamorfosearse en gran potencia marítima, lo que exigía construir lo más rápidamente posible una flota como nunca se había visto ninguna otra hasta entonces.

Se trataba de una empresa de titanes y que precisaba no de un navegante experimentado, sino de un organizador fuera de lo corriente. Que crease astilleros donde construir cientos de barcos. Que reclutase a buenos capitanes y a miles de marineros. Que hallase intérpretes capaces de comunicarse con los pueblos con quienes buenamente se coincidiera. Que dispusiese que se fabricasen objetos (de porcelana, seda, jade, papel) para llevarlos y venderlos y que supiera qué productos habría que comprar en los puertos extranjeros. Que sumase a la flota una fuerza armada capaz de defenderla sin darle por eso apariencia de cuerpo expedicionario que parte a conquistar países extranjeros. En una palabra, había que poseer a un tiempo las cualidades de un jefe militar, de un administrador civil, de un diplomático, de un comerciante, de un explorador y de un hombre de Estado. También había que saber conservar continuamente un sutil equilibrio entre la sensatez y la audacia.

Esa misión, la más delicada de su reinado, se la confió Zhu Di al único hombre de su entorno que le pareció capaz de cumplirla.

LA FLOTA DEL ALMIRANTE ZHENG He merecería que se le consagrase un desarrollo mayor, tanto por la visión estratégica que le daba vida como por las realizaciones que llevó a cabo. He tenido ocasión de recordar sus impresionantes dimensiones, la cantidad de navíos, su tamaño y los veintiocho mil hombres que transportaba. Al leer los distintos relatos que se le dedicaron, solo es posible quedarse impresionado por la inventiva, la competencia y, hasta cierto punto, la modernidad que caracterizaron la empresa; por el hecho de que una embarcación se dedicase por completo a la gestión del agua potable, con la misión de repostar siempre que fuera posible y repartirla circulando por entre los navíos; por el hecho de que hubiera en los más grandes, que medían más de ciento veinte metros de largo por cincuenta de ancho, granjas flotantes donde se criaban determinados animales y se cultivaban determinadas

plantas de las que no se deseaba carecer; porque todos los grandes bajeles dispusieran de cartas marinas y de brújulas magnéticas; o porque algunas embarcaciones dispusieran de compartimientos estancos inspirados en la estructura del bambú y que los protegían de las filtraciones.

SI LA ODISEA DE LA gran flota nos parece hoy digna de admiración, no era así como la veían los dignatarios de la corte imperial. Muchos de ellos opinaban que la aventura era costosísima y que empobrecía al país en vez de enriquecerlo. Insensibles a las bazas estratégicas de la empresa, no veían en ella más que un capricho ruinoso. Que el almirante hubiese traído de las costas africanas una jirafa había resultado entretenido y los pintores dejaron soberbias representaciones del maravilloso animal. Pero los funcionarios ancianos fruncían el entrecejo desdeñosamente.

Cuando murió Zhu Di en 1424 y lo sustituyó su hijo Zhu Gaochi, este anunció en el acto que las expediciones marítimas no iban a continuar. Desde su punto de vista, el conjunto del proyecto se apartaba gravemente de las enseñanzas de Confucio, quien recomendaba la modestia y la frugalidad y desaprobaba cualquier ostentación.

Zheng He acababa de concluir su sexto viaje, que lo había llevado al país de los somalíes y hasta Zanzíbar. Se le comunicó sin contemplaciones que la aventura ya se había acabado. Pero el nuevo emperador murió a su vez, de repente, de un ataque al corazón, tras solo nueve meses de reinado y su propio hijo, que le sucedió, se mostró menos hostil a las ideas de su abuelo Zhu Di. Tras unos cuantos titubeos, renovó su confianza en Zhen He y le permitió organizar un séptimo viaje, que lo llevó hasta el estrecho de Ormuz. Y que iba a ser el último, ya que el almirante murió en el camino de vuelta, en Calicut, en la costa india de Malabar, en 1433.

CUANDO EL JOVEN MONARCA FALLECIÓ a su vez dos años después, dejando el trono a un chiquillo de siete años, los dignatarios del palacio estuvieron en condiciones de poner fin de una vez por todas a la aventura de la gran flota. Se ordenó su destrucción, se prohibió a los chinos que construyesen barcos capaces de salir a alta mar y se llevó el encarnizamiento hasta quemar las cartas marinas y todos los documentos referidos a las expediciones.

El solo hecho de recordar las hazañas de Zheng He se consideró

a partir de ese momento un acto de desobediencia, y los cronistas, que no querían complicaciones, evitaban mencionarlas. Se sabe que dos o tres compañeros del almirante, entre ellos su principal intérprete, Ma Huan, dejaron descripciones de lo que habían visto. Pero sus escritos solo se han conservado de forma fragmentaria y se difundieron poco. Hacia finales del siglo XVI, un erudito llamado Luo Maodeng publicó una obra llamada *Un relato de un viaje hacia el oeste del eunuco Sanbao*, que se basaba en los recuerdos que se habían conservado en las familias de los marineros, así como en los documentos que se habían salvado de la destrucción, pero en la que había también mezcla de ficción. La novela, puesto que de una novela se trataba, tuvo cierto éxito, pero la verdadera historia de la epopeya marítima siguió siendo en gran parte desconocida hasta que los artífices del nuevo despertar de China, en el siglo XX, volvieron a ponerla a la orden del día.

EXISTE, NO OBSTANTE, EN LA literatura mundial, una obra que perpetúa a su manera el eco de esas expediciones. Se trata de los viajes de Simbad el Marino. A primera vista parece algo imposible, puesto que, en las *Mil y una noches*, esas aventuras se supone que se sitúan en tiempo de los grandes califas abasidas, seis siglos antes de Zhen He. Pero los investigadores que se han interesado por el tema no han hallado ninguna mención a Simbad en los manuscritos anteriores al siglo XV. Cosa que, bien pensado, cae por su propio peso. Es poco probable, en efecto, que el parecido entre los nombres de Simbad y de Sanbao se deba a una simple coincidencia o que la concordancia entre los siete viajes de uno y los siete viajes de otro sea fortuita. Sobre todo cuando se sabe que las comarcas que visitó el almirante chino, como la India o Persia, son precisamente aquellas donde nacieron las *Mil y una noches*.

Hay que dejar a los especialistas el cometido de dar con la clave de la historia. Pero, en tanto que símbolos, los viajes del almirante Zheng He tuvieron un regreso sonado a la memoria colectiva de China. Y lo sensato es pensar que no volverán a caer en el olvido.

2

TRAS HUNDIR DELIBERADAMENTE SU armada oceánica, incluso cuando las rutas terrestres hacia Asia se habían vuelto inseguras, China vivió inmediatamente una disminución masiva de sus intercambios con el resto del mundo.

Los detractores de Zhu Di presentaban ese aislamiento como un regreso a la anterior situación «virtuosa», lo que no se correspondía con la realidad. Pues, aunque la idea de una superioridad del Imperio del Centro por comparación con los «bárbaros» estuviese firmemente implantada en la mente tanto de los dirigentes como de los ciudadanos, se cuidaban muy mucho de sacar la conclusión de que no era necesario comerciar con los «bárbaros». Para convencerse de ello baste con recordar la época que describía Marco Polo a finales del siglo XIII, cuando el poder se hallaba en manos de los soberanos mogoles y su capital de verano, Shangdu, la misteriosa Xanadú, vivía al ritmo de las caravanas y atraía desde lugares muy lejanos a visitantes maravillados. «En Xanadú mandó el kan Kublai levantar un magnífico palacio de recreo. […] Era una obra milagrosa y singular», seguía fantaseando siglos más tarde el poeta Samuel Coleridge.

Podrían citarse también otras épocas, aún más antiguas, y todas ellas son testimonio de una evidencia: las míticas «rutas de la seda» permitieron constantemente desde la Antigüedad intensos intercambios entre China y sus numerosos socios, lejanos o cercanos, como la India, Transoxiana, Persia, Egipto, Grecia y más allá. Circulación de mercancías, por descontado, como las sedas, la porcelana, el té o las especias; circulación también de creencias, como el budismo, el maniqueísmo, el judaísmo, el nestorianismo o el islam; y trasmisión continua de conocimientos y de pericia en numerosos ámbitos, desde la arboricultura hasta la fabricación del papel…

Los «bárbaros extranjeros» aprendieron mucho de China, y China aprendió mucho de ellos. Fue al aislarse del mundo, tras la destrucción de la gran flota, cuando empezó el inevitable declive.

Precisó cuatro siglos para tomar conciencia de ello y otro siglo y medio para levantarse, o para empezar a levantarse.

ESTA LENTITUD LA EXPLICA, AL menos en parte, el hecho de que el país, desde el siglo XV hasta los últimos años del XVIII, pasó por un período de relativa estabilidad que entumeció las mentes y ocultó los indicios del declive.

No cabe duda de que los sucesores del emperador visionario se habían equivocado torpemente al apartarse de su «aventurerismo» y de sus «extravagancias» y al destruir los espléndidos navíos que había mandado construir; pero fue solo al verla con perspectiva como su reacción conservadora se reveló como un fatídico extravío.

Al principio no se desacreditaron realmente. Daba incluso la impresión de que gobernaban sabiamente. Se reparaban con regularidad los diques, las inundaciones eran menos frecuentes, las cosechas eran buenas y la población había empezado a crecer rápidamente: durante el reinado de Zhu Di, China contaba con ochenta millones de almas, lo que suponía la quinta parte de los moradores del planeta; cuatro siglos después, tenía ya trescientos treinta millones, es decir, una tercera parte larga de la humanidad de entonces. Es solo algo aproximativo, pues los historiadores no coinciden en cifras exactas; pero la tendencia es indiscutible. La población iba aumentando a un ritmo constante, hecho que revelaba cierta prosperidad y un margen de buena gobernanza.

Pero también le anunciaba al país unas cuantas adversidades por llegar. Al no poder crecer mucho las superficies cultivables y no mejorar mucho la productividad, a la mayoría de las familias campesinas, obligadas a alimentar más bocas, les costaba cubrir gastos. La recaudación de impuestos reportaba cada vez menos al Tesoro imperial y era causa de recriminaciones, e incluso de levantamientos armados, en las zonas rurales empobrecidas.

ESOS PROBLEMAS NO ERAN NUEVOS en China, eran incluso recurrentes, y no habrían tenido consecuencias mayores si el conjunto de la humanidad hubiera seguido evolucionando, en todas las latitudes, igual de despacio. Pero ese no era ya el caso. Con el Renacimiento y, después, la Revolución Industrial, Europa había cambiado el ritmo de la Historia. Para sí misma, por supuesto, pero también para el resto del mundo. Incluido el Imperio del Centro.

Aunque profunda y vigorosa, no siempre era fácil percatarse de

esa transformación del mundo. Cuando los dirigentes chinos miraban a su alrededor, veían un Japón y una Corea tan aislacionistas como ellos, y que iban a seguir así hasta mediados del siglo XIX. Los dignatarios de la corte imperial tenían buenas razones para creer que el orden «inmutable» de las cosas podía seguir durando.

FUE A TRAVÉS DE LOS viajeros y, sobre todo, de los mercaderes que el despertar de Europa iba a desencadenar el de China. Despacio, primero. Luego, de forma brutal.

Los visitantes se habían multiplicado desde Marco Polo y su *Libro de las maravillas*. No cabe duda de que existía una particular fascinación por el misterioso coloso de Asia, pero no es menos cierto que los europeos recorrían ya la tierra entera y sentían por todas las comarcas, desde la Amazonia hasta las fuentes del Nilo y desde las inmensidades siberianas a la Arabia feliz, una insaciable curiosidad. Botánicos, pintores, misioneros o comerciantes, todos eran un poco aventureros y un poco exploradores. Eran también, conscientemente o no, las herramientas, los agentes y los descubridores de la conquista del mundo por el «hombre blanco».

Había allí personajes de todo tipo. Bandidos, saqueadores, crápulas; pero también personas de gran talla intelectual y moral. Entre estos últimos, uno de los más notables fue, sin duda alguna, el jesuita italiano Matteo Ricci, una gran figura del humanismo y del universalismo.

Nacido en 1552 en los Estados Pontificios, llegado a China a la edad de veintinueve años, se había sumergido con fascinación en su civilización milenaria, estudiando su literatura, sus artes, su relieve, su historia y las enseñanzas de los sabios antiguos. Su misión principal era la propagación del cristianismo. Con tal fin se esforzó en adaptar su mensaje a las expectativas y las formas de expresarse de sus interlocutores, por ejemplo, dando a Dios el nombre de *Tiānzhǔ*, el «Señor del Cielo», expresión que despertaba ecos en la cultura china.

Al mismo tiempo, tradujo al latín los escritos de Confucio para darlos a conocer en Europa. Acariciaba el sueño de construir pasarelas entre los dos sistemas de creencias, lo que dio motivo a incomprensiones. Muchos de sus correligionarios veían en su proceder si no una herejía o una traición, cuando menos una

capitulación intolerable ante la «idolatría» y las «supersticiones locales». Se lo criticó severamente en el seno de la Iglesia católica, donde han esperado al siglo XXI antes de pensar en canonizarlo. En el momento de escribir estas líneas está en marcha el proceso…

Desde mi humilde punto de vista, es merecedor de todos los honores. Estoy convencido, de hecho, de que la vida y la obra de Matteo Ricci representan el intento más ambicioso que nunca haya emprendido un hombre para acercar y reconciliar las grandes civilizaciones del planeta.

POR SUPUESTO, SU ACTITUD ERA poco representativa de los comportamientos y las mentalidades de sus contemporáneos. No todo el mundo, por desgracia, tenía la misma altura de miras. Ni entre los europeos ni entre los chinos. En aquellos, el afán de lucro no dejaba de crecer, con desprecio de todas las normas de la ética, y estaba destinado a alcanzar cumbres de avidez y cinismo. Y en estos, la cortedad mental y el desdén por todo cuanto fuera «bárbaro», es decir, extranjero, dificultaba el establecimiento de relaciones humanas sanas, basadas en el derecho y la razón.

Esa ancha brecha de incomprensión mutua iba a ilustrarlo, a finales del siglo XVIII, un episodio memorable, al tiempo emblemático y traumatizante, y que se afincó durante mucho tiempo en la memoria colectiva.

El emperador del momento, Qianlong, que pertenecía a la dinastía manchú de los Quin, celebraba en septiembre de 1793 su octogésimo segundo cumpleaños y a Gran Bretaña le pareció adecuado enviarle un embajador con el encargo de desearle larga vida y prosperidad de parte del rey Jorge III. El emisario debía aprovechar la ocasión para proponer al monarca estrechar los vínculos entre ambos países y asentar sus intercambios comerciales en cimientos estables. Se encomendó esta misión a lord George Macartney, un aristócrata irlandés que ya había desempeñado funciones en las Indias británicas, sobre todo en Madrás, en las que se había mostrado competente y hábil.

Contaba con llevar adelante su embajada en China con el mismo tacto, pero había calibrado mal las sutilezas de la tarea. Estaba convencido, por ejemplo, de que, como representante de un imperio «en el que no se ponía nunca el sol», según la frase consagrada, podía presentarse ante el «Hijo del Cielo» de forma deferente, pero

digna, y sin tener que prosternarse nueve veces como debían hacer los visitantes corrientes.

Pero, desde el punto de vista del emperador de China, el rey de Inglaterra, que gobernaba «una isla remota que separaban del mundo grandes extensiones de mar», no era en modo alguno un igual suyo. Su enviado no debía esperar un trato de favor y los regalos que traía consigo eran nada más que el tributo que todo vasallo debía poner a los pies de su señor.

No contento con humillar a Macartney, el emperador dirigió al mismísimo Jorge III una larga misiva que apuntaba a «disipar toda ambigüedad» y a establecer «para siempre» las reglas del juego. El tono que usó iba a dejar huella en las relaciones entre China y Occidente.

«Nuestro Celeste Imperio —escribió Qianlong— posee de todo en abundancia dentro de sus fronteras y de nada carece. No necesita, pues, traer del exterior lo que producen los bárbaros. Empero, en vista de que el té, la seda y la porcelana son necesidades absolutas para las naciones europeas, hemos permitido, como marca de favor, que grupos de comerciantes extranjeros se establezcan en Cantón, para satisfacer vuestras necesidades y que vuestro país obtenga así su parte de los beneficios que prodigamos. Pero vuestro embajador ha presentado ahora nuevas peticiones que hacen por completo caso omiso de nuestro principio de tratar con la misma benevolencia a todos los extranjeros.

»Vuestra Inglaterra no es la única nación que comercia en Cantón. Si otras naciones, siguiendo vuestro mal ejemplo, empezasen a importunarme los oídos con solicitudes insensatas ¿cómo iba a poder yo seguir tratándolas con indulgencia? No obstante, no olvido que venís de una isla remota que separan del mundo grandes extensiones de mar, lo que disculpa vuestra ignorancia de los usos del Celeste Imperio. En consecuencia, he encargado a mis ministros que pongan al tanto, a este respecto, a vuestro embajador…».

La carta añadía que, por no fiarse del emisario para explicar fidedignamente al rey la postura china, el emperador había decidido hacerlo personalmente para evitar cualquier malentendido. Una «aclaración» que llevaba aparejado un severo aviso por si a algunos británicos se les ocurriese desafiar las prohibiciones

dictadas por el Imperio del Centro atracando en puertos diferentes de Cantón.

«A vuestros comerciantes no se les permitirá nunca desembarcar o residir en ellos y se los expulsará inmediatamente. Habrán hecho un largo viaje en vano. ¡No digáis que no se os avisó oportunamente! ¡Daos por enterados y no caigáis en negligencia alguna!».

La postura del Hijo del Cielo estaba efectivamente muy clara. Pero el efecto que causó fue el opuesto al esperado. Más que desanimar a los ingleses y amedrentarlos, únicamente los había reafirmado en su deseo de conquistar ese extenso mercado a toda costa.

EN AQUELLA ÉPOCA, Y PESE a los malentendidos que había sacado a relucir la desventurada embajada de lord Macartney, los negociantes extranjeros afincados en el Imperio del Centro se ganaban muy bien la vida. Compraban los productos locales, que pagaban en especie, y luego los vendían en Europa, donde numerosos consumidores, que se habían enriquecido con el comercio y la industria, sensibles a las modas y buscando el exotismo, estaban dispuestos a pagar lo que fuera para conseguir las mercancías llegadas de lejos. Y a los chinos también les resultaban ventajosas esas transacciones. Los artistas trabajaban bien, los intermediarios se movían y el Tesoro imperial ingresaba sustanciales tasas. Todo el mundo salía ganando, en resumidas cuentas.

La fase perniciosa de esas relaciones no arrancó hasta las primeras décadas del siglo XIX, cuando algunos británicos, al descubrir el gusto de la población local por el opio, decidieron organizar algo así como un comercio triangular, infinitamente más lucrativo que el que había prevalecido hasta entonces. De este modo, en vez de pagar las sedas, por ejemplo, con su propio dinero, los negociantes vendían a los chinos el opio que traían de la India y compraban las sedas con el dinero así ganado; en otras palabras, pagaban los productos chinos con el dinero que les habían sacado a los propios chinos. Y sin pagar nada al Tesoro imperial…

El tráfico del opio no tardó en adquirir proporciones inauditas. A partir de 1820, la droga se había convertido en China en el primer producto de importación y esa cantidad crecía continuamente,

vaciando el país de sus reservas monetarias y causando grandes daños a la población. Millones de habitantes se entregaban a ese consumo, sobre todo entre las elites, y en el propio seno de la administración imperial.

Ante esta doble calamidad, humana y financiera, las autoridades decidieron reaccionar con severidad.

3

ENVIARON A CANTÓN UN funcionario de elevado rango, Lin Hse Tsu, en 1839, con el cometido de solucionar a toda costa ese espinoso problema.

No se trataba de un personaje corriente. Erudito, exquisitamente culto, autor de varias obras de disciplinas varias, sus contemporáneos lo consideraban un hombre íntegro, abnegado y reflexivo. Habiendo entendido que los tiempos habían cambiado, así como el equilibrio de poderes, se había impuesto el cometido de librar a su país de la plaga del opio sin provocaciones inútiles al poderío de Inglaterra. Desde este punto de vista, había resuelto castigar severamente a los traficantes locales, así como a los toxicómanos, pero establecer también, paralelamente, un diálogo con los británicos, a quienes tenía aún la esperanza de apartar, por la persuasión, de aquella actividad nefasta.

Una de sus primeras iniciativas, no bien lo nombraron, fue escribirle una larga carta a la reina Victoria, que acababa de subir al trono, para que pidiese a sus súbditos que renunciasen al tráfico de opio.

«El objetivo de vuestros comerciantes —le dijo— es conseguir beneficios, y consiguen muchos gracias a los productos que les proporcionan los chinos. ¿Ese es el pago que dan a sus benefactores? ¿Enviarles veneno? A lo mejor no tienen intención de perjudicarlos, pero los obsesiona tanto el provecho material que no los preocupa en absoluto el daño que pueden causarles a los demás. ¿No tienen, pues, ni rastro de conciencia? Oigo decir que, en vuestro país, el opio está estrictamente prohibido, lo que demuestra de forma inequívoca que sabéis hasta qué punto es nociva esa sustancia. Puesto que no deseáis que el opio perjudique a vuestro propio país, ¿por qué aceptáis llevar ese daño a otros países como China?».

Junto con esa llamada a la razón y al valor moral, Lin enarbolaba una amenaza a los comerciantes ingleses. Hasta ahora había sido considerado con ellos, le dijo a la soberana, pero se

disponía a cambiar de actitud.

«Al asesino de una sola persona se lo castiga con la pena de muerte, ¡imaginad a cuántas personas ha matado el opio! Tal es la razón de nuestra nueva ley, que estipula que a todo extranjero que traiga opio a China se lo condenará a muerte por horca o decapitación. Nuestra meta es eliminar ese veneno de una vez por todas, por el bien de toda la humanidad».

Todo hace suponer que la reina Victoria no recibió nunca esa carta. Quienes debían entregársela dijeron que se les había perdido. Pero el *Times* de Londres la encontró y la publicó *in extenso*, protegiéndola así del olvido.

El objetivo de Lin Hse Tsu era situar su lucha contra el opio en un contexto ético, demostrando que era su país el que luchaba por la justicia y por la decencia, mientras que Inglaterra solo actuaba por cinismo y codicia, y había conseguido efectivamente colocarse en una cumbre moral. Lo que no le impidió salir de aquel enfrentamiento vencido y humillado.

Poco después de su toma de posesión prometió conceder a los comerciantes una amnistía total si entregaban sus existencias de opio a las autoridades antes de tres días y se comprometían solemnemente a no dedicarse ya a ese tráfico. Para animarlos a hacerlo, les había propuesto sustituir simbólicamente cada uno de sus cajones de droga por cinco libras y media del mejor té.

Cuando los comerciantes decidieron no darse por enterados de su oferta, Lin subió el tono, amenazando con ejecutar a dos de los suyos. Consintieron entonces de mala gana en entregarle una pequeña cantidad de opio, apenas un dos por ciento de lo que tenían almacenado. Indignado al verse tratado con tan poca consideración, pidió a las fuerzas del orden que bloqueasen el acceso a la zona donde estaban los talleres de las compañías británicas, prohibiendo la entrada y la salida todo el mundo.

Dándose cuenta de que el responsable chino estaba dispuesto a llegar hasta el final, los negociantes aceptaron entonces entregarle veinte mil cajones de opio, que pesaban más de mil trescientas toneladas, lo que en esta ocasión sí equivalía a la casi totalidad de sus existencias.

Para celebrar su triunfo y causar una fuerte impresión en los ánimos, Lin decidió destruir la droga durante una solemne

ceremonia pública a la que se invitó a los dignatarios de la corte, a los representantes de los residentes extranjeros y también a la población local.

En un promontorio a cuyos pies se halla el delta del río de las Perlas, cerca de la ciudad de Humen, también llamada «Bocca Tigris» o «Bogue», ordenó excavar tres inmensas zanjas en las que mandó echar una mezcla de sal y de cal. El ritual podía empezar.

Llegaban los porteadores con los cajones de opio. Se vaciaban entonces, uno tras otro, en las zanjas y luego se cubría todo con una gran cantidad de agua. Unos obreros lo mezclaban con unas largas pértigas hasta convertirlo en una papilla blancuzca que evacuaban entonces por unas esclusas hacia la vecina playa para que se dispersase por el agua del río.

Así estuvieron haciéndolo durante horas ante la mirada atónita de la asistencia; pero, al ponerse el sol, solo se había «dado salida» a una parte ínfima de la droga. Para los veinte mil cajones fue preciso que cientos de trabajadores estuvieran trabajando sin descanso durante veintidós días antes de acabar con todo.

Fue el 26 de junio de 1839 cuando Lin pudo proclamar solemnemente que se habían destruido todas las existencias de opio y que, en consecuencia, la labor se había llevado a cabo con éxito. Esa fecha la eligieron las Naciones Unidas, siglo y medio después, como Día Internacional contra el Uso Indebido y el Tráfico Ilícito de Drogas. Aprovechando la ocasión, una gigantesca estatua de Lin Hse Tsu se erigió en Manhattan, en pleno barrio chino de Nueva York. En el pedestal, una concisa inscripción en inglés y en chino: «Decid no a las drogas».

Era innegable que Lin se había ganado un sitio en la Historia. Pero, tras la audaz demostración de autoridad organizada a la orilla del río de las Perlas, no volvió a conocer, hasta el fin de su vida, ningún otro momento de gloria.

EN EFECTO, LOS NEGOCIANTES BRITÁNICOS reaccionaron a la destrucción de sus existencias de opio dirigiendo una petición al primer ministro, lord Palmerston, para quejarse de las autoridades chinas, cuya conducta acababa de demostrar, decían, su desprecio por la libertad de comercio y también por la propiedad privada.

Estas quejas acarrearon un estallido de chovinismo en Inglaterra. Se celebraron agitadas reuniones, sobre todo en Londres y

Manchester, en las que se pidió al Gobierno que «vengase el insulto hecho al Imperio británico» y se reaccionase con firmeza y celeridad para castigar a los chinos, que creían poder atropellar impunemente a la Corona.

Palmerston compartía por completo esos sentimientos. A finales de 1839 se envió a China una considerable escuadra. Incluía veinte barcos de guerra y veintisiete navíos de transporte de tropas con ochenta mil hombres a bordo. Su misión principal era bloquear el puerto de Cantón hasta que las autoridades locales aceptasen una serie de peticiones y, muy en especial, que el opio requisado y destruido se sustituyese por una cantidad equivalente o se compensase «al precio adecuado».

La primera Guerra del Opio acababa de empezar, inaugurando para los chinos uno de los capítulos más negros de su larga historia. Incluso convirtiéndose más adelante en uno de los pueblos más poderosos de la tierra, nunca podrán olvidar los «cien años de humillación nacional» que les hicieron soportar los ingleses y todos los occidentales, como también los japoneses y los rusos, a partir de 1840 y durante todo el siglo XIX y el XX.

AL LLEGAR LA ESCUADRA INGLESA, los responsables chinos rechazaron de entrada las exigencias que se les presentaban. Pero acabarían aceptando condiciones aún más ofensivas. Porque no tenían medio alguno para oponerse. Desde la destrucción de la formidable flota de Zheng He, cuatro siglos antes, al Imperio del Centro no le quedaba ya ningún barco de guerra, solo los pocos juncos vetustos con capacidad apenas para capturar las barcas de los contrabandistas. Y sus puertos, que nunca habían tenido que defenderse de cañoneros, no contaban con ninguna fortificación digna de ese nombre.

En pocas palabras, el país estaba prácticamente desarmado y como desnudo. Los británicos podían ensañarse cuanto quisieran con total impunidad, y no tenían intención alguna de privarse de ello. Destrozaron a las escasas fuerzas que intentaban enfrentarse; se apoderaron de Cantón e izaron su bandera en los lugares en que Lin Hse Tsu los había «humillado», luego ocuparon la gran ciudad de Nankín para obligar a las autoridades a firmar, en diciembre de 1842, el primero de los «tratados desiguales» que iban a tener atado al Imperio del Centro.

El documento estipulaba que China debía pagar seis millones de dólares de plata para indemnizar a los comerciantes «expoliados» por la destrucción de sus existencias de opio; otros tres millones para pagar deudas varias; y doce millones más de «reparaciones de guerra». Cantidades que suponían una pesada carga para un Tesoro imperial ya casi vacío.

Además, el tratado concedía a los comerciantes británicos, que hasta entonces no podían ejercer sus actividades más que en Cantón, el derecho a establecerse en adelante en otras cuatro ciudades portuarias, entre ellas Shanghái; y gozaban de extraterritorialidad, lo que quería decir que, si a alguno de ellos se los acusaba de un crimen, no podían juzgarlo los tribunales chinos.

Una cláusula complementaria del documento otorgaba en permanencia a Gran Bretaña una isla de la costa situada a pocas millas de Cantón. La llamaban con un bonito nombre que quería decir «el remanso con aromas de incienso»; en el habla local: «Hong Kong».

4

TRAS SU ESTRUENDOSA DERROTA ante los cañoneros ingleses, China no iba ya a vivir, durante varias generaciones, más que levantamientos que acababan mal, reformas truncadas y conflictos armados que concluían invariablemente en nuevas humillaciones.

En 1856 arrancó otra nueva Guerra del Opio. El incidente que la provocó, o que le hizo las veces de pretexto, fue que las autoridades locales requisaron una embarcación llamada *Arrow*, sospechosa de contrabando y piratería. Se trataba de una «lorcha», un tipo de velero que se encontraba mucho a lo largo de las costas chinas y tenía un aparejo de junco y un casco a la europea. Muchas de esas embarcaciones se colocaban bajo la protección de Inglaterra izando su pabellón para dedicarse impunemente a todo tipo de tráficos. En la que abordaron en octubre de 1856 detuvieron a doce tripulantes. Todos eran chinos, pero los británicos exigieron su libertad inmediata porque navegaban con su bandera. Acababan de soltar a nueve de ellos cuando los cañoneros empezaron a bombardear Cantón.

LOS HISTORIADORES COINCIDEN EN QUE la auténtica razón de esa guerra era que en Londres estaban ya convencidos de que el tratado firmado tras el anterior conflicto no era lo suficientemente favorable y que se podían «mejorar» sus cláusulas. Sobre todo en lo referido al opio. Los textos de 1842 no mencionaban el narcótico: los que se firmaron después de la «guerra del *Arrow*» iban a estipular de forma explícita que a partir de entonces quedaría autorizada su venta en toda China.

Para llegar a ese resultado, los británicos habían conseguido el apoyo de la Francia de Napoleón III; y también, en menor medida, la de los Estados Unidos, algunos de cuyos ciudadanos participaban activamente en el comercio del opio. Varias grandes fortunas estadounidenses se habían forjado gracias a este tráfico. Tal era el caso de los Forbes, pioneros del ferrocarril, y también de un tal Warren Delano, cuyo nieto iba a convertirse, unas cuantas décadas después, en uno de los más grandes presidentes estadounidenses;

cuando leemos en algunas biografías de Franklin Delano Roosevelt que su abuelo materno se había enriquecido con el comercio del opio «en los tiempos en que este estaba permitido» entendemos hasta qué punto era importante para la respetabilidad de las naciones y de las familias afectadas que las autoridades chinas hubiesen consentido formalmente la libre circulación de los narcóticos en su territorio.

PARA HACERSE CON ESE CONSENTIMIENTO, los británicos y sus aliados no se habían contentado con ocupar Cantón, habían llegado hasta Pekín, la capital imperial, donde habían perpetrado un crimen tristemente célebre: el saqueo del Palacio de Verano.

Tal era el nombre de un extenso conjunto que ocupaba en total más de trescientas cincuenta hectáreas e incluía jardines, estanques, monumentos, templos, pabellones, todo ello a rebosar de tapices, bronces antiguos, valiosísimas porcelanas e incontables objetos artísticos.

Entre las maravillas de ese lugar, había un notable palacio de estilo europeo, que concibieron en el siglo XVIII dos jesuitas, el italiano Giuseppe Castiglione y el francés Michel Benoist, a petición de un emperador a quien apasionaba el exotismo. Ese elegante edificio, que contaba con arquerías, pabellones, fuentes y espacios floridos lo saqueó, derribó y, luego, incendió el cuerpo expedicionario.

Cuando al soberano reinante, Xianfeng, lo informaron, en diciembre de 1860, de lo que acababa de ocurrir en el Palacio de Verano cayó en el acto en un estado neurasténico del que nunca se recuperó. Perpetuamente encamado, no queriendo ver a nadie ni ocuparse ya de los asuntos de Estado, murió de tristeza y abatimiento pocos meses después. Acababa de cumplir treinta años.

En respuesta a un corresponsal británico, un tal «capitán Butler», quien le había escrito para preguntarle qué sentía después de la victoria conjunta que habían conseguido en China ambas naciones, Victor Hugo garabateó estas líneas:

«Un día dos bandidos entraron en el Palacio de Verano. Uno saqueó, otro incendió. Y se volvieron a Europa, cogidos del brazo, riéndose. Tal es la historia de esos dos bandidos. Nosotros, los europeos somos los civilizados, y para nosotros los chinos son los bárbaros. He aquí lo que la civilización le ha hecho a la barbarie. El

Imperio francés se ha embolsado la mitad de esa victoria y exhibe ahora el espléndido batiburrillo del Palacio de Verano. Tengo la esperanza de que llegue un día en que Francia, liberada y limpia, devuelva ese botín a la China expoliada».

El Palacio de Verano solo se restauró en parte y muy tarde, a partir de los últimos años del siglo XX. Algunas ruinas se han dejado incluso tal cual para dar testimonio de la locura de los hombres y de los crímenes que cometen a veces por codicia y por ceguera.

Entre los pocos objetos que añadieron en la parte de fuera los restauradores del lugar se halla un busto de Victor Hugo. Y muy cerca, en un pedestal pequeño, un libro abierto donde está grabado el texto de su carta al capitán Butler.

LOS ÉXITOS FÁCILES QUE OBTUVIERON Gran Bretaña y sus aliados atizaron el apetito de las demás potencias, que quisieron obtener también cesiones territoriales y ventajas comerciales. Cuando ocurría que los chinos se soliviantaban o querían ganar tiempo se los hacía «atender a razones» con una demostración de fuerza.

Varias naciones utilizaron en mayor o menor grado esa «diplomacia del cañonero»; además de las recién citadas, ese fue el caso de los rusos, los japoneses y también los alemanes, que obtuvieron en tiempos del káiser Guillermo II una cesión territorial en los alrededores de la ciudad de Qingdao, llamada hoy Qing Dao, donde instalaron una importante fábrica de cerveza.

EN EL SENO DE LA población china, las sucesivas derrotas, que coincidían a veces con hambrunas, epidemias o inundaciones devastadoras, causaron muchos desórdenes. Uno de los más notables fue la Rebelión Taiping, una palabra que, paradójicamente, quiere decir «la gran paz», siendo así que nombra uno de los levantamientos más mortíferos de todos los tiempos, con un balance que supera, a tenor de varias estimaciones, los veinte millones de muertos.

Los objetivos de la rebelión eran tan extensos que algunos historiadores prefieren hablar de ella como de una auténtica revolución, a un tiempo intelectual, patriótica y social, puesto que rechazaba los valores tradicionales del confucianismo, denunciaba la codicia de las potencias extranjeras y la pasividad de la dinastía reinante, proclamaba la igualdad de los sexos y la abolición de la poligamia y de la cruel costumbre de vendar los pies, y defendía la

colectivización de los bienes así como el justo reparto de las tierras, prefigurando en cierto modo la revolución comunista del siglo siguiente.

Algo más pasmoso aún: el fundador del movimiento, Hong Xiuquan, decía ser el hermano menor de Jesucristo y prometía instaurar en la tierra china un «Reino celestial» que suplantaría al poder existente. De hecho, sus partidarios, muy motivados y a veces fanáticos, consiguieron éxitos notables y se apoderaron de la antigua capital, Nankín, llegando incluso a amenazar a Pekín. Se calcula que, en el apogeo de su poder, el «mesías chino» contaba con un millón de combatientes, hombres y mujeres, a sus órdenes. Durante catorce años fue un adversario temible para el poder imperial, que tuvo que pedir ayuda a los británicos para acabar con él.

POR FIN QUEDÓ APLASTADA LA rebelión y su jefe carismático halló la muerte en misteriosas circunstancias, envenenado quizá. A la mayoría de los chinos, que temían las consecuencias del desorden y de la anarquía, los tranquilizó el fracaso del levantamiento. Pero, en el seno de la elite, muchos vieron en esa magna perturbación un síntoma de la enfermedad perniciosa que padecía su sociedad, llamándola por su nombre: su patética falta de adaptación a las realidades de los tiempos modernos.

Todo cuanto había ocurrido durante las décadas anteriores demostraba que China tenía que cambiar, deprisa y a fondo su visión de la Historia y su visión de sí misma si quería protegerse tanto de las injerencias de las potencias extranjeras como de los sobresaltos internos.

En esa misma época, el vecino Japón estaba empezando a metamorfosearse. Con el impacto de la «visita» del arrogante comodoro Perry, obligado a abrirse al mundo exterior y desarrollar su comercio, acababa de lanzarse a la extraordinaria aventura de la «Restauración Meiji». No eran aún visibles las realizaciones más espectaculares; pero para quienes les buscaban febrilmente remedio a los males endémicos de China había ahí una vía prometedora.

Entre los intelectuales e incluso en las salas calladas del palacio imperial se debatía continuamente la mejor manera de reformar el Estado y las instituciones, de sacar a la nación de su letargo, de emanciparla de sus arcaísmos y también, y ante todo, de

modernizar las fuerzas armadas.

El tema que volvía continuamente en las conversaciones era el del «Autofortalecimiento»; había quienes hablaban, igual que en el archipiélago nipón, de la «restauración» de un poder imperial renovado y revitalizado; otros hablaban sin rodeos de la necesaria «occidentalización» de China.

Llamáselo como se lo llamase, el propósito estaba claro: sacar al país de su callejón sin salida histórico para encarrilarlo por un camino muy diferente y para evitarle nuevas humillaciones.

4

AUNQUE LA NECESIDAD DE modernizarse fuese tan imperiosa en China como en Japón, los esfuerzos desplegados para conseguirlo no llegaron a resultados similares.

Había entre ambos vecinos diferencias de gran calado. No solo en el tamaño de los territorios y de las poblaciones ni solo porque uno fuera insular y el otro continental. Lo que había sido determinante para el archipiélago nipón es esa «conjunción ideal», de la que se benefició en el último tercio del siglo XIX, entre un soberano joven, audaz, enérgico, a quien su pueblo veneraba, y una brigada de hombres ilustrados, apasionados, abnegados, determinados a sacar a su país de su aislamiento secular para llevarlo a las más altas cumbres.

Nada de eso existía en China en aquella época. La dinastía de los Qing estaba exhausta, su credibilidad seriamente dañada. Le reprochaban sus compromisos, sus dilaciones y sus derrotas. Le reprochaban también que fuera manchú y, en consecuencia, «extranjera».

Sus últimos soberanos iban a tener todos un final patético, como si fuesen víctimas de una maldición. Después del que murió a raíz del saqueo del Palacio de Verano, le correspondió el trono a su hijo, quien solo tenía cinco años, y el poder lo ejerció en realidad su madre, la emperatriz viuda Cixi, cuyo nombre se escribía anteriormente Tseu Hi en los libros de Historia. El niño se convirtió en emperador de pleno derecho antes de cumplir diecisiete años, pero murió de viruela pocos meses después.

Como no tenía descendencia, colocaron en el trono a uno de sus primos, de tres años de edad, Guangxu, lo que permitió a la temible regente volver a empuñar con firmeza las riendas del gobierno.

PESE A LAS INTRIGAS QUE agitaban continuamente el palacio imperial, China pasó entonces por cierto grado de modernización. Cixi era consciente de la necesidad de reformar el país para salir del estancamiento. Se presentó entonces durante una temporada como la gran inspiradora del cambio. Tenía suficiente sentido político

para entender que, en un período de desasosiego como aquel por el que estaba pasando el imperio, tenía que forjarse una imagen de reformadora para conservar cierta legitimidad.

No iba a tardar en resultar evidente ante los ojos del mundo entero que la modernización emprendida en China en el crepúsculo de la dinastía manchú no podía compararse a la de la era Meiji. Pero en los años siguientes a la segunda Guerra del Opio y el final de la Rebelión Taiping no estaban las cosas tan claras. Muchos contemporáneos, tanto en Occidente como en Asia, estaban convencidos de que el gigante chino, espabilado de golpe, no iba a tardar en poner en su sitio a su presumido vecino.

El momento de la verdad fue el conflicto sino-japonés de 1894-1895, antes citado. Fruto de la rivalidad de ambos países por Corea, que los dos intentaban dominar y avasallar, ese enfrentamiento militar era también, en cierto modo, una competición entre ambas modernizaciones.

China y Japón habían hecho en las anteriores décadas considerables esfuerzos para dotarse de ejércitos y flotas modernos. Ambos habían creado astilleros para construir *in situ* barcos de guerra, además de comprarlos en Europa. Y los dos habían recurrido a expertos occidentales, oficiales, ingenieros o artesanos. ¿Cómo saber si uno de los protagonistas estaba en mejor posición que otro? Los observadores estaban divididos…

El desarrollo de la guerra eliminó rápidamente esa incertidumbre. Ya desde los primeros combates, en julio de 1894, Japón dio muestras de una superioridad decisiva, tanto en tierra como en el mar. Y, al cabo de seis meses, China tuvo que tirar la toalla y firmar con su «joven» vecino un tratado con humillantes condiciones.

EL EMPERADOR GUANGXU, DE VEINTITRÉS años de edad en el momento de la derrota, quedó profundamente lastimado. Y desconcertado. Había aplaudido los esfuerzos en pro de la modernización emprendidos durante la regencia de Cixi. Los había seguido aplicando con empeño tras su propia llegada al poder. Estaba claro que las reformas habían sido insuficientes y tardías. Además de poco eficaces.

¿Qué hacer ahora para salir del *impasse*? A esta angustiada pregunta el soberano recibió una respuesta muy convincente

cuando concedió audiencia, por consejo de unos cuantos dignatarios, a un brillante intelectual de cuarenta años llamado Kang Youwei.

Era en 1898 y el visitante le habló con verdad. Si Japón nos ha derrotado, vino a decirle, es porque se atrevió a llegar hasta el final en su metamorfosis, mientras que nosotros hemos sido unos timoratos. Nada está aún perdido, pero es el momento de reaccionar y encarrilar resueltamente al país por el camino de una modernización radical y completa.

Aún no había concluido la conversación cuando el emperador ya había dejado que el visitante lo convenciera de la necesidad de emprender lo antes posible una audaz y amplia revolución, completamente comparable a la de la era Meiji.

DURANTE LOS DÍAS Y LAS semanas siguientes, Kang elaboró para el soberano un detallado y ambiciosísimo programa que preveía, en particular, sustituir la monarquía absoluta por una monarquía constitucional; modernizar el sistema educativo, con una particular insistencia en la enseñanza de las ciencias; animar a los jóvenes, incluidos los miembros de la familia reinante, a que viajasen a Occidente y estudiasen en las universidades extranjeras; racionalizar y sanear la administración imperial, acabando con las sinecuras; construir una extensa red de carreteras y vías férreas; emprender un programa de industrialización del país; etc.

En la historia de China se llama a este período «los Cien Días» y eso fue más o menos lo que duró, pues empezó el 11 de junio de 1898 y concluyó el 21 de septiembre de ese mismo año. Quince semanas embriagadoras durante las que el joven emperador, rodeado de un grupo de reformadores entusiastas, intentó recuperar en poco tiempo el gran atraso en que había caído el país. Como en Japón, sí… Pero ahí concluye el paralelismo. Pues las oposiciones fueron feroces. Todos cuantos temían al cambio, porque no querían perder su estatus o su sinecura, miraban esa agitación con gran desconfianza.

La emperatriz viuda, que ya se estaba viendo apartada, degradada, confinada, o incluso desterrada, se dedicó a aunar los descontentos. Lo consiguió plenamente. Recurriendo a veces a los escándalos y a veces a la resistencia pasiva, impidió que se instaurasen las reformas. Por más directrices que diese el joven

emperador, no lo obedecían, y a sus consejeros menos aún.

Harto, y queriendo acabar con la obstrucción, decidió recurrir al ejército. Y, sobre todo, a un oficial muy respetado, el general Yuan Shikai. Este estaba al mando de una de las unidades más modernas del ejército imperial y parecía convencido de las ideas reformistas. Además, había tenido la suerte de que las autoridades lo hubieran apartado en vísperas del ataque japonés, lo que lo había librado de las críticas que apuntaban a los demás jefes del ejército derrotado. Muchos chinos decían incluso que si hubieran dejado a Yan al frente de sus tropas habría rechazado al enemigo y cambiado el curso de la guerra.

Convocado a palacio, el general se presentó en el acto con sus hombres, pero en vez de detener a Cixi, como le habían ordenado que hiciese, llegó a un acuerdo con ella y se fue a detener al mismísimo emperador, acabando de forma brutal con la experiencia de los Cien Días.

En las horas siguientes a ese golpe de mano, persiguieron a todos los artífices de la reforma como si se tratase de conspiradores y, aunque su líder, Kang Youwei, consiguió huir (a Japón, dicho sea de paso), detuvieron a su hermano, lo sometieron a un juicio sumarísimo y lo decapitaron en el acto junto con cinco de sus compañeros. En la historiografía china, los llaman a veces «los Seis caballeros íntegros». Un epitafio conmovedor, pero el movimiento de los Cien Días estaba definitivamente muerto y enterrado.

DESPUÉS DE QUE LA SITUACIÓN se volviese a su favor, Cixi recuperó el poder, que iba a ejercer, sin compartirlo casi con nadie, hasta su día postrero; mientras que el emperador, su sobrino, iba a pasar el resto de su vida en arresto domiciliario. Pero las opiniones difieren en lo referido a la naturaleza de las relaciones entre ambos personajes y a las extrañas circunstancias de su desaparición, tanto en un caso como en otro, diez años después.

Muchos visitantes cuentan, por ejemplo, que cuando se celebraba una reunión en palacio, el emperador estaba presente y escuchaba atentamente lo que se decía, aunque no interviniese nunca. Era siempre la regente quien ocupaba el sitio principal, pero Guangxu se sentaba en muchas ocasiones a su lado, como un chico muy formal.

La impresión que daba era la de un hombre que se tomaba las

cosas con paciencia. En contra de lo que habría podido temer, no lo habían matado, ni tan siquiera depuesto; y, mientras no saliese de palacio, nadie se metería con él. Su tía materna, por supuesto, empuñaba las riendas, pero le llevaba treinta y cinco años, no iba a vivir eternamente y él podía, pues, esperar su momento.

ENTRETANTO, EN EL PAÍS LA situación no dejaba de deteriorarse. Como reacción a la derrota ante Japón y también por la desesperación que había causado el fracaso del movimiento reformista, estalló una sublevación cruenta a partir de 1899, que encabezaba una sociedad secreta ferozmente hostil a los extranjeros. Sus miembros, que se contaban por cientos de miles, practicaban las artes marciales y se daban a sí mismos el nombre de «los Puños por la justicia y la concordia». Fue esa expresiva noción de «puños» lo que explica la apelación que les dieron en el acto los occidentales: los Bóxers.

En sus inicios, estos vituperaban a la dinastía reinante por su origen manchú. Pero cuando empezó a crecer su popularidad entre la población y algunos dignatarios de palacio se aproximaron a ellos, cambiaron su discurso. Centraron sus ataques, a partir de entonces, en los residentes extranjeros y, en particular, en los misioneros cristianos que tenían aceptación entre la población local.

Hubo numerosos incidentes por todo el país y, sobre todo, en Pekín, en el barrio de las legaciones extranjeras. Uno de los más graves fue el del asesinato del ministro de Alemania a manos de unos soldados musulmanes conocidos por su lealtad a la emperatriz. El káiser escribió al sultán otomano para pedirle que utilizase su influencia como Comendador de los Creyentes para aplacar la vehemencia de sus correligionarios de China.

En lo más crítico de la crisis, intervino un cuerpo expedicionario que reunía a los representantes de seis potencias europeas, así como de los Estados Unidos y Japón. Un episodio al que dio celebridad, unas décadas después, la película de Hollywood *55 días en Pekín*.

ESTÁ CLARO QUE CHINA SE hallaba, allá por el año 1900, en un avanzado estado de deterioro. ¿Con qué otras palabras podría calificarse a un país donde bandas armadas tomaban el barrio de las embajadas, donde las potencias, grandes y pequeñas, enviaban a sus propias tropas cuando les parecía oportuno y donde cada unidad militar decidía si prefería disparar contra los rebeldes o contra los invasores?

Se había convertido en costumbre en las cancillerías describirla como «el hombre enfermo» de Asia, una expresión forjada para referirse al Imperio otomano, pero aún más usada para lo que antaño se llamaba, con respeto, el Imperio del Centro. Nada ilustra mejor esta decadencia que la nota que escribió el secretario de Estado estadounidense John Hay, en septiembre de 1899, en la que instaba a las principales potencias a aplicar, en lo referido a China, una política de «puertas abiertas». La intención declarada era proteger al país «para que no se divida en esferas de influencia» y que cada cual pueda comerciar en él sin trabas.

Esta mezcla de compasión y desdén decía mucho sobre el estado en que se encontraba entonces China y la imagen que brindaba. Una imagen tanto más desoladora para ella cuanto que su joven y vigoroso rival, Japón, estaba en ese momento en pleno ascenso. No solo acababan de admitirlo, debido a su participación en la fuerza expedicionaria, en el prestigioso «concierto de las naciones», sino que estaba además a punto de llevar a cabo una hazaña con la que todas las naciones de Oriente llevaban mucho tiempo soñando: ser el triunfador de un enfrentamiento militar con una gran potencia europea.

Se trata, por descontado, de su guerra victoriosa contra la Rusia zarista en 1904-1905. Un acontecimiento al que ya se ha hecho referencia extensamente y que iba a proyectar sus «chispas» por todo Oriente y más allá trayendo consigo muchos movimientos revolucionarios; y que, en particular, iba a acelerar la caída de los últimos emperadores chinos.

A FINALES DE 1908, LA salud de Cixi, de setenta y dos años de edad, se había deteriorado mucho. Una tenaz leyenda pretende que, al acercarse a la muerte, decidió mandar asesinar a su sobrino por temor a que reanudase sus proyectos de reforma en cuanto ella ya no estuviera para impedírselo. Las fechas parecen confirmar esta versión de los acontecimientos, ya que el emperador murió el sábado 14 de noviembre y la emperatriz, al día siguiente, el domingo.

No podía tratarse de una coincidencia y los rumores de asesinato circularon en el acto. En la actualidad sabemos que Guangxu fue víctima de un envenenamiento masivo con arsénico; los análisis de sus cenizas, realizados con sistemas científicos modernos, lo han

demostrado sin dejar lugar a dudas. Pero la culpabilidad de la emperatriz viuda es menos evidente. Sus motivos para eliminarlo no son concluyentes y hay otro sospechoso con un móvil mejor.

Tal es, en cualquier caso, la tesis que defiende en sus memorias el último emperador de China, Puyi. Evidentemente no podía recordar esos acontecimientos, puesto que subió al trono el mismo día del asesinato, con dos años y diez meses de edad. Pero afirma que, varios años después, un eunuco anciano de palacio le hizo unas confidencias que le parecieron muy creíbles.

Según él, la persona que temía que el emperador despuesto recuperase el poder, hasta el punto de haber querido eliminarlo, era Yuan Shikai. Sabía que Guangxu no le había perdonado nunca que se hubiese vuelto en contra de él, que lo hubiese hecho prisionero y hubiera sido culpable de la muerte de sus consejeros. Y estaba convencido de que en cuanto volviese a ocuparse de los asuntos de Estado le haría pagar su traición. Al enterarse de que Cixi se estaba muriendo, el general podría haber pagado a uno de los funcionarios de palacio para que, sin más demora, echase en la comida del soberano una gran dosis de arsénico.

Resulta difícil decir, después de tantos años, si eso fue lo que efectivamente sucedió. Pero esa versión parece plausible y los acontecimientos posteriores le han proporcionado una credibilidad aún mayor.

6

FUE EL 1 DE enero de 1912 cuando China se convirtió oficialmente en una república, con el doctor Sun Yat-sen al frente. Una fecha que supuso para el país el principio de la era moderna, pero que también inauguró un período calamitoso y traumatizante, ya que el nuevo régimen iba a pasar por una guerra civil, una ocupación extranjera y una inestabilidad crónica.

Los meses anteriores a la caída de la monarquía habían sido turbulentos. Los fallecimientos simultáneos del emperador reformista y su carcelera habían debilitado considerablemente el poder de los Qing, aunque a nadie pareciese correrle prisa darle el golpe de gracia. Los generales, que no dependían ya de ninguna jerarquía, empezaban a comportarse como sátrapas provinciales. Y los partidarios del cambio, que no temían ya la represión, se lanzaban a aventuras arriesgadas sin saber muy bien adónde podrían conducirlos.

Se habían formado muchas «sociedades secretas», que a veces eran embriones de partidos políticos y a veces simples círculos de reflexión. Sus miembros pertenecían a todas las corrientes de pensamiento, desde los confucianos nostálgicos de los «Cien Días» hasta los marxistas «a la europea» o incluso los anarquistas. Muchos se reconocían en los tres principios de Sun Yat-sen, a saber, la democracia, el patriotismo y la justicia social; y no vacilaban en proclamar abiertamente su voluntad de abolir la monarquía y sustituirla por una república moderna.

Algunos se preparaban activamente para la revolución y reunían armas en depósitos clandestinos. Pero a todos les pilló por sorpresa la gran conmoción que ocurrió en octubre de 1911.

EN VARIAS PROVINCIAS HABÍA ENTONCES agitadas protestas contra un proyecto de las autoridades que apuntaba a nacionalizar las líneas férreas para encomendárselas a bancos extranjeros. El Tesoro estaba muy endeudado con estos y, al no tener medios para saldar esa deuda, las autoridades estaban pensando en poner la explotación de las líneas en manos de un consorcio de acreedores que incluía sobre

todo a la Hongkong Shangai Banking Corporation (HSBC), el Banco de Indochina, el First National City Bank o C. P. Morgan. La población china estaba indignada, tanto por esa nueva injerencia de los extranjeros en la soberanía del país como por la perspectiva de un fuerte aumento de las tarifas. Por doquier, y sobre todo en las grandes ciudades, se convocaron concentraciones en las plazas.

El alboroto fue especialmente intenso en Wuhan, donde un accidente prendió la mecha. Un joven activista, bastante exaltado, estaba fabricando una bomba casera cuando el artefacto le explotó en las manos, hiriéndolo gravemente. Lo llevaron al hospital, donde alguien lo reconoció, le parecieron sospechosas sus heridas y decidió informar a las autoridades. Enviaron a unos soldados a detenerlo.

Empezó entonces a correr un rumor según el cual el gobernador militar había ordenado una redada de opositores. El sobresalto llegó al colmo entre los oficiales del ejército, muchos de los cuales estaban en contacto con los movimientos revolucionarios: ¿Cómo debían reaccionar? ¿Iban a esperar tranquilamente a que fueran a «echarles el guante» y, luego, castigarlos? Prefiriendo tomar la delantera, asaltaron ellos la residencia del gobernador. A este le entró el pánico y huyó. Envalentonados, los oficiales ocuparon el edificio. Los embriagaba a todos aquel éxito tan fácil. Pero ninguno podía imaginar que aquel 10 de octubre de 1911 estaba destinado a convertirse, para la monarquía china, en lo que fue el 14 de julio de 1789 para la monarquía francesa.

A partir de ese momento, los acontecimientos iban a acelerarse. Por iniciativa de una «sociedad literaria» muy activa en los barrios antiguos de Wuhan se formó un comité revolucionario que proclamó abiertamente su voluntad de derrocar a la dinastía reinante. En pocos días, el movimiento se extendió por el resto del país, donde las provincias anunciaron una tras otra que exigían la instauración de una república.

Lo que había empezado como una protesta local contra la concesión de los ferrocarriles a partir de ese momento se transformó en una revolución.

QUIENES GOBERNABAN EL PAÍS EN nombre de Puyi, el emperador niño, se sentían, por supuesto, desvalidos. Se volvieron hacia el único hombre que parecía capaz de frenar el movimiento: el general Yuan

Shikai. Dudaban mucho en recurrir a él por su ambición ilimitada, pero era indudable que se había convertido en el último recurso. Solo él tenía la fuerza y el prestigio necesarios para actuar.

El militar se hizo rogar. Luego, enumeró sus condiciones; todas las fuerzas armadas estarían a sus órdenes: lo nombrarían primer ministro; se expulsaría de palacio a sus adversarios políticos; tendría carta blanca para hacer lo que le pareciese preciso para salvar a la dinastía. En ausencia de otra alternativa, hubo que plegarse a sus exigencias.

Fue entonces cuando aceptó presentarse, al frente de sus tropas, para plantar cara a los insurrectos. Al disponer de una clara superioridad militar, consiguió una primera victoria, pero, en vez de sacar partido a esa ventaja y reprimir la insurrección, se puso en contacto con los rebeldes para negociar un arreglo. Igual que en 1898, había preferido darle la vuelta a la chaqueta. En esta ocasión en la dirección en que iba la Historia, podría decirse. O en la dirección del viento…

Yuan había entendido, en cualquier caso, que la dinastía reinante no tenía ya porvenir y que el cambio de régimen era inevitable. La posición preponderante que había conseguido alcanzar en la China de antes no tenía ya para él valor alguno más que como herramienta para prepararse un sitio en la China de después.

MIENTRAS EL RETORCIDO OFICIAL SE entregaba a sus artimañas, Sun Yat-sen estaba en la otra punta del mundo. Está claro que no tenía previsto que los acontecimientos fueran a acelerarse así y se había ido a dar una serie de conferencias en los Estados Unidos; su público constaba esencialmente de miembros de la diáspora china a quienes quería convencer para que financiasen las actividades revolucionarias de su país de origen. Fue en Denver (Colorado), donde se enteró, por el periódico local, de que una insurrección acababa de estallar en China.

No por ello le entraron las prisas. Siguió con su gira, luego cogió un barco a Londres, donde intentó sondear a los bancos ingleses acerca de la postura que pensaban tomar en lo referido a los acontecimientos que estaban sucediendo. En cierto modo, se estaba portando ya como el portavoz de un nuevo régimen y así era como lo sentían sus interlocutores.

No regresó a su país hasta el 25 de diciembre y, cuatro días después, los principales representantes de la insurrección se reunieron urgentemente y decidieron proclamar solemnemente el nacimiento de la República, que se fijó simbólicamente en el 1 de enero de 1912, y ponerlo al frente de esta, en calidad de «presidente provisional».

SE HABÍA DADO UN PASO, pero que tenía sobre todo un valor simbólico. El nuevo régimen no existía más que sobre el papel, por la voluntad de unos cuantos intelectuales entusiastas, y nadie sabía aún si iba a consolidarse o a desaparecer. Las endebles tropas de los insurrectos, mal equipadas, mal organizadas, no daban la talla frente a las de Yuan Shikai. Este, si quería, podría hacerlas pedazos y abortar la República.

Pero el general tenía otros proyectos. Se acercó a los revolucionarios con una propuesta pasmosa: estaba dispuesto a poner su ejército a su disposición y a traerles el acta de abdicación del emperador, que acababa de cumplir los seis años, debidamente firmada por la regente, la viuda del anterior soberano. Pero con una condición: ¡que se lo eligiera en el acto a él, a Yuan Shikai, presidente de la República! No queriendo correr el riesgo de un enfrentamiento militar, que podía volverse en su contra, los insurrectos dieron el visto bueno. El doctor Sun le dijo incluso, de forma muy explícita, que se retiraría para dejarle el puesto si conseguía obtener ese valioso documento.

El general fue entonces a palacio. En sus memorias, Puyi cuenta la escena, de la que, en ese momento, no entendió gran cosa. Llegó un hombre entrado en años y corpulento. Se arrodilló en un almohadón rojo y, no bien empezó a hablar, rompió a llorar con desconsuelo.

No eran más que tres en la gran estancia: el general, el niño y la regente. Que también estalló en sollozos. Puyi miraba a los dos adultos sin saber qué se estaba tramando. Más adelante, mucho más adelante, iba a poder interpretar la escena que había transcurrido ante su mirada de niño. Yuan había ido a explicar a la viuda que, pese a todos sus esfuerzos, no había conseguido salvar al régimen imperial y que a ella no le quedaba más opción que firmar la abdicación en nombre de su sobrino. Cosa que ella hizo, apesadumbrada. El general se retiró en el acto para ir a enseñar el

documento a los revolucionarios. Y Sun Yat-sen le cedió la presidencia como estaba acordado.

El padre de la República solo había estado unas semanas al frente del país. Lo que no le impidió convertirse para siempre en un símbolo y en una leyenda.

NO CABE DUDA DE QUE los revolucionarios no tenían posibilidad de negarse. Pero el arreglo al que habían llegado con Yuan iba a revelarse arriesgado y hasta calamitoso. Tardó este muy poco en comportarse como un tirano y, en consecuencia, Sun Yat-sen pasó a la disidencia; hizo sin éxito llamadas a una «segunda revolución»; y, luego, por temor a que lo detuviesen o lo asesinasen, se vio en la necesidad de salir del país. Fue a refugiarse a Japón, igual que había hecho ya en el pasado.

El futuro de la joven República parecía peligrar tanto más cuanto que el «Bonaparte» chino albergaba las mismas ambiciones que su modelo: proclamarse emperador. Lo que hizo con gran solemnidad en noviembre de 1915. Obligó al Parlamento, recién elegido, a dirigirle un «requerimiento» para suplicarle que aceptase la vuelta del imperio. A los revolucionarios que le habían entregado la presidencia les explicó que el pueblo estaba acostumbrado a obedecer a emperadores y que sería sensato no ir en contra de esa tradición milenaria.

Se fijó el 1 de enero de 1916 como principio de la nueva era. Quedó, pues, abolida la República exactamente cuatro años después de su fundación y Yuan se proclamó emperador y eligió como divisa de su reinado el término *Hongxian*, «Abundancia constitucional».

LA RESTAURACIÓN DEL IMPERIO LA recibieron con satisfacción Inglaterra y también los bancos acreedores que vieron en ello una promesa de estabilidad. Pero en la población china la reacción fue de inmediato muy hostil. Sobre todo cuando el nuevo emperador anunció que iban a organizarse fastuosas ceremonias para su coronación.

El gobernador militar de Yunnan se declaró en rebelión en el acto «para cortarle el camino al regreso del sistema monárquico». Otras cuantas provincias siguieron su ejemplo. Yuan se quedó desconcertado, tanto más cuanto que la regañina procedía del propio ejército, que había sido hasta entonces su principal apoyo. Decidió aplazar la coronación. Pero las protestas prosiguieron y

fueron a más, y el 22 de marzo, tras ochenta y tres días de reinado, anunció que abdicaba y que abolía el imperio para restaurar la República y volver a presidirla.

Esta lamentable retirada no le supuso tregua alguna. Las protestas no hicieron más que crecer, reclamando su salida inmediata. Encerrado en su palacio, sitiándolo el remordimiento, murió pocos meses después de un ataque de uremia. En el punto al que había llegado no dejaba de ser la salida más honrosa…

NO POR ELLO EL PAÍS había salido del atolladero. Los problemas no cesaban de acumularse y de emponzoñarse. La propensión de los generales a considerar sus provincias como feudos o como trampolines se había acentuado sensiblemente durante la crisis que había provocado el efímero emperador. Más que ser representantes de la autoridad central se habían convertido en «señores de la guerra».

¿Era todavía posible volver a convertir a China en un país estable y pacífico con una autoridad única que ejerciera su poder en todas sus provincias? Probablemente no. Al menos, no de inmediato. Ni siquiera estaba ya al alcance del doctor Sun, cuyo prestigio seguía siendo, no obstante, considerable, la reunificación del país. Se vio él también en la obligación de darse por enterado de las divisiones y maniobrar con las divergencias. En 1921, se resignó a afincarse en Cantón, en su provincia natal, a la espera de volver un día a la presidencia que se había visto forzado a abandonar. Pero nunca lo consiguió. Cuando falleció de cáncer el 12 de marzo de 1925, a los cincuenta y ocho años, el régimen que había fundado estaba muy enfermo.

Amén de las querellas intestinas que lo dejaban exhausto y lo desprestigiaban, la joven República china tenía que enfrentarse con otro peligro aún más grave: el del control japonés. Que había empezado con una larga serie de exigencias. Y que iba a desembocar en una invasión en masa con su lote de matanzas, destrucciones, humillaciones y tragedias de todo tipo.

EN ENERO DE 1915, EL Gobierno de Tokio había enviado a China veintiuna exigencias que iban a convertirse, y por mucho tiempo, en una imagen casi caricaturesca de la arrogancia de los poderosos cuando se sienten en una posición dominante. Tras haber exigido diversas concesiones territoriales, el memorándum reclamaba que

las finanzas públicas, las vías férreas e incluso la policía estuviesen en adelante a cargo de administradores japoneses, lo que habría puesto al país prácticamente bajo la tutela del archipiélago vecino.

Este descaro apenas creíble lo explicaba en parte el contexto internacional. La Primera Guerra Mundial había estallado el verano anterior y los ejércitos europeos estaban empezando a empantanarse en las trincheras del Marne y en otros lugares. Japón se había unido enseguida a los aliados, declarando la guerra a los imperios centrales. Su primer objetivo era apoderarse de las posesiones alemanas en China, en torno a la ciudad de Qingdao, en Shandong. Lo que consiguió ya en noviembre de 1914 con la simbólica participación de un contingente inglés.

La primera de las «Veintiuna exigencias» se refería precisamente a ese territorio. Japón quería adueñarse de él con la aprobación oficial de las autoridades chinas; y quería incluso que se le concediesen derechos en el conjunto de la provincia. Ni a los británicos, ni a los franceses, ni los estadounidenses les apetecía pelearse con Tokio en plena guerra mundial por una reivindicación territorial en Extremo Oriente. Evitaron, pues, pronunciarse en público, pero en las conversaciones confidenciales entre sus cancillerías se demostraba claramente su irritación y su fastidio contra un aliado que tan mal conseguía disimular sus apetitos expansionistas.

EL CASO DE SHANDONG IBA a volver al orden del día cuatro años después, en París, durante la Conferencia de Paz, empañando considerablemente la imagen de Japón. Considerado en adelante como «la Prusia de Asia», no iba a conservar muchos amigos por el mundo, aunque sobre la marcha no hubiese quedado más remedio que aceptar algunas de sus exigencias.

Y los chinos, a partir de entonces, iban a verlo como «el enemigo histórico», hecho un tanto paradójico ya que ambas naciones, al hilo de los siglos, habían sentido relativamente poca hostilidad mutua.

El único patriota chino que siguió encariñado con el vecino archipiélago fue, por supuesto, Sun Yat-sen. Al preguntarle un periódico, nada más acabar la Gran Guerra, por los sentimientos que le inspiraban las reivindicaciones territoriales japonesas, respondió: «Es como si una banda de malhechores hubiese ido a

saquear mi casa y mi hermano menor se hubiese unido a los saqueadores».

Seguía siendo cortés y fraternal por muy grande que fuese su decepción. Japón era su segunda patria, lo quería mucho, se apresuraba a refugiarse allí siempre que tenía que irse de su país natal y se conservan escritos de su puño y letra donde expresa la esperanza de que la Restauración Meiji desempeñase en China el papel que había tenido la Revolución francesa respecto a Europa, descabalando el orden establecido para instaurar una nueva era. Un sueño quimérico al que «el Padre de la nación» había tardado mucho en renunciar.

Durante sus últimos días, solo la Unión Soviética contaba con su benevolencia. Pero es cierto que falleció sin haber visto el estalinismo. Seguramente la habría juzgado con mayor severidad si hubiese podido saber que su querido amigo Borodín iba a acabar su vida ante un pelotón de ejecución.

7

EL 4 DE MAYO de 1919, en Pekín, en la plaza de Tiananmén, hubo una manifestación que iba a hacer historia. Entre tres mil y cuatro mil estudiantes se habían reunido para proclamar su indignación contra la decisión, adoptada en la Conferencia de París dos días antes, de entregar el puerto de Qingdao a Japón en vez de devolvérselo a China.

Como otros muchos de sus compatriotas, estos jóvenes sentían la ira de la desesperación. Las reformas se habían ido al traste, derrocar la monarquía no había servido de nada, China estaba al borde del caos, al borde de la quiebra y seguía soportando humillaciones. Se había unido al bando de los aliados en agosto de 1917 y, en consecuencia, debería haber estado en las filas de los vencedores; pero solo le había correspondido un puesto secundario durante la Conferencia de Paz y ahora le estaban recortando su territorio como se les hacía a los vencidos.

Los manifestantes de aquel día estaban resentidos con todas las potencias y también con sus propios gobernantes, que habían demostrado que eran incapaces de defender los intereses y el honor de su pueblo. Se tomaron por asalto las casas de algunos dirigentes, las saquearon y las incendiaron, sobre todo las del ministro de Comunicación, que tenía fama de ser projaponés.

Pero, más allá de esa ira que iba unida a las vejaciones del momento, había también en estos jóvenes la certidumbre de que su país llevaba mucho tiempo siguiendo un camino errado en todos los ámbitos y que correspondía a su generación sacarlo a toda costa del engranaje en que estaba encerrado.

Se imponía un replanteamiento que tenía que ser completo, audaz, inmisericorde. E irreverente. No había que perdonar ni nada ni a nadie. Se oyó incluso al gentío declamar eslóganes contra Confucio, fallecido veinticuatro siglos antes, en quien los manifestantes veían ahora el símbolo del inmovilismo y la imagen de un orden establecido que no querían ya.

El «Movimiento del 4 de mayo» iba a influir hondamente en el

derrotero de China durante todo el siglo XX, y más allá. Por su radicalidad, por su hostilidad contra las grandes potencias, por su creencia en la necesidad de una «revolución cultural», representó un preludio intelectual al maoísmo.

EL JOVEN MAO ZEDONG NO estaba allí ese día. Había pasado el último año en la capital, pero se había marchado unas semanas antes de esos acontecimientos para ir a tomar posesión de un puesto de docente en Changsha, la capital de Hunan, su provincia natal.

Dicho lo cual, las personas que lo conocieron de joven aseguran que, incluso si hubiese estado aún en Pekín, no se habría unido a los manifestantes. Por supuesto, tenía los mismos resentimientos que ellos y las mismas indignaciones. Pero no le gustaba reaccionar de forma precipitada, sometido al impulso del momento, ni por la presión de los compañeros. En las horas de mucho tumulto, su reacción espontánea no era mezclarse con el gentío, sino más bien apartarse, preguntándose cómo debería actuar para dar la vuelta a la situación en provecho propio o para que prosperasen sus ideas.

En los días y las semanas posteriores a los acontecimientos del 4 de mayo, Mao reunió a una veintena de jóvenes, sobre todo colegas que enseñaban en el mismo colegio, así como a unos cuantos estudiantes. Les propuso expresar su solidaridad con los manifestantes mediante dos iniciativas, muy diferentes entre sí, pero que le parecían importantes. La primera era un boicot inmediato de todos los productos japoneses. Con esta finalidad, se organizó una procesión en Changsha, que no dejaba de recordar la acción emblemática de Lin Hse Tsu cuando destruyó las existencias de opio ochenta años antes. Cientos de jóvenes desfilaron por las calles de la ciudad, enarbolando todos muy arriba, muy en evidencia, artículos varios importados de Japón; al llegar ante las oficinas regionales de Educación Nacional, tiraron las mercancías al suelo y las regaron con queroseno antes de prenderles fuego entre aplausos.

La otra acción que sugirió Mao fue editar un boletín informativo y de reflexión, bautizado *La revista del río Xiang*, cuyo primer número salió en julio de 1919. La publicación tuvo un éxito inmediato y su difusión no tardó en superar la de todos los demás periódicos locales, lo que movió a las autoridades a prohibirla al cabo de cuatro números.

Muchos artículos eran de la pluma del futuro «Gran Timonel». Un ejemplo, tomado de sus primeros editoriales, revela su estado de ánimo de por entonces: «El peligro para nuestro país no procede de su debilidad militar o financiera ni de los riesgos de fragmentación que le hacen correr los desórdenes políticos. El verdadero peligro reside en el hecho de que el universo mental de todo el pueblo chino está hueco y deteriorado. De una población de 400 millones de habitantes, 390 millones se entregan a la superstición. Creen en los espíritus, en los fantasmas, en la adivinación, en el destino y en el despotismo. No hay ningún agradecimiento para el individuo, la persona, la verdad. Porque el pensamiento científico no se desarrolló, China no es una república, más que por el nombre; en realidad es una autocracia, y las cosas no hacen sino ir a peor de un régimen a otro. La gran mayoría de nuestro pueblo no tiene la menor idea de qué es la democracia».

Mao aún no se decía marxista. Proclamaba su fe en esos dos pilares fundamentales de una sociedad moderna que son «el saber y la democracia», quería prodigar al pueblo «el pan, la libertad y la igualdad», pero «no por la ineficaz revolución de las bombas y de la sangre». Por entonces leía mucho, lo apasionaban varios autores y varias doctrinas, pero no conocía aún, o muy poco, a los padres fundadores del comunismo.

Fue en Pekín, siguiendo los consejos de un amigo bibliotecario, cuando empezó a leerlos. Sobre todo a Lenin, que iba a ser para él una auténtica revelación: su explicación del imperialismo como «fase superior del capitalismo»; su rechazo de las religiones y de las ideologías del pasado; sus directrices para construir una organización revolucionaria y para convertirla en una herramienta para tomar el poder. A Mao le daba la sensación de que esos textos, recientemente traducidos, era a él a quien iban destinados.

Lo que lo fascinaba por encima de todo, y atizaba su fervor, era que esos escritos no eran simples elaboraciones intelectuales. Los bolcheviques habían tomado *realmente* el poder dos años antes. La inmensa Rusia ya estaba en sus manos. La receta leninista había demostrado de forma concreta su eficacia.

Lo que faltaba, por supuesto, era adaptarla a las realidades específicas de su propio país. A Lenin y a sus camaradas les había bastado con un audaz ataque al palacio imperial de San Petersburgo

para hacerse con el poder. No era completamente posible reproducir ese guion en China, donde el poder estaba disperso, donde las provincias amenazaban constantemente con sublevarse contra el Gobierno central, donde todas las grandes ciudades soñaban con proclamarse capital. En un contexto semejante no era de esperar que la revolución arrancase merced a un audaz golpe de mano. Solo podría imponerse tras una conquista larga y paciente.

TREINTA AÑOS TUMULTUOSOS IBAN A transcurrir entre las manifestaciones de 1919 y la llegada de Mao. No fue solamente una guerra civil. Ni tan siquiera una guerra de liberación, como había habido en otras latitudes. Más bien algo así como una trifulca generalizada en la que se enfrentaban, según las circunstancias, los nacionalistas, los comunistas y los ejércitos japoneses, y en la que se entrometían a veces otras fuerzas.

La figura central de aquel período fue indiscutiblemente Chiang Kai-shek. Había sido uno de los lugartenientes de Sun Yat-sen y, en cierto modo, «el brazo armado» de su partido, el Kuomintang. Tras la muerte del padre fundador, Chiang había conseguido hábilmente recibir su herencia política y también, en cierto modo, su legitimidad «dinástica», puesto que se había casado con su cuñada, tras haberse convertido también él al protestantismo. En cambio, se había guardado muy mucho de seguir a su ilustre mentor en su entusiasmo por la revolución bolchevique y, no bien pudo consolidar su posición, echó del Kuomintang a los militantes marxistas y expulsó de China a los «camaradas» de la Komintern, empezando por Borodín.

En paralelo con ese giro a la derecha, había emprendido la tarea de mermar la influencia de los «señores de la guerra», una tarea hercúlea en la que tuvo un éxito moderado. Aunque nunca pudo someterlos por completo a su autoridad, consiguió frente a ellos cierta supremacía. La prensa internacional había empezado a llamarlo «el generalísimo».

Desde 1928, se había convertido en el hombre fuerte de China y como tal lo trataban todas las potencias, incluida la Unión Soviética. A Stalin, que había prevalecido sobre sus rivales en la misma época, no le inspiraba una especial hostilidad. Al no imaginarse seguramente en un futuro próximo una China comunista, estaba dispuesto a aceptar a un dirigente nacionalista

mientras no estuviese a sueldo de los japoneses, los británicos o los estadounidenses.

NO POR ELLO ERA CÓMODA la situación de Chiang. Por más que hubiese conseguido asentar su legitimidad y reforzar su autoridad, les seguía inspirando a algunos una gran desconfianza. Durante toda su carrera formularon dudas acerca de su personalidad aquellos a quienes combatió, por supuesto, pero también aquellos que supuestamente lo apoyaban. Como aquel general estadounidense, Joseph Stilwell, a quien habían enviado para aconsejarlo y asistirlo y había adquirido la costumbre de darle, en su correspondencia, un mote muy ofensivo. «The Peanut», «el Cacahuete», incluso lo llamaba a veces «The Rattlesnake», «La serpiente de cascabel». Entre los reproches que le hacían Stilwell y algunos más figuraban «la indecisión», «el disimulo», «la inconsistencia», «la corrupción»; se habló incluso de conexiones con el hampa de Shanghái, llamada «la Banda Verde»…

Pese a toda la hostilidad que despertaba, con o sin razón, parecía bien encarrilado para imponerse como el amo indiscutido de China y quizá lo habría conseguido si un obstáculo difícil de salvar no se hubiera interpuesto en su camino, frenando su ascenso y quebrando su impulso. Me estoy refiriendo a las ambiciones japonesas. Latentes desde hacía varias décadas, se habían vuelto más acuciantes, más agresivas, más desmedidas. Chiang Kai-shek no fue capaz de hacerles frente y acabó por pagarlo muy caro.

EL ARCHIPIÉLAGO NIPÓN ERA PRESA más que nunca de sus demonios expansionistas. A principios de la década de 1930, los legítimos dirigentes del país no controlaban ya nada. Grupos de militares radicales tenían aterrorizados a los sucesivos gobiernos, a golpe de amenazas o directamente de asesinatos, para dictarles la política que debían seguir.

Como he tenido ya ocasión de referir, fue a última hora del 18 de septiembre de 1931 cuando dos oficiales, decididos a embarcar a su país en una nueva guerra de conquista, provocaron el incidente fronterizo que sirvió de pretexto para invadir el territorio chino. Al disponer de una aplastante superioridad militar, el ejército japonés pudo apoderarse de Manchuria en cinco meses. Creó allí un nuevo Estado fantoche, bautizado como Manchukuo, a cuyo frente entronizaron al antiguo emperador-niño de China, Puyi, que parecía

indicado para ese papel puesto que era de linaje imperial y de ascendencia manchú.

ESTA INVASIÓN, A LA QUE precedió un cínico montaje, iba a incrementar considerablemente el aislamiento internacional de Tokio y a preparar el camino a su futura alianza con la Alemania nazi. El resultado en China fue el menoscabo de la credibilidad y de la talla de Chiang Kai-shek. Al comprobar que la relación de fuerzas no lo favorecía y no queriendo arriesgarse a una derrota, eligió sencillamente no enfrentarse a los japoneses; incluso firmó con ellos un tratado que reconocía de hecho su autoridad sobre Manchuria. Lo que era, sin lugar a dudas, comprensible en el terreno militar, pero imposible de defender desde un punto de vista político. Sus compatriotas, que tantas veces habían salido escaldados por la complacencia de sus gobernantes ante las injerencias de las potencias extranjeras no estaban dispuestos a aceptar que el generalísimo diese muestras de una complacencia tal. Y no les gustaba en absoluto la justificación que daba de su deserción, a saber, que había que «poner orden en la propia casa» antes de enfrentarse al enemigo exterior.

Fiándose de su estrategia e infravalorando la hostilidad que despertaba en la población, Chiang emprendió en el acto una campaña de gran envergadura para acabar de una vez por todas con los comunistas. Y consiguió ponerlos en apuros. Expulsados de las principales ciudades, especialmente de Shanghái, donde habían padecido una cruenta represión, tuvieron que replegarse a las zonas rurales, pero allí también se vieron sometidos a cuatro «campañas de asedio» que los debilitaron considerablemente.

Su último bastión de cierta importancia se hallaba en las inmediaciones de la pequeña ciudad de Ruijin, «capital» de la llamada «República soviética china», una entidad nebulosa creada por los comunistas para otorgar un estatuto legal a las zonas dispersas a las que se habían replegado. Pero el ejército del generalísimo lanzó contra ellos una «quinta campaña de asedio» que prometía ser la última.

ES EN ESE CONTEXTO SE sitúa uno de los acontecimientos más emblemáticos de la historia moderna de China: la Larga Marcha. Los comunistas estaban entre la espada y la pared. ¿Debían resistir en su «capital» hasta el final y morir luego con las armas en la mano

después de una resistencia heroica? Optaron por una solución diferente, que podía parecer a primera vista menos gloriosa, pero que iba a hacerse con la victoria; emprender a campo traviesa una larga marcha de nueve mil kilómetros y que iba a durar un año, desde octubre de 1934 hasta octubre de 1935. De una situación que parecía sin salida y habría podido llevarlos al aniquilamiento, Mao Zedong y sus camaradas habían conseguido salir magistralmente, hasta el punto de convertir su derrota en victoria.

El Gran Timonel era, ante todo, un genio de la comunicación. Era consciente de ello y se jactaba a veces, en la intimidad, de sus talentos de «propagandista». Para convencerse de ello basta con recordar las expresiones lapidarias que forjó, o popularizó, y le sobrevivieron, tales como «el Gran Salto Adelante», «las Cien Flores», «la Revolución cultural», «el poder nace del fusil», «el imperialismo es un tigre de papel» o «el viento del este prevalece sobre el viento del oeste». Incluso cuando la idea en sí fuera discutible, e incluso calamitosa, el invento verbal era brillante. «La Larga Marcha» fue cronológicamente uno de los primerísimos y cuajó en el acto. Por la sencillez desarmante de la expresión y también por la eficacia de la estratagema que describía.

A DECIR VERDAD, LO QUE los comunistas habían elegido hacer ante Chiang Kai-shek no se diferenciaba mucho de lo que este había elegido hacer ante los japoneses; eludir el combate para no permitir que lo destrozase una fuerza superior. Pero, siendo así que la decisión del «generalísimo» se había saldado con un desastre político, el camino que emprendió su rival resultó un gesto épico.

Cuando Mao refería ese episodio, insistía en el hecho de que su ejército había cruzado numerosas provincias, que había estado en contacto, directa o indirectamente, con doscientos millones de campesinos, quienes habían aprendido a respetar a los comunistas, a escucharlos, a ayudarlos, a reconocerse en ellos. «Estábamos entre el pueblo como el pez en el agua», decía, una frase que también se ha afincado de forma duradera en las memorias. La verdad estadística es que, de los ochenta y seis mil hombres que emprendieron la Larga Marcha, apenas diez mil llegaron al destino sanos y salvos. Pero los hechos en bruto no tienen gran peso desde el punto de vista de la Historia. Lo que más cuenta es la percepción de los hechos, su situación, su narración.

Hay que añadir, sin embargo, que si la Larga Marcha fue un notable «golpe» mediático, fue de entrada, en aquel momento, una maniobra estratégica temiblemente hábil. Al negarle a Chiang el decisivo combate que esperaba y la victoria que es verosímil que hubiera logrado, los comunistas consiguieron desestabilizarlo de forma duradera. ¿No había prometido acaso arreglar cuentas con «el enemigo interior» antes de poder aprestarse con serenidad al combate contra el invasor? A partir del momento en que el enemigo se había «desvanecido» literalmente en el entorno, el generalísimo no sabía ya en qué punto estaba. Era algo así como si se dispusiera a dar «jaque mate» y de repente hubiesen robado el tablero. ¿Cómo debía reaccionar? ¿Persiguiendo a los «caminantes» por la inmensidad del campo? ¡Pero si estaban dispersos, no había forma de atraparlos, habría necesitado años para liquidarlos! ¿Debía más bien dejarlos andar por ahí sueltos y volverse en el acto contra los japoneses? ¡Pero habría sido demasiado arriesgado dejar que sus adversarios medrasen y se hiciesen fuertes tranquilamente en el corazón de las provincias!

Tras mucho dudarlo, Chiang prefirió atenerse a su estrategia original; la erradicación de los comunistas.

EN DICIEMBRE DE 1936, PARECÍA tener la victoria una vez más al alcance de la mano. Los supervivientes de la Larga Marcha estaban aún intentando recuperar el resuello, por decirlo de alguna manera, y reorganizarse. Sus principales dirigentes se hallaban en las inmediaciones de la pequeña ciudad de Yan'an, de la que estaban disponiéndose a adueñarse y que iban a convertir, durante trece años, en su capital provisional. Allí fue donde tantos visitantes extranjeros, que acababan de oír el nombre de Mao, iban a coincidir con él por primera vez.

Yan'an está en Shaanxi, una provincia cargada de historia de la que se ha dicho a menudo que representaba la China profunda. Ahí están los formidables «guerreros de terracota», de dos mil años de edad, pero las excavaciones no los habían sacado a la luz aún.

En ese mismo lugar, cerca de la antigua ciudad de Xi'an, permanecía uno de los mejores ejércitos chinos, al mando de un joven «señor de la guerra», llamado Zhang Xueliang y apodado «el joven mariscal». Si él podía atacar a los comunistas y destruir sus batallones antes de que hubieran podido recuperarse, su destino

estaba decidido. Esa era, en cualquier caso, la esperanza que tenía Chiang Kai-shek.

El único problema era que «el joven mariscal» no quería saber nada de semejante expedición. Oriundo de Manchuria, no le entraba en la cabeza que los chinos siguiesen luchando entre sí en vez de unir sus fuerzas contra el ocupante. El generalísimo se sentía en condiciones de hacer que atendiese a razones si podía verlo para decirle de viva voz: «¡Ayúdame a acabar con los comunistas y luego iremos juntos a luchar contra los japoneses!». Así que Chiang fue a Xi'an. Pero su estancia no transcurrió ni mucho menos como lo había previsto.

Estaba acuartelado en un pabellón antiguo junto a una fuente termal cuando, a primera hora de la mañana, una tropa armada tomó por asalto el lugar, disparando a todo cuanto se movía. Mataron a sus guardias y él tuvo que huir en camisón por la ventana de su habitación, escalar una tapia y, luego, correr en la oscuridad. Se cayó, se hirió y lo detuvieron sus perseguidores, quienes lo llevaron a un cuartel. Lo encerraron en una habitación oscura adonde fue a verlo su «anfitrión». El generalísimo estaba loco de rabia, echaba pestes, amenazaba e insultaba. Con mucho aplomo, y con mucha valentía también. «¡Mátame si eres hombre! ¡Y, si no, pídeme perdón y deja que me vaya!».

Pero su secuestrador tenía para él proyectos muy diferentes. No tenía intención de matarlo y no tenía inconveniente en dejar que se fuera. Aunque con una condición: que firmase una tregua con los comunistas para que uniesen sus fuerzas contra Japón. Por lo demás, el joven mariscal había enviado un mensaje a Mao para hacerle saber que tenía a su adversario y para pedirle que fuera a verlo. Para ganar tiempo, le había enviado incluso un avión pequeño.

MAO NO QUISO IR Y prefirió mandar en su lugar a Zhou Enlai, el hombre de las misiones delicadas. Diez años antes, este había sido comisario político en la escuela militar, cuyo comandante no era otro que Chiang Kai-shek. Cuando estuvieron cara a cara, Zhou le dijo cortésmente al veterano: «No ha envejecido mucho desde la última vez que nos vimos». El otro le contestó: «Enlai, fuiste subordinado mío, así que deberías obedecerme». Zhou le replicó que, si decidía concluir la guerra civil y convocar la resistencia

contra los japoneses, todos los comunistas estarían dispuestos a ponerse bajo su mando.

Tras unas cuantas objeciones puramente formales, el generalísimo acabó por aceptar todo cuando se le pedía. Prometió terminar con la campaña contra los comunistas e invitar a todas las fuerzas vivas del país a unirse contra el enemigo externo. El rocambolesco «incidente de Xi'an» había dado el fruto esperado. Las dos grandes facciones chinas, la nacionalista y la comunista, eran ahora una coalición.

Había una pausa en la guerra civil, otra guerra iba a empezar, aún más mortífera.

8

CON EL PASO DEL tiempo, tras desvelarse lo que sucedió, la coalición que consiguió con fórceps el «joven mariscal» en diciembre de 1936 resulta algo así como una prefiguración de lo que iba a ocurrir a escala mundial a partir de 1941: una paradójica alianza entre las democracias occidentales y los comunistas contra las potencias del Eje. Para algunos historiadores, por lo demás, la Segunda Guerra Mundial empezó en realidad el 7 de julio de 1937, cuando el ejército japonés, que ya ocupaba Manchuria, emprendió la conquista de la gigantesca China.

Igual que iban a hacer dos años después los nazis en el momento de invadir Polonia, los «prusianos de Asia» antepusieron una falacia a la invasión. En Europa se fingió un ataque polaco a una emisora de radio situada en territorio alemán; en China el pretexto fue aún más cómico: como un soldado japonés no había regresado al cuartel, enviaron a todo un ejército al otro lado de la frontera para ir a buscarlo, con lo que hubo un cruce de disparos. Cuando volvió el soldado, unas horas después, afirmando que se había extraviado, la guerra ya había empezado. Duró ocho años y causó, según las estimaciones más fiables, veinte millones de muertos.

El fatídico incidente ocurrió cerca un puente muy antiguo, que Marco Polo cruzó a finales del siglo XIII y que menciona en sus memorias. Esa edificación cuenta con varios nombres locales, pero muchos lo llaman, en honor al ilustre viajero, «el puente de Marco Polo». Está en los arrabales de Pekín y las fuerzas japonesas no tardaron en ocupar la ciudad. Cierto es que esta contaba con pocas defensas desde que Chiang Kai-shek había elegido para su Gobierno otra capital histórica: Nankín, situada más al sur.

EN LAS SEMANAS SIGUIENTES AL comienzo de las hostilidades, los japoneses atacaron Shanghái, el principal puerto de China y su capital económica. Tras tres meses de encarnizados combates, el ejército invasor, que había destinado en la batalla a casi 300 000 hombres, 500 aviones, 300 carros de combate y 130 barcos de guerra, acabó por imponerse gracias a su pericia aérea y también a

un desembarco masivo en las playas del sur de la ciudad.

Las pérdidas fueron grandes a ambos lados. Claramente mayores entre los defensores que entre los atacantes, aunque estos no se lo esperaban. Fiándose de la excelencia de su armamento y de su mando y basándose en los resultados de las guerras anteriores, los japoneses estaban convencidos de todo iba a resultar más fácil y la tenacidad de la resistencia china los traumatizó.

Si menciono este hecho es porque el estado de ánimo reinante al final de este cruento enfrentamiento es mencionado por varios historiadores para explicar el demencial comportamiento de los invasores durante las siguientes semanas.

Su objetivo, después de Shanghái, era Nankín. Los consejeros de Chiang Kai-shek le explicaron que debería abandonar su capital. Tras poner lo esencial de sus fuerzas en la anterior batalla, no le quedaban ya recursos para defenderla. Era consciente de ello, pero se trataba de una decisión difícil. Se había prometido convertir aquella antigua ciudad imperial en símbolo de la nueva China, había abierto anchas avenidas y construido edificios modernos, así como un imponente mausoleo en memoria de Sun Yat-sen.

Aún dudaba acerca de lo que debería hacer cuando llegaron las tropas enemigas. Los defensores no tardaron en huir en desbandada y el generalísimo tuvo que salir huyendo de mala manera. Fue a instalarse en una nueva capital provisional que le pareció menos amenazada porque estaba más lejos de la costa: Chongqing.

EN LA CIUDAD QUE HABÍA dejado, la tragedia no hacía más que empezar. Para diferenciarla de los demás crímenes de guerra y de las demás matanzas, se ha hablado de «la violación de Nankín», y esa palabra, aplicada a una ciudad entera, presta al acontecimiento un aspecto apocalíptico.

Los relatos difieren en lo relacionado con las circunstancias de los primeros incidentes, pero los testigos coinciden en lo esencial: a partir del 13 de diciembre de 1937, los ocupantes se ensañaron con los habitantes, civiles o militares, mujeres u hombres, con una barbarie inaudita. De día y de noche, decapitaron, destriparon, violaron, derribaron, saquearon, incendiaron. Se habló incluso de una macabra competición entre dos oficiales japoneses sobre la cantidad de personas que mataría cada uno con el sable: el ganador sería quien llegase primero a cien.

Esa orgía asesina prosiguió durante seis semanas y causó, según determinadas estimaciones, más de doscientas mil víctimas. ¿Qué motivos pudo tener ese demencial episodio? ¿Un deseo de venganza para hacer pagar a los chinos su resistencia en Shanghái? Tal fue la impresión de algunos contemporáneos, pero no da cuenta de la amplitud del acontecimiento. Otra explicación que se oye a veces es que los militares querían, de forma muy deliberada, aterrar a la población para disuadirla de luchar e incitarla a huir en masa tierra adentro dejando las zonas costeras a los japoneses. Semejante mezcla de crueldad y cinismo no deja de tener precedentes en la historia de las guerras. A veces, desgraciadamente, resulta eficaz. Pero otras veces se da el efecto contrario, galvaniza a los agredidos y los mueve a luchar con la energía de la desesperación.

En el presente caso, el comportamiento de los invasores no trajo consigo una reacción inmediata, pero la tragedia de Nankín propició que saliera a la luz un patriotismo militante y fervoroso, uno de cuyos componentes fue un rencor tenaz hacia Japón, considerado a partir de entonces como un enemigo natural.

Postura que las generaciones jóvenes iban a adoptar como si se tratase de una evidencia e incluso de una verdad eterna. Pero en muchos de sus mayores la acompañaba cierta desilusión, incredulidad y amargura. ¡Tantos chinos habían visto en la modernización emprendida en la era Meiji un ejemplo que había que seguir!

He mencionado a menudo la admiración e incluso el cariño del «padre» de la República, Sun Yat-sen, por el vecino archipiélago y ello era no menos cierto para su «heredero», Chiang Kai-shek. Era en Japón, en la histórica ciudad de Kamakura, donde había pedido en matrimonio a su mujer y en Japón era donde había estudiado el arte militar. Después incluso de su ascenso al poder fue a veces a ver a su instructor, el general Nagaoka, uno de los héroes de la guerra ruso-japonesa. No es imposible, por lo demás, que esos estrechos vínculos influyesen en su criterio cuando no le quedó más remedio que decidir quién era su enemigo principal: los japoneses o los comunistas.

Ese capital de simpatía con el que contaba el Archipiélago en China se había ido dilapidando poco a poco. Con las arrogantes «Veintiuna exigencias», con la ocupación de Qingdao, con la

invasión de Manchuria, por no citar más que las etapas más significativas de esa degradación. Y durante todas ellas a algunos de los admiradores, y no de los menos importantes, se les ocurrían aún disculpas para ese «hermano joven» turbulento, diciéndose que quizá maduraría al crecer.

Pero nunca más después de Nankín. No después de la «violación». Aquello había llegado a lo inconcebible, a lo imperdonable. Cuando escribo estas líneas, tantos años después, el rencor está aún muy presente y no parece llevar camino de atenuarse.

EN SU MOMENTO, LA ESPANTOSA matanza despertó pasmo, incredulidad, asco y horror. En cambio, no tuvo gran efecto en el desarrollo de la guerra. Aunque el crimen no le fue provechoso al agresor, no lo perjudicó en el terreno militar. No fue en ese teatro de operaciones donde quedó vencido Japón, sino en el Pacífico, enfrentado con los Estados Unidos. Cuando capituló, en agosto de 1945, inmediatamente después de caer las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, a sus ejércitos en China no los habían derrotado y ni las tropas de Chiang ni las de Mao habían liberado ninguna de las grandes ciudades que ocupaban.

¿Quiere esto decir que la lucha de aquellos resistentes había sido inútil? No, por supuesto. Dejaron «clavados en el sitio» a millones de soldados, impidiéndoles ir a luchar a otra parte y, en consecuencia, contribuyeron indirectamente a todos los reveses que padeció Japón y, por lo tanto, a su derrota final. Pero no podemos por menos de pensar que las facciones chinas tenían sin cesar en mente «lo venidero». Más importantes que los combates en que estaban participando eran los que se disponían a pelear más adelante, cuando esta guerra concluyese y hubiera empezado la siguiente entre comunistas y nacionalistas.

OTRA CONSECUENCIA, NO DESDEÑABLE, DE la lucha contra el invasor fue que China recuperó, por primera vez desde hacía siglos, un estatus de gran potencia. Como jefe de Estado, el generalísimo disfrutó por una temporada de algo así como una apoteosis.

¿Cómo olvidar aquella foto de la cumbre de El Cairo celebrada en noviembre de 1943 donde están juntos Winston Churchill, Franklin D. Roosevelt y Chiang Kai-shek? Este no podía por menos de sentirse maravillado. Se hallaba incluido entre los «grandes» y

ello era innegablemente una revancha para su país, tan maltratado al acabar la Primera Guerra Mundial. Por lo demás, una de las decisiones de la cumbre tripartita fue la de reconocer la soberanía de China en todos los territorios que le habían arrebatado los japoneses, empezando por Taiwan y Manchuria.

Con la embriaguez de verse en esas alturas, el generalísimo no se había percatado de que sus homólogos más bien tenían dudas en lo referido a él. Tras una reunión privada con Roosevelt, anotó en su libreta que todo había transcurrido a la perfección. En ese mismo momento Elliot, el hijo del presidente estadounidense, que había preguntado a su padre por sus impresiones, había recibido la siguiente respuesta: «Sigo sin entender por qué los hombres de Chiang no pelean nunca con los japoneses y por qué sitúa sus mejores tropas frente a los comunistas». Hay que decir que, al tiempo que atendía a las palabras de su visitante y a las de su encantadora esposa, Meiling, completamente anglófona, que le hacía las veces de intérprete, Roosevelt tenía en mente los informes que recibía de su propio representante militar en China, el general Stilwell, ese mismo que le encasquetaba a Chiang el apodo de «Cacahuete» y no perdía nunca ocasión de hacerle de menos.

EN PARTE POR ESE TRABAJO de zapa al generalísimo no lo invitaron a las posteriores «cumbres», celebradas en Teherán, Yalta y, después, en Potsdam. No obstante, ese breve momento de gloria que dio a su país la impresión de recuperar la grandeza del pasado tuvo consecuencias. Cuando se crearon las Naciones Unidas en 1945 y los cinco vencedores principales de la Segunda Guerra se convirtieron en miembros permanentes del Consejo de Seguridad, China fue uno de ellos, junto con Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia.

No cabe duda de que el gigante de Asia no contaba aún con medios económicos, políticos o militares para desempeñar un papel de primer orden; pero su acceso, por más simbólico que fuera, al rango de gran potencia se revela, visto a distancia, como un hito en el camino de su ascenso.

VOLVIENDO A LOS COMBATES QUE transcurrían en China, cierto es que, como decía Roosevelt, Chiang no peleaba en serio con los japoneses. Pero sería justo añadir que ninguno de los protagonistas volcó todas sus fuerzas en esa batalla.

No obstante, Mao y sus camaradas supieron atravesar ese período delicado y ambiguo con mayor habilidad que su rival. La impresión que prevaleció entonces entre la población fue que los comunistas luchaban valerosamente contra el ocupante y también que sus combatientes se portaban como es debido en los territorios que recorrían, respetando a los habitantes y pagando un precio justo por todo cuanto cogían. Por ello sus efectivos no cesaban de aumentar. Su «Ejército rojo», vuelto a bautizar con el nombre de «Ejército Popular de Liberación», vio cómo sus efectivos pasaban durante los ocho años de guerra contra los japoneses de ochenta mil hombres a más de novecientos mil.

Ya fuese esta imagen de los comunistas atinada o excesiva, no cabe duda de que contribuyó a que la balanza se inclinase de su parte. En paralelo, la imagen del generalísimo no paraba de deteriorarse. Las acusaciones de complacencia para con el enemigo, de indecisión o de mercantilismo, que estuvieron continuamente unidas a su nombre, crecían en intensidad.

Por ello se encontraba en una situación bastante comprometida cuando terminó la guerra mundial, las tropas japonesas capitularon y China pasó casi sin transición de la resistencia contra el ocupante a una guerra intestina.

AL PRINCIPIO, AMBOS RIVALES QUERÍAN que se viera que estaban a favor de la paz y dispuestos a hacer concesiones para evitarle al país la agonía de un nuevo conflicto. Cuando el embajador de los Estados Unidos, Patrick Hurley, le propuso a Mao que fuese a ver al generalísimo a su capital provisional, Chongqing, para hablar con él de un acuerdo, el dirigente comunista dio una respuesta afirmativa y se subió a un avión por primera vez en la vida.

El encuentro de los dos dirigentes prometía ser glacial. Se habían conocido algo, veinte años atrás, y no se apreciaban mucho. De hecho, su primer apretón de manos, ante la mirada del embajador, no pasó de cortés. Pero cuando el generalísimo dio una recepción en honor de los delegados, Mao, a quien todo el mundo esperaba ver taciturno y huraño, se mostró, por el contrario, encantador y comunicativo. Lo vieron incluso alzar la copa a la salud de su anfitrión, pronunciando la fórmula con la que se aclamaba antes a los emperadores de China: «¡Al presidente Chiang Kai-shek, diez mil años!». Dos semanas después, llegó aún más lejos

al declarar durante una alocución pública: «Deberíamos poner fin a nuestros conflictos y unirnos bajo la autoridad del presidente Chiang para construir la China moderna».

Estaba claro que en sus relaciones había síntomas de mayor cordialidad. El dirigente comunista parecía decidido a emprender una ofensiva de seducción. De hecho, tras mes y medio de negociaciones, se firmó un acuerdo, para mayor satisfacción del embajador. Estipulaba que el Kuomintang y el Partido Comunista formarían un Gobierno conjunto de unión nacional, que China se convertiría en una democracia plural y que las fuerzas armadas se hallarían bajo la autoridad del generalísimo, salvo unas cuantas unidades que tendrían, durante un período transitorio, una situación aparte.

SI AMBOS ADVERSARIOS HABÍAN ACEPTADO firmar ese documento era porque sabían, tanto uno como otro, que iba a quedarse en papel mojado. Mao no tenía intención alguna de dejar a su Ejército Popular en manos de Chiang, y este no tenía intención alguna de compartir el poder con los comunistas. Uno y otro querían que el mundo viera, y ante todo los mediadores estadounidenses, que estaban a favor de la paz y que consentirían a hacer algunas concesiones para llegar a ello. Estaba claro que se trataba de ver quién engañaba a quién. Y una vez más uno de los dos, siempre el mismo, resultó más hábil que el otro.

Las negociaciones de Chongqing habían empezado en septiembre de 1945, en el preciso momento de la capitulación de las tropas japonesas y cuando estaba empezando su evacuación. Chiang Kai-shek decidió llenar en el acto ese vacío. Envió tropas para que tomasen posesión en su nombre de las principales ciudades liberadas, entre ellas Pekín, Nankín y Shanghái. Los mediadores temían la reacción de Mao. Pero este los tranquilizó. No le veía inconveniente, les dijo, a la iniciativa que acababa de adoptar su rival. Envió directrices a sus partidarios para que no lo impidiesen y se retirasen sin demora a las zonas rurales colindantes.

A PRIMERA VISTA, PARA EL dirigente comunista fue una retirada, e incluso una derrota. Pero no iba a transcurrir mucho tiempo sin que se viera como una genialidad. «El campo rodea las ciudades», solía decir. Un precepto que iba a convertir un día en estrategia planetaria. En el pulso militar que estaban echando en la China de

entonces quería decir, por encima de todo, que quien fuese el dueño de las zonas rurales del entorno controlaría el abastecimiento de las poblaciones urbanas y también las comunicaciones por carretera y por ferrocarril entre las ciudades.

Pero la ventaja principal de esa estrategia no la había previsto nadie. Solo Mao, con su excepcional olfato político, la había presentido: poseer las grandes metrópolis, lo que el generalísimo consideraba una baza de primera categoría, iba a resultar para él una calamidad. E incluso algo fatal.

La marcha precipitada de los japoneses, tras años de ocupación, dejaba un caos indescriptible. A título de ejemplo, los ocupantes habían creado una moneda especial, de curso legal en su zona, llamada «el yen militar»; no podía convertirse a auténticos yenes. Cuando se fueron, esa moneda perdió todo valor y las personas que llevaban ocho años con la obligación de usarla se encontraron en posesión de unos rectángulos de papel sin valor alguno. Habría sido posible imaginar soluciones, por ejemplo, un cambio con la moneda china a una tasa fijada por las autoridades. Pero eso habría requerido preparativos minuciosos y crear un mecanismo, cosa que Chiang, con prisa por ir moviendo sus peones, no había tomado en cuenta.

Otro ejemplo: los japoneses ocupaban miles de edificios, tanto como vivienda como para usos administrativos, que se quedaron abandonados de la noche a la mañana. ¿Cómo gestionar semejante conjunto? Los funcionarios militares y civiles que envió el generalísimo no tenían ni la menos idea de qué hacer. De propina, muchos de esos personajes no tenían más ambición que enriquecerse en el acto.

Corrían mil rumores por el país acerca de las hazañas reales o imaginarias de esos depredadores. Cierto general, a lo que se decía, se había quedado al parecer con ochocientas casas; otro, con treinta fábricas fuera de uso; otro más había llegado con un avión lleno de billetes de banco para comprar de saldo todo aquello con lo que se topase. Cuando los propietarios eran chinos, el sistema más eficaz para convencerlos de que vendiesen era acusarlos de haber colaborado con el ocupante. En ocho largos años cualquier persona que hubiese tenido una actividad económica había tenido que ver forzosamente, de una forma u otra, con los japoneses y podía ser

sospechoso de colaboración.

Los habitantes de las metrópolis de la costa, que llevaban esperando hasta entonces con impaciencia que se fueran los ocupantes, estaban consternados. No veían ya a su alrededor más que caos, expolio y saqueo. Y no tardó en llegar la inflación galopante, que convirtió la moneda nacional china en algo tan irrisorio como el yen militar. A finales de 1941 el cambio de un dólar era de 19 yuanes; a finales de 1945, valía 1220; y en mayo de 1949, ¡más de 23 millones de yuanes! Aún se cuenta en Shanghái la historia de aquel industrial que, despechado, convirtió un cargamento de billetes de banco en papel blanco; al menos valdrá para escribir, comentó.

A ESA BANCARROTA SE SUMABA el miedo a la escasez, e incluso a la hambruna, pues productos esenciales desaparecían de los mercados urbanos debido a la especulación, la falta de seguridad de las carreteras y la desorganización de los circuitos comerciales.

Al cabo de unos meses, ya era evidente que Mao había dado muestras de sensatez al evitar asumir la responsabilidad de un expediente así. Sus camaradas y él no habrían sabido sacarlo adelante. En el mejor de los casos, habrían sabido controlar mejor las ansias de los depredadores. Pero no por ello se habrían zanjado los problemas y los comunistas habrían sido blanco de todos los reproches. Lo que ocurrió fue que las críticas las recibió el generalísimo, hasta el punto de perder toda la credibilidad que podría merecer por la participación china en la victoria de los aliados.

En consecuencia, cuando se reanudó la guerra civil, unos meses después del acuerdo de Chongqing, los comunistas se hallaban en una posición mucho mejor que antes. Incluso si sus tropas conservaban la inferioridad numérica, su determinación era más recia, la población rural estaba de su parte y la población urbana aborrecía a sus adversarios.

EL GIRO EMBLEMÁTICO FUE, PARADÓJICAMENTE, la caída de su «capital» provisional, Yan'an. Chiang no se había consolado nunca de no haberla tomado en diciembre de 1936, cuando el «joven mariscal» se había interpuesto, enredándolo todo. En marzo de 1947, parecían darse todas las condiciones para una revancha. Los nacionalistas se apoderaron de la ciudad y el generalísimo pudo por fin anunciar

solemnemente que sus hombres se habían adueñado de la capital de los «rojos» y que esa victoria iba a suponer para estos el principio del fin.

Pero en realidad no había tomado más que una concha vacía. Los comunistas ya la habían evacuado. A aquellos de sus camaradas que se lamentaban por tener que dejar su cuartel general Mao les había dicho: «Vamos a darle Yan'an a Chiang, pero él va a darnos China». De hecho, el período siguiente fue para el Ejército Popular una larga marcha triunfal durante la que las ciudades iban cayendo una tras otra, como fruta madura, a menudo sin lucha. Para su adversario fue, en cambio, un descenso a los infiernos. Ni una victoria, solo retiradas, derrotas, huidas. Y cada vez menos batallas auténticas. Cuando había enfrentamientos, regimientos enteros cambiaban de bando con soldados, oficiales y armas.

Eso fue, en concreto, lo que pasó el 31 de enero de 1949, cuando la guarnición nacionalista de Pekín, que contaba con doscientos cincuenta mil hombres, decidió toda ella, con su comandante a la cabeza, unirse a los «rojos». La ciudad cayó sin la mínima lucha. A la entrada de la Ciudad Prohibida colgaron un gran retrato de Mao Zedong en vez del de Chiang Kai-shek. Este había dimitido unos días antes en su vicepresidente, Li Zongren. Quien, no gustando en modo alguno de ese regalo envenenado, lo intimó a devolver, antes de irse, el oro del Tesoro Público del que se había apropiado indebidamente.

A partir de ese momento, el desenlace de la batalla no dejaba ya lugar a dudas, pero muchos se preguntaban aún si el ejército del Kuomintang, que seguía siendo el más numeroso, no iba a brindar una gran batalla postrera para quedar bien.

Lo dijeron cuando las tropas comunistas cruzaron el Yangtsé hacia a la orilla meridional, en las inmediaciones de Nankín. Habían concentrado a quinientos mil soldados nacionalistas para defender la ciudad, pero muchas unidades desertaron y la ciudad cayó el 23 de abril sin un verdadero combate. Hubo quienes predijeron entonces que el último combate sería en Shanghái; un diplomático estadounidense redactó entonces una nota en la que pronosticaba que en las calles del puerto habría un baño de sangre. Pero todo cuanto ocurrió fue un tremendo barullo con decenas de miles de personas dándose empellones en los muelles, con el

equipaje, para subirse a alguna embarcación que fuese a Taiwan.

EL GENERALÍSIMO SE ENCAMINÓ TAMBIÉN a la isla sin prisas. Se detuvo unas cuantas semanas en su pueblo natal, visitó luego varios lugares e incluso asistió a espectáculos. Los que tuvieron contacto con él por entonces lo describen relajado, sonriente, sereno, como si estuviese convencido de que todo iba a acabar bien.

No fue tal el caso, por descontado, pero, de entre los grandes perdedores de la Historia reciente, pertenece a los que, a fin de cuentas, salieron mejor del paso. En su reducto taiwanés iba a seguir hasta que murió, a los ochenta y siete años, sin dejar de ser «generalísimo», sin dejar de ser «presidente de la República», con el apoyo de los Estados Unidos, que consiguieron durante casi un cuarto de siglo que conservase la condición de miembro permanente del Consejo de Seguridad.

A su retiro se había llevado a su familia, a sus colaboradores más fieles, un impresionante tesoro de guerra y también un curioso trofeo: Zhang Xueliang. El generalísimo no había perdonado nunca al «joven mariscal» que lo había secuestrado en 1936 y obligado a pactar con los comunistas. Lo había mandado detener a la primera oportunidad y no lo había soltado. Y, cuando decidió irse a Taiwan, dispuso que lo llevasen allí antes de llegar él y lo encerrasen, bien custodiado, con su concubina. Convencido de que el incidente de Xi'an había hecho que descarrilase su destino y el de China, se había jurado no liberarlo nunca.

De hecho, Zhang Xueliang estuvo preso cincuenta y cuatro años. No lo liberaron hasta mucho después de la desaparición del vengativo generalísimo. Se fue entonces de Taiwan para ir a pasar sus últimos años en Hawái. Donde murió de una neumonía en octubre de 2001, pocos meses después de cumplir los cien años.

9

DE PIE EN UNA tarima, en la plaza de Tiananmén, no lejos de su propio retrato, Mao Zedong proclamó, el 1 de octubre de 1949, el nacimiento de la República Popular China, con Pekín como capital. Finalizaba un largo siglo de humillación nacional, pero no era desde luego el final de las tragedias; unas las iban a causar los adversarios del país, otras los excesos de su propio fundador.

Se seguirán discutiendo por mucho tiempo las discrepancias en el balance del legado de Mao a sus compatriotas. ¿Puso fin al caos reinante o instauró él el caos? ¿Elevó a su país al rango de las potencias más importantes o más bien retrasó ese ascenso? No resulta fácil zanjarlo y la evaluación se torna aún más complicada por el hecho de que algunos de los dramas por los que China pasó durante aquellos años estaban situados en un contexto planetario que no podía controlar, el del enfrentamiento generalizado (político, ideológico, económico y militar) entre comunismo y capitalismo.

En cierto sentido, la guerra civil que acababa de concluir con la victoria del Ejército Popular había sido toda ella un episodio precoz de la Guerra Fría. Y ese fue también el caso de la guerra exterior más mortífera y peligrosa en la que participó el régimen durante su existencia, a saber, el conflicto que hubo en Corea entre 1950 y 1953.

«EL PAÍS DE LA MAÑANA en calma» había estado siempre en el centro de las rivalidades entre Japón, China y Rusia; luego, más adelante, también de los Estados Unidos. Era, pues, de esperar que se viese implicado de una forma u otra, en los conflictos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. No por ello deja de resultar extraño que Stalin diese el visto bueno a la ofensiva proyectada por Kim Il-Sung contra la mitad sur de la península. Y, sobre todo, que Mao aceptase sumarse a ello.

¿Era realmente el momento para lanzarse a una nueva aventura militar siendo así que su país estaba saliendo apenas de su propia guerra civil? Al principio, el dirigente chino había parecido

titubear. Si acabó por dar su aprobación, en mayo de 1950, fue porque le pareció indispensable consolidar su alianza con Moscú en un momento en que sus relaciones con Washington estaban en el punto más bajo. Un cálculo comprensible, pero que, visto a distancia, parece arriesgado.

Desde el punto de vista de Stalin, la gran ventaja de la guerra de Corea era precisamente abrir una sima difícilmente franqueable entre los Estados Unidos y China, obligando a esta a atarse a la Unión Soviética. ¿Le interesaba también a Mao? ¿Le resultaba imposible restablecer unas relaciones normales con Washington tras haber derrotado a Chiang Kai-shek? Eso es, aparentemente, lo que pensó en ese momento y resultaría fastidioso pretender extenderse, tantos años después del acontecimiento, en las consecuencias que habría tenido otra elección suya. Lo que es cierto, en cambio, es que el conflicto coreano generó entre los Estados Unidos y China una desconfianza tenaz, que a veces se atenuó con el paso de los años, pero a la que nunca consiguieron sobreponerse.

Por más de una razón, además, esa guerra fue una empresa a la vez costosa y superflua. Para los coreanos, ante todo, pero también para sus vecinos chinos. Y de forma específica para el nuevo régimen, que estaba empezando a asentarse en ese preciso momento. Entre los «voluntarios» que envió al otro lado de la frontera hubo cientos de miles de muertos y el coste económico fue también muy oneroso, sobre todo para un país que estaba en plena reconstrucción. Además, las tensiones con Washington impidieron una solución rápida al desacuerdo sobre Taiwan. ¿No era un precio demasiado elevado para un conflicto que, después de tres años de invasiones y de contrainvasiones, con amenazas de recurrir al armamento nuclear, se zanjó con un regreso a la línea de demarcación inicial, en el paralelo 38°?

Toda guerra es absurda y cruel, pero algunas lo son un poco más que otras.

EN EL PRECISO MOMENTO EN que ese conflicto se daba en sus fronteras, China estaba pasando, en el frente interno, por una lucha muy diferente. Y también aquí con sufrimientos, crueldad y una dosis de absurdo. Estaba localizada en el marco eminentemente marxista de la lucha de clases, pero llevando su lógica al límite.

Lo que Mao y sus camaradas tenían intención de llevar a cabo

era una profunda e irreversible transformación de la sociedad china. La forma de proceder fue una reforma agraria cuya meta era el reparto más equitativo de la tierra. Para determinar a quién había que quitarle qué parte y a quien había que darle más, empezaron a examinar muy de cerca el estatus de los habitantes, siendo la idea rectora que a los campesinos pobres les interesaba el reparto y, en consecuencia, el éxito de la reforma que había emprendido el Partido Comunista, mientras que los estratos sociales más prósperos tenían forzosamente intereses contrarios.

El sistema se había probado ya a menor escala durante la guerra civil en los territorios «liberados» y había demostrado su eficacia. Los campesinos catalogados como «pobres» o «medianos» y que suponían más del ochenta por ciento de la población habían visto su situación económica y su estatus social considerablemente incrementados y por nada del mundo habrían querido volver a la situación anterior. A la inversa, los «pudientes», vistos como los enemigos naturales de la revolución, habían quedado literalmente desclasados.

Tras la llegada de la República Popular, se organizaron concentraciones públicas durante las que escrituras de propiedad pasaban de los ricos a los pobres y con los terratenientes se encaraban campesinos que habían padecido mucho tiempo su opresión o la de sus familias. A millones de esos «enemigos del pueblo» los detuvieron, maltrataron, abuchearon y, al parecer, a decenas de miles los mataron, a muchos de ellos a golpes. Se estima que al cabo de tres años la clase de los terratenientes había quedado prácticamente aniquilada.

ESTA FORMA ENÉRGICA Y VOLUNTARISTA que tenía Mao de «remodelar» la sociedad china fue su «firma» durante toda su vida. Iba a garantizarle un lugar aparte en la Historia y a marcar una ruptura clara con el pasado. Pero iba a someter a pruebas traumatizantes a sus compatriotas, quienes necesitaron varias generaciones para sobreponerse a ellas.

Entre sus numerosos extravíos, uno de los más emblemáticos fue el Gran Salto Adelante. Concebido, como su propio nombre indica, para hacer que el país avanzase «de un salto» mejor que a pasitos, arrancaba de la idea (muy atractiva, pero que iba a revelarse engañosa) de que bastaría con «poner toda la carne en el asador»

para hacer milagros. ¿No se jactaban acaso los grandes países industrializados de que producían millones de toneladas de acero? ¡También en China sería posible hacerlo! Si decenas de millones de familias construían hornos pequeños y juntaban todo el metal que encontrasen… De hecho, fue posible producir grandes cantidades de acero. Con la salvedad de que era de calidad mediocre, e incluso completamente inutilizable. ¡Muchos esfuerzos para nada!

Hubo otras extravagancias del mismo orden. Una de las campañas llevadas a cabo durante el «Gran Salto» apuntaba a exterminar las «cuatro plagas» que propagaban las enfermedades y perjudicaban la producción, a saber: ratas, moscas, mosquitos y gorriones. ¿Por qué gorriones? Porque comían grandes cantidades de fruta y de semillas, mermando proporcionalmente las cosechas. El principal «culpable» era el gorrión molinero, muy pequeño, del que se decía que consumía cada año cuatro kilos de productos agrícolas.

Como estas aves se contaban por cientos de miles, podían comerse ellas solas buena parte de la cosecha. Uno de los métodos más originales y eficaces de combatirlos era el ruido. Los aldeanos se apostaban en permanencia en los campos y, cuando los gorriones intentaban acercarse, los espantaban golpeando tambores, cazuelas o sencillamente pedazos de chapa para impedir que se posasen. Agotados y hambrientos, acababan por caer al suelo, muertos. El procedimiento era original, la población entera, incluidos los niños, participaba en él, a veces en un ambiente festivo, y el éxito fue impresionante. Los gorriones y todos los demás pájaros estaban a punto de desaparecer.

Lo que no que no habían previsto es que esas aves «nocivas» no solo comían semillas y fruta, sino también insectos. Estos empezaron a proliferar al desaparecer sus depredadores y a alimentarse glotonamente de las plantas. Y no tardaron en aparecer nubes de langostas migratorias que caían sobre los cultivos, devorando todo a su paso; sus daños eran tan devastadores que el país pasó, entre 1958 y 1962, por una de las mayores hambrunas de los tiempos modernos, cuyo balance, al parecer, rondó, según algunas estimaciones, los treinta millones de muertos.

Un ejemplo clásico de lo que puede suceder cuando se alteran los delicados equilibrios de la naturaleza sin poder controlar las

consecuencias de esa perturbación.

LA GIGANTESCA TRAGEDIA HUMANA FRUTO de las diversas manías fantasiosas y voluntaristas del «Gran Salto Adelante» acabó por provocar una sublevación en el seno del partido. Ya en 1959 empezaron a alzarse voces para pedir cuentas a las instancias dirigentes. Hábil estratega, Mao cayó en la cuenta de que le convenía dar marcha atrás. Quedándose solo con la presidencia del partido, dejó la presidencia de la República a uno de sus allegados, nacido como él en la provincia de Hunan: Liu Shaoqi.

Durante los tres años siguientes, la amplitud del desastre se tornó aún más evidente. Muchos camaradas descubrieron, en desplazamientos a sus provincias natales, los daños que había causado el Gran Salto y escucharon las quejas de sus propias familias. Una hermana, un amigo de la infancia o una sobrina muy querida podían informarlo de los padecimientos de las personas corrientes, hechos que, en los arcanos del poder, nadie se atrevía a mencionar. Eso fue lo que le ocurrió al ministro de Defensa, Peng Dehuai, uno de los más antiguos compañeros de Mao, un héroe de la Larga Marcha y de la resistencia contra los japoneses. Lo había impactado profundamente lo que había visto en su provincia natal y había escrito al Gran Timonel una carta desgarradora para denunciar los extravíos del partido; pero este valeroso soldado era un estratega pésimo y al hábil maniobrero que era Mao no le costó nada desactivar la bomba; acusándolo de una deriva hacia la derecha, depusieron a Peng de su cargo y lo sustituyeron por otro mariscal, Lin Biao.

En la primavera de 1961, fue al presidente Liu Shaoqi en persona, al desplazarse a su propia región natal, a quien le correspondió hacer el mismo «descubrimiento» referido a los padecimientos de la gente modesta, lo que le impactó profundamente. Era demasiado prudente para montar un escándalo, pero empezó a decir en ciertas reuniones que el Gran Salto, que él había apoyado al principio, había sido un error y que había que terminar con él.

Hasta entonces, se consideraba a Liu presunto heredero de Mao. Ambos hombres parecían complementarios. Uno fogoso, audaz, seductor; otro apacible, sensato, con la cabeza en su sitio y fama de buen gestor. Ese binomio de los dos presidentes, el revolucionario y

el administrador, parecía destinado a durar muchos años. Pero las críticas de Liu al Gran Salto, incluso prudentes y matizadas, incluso acompañadas de elogios a Mao, las interpretó este como ataques insidiosos, con lo que nació una tenaz enemistad entre ambos.

EN ESE MISMO MOMENTO, EN la Unión Soviética, la desestalinización que había emprendido Nikita Jrushchov estaba llegando al paroxismo; a la mismísima Stalingrado, la ciudad heroica, la volvieron a bautizar con el nombre de Volgogrado en noviembre de 1961 y sacaron los restos mortales del «padrecito de los pueblos» del mausoleo de Lenin en la Plaza Roja. Estos sucesos los seguían de cerca dentro del Partido Comunista chino, donde los desastres fruto del Gran Salto habían sacado a la luz los nefastos ejemplos de la versión local del «culto a la personalidad». A Mao no le quedó más remedio que ceder algo más de poder a camaradas menos eminentes que él, pero más pragmáticos y mejores gestores.

Por entonces, pareció incluso que estaba en camino de irse quedando al margen en el régimen que había fundado. En todo caso, el partido ya no lo obedecía ciegamente. Seguían homenajeándolo cortésmente, pero el poder no estaba ya en sus manos. Algunos de sus camaradas pensaban incluso que habría que apartarlo. Con la salvedad de que su nombre iba tan asociado al del régimen que su exclusión habría empañado forzosamente la imagen del país. A Liu Shaoqi y a su brazo derecho, Deng Xiaoping, les pareció más prudente mantenerlo «en el pedestal», en cierto modo, como figura emblemática, al tiempo que «bloqueaban» los órganos del partido para frenar sus excesos. No pensaban que el propio Mao pudiese cuestionar ese acuerdo; si lo intentaba, se quedaría en minoría y podría perderlo todo. ¿Por qué iba a correr semejante riesgo?

Lo que no habían previsto los adversarios del Timonel es que este estaba dispuesto a correr todos los riesgos para recuperar el poder, fuesen cuales fuesen las consecuencias. Y que, si se quedaba en minoría dentro del partido, prescindiría del partido. Más aún: pelearía *contra* el partido.

En cualquier caso, estaba decidido a no consentirlo. Pero, como en tiempos de la Larga Marcha, quería escoger personalmente el momento propicio para el enfrentamiento y el terreno que le convenía.

10

LA CIRCUNSTANCIA QUE ESCOGIÓ Mao para comenzar la reconquista del poder fue el estreno de una obra de teatro llamada *La destitución de Hai Rui*, que escenificaba los sinsabores de un personaje famoso en la historia de China. Alto funcionario en tiempos de la dinastía Ming, Hai Rui tuvo la valentía de decirle sin rebozo al emperador que su forma de comportarse perjudicaba al país. Lo destituyeron de su cargo, lo metieron en la cárcel y lo desterraron. Su nombre se convirtió en sinónimo de valentía y de integridad moral.

La mujer de Mao, Jiang Qing, convenció a su marido de que esa obra, que el público había aplaudido mucho, era en realidad una alegoría en contra de él. Con los rasgos de Hai Rui la sala veía al mariscal Peng Dehuai, que se había atrevido a protestar contra los extravíos del Gran Salto Adelante, por lo que había caído en desgracia; y con los rasgos del soberano caprichoso y acosador era al mismísimo Gran Timonel a quien se describía.

El autor, un historiador que firmaba con el pseudónimo «Wu Han», era un protegido del alcalde de la capital, Peng Zhen, puntal de la «camarilla» de Liu Shaoqi y Deng Xiaoping. Mao cayó en la cuenta en el acto de las ventajas que podría sacarle a esa situación. Se fue de Pekín, que controlaban sus adversarios, para ir a instalarse en una villa que tenía en Hangzhou, en la desembocadura del Yangtsé, no lejos de Shanghái. Allí reunió, con el mayor secreto, a un grupo muy reducido, seis personas en total, de las que una era su mujer.

Ambos cónyuges hacía mucho que no vivían juntos. Mao tenía tendencia a cortejar a todas las mujeres que veía, incluso cuando eran muy jóvenes, y Jiang no soportaba que ocurriese bajo su techo. No por ello se habían divorciado, pero cada cual tenía sus residencias, sus allegados, sus ambiciones.

En su juventud, Jiang Qing había interpretado en el teatro el papel de Nora en la obra de Henrik Ibsen *Casa de muñecas*. Y precisamente Nora sufría porque su marido la trataba igual que a una muñeca, bonita y simplona; soñaba con tener a su lado a una

auténtica pareja. Jiang no ocultó nunca que, de todos los personajes que había encarnado durante su carrera de actriz, era con el de Nora con el que más se identificaba. Su sueño era desempeñar un papel político destacado. Pero en las altas esferas del partido no querían ni oír hablar de tal cosa. Le habían pedido incluso al marido que moderase su entusiasmo, a lo que él se había comprometido. Era también eso lo que había distanciado a los esposos.

EN 1965, LA POSTURA DE Mao al respecto había cambiado por completo. Estaba decidido a ajustar cuentas con sus camaradas y las ambiciones de su mujer podían ayudarlo a alcanzar esa meta. Decidió asociarla directamente a sus proyectos y ella quedó encantada. Una de las primeras tareas que le encomendó fue que le encargase a alguno de sus allegados que escribiera un artículo que denunciase «lo insidioso» de *La destitución de Hai Rui*. De hecho, Jiang halló entre sus amigos a un escritor joven de pluma mordaz que preparó un proyecto de artículo. Se lo enseñó a Mao, quien, no queriendo dejar nada al azar, aportó varias modificaciones, hasta el punto de convertirse casi en el coautor. El artículo se publicó el 10 de noviembre de 1965 en un periódico de Shanghái.

LA TÁCTICA POLÍTICA A LA que recurrió Mao en esta batalla fue tan sencilla como temible. La había utilizado más de una vez en su carrera y había podido comprobar su eficacia. Empezaba dirigiendo feroces ataques contra uno de los protegidos del hombre a quien quería eliminar. Si el protector se ponía de parte de la persona atacada, se convertía a su vez en un punto de mira; si abandonaba a su protegido, perdía toda credibilidad y sus aliados se apartaban de él.

En este caso concreto, el procedimiento iba ser un disparo en dos tiempos, por así decirlo. Al atacar al autor de la obra, acusándolo de «lesa majestad», se hería a su protector, Peng Zhen; y, al atacar a este, se hería al propio mentor, Liu Shaoqi.

El «crimen» que había cometido Wu Han, el de haber atacado y ridiculizado al presidente Mao, no era de aquellos de los que se pudiese hacer caso omiso ni fuera posible perdonar. Tras haberse andado con titubeos e intentando ganar tiempo, el alcalde de Pekín escogió no mostrar solidaridad con su protegido. Le aconsejó que hiciera una autocrítica, que se consideró insuficiente. Empezaron a

rodar cabezas. Wu Han fue a la cárcel y lo torturaron. A sus amigos políticos, numerosos entre los escritores y los periodistas, los persiguieron.

Por supuesto no por ello salvó la cabeza el alcalde. Al haber demostrado su incapacidad para proteger a los suyos, se vio totalmente aislado y, cuando el atacado fue él, nadie se atrevió a defenderlo. Fueron incluso sus propios amigos quienes lo acusaron más con la esperanza de salir ellos del paso. A Liu Shaoqi se le encomendó la humillante tarea de leer personalmente el requisitorio contra su amigo Peng Zhen y anunciar su caída en desgracia.

Durante esa misma reunión, celebrada en la capital en ausencia de Mao, un texto redactado de puño y letra de este se les leyó a los participantes. Decía: «Esos representantes de la burguesía que se han infiltrado en el partido, en el Gobierno, en el ejército y en diversas esferas de la cultura son una pandilla de revisionistas contrarrevolucionarios. En cuanto reúnan las condiciones, se adueñarán del poder político y convertirán la dictadura del proletariado en una dictadura de la burguesía. Ya conocemos a unos cuantos; otros se ocultan aún. Algunos de ellos se hicieron con nuestra confianza y se disponen a convertirse en nuestros sucesores; igual que Jrushchov, se han buscado un hueco a nuestra vera».

Pronto el mundo entero iba a saber la identidad de ese «representante de la burguesía» que se disponía a ocupar la plaza de Mao y «se había buscado un hueco a su vera», como había hecho Jrushchov en el entorno de Stalin. El mote «el Jrushchov chino» lo iban a añadir por mucho tiempo al nombre del residente de la República popular, Liu Shaoqi. Sin embargo, los participantes en la reunión celebrada en mayo de 1966 afirmaron en posteriores testimonios que nadie, ni siquiera Liu, entendió sobre la marcha que la «notificación» que les estaban haciendo apuntase a una persona en particular.

EN SU REMOTA VILLA, EL «titiritero» se deleitaba observando ese jueguecito. La batalla emprendida contra quienes soñaban con reemplazarlo la había ganado con facilidad. ¡Estaba claro que sus adversarios no daban la talla! Creían que iban a poder cortarle las alas y encerrarlo en el papel de «el antepasado fundador», convertido en vida en una estatua en su pedestal. ¡Pero era él quien

iba a enterrarlos!

Para dejar claro que no era todavía un cadáver, ni siquiera una estatua, Mao decidió dar un golpe de efecto. Él, que llevaba meses apartado en su villa, alejado de las miradas, fue a la ciudad de Wuhan, donde se celebraba todos los años una competición en la que miles de nadadores, procedentes de varias provincias chinas y también del extranjero, se tiraban al agua para cruzar el Yangtsé.

Para mayor sorpresa de todos, Mao se sumó a los cinco mil participantes y se metió con ellos en el gran río bullente; siete de sus acompañantes se metieron en pos de él para velar por su seguridad. Al día siguiente, todos los periódicos anunciaban, con fotos incluidas, que el Gran Timonel había nadado una hora y cinco minutos, cruzando más de quince kilómetros.

Muchos observadores se tomaron con justificada ironía la credulidad de quienes se habían dejado convencer de que un hombre de setenta y dos años podía nadar tres veces más deprisa que el campeón del mundo de la disciplina, el australiano Bob Windle. Pero la hazaña de Mao pertenecía al terreno de la información política, no al del deporte. El mensaje que quería enviar tanto a sus admiradores como a sus adversarios era que estaba fuerte, que no retrocedería ante nada y que había regresado.

De hecho, volvió en el acto a la capital, tras ocho meses de ausencia. La ciudad bullía como el Yangtsé y él iba a arrojarse de nuevo al agua.

EN LOS DÍAS CONSECUTIVOS A la destitución del alcalde, en la Universidad de Pekín habían surgido turbulencias que estaban llamadas a crecer, e incluso a extenderse por todo el país.

Los cambios en la cumbre no se sabían aún. El Partido Comunista solía comunicar sus decisiones en la prensa pasadas varias semanas, e incluso varios meses. En consecuencia, aún imperaba el orden en la universidad, donde las autoridades, que dependían del alcalde, ignoraban todavía que este había caído en desgracia y donde los estudiantes y los docentes que pertenecían al ala «radical» dudaban aún en moverse.

Para animarlos a ello, les enviaron a una «mensajera» para decirles, en esencia: «¡No le sigáis teniendo miedo a Peng Zhen, está acabado! No digáis nada todavía, pero actuad en consecuencia. Sus partidarios, empezando por el presidente de la universidad, no

tardarán en caer con él. ¡Os toca moveros! Si los revisionistas os atacan, os defenderemos».

De hecho, la responsable del partido en el Departamento de Filosofía, una profesora joven llamada Nie Yuanzi, emprendió una primera acción. Animada por lo que acababa de saber, reunió a un grupito de jóvenes de sus mismas opiniones y redactó con ellos un periódico mural con letras de buen tamaño, que se expuso el 25 de mayo en la pared de la cantina. Criticando al presidente de la universidad y a sus colaboradores, a quienes acusaban de estorbar la lucha contra las tendencias derechistas, ese «dazibao» exigía que se permitiese a los estudiantes celebrar reuniones públicas y expresarse precisamente con dazibaos.

En las horas y los días siguientes, se expusieron cientos de esos periódicos murales en un ambiente frenético. Y mientras los dirigentes del país, sobre todo el primer ministro Zhou Enlai, estaban intentando aún apagar el incendio, Mao pidió que el texto incriminador lo publicase *in extenso* la agencia de prensa oficial, Xinhua, y también *El Diario del Pueblo*, que lo acompañó de un artículo donde también se acusaba al presidente de la universidad y a sus colaboradores de ser unos revisionistas y unos «comunistas de pega». Pronto pudo leerse en la prensa un artículo del propio Mao, titulado «Mi primer dazibao», donde convocaba a «abrir fuego contra el cuartel general», ni más ni menos.

Para impactar más aún en los ánimos, el Gran Timonel escribió directamente a los estudiantes, que habían elegido llamarse «Guardias Rojos». «Siempre hay razones para rebelarse», les dijo, frase que se convirtió en su consigna. Y un día acudió a reunirse con ellos en la plaza de Tiananmén. Una joven se quitó el brazalete para ponérselo en el brazo al gran hombre, que se convirtió así a título honorario en el jefe supremo de los Guardias Rojos.

LLEGADOS A ESTE PUNTO, LAS autoridades estaban completamente desbordadas, tanto las de la universidad como las del partido. Habrían podido enfrentarse a un movimiento de protesta de los estudiantes, dar con un arreglo o detener a los cabecillas. Mas no cuando el dirigente histórico de la Revolución tomaba partido por los que protestaban y los animaba a seguir adelante.

Cuando los estudiantes, envalentonados, tomaron resueltamente el control de la Universidad de Pekín, Mao les comunicó que no

debían limitarse a la capital, sino extenderse por todo el país. Con el propósito de luchar contra «las cuatro antiguallas que llevan milenios envenenando las mentes». El número cuatro se emplea a menudo en China en campañas de descalificación porque la pronunciación se asemeja a la de la palabra que quiere decir «muerte» y, por lo tanto, se considera funesta. Uno de los blancos favoritos de Mao y también de los Guardias Rojos era Confucio, símbolo milenario de la civilización china. Unos estudiantes procedentes de la capital profanaron el cementerio donde estaba enterrado y desenterraron y ahorcaron el cuerpo de uno de sus descendientes. También se destrozó una estatua del emperador Yongle, el protector del almirante Zheng He. Se quemaron muchos manuscritos antiguos.

No existía una pauta directriz para esos saqueos, sino un aborrecimiento generalizado de todo cuanto fuese antiguo y, en consecuencia, sentido como un obstáculo a la emergencia de un mundo nuevo.

OTRO ABORRECIMIENTO TÍPICO MOVÍA A los Guardias Rojos: los docentes. Como sucede en todas las latitudes, a algunos estudiantes no les resultaban simpáticos sus profesores. Pero en China, durante la Revolución Cultural, los jóvenes no tenían ya inhibición alguna. Empezaron por abuchear a reputados profesores afines a la línea «revisionista» de Liu Shaoqi, a quienes luego ataron, exhibieron, humillaron y golpearon.

Este levantamiento contra los «mandarines» iba a tener émulos en otras zonas del mundo y provocar durante los años siguientes «rebeliones estudiantiles» en muchos países, sobre todo en Francia, México y Estados Unidos.

No obstante, en ninguna parte los acontecimientos llegaron al nivel de violencia que hubo en China durante la Revolución Cultural. El movimiento, que comenzó en las universidades de la capital, iba a llegar a todas las provincias, a todos los ámbitos, y adquirir diferentes formas, algunas violentísimas y destructoras, otras sencillamente absurdas o ridículas. Como cuando los Guardias Rojos decretaron que los semáforos rojos en los cruces no podían seguir siendo una señal que obligase a detenerse, puesto que era el color de la revolución. ¡En adelante, habría que pararse en el semáforo en verde y arrancar con el semáforo en rojo! También esto

resultó un caos indescriptible, que afortunadamente mitigó el hecho de que había aún pocos coches en las ciudades chinas…

PERO NO TODOS LOS EXCESOS resultaban cómicos. Un día de abril de 1967, la mujer de Liu Shaoqi, Wang Guangmei, recibió una llamada angustiosa: a su hija, estudiante universitaria, la habían molido a palos y estaba en el hospital en estado crítico. El matrimonio ya no pisaba la calle, pero la madre no pudo por menos de acudir junto a su hija. No sospechaba que se trataba de una trampa para sacarla de casa.

Al llegar al hospital la detuvo una pandilla de Guardias Rojos que empezaron a abuchearla y a insultarla; luego fueron tirando de ella por la calle tras haberla ataviado de forma grotesca. La prensa había publicado poco antes una foto donde se la veía con atuendo de gala durante una visita oficial que la pareja presidencial había hecho a Indonesia. La obligaron a ponerse un vestido semejante, con sombrero, medias de seda y tacones de aguja, con un enorme «collar de perlas» al cuello que consistía en realidad en pelotas de *ping-pong* enhebradas… Con semejante vestimenta la pasearon por las calles, entre pullas.

En teoría, Wang era aún la mujer del jefe del Estado, lo que no impidió que la metiesen en la cárcel, donde se pasó doce años pudriéndose. Su marido, que había corrido la misma suerte, no sobrevivió a tales pruebas. Diabético, mal atendido, murió al cabo de dos años y medio.

Al mariscal Peng Dehuai, que se había convertido en el símbolo de la resistencia a los extravíos del Timonel, lo sometieron a una persecución peor aún. Encarcelado durante los ocho últimos años de su vida, lo torturaron, humillaron y pegaron constantemente. Sus verdugos pretendían que «confesase sus culpas», pero se negó hasta el final con la dignidad de un auténtico héroe.

SI LA INTENCIÓN DE MAO era castigar a quienes habían osado plantarle cara y destruir las instituciones que ya no controlaba, había tenido un rotundo éxito.

Pero ¡a qué precio! El país estaba a sangre y fuego. Pandillas rivales de Guardias Rojos luchaban por el control de una ciudad, de un barrio, de una estación o de un aeródromo. «Pandillas» no es, por lo demás, la palabra adecuada. Se trataba a veces de auténticos ejércitos que agrupaban a decenas de miles de hombres. Los relatos

de aquella época demencial hablan de batallas campales y ejecuciones sumarias. Las autoridades locales, tanto las del Estado como las del partido, habían dejado de funcionar. Otro tanto ocurría con las fábricas y los transportes públicos. Por no hablar de las escuelas, algunas de las cuales estuvieron cerradas más de dos años.

¡Pocas veces en la Historia se había visto semejante instrumentalización del desorden! Hábil, deliberada y cínica.

11

MAO HABÍA ESCRITO A su mujer, inmediatamente antes de la Revolución Cultural: «Va a haber un tremendo desbarajuste bajo el cielo. Luego volverá el orden». Fue durante el verano de 1968 cuando la pareció necesario empezar a calmar los ánimos.

Queriendo «drenar», por decirlo de alguna manera, la reserva humana de los Guardias Rojos, dispuso que se enviase a millones de jóvenes urbanitas al campo. Aparentemente, tenían a su cargo una misión, la de expandir las ideas revolucionarias por la China profunda; en realidad, los marginaban para mermar los perjuicios que causaban. Muchos de ellos no regresaron nunca a la ciudad ni continuaron con sus estudios. Los llamaron «la generación perdida».

Para volver a hacerse adecuadamente con las riendas, el Gran Timonel solo podía apoyarse en el Ejército Popular de Liberación, que acababa de desempeñar un papel decisivo en la Revolución Cultural. Se había hecho cargo de la publicación y la difusión del *Libro Rojo*, una recopilación de citas del presidente Mao que les hizo las veces de breviario y emblema a los Guardias Rojos, y había permitido a estos armarse y repartirse por las provincias. Tenía, por lo demás, en los primeros tiempos orden formal de no oponerse jamás a ellos, hicieran lo que hicieran.

El artífice de esta toma de postura ideológica y política de la institución militar era el ministro de Defensa, Lin Biao. Pertenecía al restringidísimo círculo de quienes habían puesto en marcha y «pilotado» la agitación revolucionaria. Nadie se extrañó, pues, al ver su nombramiento, de lo más oficial, en 1969, como delfín. En las fotos, lo mismo que en los cuadros realistas de aquella época, el fundador de la República Popular y «su compañero de armas más fiel» estaban siempre uno al lado de otro. En China, como en el resto del mundo, todo el mundo estaba convencido de que su asunción era ineludible e inminente.

Menos Mao, que estaba aún vivo y no tenía prisa alguna en ceder el sitio a un sucesor. Sentía incluso una antipatía espontánea hacia cualquiera que pudiera parecer, en algún momento, heredero

suyo.

En torno al «compañero de armas», toda una camarilla estaba empezando a impacientarse. Sobre todo su mujer y su hijo, que se pasaban la vida remachándole que aquel era el momento propicio para actuar y que, si esperaba demasiado, al Gran Timonel se le ocurriría inevitablemente un pretexto para dejarlo de lado.

En septiembre de 1971, el mundo entero se quedó atónito al enterarse de que Lin Biao había muerto junto con su familia en un accidente de aviación; que, previamente, había intentado asesinar a Mao; y que intentaba huir a la Unión Soviética cuando se estrelló su avión.

Con la excepción, quizá, de un puñado de iniciados, nadie habría podido prever tan extraños acontecimientos. Tras la tragedia, se barajaron diversas explicaciones. Una de ellas era que el mariscal, al parecer, había tenido dificultades con el acercamiento a Washington iniciado con la visita secreta de Henry Kissinger a Pekín pocas semanas antes.

Tras la desaparición del «delfín» vino una reelaboración del equilibrio de poder. Para tranquilizar al ala izquierda del régimen, Mao destacó a un joven protegido de su mujer, Wang Hongwen, dirigente de los Guardias Rojos de Shanghái, que se vio, a los treinta y siete años, en la cumbre de la jerarquía, rodeado de venerables veteranos que tenían edad para ser sus padres e incluso sus abuelos.

La prensa mundial ya se estaba maravillando del destino de aquel joven prodigio, nacido tras la Larga Marcha, que había tenido un ascenso «meteórico» y prometía convertirse en el nuevo rostro de China. Se prestaba menos atención al hecho de que, al mismo tiempo, Mao había vuelto a recurrir a unos cuantos veteranos, famosos por ser buenos administradores y a quienes habían acusado en un pasado no tan remoto de «desviarse a la derecha». El más evidente de esos «(re)aparecidos» era indudablemente Deng Xiaoping.

En los peores momentos de la Revolución Cultural, mientras a Liu Shaoqi lo maltrataban tan cruelmente, su brazo derecho había podido ponerse a buen recaudo, discretamente, en una comunidad rural donde había trabajado como simple obrero en una fábrica de tractores. No se había quedado, pese a todo, sin su parte de

desdichas, ya que su hijo se quedó paralítico de por vida al saltar por la ventana de un edificio de la universidad para escapar a una horda de Guardias Rojos que lo perseguían. Pero él recorrió sano y salvo esa sombría fase de la historia de su país.

Es a Lao Tseu a quien se atribuye este muy juicioso consejo: «¡No intentes vengarte! ¡Siéntate a la orilla de río y verás pasar el cadáver de tu enemigo!». Deng Xiaoping, efectivamente, tuvo la suerte de sobrevivir y ver cómo desaparecían sus enemigos.

EN REALIDAD, SU SUERTE CONSISTIÓ sobre todo en haber tenido continuamente un protector benevolente y atento en la persona de Zhou Enlai. Fue este quien consiguió evitarle las sevicias que querían hacerle padecer sus adversarios.

Los dos hombres se habían conocido en Francia en la década de 1920. Deng había ido a los dieciséis años, en el marco de un programa ideado durante la Primera Guerra Mundial. El propósito era llevar a trabajadores chinos para sustituir a los obreros franceses que estaban en el frente: a cambio, esos jóvenes inmigrantes podían estudiar gratuitamente en los centros escolares franceses. La propuesta era tentadora, pero cuando Deng llegó a la Francia continental, en octubre de 1920, habían desmovilizado ya a muchos soldados y las necesidades de mano de obra extranjera de la industria local eran, por entonces, menos acuciantes. No tardó en dejar de funcionar el programa y el joven tuvo que pagarse la escolaridad con su magro salario de obrero. Renunció bastante pronto a los estudios para dedicarse a la actividad militante bajo la égida de un compatriota de más edad y más politizado: Zhou Enlai precisamente.

El futuro primer ministro había llegado a Francia en la misma época, pero en condiciones muy diferentes. Le llevaba seis años a Deng, le pagaba los estudios un amigo con dinero y llegaba a fin de mes escribiendo artículos para un diario de Tientsin. Dedicaba la mayor parte del tiempo a la actividad militante; y, para que sus compatriotas en el exilio siguiesen informados de lo que ocurría en China, publicaba un boletín llamado *Luz roja*, impreso con «mimeografía», un procedimiento llamado a veces «reproducción por ciclostil» que se utilizaba en aquella época para los panfletos. Deng se ocupaba del aspecto técnico, con gran habilidad por lo visto, ya que sus camaradas lo habían apodado «Doctor

Mimeógrafo».

Con ese muchacho menudo, desvalido, espabilado, leal y que no había salido hasta entonces de su Sichuan natal, Zhou se portaba como un hermano mayor. Una actitud que se prolongó durante toda la vida de ambos. Sus trayectorias los separaron a veces, pero nunca se perdieron de vista. Y el hermano mayor nunca se desinteresó de lo que le pasaba al menor.

Deng Xiaoping pasó en Francia más de cinco años como alumno en un centro escolar de Bayeux, en Normandía, y luego de Châtillon-sur Seine; como obrero en Schneider, en Le Creusot; en Hutchinson, en Chalette, cerca de Montargis; luego en Renault, en Billancourt; pero sobre todo como militante y como dirigente en ciernes. Su primera responsabilidad dentro del Partido Comunista chino fue organizar su sección en Lyon…

De esa estancia le quedarían toda la vida emotivos recuerdos. Su conocimiento de la lengua francesa no pasó de aproximativo, tanto más cuanto que se relacionó sobre todo con sus compatriotas emigrados; hay que decir también que tenía pocas dotes para las lenguas y nunca había podido expresarse más que en chino, con fuerte acento de Sichuan. Pero conservó toda la vida un marcado gusto por los cruasanes calientes, el café, el vino tinto y los buenos quesos.

NO POR INDISPENSABLE, LA PROTECCIÓN de Zhou habría sido efectiva si Mao no le hubiese dado el visto bueno. En los tiempos de la Revolución Cultural, el propio primer ministro pasaba por grandes dificultades al atacarlo constantemente los Guardias Rojos. Nunca lo apartaron del cargo, pero hubo períodos en que su influencia era limitada. Hasta tal punto que detuvieron a su propia hija adoptiva, que murió bajo tortura sin que él pudiera hacer nada para salvarla. Para proteger a su amigo había tenido que recurrir a Mao en varias ocasiones antes de conseguir su respaldo.

Estaba claro que el Gran Timonel no quería la muerte de Deng. Lo cual es revelador de un aspecto importante de su personalidad. Era un manipulador cínico, un frío calculador, insensible a los sufrimientos ajenos, y podía resultar terriblemente vengativo. Pero no era Stalin. A quienes le plantaban cara no los ponían en hilera contra una pared y los fusilaban como les ocurrió a Zinóviev, Bujarin y tantos otros. En 1969, en el preciso momento en que

estaba nombrando a Lin Biao sucesor suyo, Mao autorizó a Zhou Enlai para que pusiera a Deng Xiaoping a buen recaudo y poder volver a llamarlo si decidía algún día librarse de Lin.

De hecho, tras la muerte violenta del «mariscal felón», a Deng volvieron a darle un empujón hacia las altas esferas del poder. Una de las primeras misiones que le confiaron fue la de representar al país en una Asamblea General especial de las Naciones Unidas, convocada en la primavera de 1974, durante el transcurso de la crisis del petróleo. Era extraño que le encargasen a un hombre hasta entonces excluido que llevase la palabra de China ante el mundo entero. Mao le escribió una nota a su mujer para pedirle que no criticase esa elección en vista de que había sido suya.

Tras pronunciar su discurso en Nueva York, Deng decidió pasar por París por vez primera desde hacía medio siglo. No vio a nadie y salió muy poco a la calle. Pero, antes de volver a tomar el avión, compró doscientos cruasanes y varios quesos, que repartió al volver entre sus «antiguos camaradas de Francia», empezando por Zhou Enlai.

SI MAO TEMÍA LAS REACCIONES de su mujer ante el nombramiento de Deng es porque tenía aún muchos proyectos para él. A causa del «tremendo desbarajuste» que había orquestado, ya no funcionaba nada en el país y había llegado el momento de volver a poner algo de orden. Ahora bien, cada vez que Mao pensaba en un problema y se preguntaba quién podría solucionarlo, solo se le ocurría un nombre: Deng Xiaoping.

En las fuerzas armadas, por ejemplo, Lin Biao había impuesto la idea de que la profesionalidad era una noción burguesa y retrógrada, y que lo único que contaba era el fervor revolucionario. Se ascendía a golpe de citas del *Libro Rojo*. A la mayoría de los oficiales les disgustaba mucho, pero no tenían más elección que callarse y hacer lo que se les pedía.

Cuando Mao encargó a Deng que se ocupase de esa espinosa cuestión, este fue a ver al Estado Mayor sin más bagaje que su frase favorita: «¡Da igual que el gato sea negro o blanco con tal de que cace ratones!». No era más que una broma, pero quería decir que la profesionalidad volvía a ocupar el primer puesto a costa del color político. Para los militares era un antídoto contra todo aquello que Lin Biao les había estado remachando desde hacía años. ¡Cuántas

humillaciones habían tenido que soportar! ¡Veían a unos chiflados ocupar sus cuarteles para saquear el armamento y tenían formalmente prohibido impedírselo! A Deng no le costó ganarse su confianza y el ambiente cambió en los ejércitos de la noche a la mañana.

En el acto encargaron al exproscrito que resolviese otros problemas: las fábricas paradas o los trenes que ya no circulaban. Y en cada ocasión supo desbloquear las situaciones que parecían irresolubles poniendo por delante la competencia, la experiencia, la decencia, el sentido común. De tal forma que, apenas unos meses después haber recuperado la consideración, se vio en el papel de un superministro de Industria, Transportes, Defensa, así como de Asuntos Exteriores. Y cuando le diagnosticaron a Zhou Enlai un cáncer de vesícula que lo obligó a reducir considerablemente su actividad, Deng se encontró prácticamente ejerciendo de primer ministro sin que hubiese sido preciso nombrarlo formalmente para ese puesto.

Parecía incluso en buena posición para ser el sucesor de Mao, cuya salud iba declinando. Pero este, en un último vuelco de opinión, decidió una vez más destituirlo.

QUIENES ESTUVIERON JUNTO AL TIMONEL en sus últimos años refieren que lo tenía muy preocupado la imagen que iban a dar de él después de su muerte. Temía en particular que se emprendiera una «desmaoización» a causa del papel que había desempeñado tanto en el Gran Salto Adelante como en la Revolución Cultural. Y se preguntaba constantemente si Deng no iba a ser su «Jrushchov». Eso era lo que le había impedido nombrarlo su heredero, siendo así que le parecía el más apto para hacerse cargo de su sucesión.

Como tampoco quería entregar su herencia a los amigos de su mujer, que le parecían pueriles e incompetentes, acabó por nombrar a un personaje de segundo orden, Hua Guofeng, que no pertenecía a ningún clan, que solo a él debía su ascenso y que no tenía por ello interés alguno en denigrar sus resultados.

No tardó, sin embargo, Deng Xiaoping, y sin haber tenido que pelear batallas políticas feroces, en imponerse como el dirigente natural del país. Al heredero oficial lo dejaron al margen y, más tarde, lo apartaron.

El «(re)aparecido» estaba tan seguro de su propia preeminencia

que ni siquiera intentó ocupar los cargos clave del régimen, como solían hacer los dirigentes comunistas de China y de otros lugares. Ni jefe de Estado, ni primer ministro, ni secretario general del partido, solo fue vicepresidente y, luego, presidente de la Comisión Militar Central… No obstante, en otoño de 1978, dos años después de morir Mao, ya empuñaba con mano firme las riendas del país.

No por ello se materializó la pesadilla del fundador del régimen. El antiguo brazo derecho de Liu Shaoqi no intentó «desmaoizar» ni tampoco sus sucesores. La estatua del Gran Timonel sigue presidiendo la plaza de Tiananmén y nada permite presagiar que vayan a echarla abajo en un futuro próximo.

FUE ELECCIÓN DELIBERADA DE DENG esa continuidad, cuyas consecuencias fueron determinantes para la evolución política e intelectual de su país.

Cuando, en las semanas posteriores al fallecimiento de Mao, detuvieron a su viuda con sus tres principales acólitos y a esa «banda de los cuatro» la acusaron de todos los atropellos cometidos durante la Revolución Cultural, todos sabían que existía también, por encima de ellos, un titiritero sin el cual no habrían podido hacer nada. Un viejo amigo de Deng contó que, cuando fue a verlo por entonces y le mencionó a la «banda de los cuatro», su anfitrión alzó la mano abierta para indicarle que no eran cuatro, sino cinco. Sin decir palabra, pero con una sonrisa irónica.

La razón principal de que rechazase condenar públicamente a Mao parece tener que ver con lo que había ocurrido en la Unión Soviética. Todos los dirigentes chinos estaban convencidos de que la desestalinización había sido una calamidad. No porque sintiesen apego por Stalin; a pesar de las apariencias, a todos les había supuesto un alivio su desaparición y se habían alegrado al principio de la llegada de un nuevo dirigente con quien podrían tratar de igual a igual. Pero la forma en que se gestionó ese asunto les había parecido muy farragosa.

Y se llevaron un desengaño con Jrushchov. Al principio había llegado a China deshaciéndose en sonrisas, y, cuando Mao le había pedido que lo ayudase a conseguir la bomba atómica, había dicho «¡sí!», siendo así que Stalin no quería ni oír hablar de tal cosa. Pero, en 1958, el nuevo dirigente dio marcha atrás. La idea de transmitir a los chinos esa tecnología puntera despertó la oposición de los

militares soviéticos y también la de los diplomáticos, que temían que se complicasen unas eventuales negociaciones estratégicas con los estadounidenses, negociaciones referidas sobre todo a un proyecto de acuerdo de no-proliferación de armas nucleares. Mao y todos sus camaradas estaban furiosos. Decidieron recoger el guante fabricando ellos solos su propia bomba atómica sin ayuda del exterior. El hombre que se hizo cargo del programa fue un ingeniero formado en Bélgica y en Francia, un «compañero de destierro» de Zhou Enlai y de Deng Xiaoping, el mariscal Nie Rongzhen. Su misión fue todo un éxito y el 16 de octubre de 1964 probaron la primera bomba atómica china en Sinkiang. Según varias fuentes, fue al enterarse por sus servicios informativos de la inminencia de la prueba nuclear cuando los dirigentes soviéticos decidieron destituir a Jrushchov.

Los chinos celebraron su caída como una revancha. Se había vuelto para ellos el prototipo del dirigente extraviado que había traicionado la confianza de su jefe y dilapidado su herencia. A partir de ese momento se vilipendió su nombre y se ensalzó el de Stalin por bravuconada. Lo que indica que la «desestalinización» tenía en China una connotación eminentemente negativa. Y la relación que establecía constantemente Mao, durante la Revolución Cultural, entre sus adversarios y Jrushchov dejó huella. A nadie le apetecía que lo llamasen «Jrushchov». Nadie quería enarbolar el estandarte de una «desestalinización a lo chino».

A ESTA DIMENSIÓN SIMBÓLICA SE sumaba otra más inmediata, más pragmática. Al morir Mao, gran parte de los responsables de la Revolución Cultural seguían en activo. Reivindicaban la herencia del Gran Timonel, a veces de forma obscena. «Yo era la perra de Mao. Cuando me decía que mordiese, mordía», vociferaba su viuda durante el juicio. Cuánto más le habría valido que se hubiese decidido juzgar al fundador de la República Popular al mismo tiempo que a «la banda de los cuatro». La sensatez y la maña exigían que no se sentase la estatua del comandante en el banquillo de los acusados.

Para Deng Xiaoping lo prioritario era librarse de los «desaforados» y volver a poner el país en marcha. No era el momento de balances históricos, ni para condenar a Mao, ni para disculparlo. Había en el Timonel, decía Deng, «un setenta por ciento

positivo y un treinta por ciento negativo»; lo positivo era haber conseguido la victoria de la Revolución y la fundación de la República Popular; lo negativo se resumía en el Gran Salto y la Revolución Cultural. Lo que no cerraba las puertas a evaluaciones posteriores más a fondo, más aquilatadas. Pero, por el momento, había otras prioridades.

TAL ERA SU ANÁLISIS DE la situación. Había reflexionado mucho mientras estuvo desterrado en el campo o, por decirlo como él, «en el jardín de los melocotones». Lo que el país necesitaba en aquella etapa de su evolución no era un gran debate ideológico o histórico sobre los méritos y los inconvenientes de Mao. Era desarrollar la economía. Mientras China no se modernizase, corría el riesgo de pasar por otros muchos infortunios traumatizantes. Hasta entonces, pese a todo lo que se llevaba intentando desde hacía generaciones, pese a todos los discursos triunfalistas que se habían oído, el país seguía siendo pobre y atrasado. La prioridad era salir del subdesarrollo a toda costa.

En la persecución de ese objetivo, Deng Xiaoping iba a triunfar de forma espectacular. Pero los problemas que había dejado sin resolver iban a volver a rondarlo, y a rondar a sus sucesores.

12

PODRÍA DECIRSE QUE CHINA tuvo, en la era moderna, tres grandes comienzos: en 1912, con Sun Yat-sen, pero fue ante todo simbólico; en 1949, con Mao Zedong, pero fue un continuo desorden; finalmente, a partir de 1978, con Deng Xiaoping.

Es siempre arriesgado atribuir a una sola persona la transformación profunda de un país, sobre todo cuando es de semejantes dimensiones. Pero cuando un dirigente dispone de la visión, de la voluntad, de la autoridad y de la habilidad necesarias, su papel en la Historia se convierte en determinante, e incluso en insustituible.

Tal fue, innegablemente, el caso de Deng. En ese accidentado recorrido que tuvo el Imperio del Centro, que se desplomó del pedestal y tardó siglos en darse cuenta y, después, en levantarse, la diferencia la establece la intervención del sichuanés. Por más que fuese relativamente breve, su presencia al frente del país cambió la situación de forma irreversible.

No es preciso que episodios así sean largos. A veces diez o veinte años bastan para remediar los daños que han causado uno o dos milenios. Hecho que debería proporcionar a los pueblos maltratados por la Historia una formidable razón para la esperanza. No necesitan pasar siglos sufriendo para salir del estancamiento. Con dirigentes hábiles, abnegados y que sepan en qué dirección avanzar, todo puede cambiar en una generación. Tal fue el caso de Japón al principio de la era Meiji. Y tal fue el caso de China en la era de Deng Xiaoping.

Él mismo tenía plena conciencia de la formidable esperanza que la aceleración de la Historia debería traer consigo. Merced a los formidables progresos de las ciencias y las técnicas, decía, «un año, en nuestros días, equivale a varias décadas de antes, quizá a un siglo incluso».

LOS HEREDEROS DE DENG HABLAN a veces de su «doctrina», de su «teoría», de su «pensamiento». Él, personalmente, desconfiaba de esas calificaciones. Lo que lo caracterizaba, y lo diferenciaba de

Mao, era precisamente su rechazo a dejarse encerrar en el cepo de una ideología. Según su punto de vista, una acción había que juzgarla a tenor de sus resultados, y de nada más. «Debemos dejar que nos guíen los hechos y la experiencia», insistía.

Cuando quiso insuflar algo de dinamismo a la economía rural (que en China incluye a cientos de miles de personas), no se dejó arrastrar a un debate estéril sobre las ventajas y los inconvenientes de la colectivización. Propuso sencillamente que se hiciera una experiencia. Hasta entonces, los campesinos a quienes se encomendaban unos terrenos agrícolas tenían la obligación de entregar a las autoridades determinada cantidad de productos a un precio que se fijaba en las altas instancias. Deng propuso que quienes produjeran una cantidad mayor de la que se les exigía pudiesen disponer de ella personalmente. Con esta finalidad, animó a crear mercados rurales para la venta de esos excedentes. Cuando algunos camaradas comentaron que así se ponían en entredicho prácticas que había adoptado la Revolución desde sus orígenes, Deng contestó: «Puede que tengáis razón, no corramos demasiado, probemos en algunos sitios y vamos a ver lo que pasa». En muy poco tiempo, los mercados empezaron a prosperar, la economía rural se animó. La acogida fue tan unánime, tan entusiasta, que el experimento se extendió al resto del país.

Otro ejemplo revelador ocurrió cuando Deng fue a una zona cercana a Hong Kong, en los tiempos en que esta era aún una colonia británica y atraía todos los años a miles de jóvenes chinos. Preguntó a los responsables locales: «¿Qué os parece que deberíamos hacer para que nuestros conciudadanos dejasen de sentir la necesidad de ir a trabajar al otro lado de la frontera?».

No era fácil dar una respuesta. Había tantos lastres, y de todo tipo, que no se sabía por dónde empezar. Deng no podía superar todas las complicaciones a la vez. Consideró que un inicio de solución sería crear «zonas económicas especiales» en las que podrían flexibilizarse las normas para adaptarse a las realidades *in situ*.

Empezaron por crear cuatro «zonas» de ese tipo, con la principal en las inmediaciones precisamente de la colonia británica. Le dieron el nombre de una población pequeña, apenas mayor que una aldea de pescadores: Shenzhen. En pocos años se convirtió en una

gigantesca metrópolis. En el momento de escribir estas líneas, cuenta con más de diecisiete millones de habitantes, veinticuatro si incluimos el área metropolitana, su producción ha superado la de su modelo, Hong Kong, y su puerto es, en cuanto al volumen de mercancías que pasan por él, el cuarto del planeta.

ADELANTOS TAN VELOCES NO PODÍAN por menos de traer consigo lo que algunos sociólogos llaman «una revolución de las expectativas». A saber, que los habitantes, al ver afluir la riqueza, se impacientan y a veces se rebelan cuando comprueban que ellos no le sacan provecho. La sublevación contra la monarquía iraní, a finales de la década de 1970, poco después de la llegada de un considerable maná petrolero, puede explicarse de esta forma. Deng, que era consciente de ello, no dejaba de repetir: «habrá quienes se enriquezcan antes que otros», dando a entender que a todo el mundo acabaría por llegarle el turno.

Pero las «expectativas» en cuestión no tenían que ver solo con el enriquecimiento. Había también, en una parte importante de la población, esperanzas de otro tipo. Cuando las personas viven mejor, al amparo de las necesidades, cuando son más instruidas y ya tienen acceso a herramientas modernas de conocimiento y de comunicación, se vuelven menos crédulas, menos dóciles, menos resignadas.

A menudo los dirigentes calculan mal la amplitud y la virulencia de esas aspiraciones. Fue, desde luego, lo que le ocurrió a Deng. En el transcurso del año 1989, cuando el universo comunista europeo estaba pasando por una crisis de gran envergadura que iba a resultar terminal, en China crecía también la tensión. Miles de jóvenes, animados por los cambios que había introducido Gorbachov en la Unión Soviética, pedían más transparencia, más libertad de expresión, más democracia; en paralelo, la vieja guardia, a la que habían zarandeado ya los cambios económicos aplicados desde la desaparición de Mao y amedrentado lo que sucedía en otros países comunistas, pedían más firmeza. Deng no fue capaz de manejar esa crisis. El movimiento de los jóvenes cobró fuerza, sus reivindicaciones se volvieron más radicales, y, cuando las autoridades intentaron reprimirlo, el 4 de junio, en la emblemática plaza de Tiananmén, hubo una horrible matanza.

Deng había perdido en los dos frentes. Para los reformadores se

había convertido en «el verdugo de Tiananmén», lo que empañó su imagen de forma duradera. Y la vieja guardia lo consideró responsable de la «dejadez» que había conducido a ese yerro.

Cayó en la cuenta enseguida e, incluso aunque no pudiera admitir en público que se había equivocado, dimitió cinco meses después del único cargo que ocupaba, el de presidente de la Comisión Militar Central. Cierto es que acababa de cumplir ochenta y cinco años, pero la edad no lo explica todo. Su marcha era innegablemente el reconocimiento de un fracaso y era también, para ese virtuoso de la supervivencia, una última destreza. En lugar de convertirse en blanco de todos cuantos tenían motivos para guardarle rencor, dejó que sus herederos se apañasen entre sí, se peleasen o se reconciliasen, avanzasen en algunos asuntos y retrocediesen después en otros.

A quienes sinceramente o por simple cortesía le rogaban que siguiese participando en este o aquel asunto contestaba: «¿Qué pintaría en vuestras reuniones un viejo sordo?».

DE HECHO, DENG XIAOPING NO volvió a ocupar ningún cargo. Pero quienes creían haber acabado con él se equivocaban de medio a medio. A los ochenta y ocho años, cuando sus adversarios lo creían ya *in articulo mortis*, llevó a cabo su acto político más significativo. Ese momento mítico de la historia de la China moderna se llama la «Gira por el sur».

En enero de 1992, se subió al tren con su mujer y su hija para lo que podía parecer un apacible viaje familiar. Primera etapa: Shenzhen. Por supuesto, las autoridades locales, al ver llegar al padre fundador de su prosperidad, se habían apresurado a ir a saludarlo. Entonces arrancó a hablar. Se dirigía sobre todo a sus anfitriones, por supuesto, pero no ignoraba que había otros oídos atentos. «Deberíais ser más atrevidos en las reformas y en la apertura en vez de andar como mujeres con los pies vendados», una metáfora clásica en China para describir una conducta de exagerada prudencia e incluso timorata. «Lo más importante en el experimento de Shenzhen es mostrar valor, es atreverse a explorar nuevas vías. Así es como se acaba por dar con el buen camino».

Poco a poco, de visita en visita, empezó a subir el tono: «A los dirigentes que se muestran incapaces de aportar reformas habría que destituirlos». El mensaje era tan duro y tan directo que las

autoridades del país se alarmaron y empezaron por prohibir a la prensa nacional que informase de semejantes palabras. Pero estas circularon pese a todo gracias a unos cuantos periodistas que cubrían la «Gira por el sur», algunos de los cuales venían de Hong Kong.

Los dirigentes estaban perplejos. El hombre fuerte del momento, Jiang Zemin, a quien el propio Deng había encumbrado, pero que intentaba no contrariar a los elementos conservadores del régimen, empezó a enviar mensajes a su mentor para saber si estaba enfadado con él y si era uno de esos a quienes le gustaría ver «destituidos» por su incapacidad para las reformas. El maestro dio a entender a su discípulo que, para volver a gozar de toda su confianza, debía dejar de tener consideraciones con todas las facciones y emprender resueltamente el camino de las reformas.

La opinión pública acogió tan favorablemente las palabras del exdirigente que estas modificaron en pocos días el ambiente del país. Los partidarios de las reformas empezaron a recobrar la confianza, mientras los conservadores se mostraban cada vez más reservados. El avance hacia la modernización y el desarrollo, que se había ralentizado después de la tragedia de Tiananmén, iba a poder reanudarse.

De hecho, hubo un formidable despegue económico en los siguientes años. Siendo así que el crecimiento había caído alrededor del cuatro por ciento en 1989 y 1990, aumentó de manera espectacular, permaneció durante unos treinta años por encima del diez por ciento anual y llegó incluso a veces al catorce por ciento. Estaba ocurriendo un milagro que el mundo entero contemplaba fascinado y, a veces, preocupado. En 1990, la economía china ni siquiera formaba parte de las diez primeras del mundo, que eran los Estados Unidos, Japón, la Unión Soviética, Alemania, Francia, Italia, Gran Bretaña, México, Brasil y Canadá; una década después, China había subido hasta la sexta posición, inmediatamente detrás de Francia; en 2010, era ya la segunda del mundo y solo la superaban los Estados Unidos.

Al final de una larga marcha, muy larga, el Imperio del Centro acababa de pasar página en lo referido al aislamiento, la ceguera y el subdesarrollo. Por primera vez desde hacía siglos, la imagen que tenía de sí mismo no estaba ya desconectada de la realidad. Se

había convertido, si no en *el* centro del mundo, al menos sí en uno de sus centros más dinámicos y más admirados. Tenía, pues, buenas razones para sentirse satisfecho e incluso encantado.

Mas no demasiado, decía Deng en su último mensaje a sus camaradas, que era, en cierto modo, su testamento. «¡Conservad la cabeza fría, sed discretos, no queráis destacar y no perdáis nunca de vista las grandes cosas que quedan por hacer!». Le habría gustado que estas últimas recomendaciones no salieran a relucir, pero no tardaron en divulgarse.

Sus palabras pueden parecer consejos de puro sentido común de un padre de familia en su lecho de muerte. Pero Deng Xiaoping no hablaba nunca a la ligera y sus «últimas voluntades» tenían un significado estratégico muy concreto: al ser China un coloso, basta con que se desperece o con que tosa para que el mundo entero se amedrente; por eso debe tener más cuidado que otros en no presumir de nada, en no alarmar nunca a los demás.

Ese precepto de modestia Deng no lo perdía nunca de vista. Ni personalmente ni para su país. Durante el período fundador de su reinado, se tomó como obligación ir a ver lo que habían hecho los demás países de Asia, grandes o pequeños, intentando entender los secretos de su éxito.

Empezando, por supuesto, por Japón. Y sin perder el tiempo en recriminaciones o en darle vueltas al pasado. Desde su punto de vista, un verdadero patriota chino no es el que quiere hacer pagar a los japoneses la «violación» de Nankín; es el que quiere lograr en China lo que los japoneses lograron en su país, a saber, una modernización integral e irreversible. La revancha de la Historia, la única a la que debe aspirar una gran nación, es acabar de una vez por todas con la pobreza, la ignorancia y las humillaciones. Y cuando alguno de sus anfitriones lo felicitaba por los progresos realizados en China, lo corregía en el acto: «Somos un país pobre y atrasado y necesitamos aprender de quienes han tenido más éxito que nosotros».

¿CÓMO HABRÍA REACCIONADO DENG XIAOPING al oír a sus sucesores anunciar que China iba a convertirse en 2049 en la primera potencia mundial? Probablemente preocupado e irritado. Les habría dicho: ¿qué necesidad tenemos de hacer esas declaraciones? Asustan a nuestros vecinos, les dan argumentos para combatirnos y

nos distancian de nuestros objetivos en vez de acercarnos a ellos.

¿Habría despertado su país menos hostilidad en los estadounidenses, los europeos o los japoneses si hubieran sido discretos como lo recomendaba el anciano Deng? En lo que a mí se refiere, no me atrevería a afirmarlo. Porque hay realidades objetivas de las que nadie puede hacer caso omiso y no dependen gran cosa de las actitudes o de las conductas. Si los occidentales no se fían de China es sobre todo porque ahora ya está en condiciones de poner en tela de juicio su secular preeminencia. Sus conductas (en temas tan diversos como los derechos humanos, Taiwán, los uigures, la pandemia o el espionaje industrial) se destacan porque brindan un blanco fácil. Pero la auténtica razón de la desconfianza y la hostilidad es que el gigante de Asia se ha convertido, por su crecimiento mismo, por su modernización acelerada, en una amenaza objetiva para su supremacía.

Esto que acabo de decir no enseña gran cosa a quienes están al tanto de esas cuestiones estratégicas en las cancillerías o en los centros de investigación de Washington, Pekín, Londres, Tokio, Estocolmo o cualquier otro lugar. Pero esa verdad contribuye a reforzar, en los dirigentes políticos, la impresión de que el enfrentamiento es ineludible y que es imperativo prepararse para él. Y provoca, a ambos lados de la barrera, reflejos que favorecen el endurecimiento.

En China, en el mandato de Xi Jinping, que empezó en 2012, el discurso sobre el Occidente imperialista se parece cada vez más al del período maoísta; en paralelo, lo característico del discurso sobre China, tal y como se oye en Europa y en los Estados Unidos, consiste en una descalificación sistemática. Para el observador atento y mesurado que me esfuerzo en ser, la deriva se va acelerando por ambas partes y parece difícil que no acabe en un enfrentamiento colosal.

Pero no voy a hacer pronósticos sobre este tema. Cuando se analizan, como hago en este libro, siglos de tumultuosa historia entre Occidente y Asia, de nada sirve especular sobre lo que acontezca dentro de un año, de diez o de treinta. Más vale limitarse modestamente a aprender, a observar, a reflexionar, con la esperanza de que la sensatez acabe por imponerse y disuada a unos y a otros de encaminarse hacia el abismo.

IV

La ciudadela de Occidente

> *«¡Admirable posición del Nuevo Mundo que hace que el hombre no tenga allí todavía más enemigos que uno mismo! Para ser feliz y libre le basta con quererlo».*
>
> ALEXIS DE TOCQUEVILLE (1805-1859),
> *La democracia en América*

1

LO QUE TIENEN EN común los tres desafíos principales que se lanzaron a la supremacía de Occidente desde principios del siglo XX es la identidad del país que recogió el guante: los Estados Unidos de América. Vencieron militarmente a Japón, salieron triunfadores de la Guerra Fría con la Unión Soviética y son los que están en primera línea para plantar cara a la ascensión de China. Sobre la marcha, han conseguido marginar a las antiguas potencias europeas y convertirse para ellas en un líder, en un protector y casi en un señor feudal. Su influencia abarca ahora el conjunto del planeta y en todos los ámbitos (una preeminencia que hasta ahora nunca había alcanzado ninguna otra nación).

Las trece colonias norteamericanas que habían rechazado en 1776 la autoridad de la Corona británica iban a conseguir un ascenso fulgurante. Cuando se narra la famosa empresa del comodoro Perry, que obligó a Japón a abrir las puertas y puso así en marcha los vuelcos ya sabidos, no es ocioso subrayar que el visitante había sentido la necesidad de explicar a las autoridades del Archipiélago qué era su país.

La carta del presidente Millard Fillmore es reveladora a este respecto. Presupone que sus destinatarios posiblemente no han oído hablar nunca de los Estados Unidos y ni siquiera del continente donde se hallan. Se lee en ella: «América, a la que a veces se llama el Nuevo Mundo, la descubrieron los primeros, y la colonizaron, los europeos. Durante mucho tiempo hubo pocos habitantes, y eran pobres. Ahora han llegado a ser bastante numerosos; su comercio se ha desarrollado mucho; y consideran que si Su Majestad Imperial cambiase las antiguas leyes para permitir un comercio libre entre ambos países, resultaría ventajosísimo para todos».

La futura superpotencia no había dado aún más que los primeros pasos en la escena mundial. Pero algunas de sus características despuntaban ya en el comportamiento de Perry. La osadía, el descaro, el pragmatismo. Y, sobre todo, la iniciativa. Los cimientos de los Estados Unidos los colocó esencialmente, en una generación,

un puñado de ciudadanos que se reunían, debatían, discutían a veces e incluso se batían en duelo, pero que acababan por adoptar las decisiones que les parecían sensatas.

En los demás países que han desempeñado un papel de envergadura en la historia del mundo, el nacimiento pocas veces ha estado vinculado con un único momento fundacional. En el caso de Francia, que siempre fue un ejemplo para quienes aspiraban a edificar una nación, no se puede contar su aparición sin remontarse a la Revolución, a Luis XIV, a Richelieu, a Luis XI, a Juana de Arco, a Carlomagno, a Clodoveo, e incluso a Vercingétorix, ya que el sentimiento nacional se construyó siglo a siglo en torno a una sucesión de personajes emblemáticos. En Italia, existió el gran momento de la unificación en el siglo XIX, pero tenía ya todo un pasado milenario que se remonta a la antigua Roma. En otros países, como China, Japón o la India, el mito de los orígenes se pierde en la noche de los tiempos.

Fue una baza para los Estados Unidos el haber nacido en una fecha concreta, bajo la égida de una cantidad muy reducida de padres fundadores; en ese momento, todos ellos eran de origen europeo, pero también desconfiaban mucho de las rencillas de europeos que sus familias habían dejado atrás para volver a empezar a vivir sin trabas en un país nuevo.

Otra ventaja decisiva para esos pioneros: quienes los habían precedido en ese continente eran pueblos frágiles, desvalidos, fragmentados, mal preparados para enfrentarse a un invasor tan decidido y tan bien armado. La conquista del territorio que va del Atlántico al Pacífico que llevaron a cabo los colonos no siempre resultó fácil. Pero el desenlace de la batalla nunca dejó lugar a dudas, lo que permitió a la joven nación curtirse sin que ni su supervivencia ni su victoria final corriesen ningún peligro serio.

Los Estados Unidos, no obstante, habían empezado siendo, en la escena mundial, un actor de muy poca importancia. Al principio, les costaba moverse entre las potencias europeas.

Uno de los primeros desacuerdos entre los padres fundadores se dio entre quienes querían luchar, por cuestiones de principio, contra todas las monarquías europeas y quienes preconizaban una alianza táctica con el rey de Francia para combatir al rey de Inglaterra. Prevaleció la postura pragmática. El jefe de los insurrectos, George

Washington, acogió en su Estado Mayor al marqués de Lafayette; y se abasteció en abundancia de armas francesas mediante unos cuantos intermediarios que contaban con el visto bueno de Luis XVI, el más famoso de los cuales era Beaumarchais.

No tardó en llegar la toma de la Bastilla, en la que algunos norteamericanos vieron, al principio, una prolongación en Europa de su propio levantamiento. Pero cuando se afincó el Terror y se empezó a guillotinar gente a más y mejor, el entusiasmo de los admiradores de la Revolución, como Thomas Jefferson, se enfrió. ¿Era posible aliarse con unos asesinos sanguinarios por la única razón de que hubiesen sustituido una monarquía por una república? Quienes habían preferido siempre un arreglo con Inglaterra, pero hasta entonces habían tenido que mantenerse en un segundo plano, pudieron ya dar un paso adelante. En 1794 se firmó en Londres un tratado de paz. A renglón seguido, los franceses vociferaron contra esa traición y empezaron a capturar los barcos que llevasen el pabellón estrellado.

No le resultaba fácil a una nación emergente proteger su neutralidad ante los poderosos imperios europeos que habían adquirido la costumbre de conseguir por las buenas o por las malas cuanto deseaban.

AL CAER ROBESPIERRE, CUANDO EL Terror fue cosa pasada y le correspondió el poder a un régimen más moderado, el del Directorio, los Estados Unidos enviaron una delegación a París para iniciar una reconciliación. Pero, cuando la prensa reveló que Talleyrand, el ministro francés de Asuntos Exteriores, había exigido a los emisarios norteamericanos una sustanciosa comisión para recibirlos, la joven nación se sintió insultada y hubo quienes pidieron que la afrenta se lavase con sangre. Los dos países se vieron al borde del conflicto armado. Uno y otro capturaron cientos de barcos y hubo unas cuantas escaramuzas que causaron alrededor de veinte muertos en el bando francés y cuatro veces más en el bando norteamericano. Llamaron ese episodio «la Cuasi-Guerra»…

Hasta la llegada de Napoleón Bonaparte no se restableció la concordia entre los dos antiguos aliados. Ya en 1800 se firmó un tratado que puso fin al «malentendido» que había causado Talleyrand. Y, tres años después, Francia cedió a los Estados Unidos, por quince millones de dólares, un territorio inmenso que, aunque

se llamase Luisiana, abarcaba mucho más que el estado que lleva hoy ese nombre, ya que iba desde Nueva Orleans hasta Montana y era prácticamente el doble de la superficie de la Unión.

LOS MUCHOS NORTEAMERICANOS QUE CONSIDERABAN que la principal amenaza contra su independencia venía de Londres acogieron con entusiasmo las victorias del emperador en Europa. Y a veces incluso con exaltación. Hubo, en efecto, quien vio en ellas una ocasión inesperada para acabar de una vez por todas con las veleidades de revancha de la antigua potencia colonial. Puesto que Napoleón estaba decidido a arruinar a Inglaterra sometiéndola a un severo «bloqueo continental», ¿por qué no aprovechar la oportunidad para apoderarse de los extensos territorios norteamericanos que habían seguido siendo fieles a la Corona? En junio de 1812, cuando el emperador, dueño ya del viejo continente, acababa de enviar a su Grande Armée al asalto de Rusia para obligarla a cesar todo comercio con las islas británicas, en los Estados Unidos algunos «halcones» consideraron que era el momento propicio para entrar también ellos en liza con Londres. El Senado y la Cámara de Representantes votaron resoluciones en ese sentido, un ambiente de fervor nacionalista se extendió e incitó al gentío a destrozar los locales de los periódicos que no estaban a favor de la guerra.

Cediendo a la presión de los belicistas, el cuarto presidente de la Unión, James Madison, declaró formalmente la guerra al Reino Unido. El joven ejército norteamericano cruzó en el acto la frontera, muy decidido a expulsar a los ingleses del Nuevo Mundo.

Pero el antiguo imperio resultó resistente. Lo que a algunos les parecía una segunda guerra de la independencia no fue ningún paseo. Las tropas norteamericanas tuvieron que retirarse y asistir, impotentes, a la invasión de su propio territorio.

La humillación llegó al colmo cuando, en 1814, tras la derrota de Napoleón y su primera abdicación, los británicos pudieron enviar a Norteamérica tropas de refresco que se apoderaron de la capital, Washington, e incendiaron la Casa Blanca, el Capitolio y otros edificios.

El presidente Madison no volvió a vivir nunca en su antigua residencia.

ESE INFORTUNIO FUE OLVIDÁNDOSE POCO a poco, pero los Estados Unidos renunciaron definitivamente a anexionarse el extenso

dominio británico situado en su frontera septentrional y que un día iba a ser el Canadá independiente. Su expansión territorial iba a seguir, en adelante, en otras direcciones: hacia el sur y hacia el oeste, hasta Tejas y hasta el océano Pacífico, arrebatando amplios territorios a su desdichado vecino meridional, México; y expoliando, de paso, a los diversos pueblos que vivían allí antes de que llegaran los europeos.

De esta conquista, a un tiempo épica e inmisericorde, dan fe aún los incontables nombres de origen español que cubren el territorio de los Estados Unidos, desde El Paso hasta Las Vegas, pasando por Los Ángeles; así como los numerosos topónimos tomados de los comanches, los cheyenes, los iowas, los siux o los navajos.

Uno de los elementos determinantes de esa expansión fue la fiebre del oro. La desencadenó el hallazgo de un puñado de pepitas en una granja de California en enero de 1848 y adoptó la forma de un espectacular desplazamiento de la población.

Atraídos por la perspectiva de una fortuna fácil, cientos de miles de hombres acudieron desde la parte oriental de los propios Estados Unidos, pero también desde el resto del mundo. Nunca antes se había materializado tanto el sueño americano, ni siquiera en los tiempos en que los fabulosos relatos acerca de «El Dorado» se propagaran en el siglo XVI.

Cierto es que, antes de ese episodio, California era ya un mito. Su nombre incluso, referencia a los opulentos califas de Oriente, se había tomado de un relato popular de tiempos de los conquistadores y que había fascinado a Hernán Cortés, el vencedor del Imperio azteca. En esa ficción, la «isla de California» la poblaban temibles guerreras negras y gobernaba una reina fabulosamente rica que había prohibido a los hombres que entrasen en su reino por temor a que lo saqueasen.

Cuando el comodoro Perry salió rumbo a Japón con la carta firmada por Fillmore, la fiebre aún estaba en pleno apogeo: «Nuestro gran estado de California produce alrededor de sesenta millones de dólares de oro al año, además de plata, azogue, piedras preciosas y otros muchos objetos de valor», se había jactado el presidente. Por supuesto, solo muy pocos de los que habían sucumbido a la fiebre iban a hacerse ricos recogiendo pepitas. El metal precioso solo fue un reclamo, podría decirse; pero es

innegable que trajo consigo la prosperidad de la comarca.

Los recién llegados habían acudido a California para que los enriqueciese, pero fue su llegada lo que iba a enriquecer a California.

UNA DE LAS PRIMERAS LOCALIDADES que sacó provecho fue San Francisco. En enero de 1848 no era más que un pueblo costero con unos cientos de vecinos y que, nominalmente, aún pertenecía a México; al año siguiente era ya un puerto próspero de veinticinco mil habitantes.

Allí fue, por ejemplo, donde un joven inmigrante recién llegado de Baviera, Levi Strauss, fundó su tienda de tejidos y a los pocos años, para atender a las necesidades de los buscadores de oro, empezó a fabricar sus famosos *blue jeans*. Un producto mítico cuyo éxito se prolongó mucho más allá de la fiebre del oro.

2

LA EXPANSIÓN TERRITORIAL IBA a proseguir hasta mediados del siglo XIX, multiplicando por siete la superficie inicial de las trece colonias y convirtiendo a los Estados Unidos en uno de los países más extensos del planeta. Pero también iba exacerbar las tensiones en el seno de la joven nación hasta el punto de provocar una secesión y una mortífera guerra civil (la única vez en dos siglos y medio de existencia en que la propia supervivencia de la Unión pareció amenazada).

Cierto es que en el país había dos modelos de sociedad muy difíciles de conciliar e inevitablemente abocados a enfrentarse, antes o después. En los estados del sur la economía se basaba en las plantaciones de algodón, tabaco y caña de azúcar, que utilizaban una mano de obra esclava que durante mucho tiempo les suministró la trata de negros; mientras que en el norte la industria de productos manufacturados se desarrollaba recurriendo a una mano de obra asalariada procedente de la inmigración.

Una divergencia fundamental que quedó, sin embargo, muy oculta en los primeros tiempos de la independencia. Incluso quienes eran conscientes de sus implicaciones éticas e institucionales preferían dedicarse a otras prioridades. No cabía duda de que la esclavitud iba en contra de la Declaración de Independencia, que afirma que «todos los seres humanos nacen iguales» y que «el Creador los dotó de determinados derechos inalienables, entre ellos la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Pero a ninguno de los padres fundadores le corría prisa acabar con esa incoherencia. Ni siquiera a Thomas Jefferson, el principal redactor del texto. Partidario de las Luces y gran admirador de la Revolución francesa, afirmaba que lo asqueaba la trata de negros, siendo así que él poseía seiscientos esclavos en su finca de Monticello.

Y no era el único dirigente que tenía una actividad política y una vida en flagrante contradicción con las creencias que profesaba. No había lucha que les pareciera a esos hombres tan prioritaria como la que los enfrentaba a la Corona británica. Incluso aquellos

que aspiraban a que se aboliese de la esclavitud transigían con mantenerla en los estados del sur, considerando que no había llegado aún el momento propicio para remediarlo.

FUE LA EXPANSIÓN TERRITORIAL LA que dio al traste con esa conciencia transigente, restregándoles una y otra vez la cuestión de la esclavitud a todos aquellos que se obstinaban en no verla. Ya no se trataba de saber cuánto tiempo más se iba a tolerar el *statu quo* en Virginia o Alabama; había que decidir si se iba a permitir que esa odiosa incongruencia se propagase por el resto del país (hacia Nebraska, Kansas o Nuevo México).

El debate se recrudecía cada vez que se ampliaba la Unión y se contemplaba añadirle un nuevo estado. ¿Debería ser un «free state» o un «slave state»? Otra pregunta crucial: ¿qué había que hacer con un esclavo que se escapaba de casa de su amo? Desde el punto de vista de los sudistas, era un criminal. Pero ¿significaba eso que, si se refugiaba en un estado del norte, era obligatorio entregarlo, como sucedería con asesino o un ladrón? Parece algo monstruoso. Pero eso era, sin embargo, lo estipulado en la *Fugitive Slave Law*, que el Congreso aprobó en 1850 y en virtud de la cual cualquiera que protegiera o ayudase a un esclavo huido, *en cualquier lugar de los Estados Unidos*, estaría cometiendo un crimen federal que se sancionaba con seis meses de cárcel o mil dólares de multa.

Uno de los artífices de esa abominable legislación no era otro que el presidente Millard Fillmore; cabe señalar que los sudistas, que sabían de su fascinación por el oro de California, habían amenazado con bloquear la entrada de esta en la Unión si no se aprobaba la *Fugitive Slave Law*.

DE CRISIS EN CRISIS, ENTRE chantajes y pulsos, a muchos norteamericanos les iba quedando claro que habría que cortar por lo sano de una forma u otra.

Un hombre se había convertido en portavoz de ese sentimiento: Abraham Lincoln. Un político batallador a quien pocos pronosticaban un destino nacional, pero que supo dar con las palabras exactas que sus conciudadanos necesitaban oír: «Una casa dividida contra sí misma no puede mantenerse de pie. Este país no puede gobernarse siendo a medias partidario de la esclavitud y a medias partidario de la libertad. No creo que la casa vaya a derrumbarse. Pero tiene que dejar de estar dividida». Repetía

incansablemente que había llegado el momento de elegir, de una vez por todas, entre los dos modelos de sociedad.

Sus palabras causaron el efecto deseado, incluso sin contar con la unanimidad. En las elecciones presidenciales de noviembre de 1860, a las que se presentó en nombre de un jovencísimo Partido Republicano, obtuvo menos del cuarenta por ciento de los votos, pero estos estaban idealmente distribuidos: casi nada en el sur y una clara mayoría en todos los estados del norte, sobre todo los de mayor peso en el colegio electoral, como Nueva York, Ohio o Pensilvania; lo que le proporcionó la victoria.

COMO REACCIÓN A ESE RESULTADO, siete estados esclavistas, entre los que estaban Carolina del Sur, Virginia y Tejas, anunciaron inmediatamente después que rompían con la Unión y se disponían a fundar una Confederación aparte. La guerra civil empezó oficialmente en abril de 1861. El ejército norteamericano se dividió y se produjeron grandes movimientos de tropas, que abarcaban miles de kilómetros, y batallas memorables, como la de Gettysburg, en julio de 1863.

El gran temor de Lincoln era que las potencias europeas apoyasen a los sudistas. Inglaterra sentía la tentación de hacerlo. No porque simpatizase con las tesis de estos, puesto que había abolido la esclavitud y prohibido la trata en el Imperio en 1833, sino para poner en jaque a sus antiguos súbditos americanos, que se habían convertido para ella en rivales irritantes y, a veces, incluso en adversarios. Si podía aprovechar la secesión de los sudistas para que reventase la Unión, ¿por qué no hacerlo?

Consciente del peligro, Lincoln había enviado hábilmente a Londres, como «ministro de los Estados Unidos», que era como se llamaba entonces al embajador, a Charles Adams, hijo y nieto de presidentes, heredero de una dinastía política conocida por haber predicado siempre una reconciliación con la Corona.

En más de una ocasión el emisario envió a Lincoln informes alarmistas, anunciando que el Gabinete británico se disponía a reconocer a la Confederación sudista como Estado soberano. Hasta que la relación de fuerzas *in situ* no estuvo claramente a favor de la Unión, los ingleses no renunciaron a involucrarse.

LA FRANCIA DE NAPOLEÓN III también había querido aprovechar la grave crisis por la que estaban pasando los Estados Unidos para

poner un pie (o, más bien, para volver a hacerlo) en la otra orilla del Atlántico. Con un proyecto temerario: crear un imperio en México y poner en el trono al archiduque Maximiliano de Habsburgo-Lorena. Hermano del emperador de Austria, yerno del rey de los belgas, protegido del emperador de los franceses, reconocido por el zar y bendecido por el papa, era, además, un descendiente de la dinastía en cuyo nombre se había conquistado México. En consecuencia, parecía tener el perfil ideal para encarnar un regreso simbólico de las potencias europeas al Nuevo Mundo.

En abril de 1864, Maximiliano se proclamó emperador; luego cruzó el océano en una fragata hasta Veracruz, antes de instalarse en el mes de junio en «su» capital, México. Le habían prometido un recibimiento triunfal, pero no fue así. Pocos mexicanos se reconocieron en él y no consiguió controlar más que una ínfima parte del territorio sobre el que se suponía que reinaba.

Luego sus aliados lo abandonaron uno tras otro, aconsejándole que renunciase. Pero se obstinó, con la esperanza de que se produjera aún algún milagro o se presentase una salida honrosa. Nada de eso sucedió y el patético emperador terminó su vida frente a un pelotón de ejecución, en Santiago de Querétaro, el 19 de junio de 1867. Aún no había cumplido los treinta y cinco años.

NO CABE DUDA DE QUE el paisaje político de las Américas y también el del resto del planeta habrían dado un vuelco total si ese imperio no poco anacrónico hubiera podido implantarse mientras los Estados Unidos se escindían en dos potencias rivales…

No fue así como ocurrieron las cosas. Ni en México ni en su vecino del norte. Cuya guerra intestina resultó feroz, pero efímera. Los ejércitos de la Unión consiguieron acabar con la secesión, aunque los combates fueron a menudo inciertos y tremendamente mortíferos. Según las estimaciones más fiables, parece ser que hubo en total cerca de ochocientos mil muertos entre civiles y militares.

Uno de los últimos en caer fue el propio presidente Lincoln, a quien asesinó en abril de 1865, en un teatro de Washington, John Wilkes Booth, un actor shakesperiano partidario de los sudistas y que no se resignaba a su derrota.

CUANDO SE ABARCA CON LA mirada la trayectoria de los Estados Unidos de América, con la perspectiva que da el paso de los años, no podemos por menos de constatar que la guerra de Secesión les

supuso un formidable avance, pero también un lamentable fracaso.

En lo referido al avance, fue espectacular y sigue siendo algo nunca igualado. Nada más acabar el conflicto, el país empezó a ascender con entusiasmo hacia las más altas cumbres. Sin duda necesitaba deshacerse de las trabas que le imponía su debilitante división en «free states» y «slave states» para desarrollarse por completo y remontar el vuelo. Veinticinco años después del final de aquella guerra civil, la economía estadounidense ya había alcanzado la primera fila mundial, donde aún sigue imperando hoy.

Una segunda revolución industrial estaba en marcha, fruto del desarrollo de la electricidad, el petróleo y el gas, y se centró principalmente en los Estados Unidos, igual que le había ocurrido a la primera con Gran Bretaña. Era la época de los Rockefeller, los Carnegie, los Pullman, los Edison y los Graham Bell, la época del fonógrafo, del cinematógrafo, de la telegrafía sin hilos y de otras mil innovaciones que iban a cambiar la faz del mundo. Muchas de ellas habían empezado en Europa (en Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y otros lugares), pero en muchos casos fue allende el Atlántico donde lograron volar más alto y alcanzar a la mayoría de la gente y no solo a un puñado de privilegiados.

Tal fue el caso del automóvil, que las fábricas de Henry Ford produjeron en masa, y de la fotografía, que popularizó George Eastman. Los inventores que querían realizar sus sueños miraban cada vez más hacia Norteamérica. Allí era donde acogerían mejor sus ideas y podrían hacerlos ricos. Un formidable movimiento migratorio canalizó hacia los Estados Unidos a millones de personas que buscaban en primer lugar huir de la opresión, la persecución y la miseria, y se llevaron consigo el saber, el ingenio, la audacia… El número de habitantes, que era de treinta y cinco millones al acabar la guerra de Secesión, había sobrepasado, medio siglo después, los cien millones.

A TENOR DE TODOS LOS indicadores con los que se suele evaluar la importancia de un país (superficie, población, riqueza, fuerza y proyección), los Estados Unidos pertenecían ahora al pelotón de cabeza. Y seguían creciendo, prosperando y dando muestras de su potencia.

Ya en 1867 le compraron Alaska a Rusia por siete millones de dólares, rematando así su expansión territorial en América del

Norte. Luego, apoyándose en la sublevación de los cubanos, que reclamaban la independencia, entraron en guerra con España en abril de 1898, vencieron con facilidad a sus ejércitos y sus flotas y se adueñaron de los restos de su imperio. No solo de sus últimas posesiones en el Nuevo Mundo, a saber, Cuba y Puerto Rico, sino también de sus colonias en el Pacífico, en especial de las Filipinas.

El espectáculo de ese antiguo imperio europeo, que había sido antaño el mayor y más rico del planeta, humillado por la joven nación americana, era señal del cambio de época. Ese vuelco histórico no dejaba de recordar lo que estaba ocurriendo por entonces en Extremo Oriente, donde a dos venerables imperios los había humillado de forma semejante el juvenil Japón de la era Meiji: China en 1894-1895 y Rusia en 1904-1905.

El más pendenciero de los dirigentes estadounidenses de aquella época, el presidente Theodore Roosevelt, era, de hecho, un gran admirador de Japón, su cultura y, sobre todo, sus artes marciales. Les había dedicado una espaciosa estancia de la Casa Blanca, donde las practicaba tres tardes por semana con sus hijos, su secretario particular, sus ministros de Defensa y de Interior, y también con el agregado militar japonés. Y le decía a quien quisiera oírlo que el *jiu-jitsu* era «superior desde todos los puntos de vista a nuestro atletismo».

3

LOS ESTADOS UNIDOS CONOCIERON, pues, un ascenso fulgurante en las décadas siguientes a la guerra de Secesión. En muy poco tiempo, pudieron elevarse al rango de gran potencia económica, diplomática y militar. En adelante no iban a correr ya el peligro de que los invadieran, los boicotearan o los humillaran los imperios europeos a los que antaño temían. En «su» continente no tenían ya rival alguno y en el escenario mundial su influencia no dejaba de afirmase en todos los ámbitos.

Pero a ese asombroso éxito lo acompañó un fracaso no menos asombroso y que sigue siendo hasta hoy para los Estados Unidos un baldón, e incluso una tara: su lamentable incapacidad para resolver la cuestión racial.

Al proclamar solemnemente la abolición de la esclavitud, Lincoln era consciente de la necesidad de promover a las personas así emancipadas a la categoría de ciudadanos con todas las de la ley. Los afectados eran cerca de cuatro millones de negros que carecían hasta la fecha de cualquier derecho, cualquier peso electoral, cualquier fortuna, cualquier respetabilidad social y cualquier participación en la vida pública, y apenas tenían confianza en sí mismos.

El proceso de integración no iba a poder por menos de resultar complicado y sembrado de trabas, tanto más cuanto que a los perdedores de la guerra civil no les apetecía nada renunciar a sus privilegios ni facilitarles la tarea a los vencedores. Era, pues, previsible que el proceso fuera lento. Pero lo que sucedió no se limitó a la lentitud. Tras unos cuantos esfuerzos recién acabado el conflicto, el proyecto de integración de los emancipados cayó, en lo esencial, en el abandono. Sencillamente, las autoridades habían tirado la toalla.

Habría cien maneras de explicar cómo se llegó a ese resultado, pero es indiscutible que el problema racial nunca se resolvió de forma adecuada. Ciento sesenta años después de la guerra de Secesión, sigue presente en la democracia estadounidense e incluso

podría decirse que no deja de empeorar y de emponzoñarse.

Ese gigantesco fracaso merece que le dediquen libros enteros, cosa que muchos historiadores hicieron en el pasado y seguirán haciendo. Incluso en una obra como la presente, que no es más que una veloz pasada sobre una humanidad a la deriva, es menester detenerse en él un momento. A fin de cuentas, se trata del país más poderoso de la Historia y que ha conseguido éxitos admirables en muchos ámbitos diferentes. No queda, pues, más remedio que preguntarse cómo fue posible que fracasara tan estrepitosamente en la gestión de ese asunto crucial, hasta el punto de hacer que peligrasen su democracia, su modelo de sociedad, su talla moral y su lugar en el mundo.

RECIÉN ACABADA LA GUERRA CIVIL, dos nociones a la vez rivales y complementarias reaparecían una y otra vez en los debates: la reconciliación y la reconstrucción. Puesto que la lucha fratricida había concluido con la indiscutible victoria de unos y la capitulación de otros, había llegado el momento de sosegar los ánimos, de volver a soldar la Unión y de poner en pie lo derribado.

Los adeptos a Lincoln tendían a hacer hincapié en la reconstrucción, cuyo objetivo era, desde su punto de vista, muy concreto: que los negros pudiesen convertirse en un plazo breve en ciudadanos de pleno derecho y, ante todo, que pudiesen ejercer su derecho al voto. Así iba a crearse un círculo virtuoso: por ser electores, a los antiguos esclavos los cortejarían como es lógico los candidatos que solicitasen su voto, a nivel nacional y a nivel local, y el efecto sería una progresiva mejora de su situación económica, su estatus social y su imagen.

Al principio del todo, la reconstrucción funcionó de forma bastante correcta y tuvo sus consecuencias. En 1870, por primera vez en la historia de los Estados Unidos, un negro entró en el Senado y otro en la Cámara de Representantes, el primero elegido por Mississippi, el segundo por Carolina del Sur. No es absurdo suponer que, de haber seguido por ese camino durante unas cuantas décadas, habrían surgido nuevas realidades en los estados del sur y el problema racial se habría diluido poco a poco.

Pero el talante de Lincoln no prevaleció mucho tiempo. Su propio vicepresidente, Andrew Jonhson, que fue su sucesor cuando murió, no veía las cosas de la misma forma. Cierto es que no tenía

el perfil requerido para esa tarea. El presidente, de hecho, no lo había elegido en 1864 como compañero de candidatura para convertirlo en su heredero. Con la aureola del prestigio de una victoria ya casi segura y el convencimiento de que sería fácil que lo eligieran para un segundo mandato, Lincoln solo había querido restañar simbólicamente las heridas, en cierto modo, eligiendo para la vicepresidencia a ese exgobernador de Tennessee. Se trataba de un personaje de escasa relevancia y que no formaba parte de sus allegados, pero había sido uno de los escasísimos políticos sudistas que había rechazado la secesión.

Convertido de pronto en presidente por el consabido «golpe de efecto teatral», el oscuro compañero de candidatura se encontró en una situación que nadie había previsto: sucesor de un gigante de la historia estadounidense y encargado de resolver en su lugar, a bote pronto, el problema más espinoso con el que se había topado nunca la nación. Su reacción instintiva fue dar absoluta prioridad a la reconciliación. Una noción de lo más respetable, sobre todo recién finalizado un conflicto fratricida; pero una noción no poco ambigua y «resbaladiza», que iba a revelarse como perversa.

Sí, por supuesto, había que reconciliarse. ¿Quién iba a decir lo contrario? Pero quedaba saber sobre qué bases llevar a cabo esa reconciliación.

¿Bastaba con decirles a los perdedores: pasamos página y volvemos a ser hermanos? ¿No había que introducir cambios en la forma en que los sudistas gobernaban su «ala» de la «casa común»? ¿No se debería, al menos, garantizar que los antiguos esclavos pudieran vivir en adelante en el sur como ciudadanos realmente libres?

PARA TENER EN CUENTA ESAS preocupaciones, quienes se identificaban con la herencia de Lincoln daban prioridad a la reconstrucción. No como un sustituto de la reconciliación, sino como algo previo sin la que la reconciliación sería una renuncia, e incluso una cobarde renuencia.

Les costó, sin embargo, imponerse a largo plazo. Porque había, más allá de las opiniones, las convicciones o los cálculos políticos de tal o cual dirigente, una realidad objetiva que iba a resultar determinante. A saber, que los diversos componentes de la nación no tenían, recién acabada la guerra civil, el mismo grado de

motivación.

Desde el punto de vista de los habitantes del sur, de todos sin excepción, el reto era existencial. Para los blancos, se trataba de saber si iban a conservar sus privilegios y seguir siendo, sin que nadie se lo discutiera, los amos del país, manteniendo a sus antiguos esclavos en un estado de sumisión. Para los negros, se trataba de saber si iban a acceder realmente a la categoría de ciudadanos de pleno derecho o si sus opresores los iban a seguir teniendo en un puño, de una forma u otra.

Comparada con retos así, los más cruciales que puedan concebirse, la motivación de los habitantes del norte no era del mismo orden. No cabe duda de que allí había seres excepcionales, dotados de una visión lúcida y apegados a unos valores universales. Pero el conjunto de la población no podía seguir permanentemente movilizada, año tras año, década tras década. Las preocupaciones cambian forzosamente con el paso del tiempo, las prioridades se modifican, la atención se dispersa y las personas acaban por cansarse de las interminables controversias raciales del «sur profundo». Y por pensar que es mejor dejar que los blancos y los negros zanjen entre ellos sus discrepancias.

Por descontado, esa «neutralidad» racial no tenía consecuencias similares para ambas comunidades. Los blancos ya estaban el poder en todos los ámbitos y desde hacía varias generaciones. Se hallaban sólidamente implantados en la administración, la economía, las escuelas, los tribunales, los periódicos, las fuerzas de seguridad y todo lo demás. Seguramente los negros estaban no menos motivados para pelear, pero no contaban ni mucho menos con medios para hacerlo.

Era como si, en un *ring*, el árbitro hubiese anunciado que en adelante se permitían todos los golpes, sin tener en cuenta el hecho de que uno de los dos boxeadores estuviera esposado de pies y manos.

LA IMPLICACIÓN DE LAS AUTORIDADES del norte en la reconstrucción había durado mal que bien una docena de años. Luego se había desentendido. Ese abandono se tradujo en un pacto informal que ha pasado a la Historia con el nombre de «Compromiso de 1877».

Los Estados Unidos se hallaban ese año en un callejón sin salida político inextricable. Acababan de pasar por la elección presidencial

más ajustada de su historia. Ni los republicanos ni los demócratas habían podido obtener la mayoría absoluta entre electorado. Se suponía que un nuevo presidente tomaba posesión el 4 de marzo; pero cuarenta y ocho horas antes de la ceremonia aún no se había proclamado ganador a ninguno de los dos candidatos en liza. Nunca el proceso electoral se había atascado así.

La razón de ese callejón sin salida era que Luisiana, Florida y Carolina del Sur habían «retenido» sus votos hasta que se aceptasen sus condiciones, que eran rematar la reconstrucción, retirar las tropas del Gobierno federal que seguían aún estacionadas en los estados sudistas y reconocerles a estos el derecho a gestionar «sus» asuntos sin que el poder federal pudiese meter baza.

Y el chantaje dio resultado. Para que acabase la obstrucción y pudiera elegirse un presidente, se llegó a un «compromiso» que era, en realidad, una capitulación. Las autoridades se sometieron a todas las exigencias de los antiguos «confederados».

De un día para otro, los perdedores de la guerra de Secesión se habían metamorfoseado en ganadores. Les habían entregado el sur en todos los aspectos, podían actuar allí como quisieran.

Y NO DUDARON EN HACERLO. Se las ingeniaron para dar con diversos ardides para impedir que los negros votasen. Un ejemplo entre otros cien: varios estados exigieron a quienes quisieran figurar en las listas electorales que pagasen determinada cantidad, o que superasen una prueba de lectura y comprensión; y, para tener la seguridad de que esas exigencias solo impedirían votar a los negros, y no a los blancos que fuesen pobres y analfabetos, se introdujo una «cláusula del abuelo», que estipulaba que las nuevas normas no se les aplicarían a aquellos cuyos antepasados votaban ya.

Cuando esos procedimientos no bastaban para desanimar a los antiguos esclavos y estos seguían obstinándose en querer votar, se los castigaba de forma aún más brutal. Se vigilaban los colegios electorales para localizar a los más obstinados, a quienes pandas de maleantes se encargaban de dar palizas a la salida. Algunos de esos desdichados acababan colgados de una soga con el pretexto que fuera. En consecuencia, el voto de los negros en los estados del sur se redujo prácticamente a la nada.

El territorio de la antigua Confederación se convirtió en una tierra sin ley en la que a una parte de la población se la privaba de

los atributos de la ciudadanía y de todos los derechos civiles. Y en la que se impuso una segregación racial sistemática en los colegios, las administraciones, los lugares de residencia, los transportes públicos, etc. Hordas de blancos linchaban impunemente, mientras que un chiquillo «de color» podía acabar en la silla eléctrica por un simple hurto.

Se suponía que el voto de los negros creaba un círculo virtuoso, pero la supresión *de facto* de ese derecho puso en marcha, a la inversa, un círculo vicioso de marginación, humillación, miseria, violencia y odio del que el país ya no consiguió salir. Seguramente, en el momento de la reconstrucción, existía una «ventana de lanzamiento» que permitía poner en marcha, resuelta e irreversiblemente, una integración auténtica. Al dejar que esa ventana se cerrara, la situación quedó abocada a unas medidas de rectificación, siempre parciales, siempre incompletas, y a un ambiente insano en el que predominaban la desconfianza, la suspicacia y el resentimiento.

En consecuencia, la cuestión racial nunca se ha resuelto. Ni tan siquiera la elección en 2008 de un presidente de ascendencia africana, Barack Obama, bastó para dejarla atrás.

SI HAY QUIENES SE PREGUNTAN a veces por qué demuestran tanta rabia los negros, por qué hablan de «racismo sistémico» y acusan de hipocresía la «supuesta neutralidad» de los poderes públicos, hay que imaginárselos en el lugar del antedicho boxeador, atado de pies y manos, recibiendo golpes de sol a sol, toda su vida, sin poder nunca ni esquivarlos ni devolverlos.

Cierto es que las conductas discriminatorias más odiosas son ya cosa del pasado. No obstante, duraron tanto que han dejado en el conjunto de la sociedad estadounidense huellas indelebles. En los perseguidos, por supuesto, pero también en sus perseguidores.

Así es como el sur de los Estados Unidos se ha convertido, con el paso de los años, en el bastión de un conservadurismo radical, violento a veces, a menudo retrógrado e incluso oscurantista, que sigue siendo muy gravoso para la vida política estadounidense.

POR UN CURIOSO VUELCO DE la Historia, ese conservadurismo corresponde hoy al Partido Republicano, que había sido, en el siglo XIX, el de Abraham Lincoln mucho antes de convertirse en el de Nixon, Reagan, los dos Bush y, por último, el de Trump. Siendo así

que el Partido Demócrata, que cuenta hoy con los sufragios de las minorías étnicas y, en particular, los de los negros, fue mucho tiempo el bastión del supremacismo blanco.

La metamorfosis no fue cosa de un día. Hubo momentos en los que, entre los demócratas, coincidieron, codo con codo, los elementos más progresistas de la sociedad estadounidense y los más retrógrados. A veces, esas posturas contradictorias se daban en la misma persona, trayendo consigo malentendidos duraderos.

Hay un caso que merece que nos detengamos en él, el del presidente Wilson, cuyas convicciones en la cuestión racial tuvieron consecuencias calamitosas mucho más allá de las fronteras de su propio país.

4

EL SIGLO XX QUEDARÁ en la Historia como aquel en que los Estados Unidos se impusieron, merced a los conflictos y cambios de rumbo, como la potencia preeminente del planeta. Y el primero de sus dirigentes en quien se encarnó esa supremacía fue indiscutiblemente Woodrow Wilson. Las ideas que llevó consigo a París en 1919 se veían entonces como los cimientos adecuados para edificar un nuevo orden mundial.

En particular, dos de los principios que formuló el presidente estadounidense suscitaron esperanzas en varias regiones de la tierra: la autodeterminación de los pueblos y la transparencia en las relaciones internacionales.

Este último punto tenía una connotación concreta para quienes acababan de pasar por el suplicio de la Primera Guerra Mundial. Pues, aunque el asesinato del archiduque Francisco Fernando y de su mujer en Sarajevo, en junio de 1914, no podía por menos de tener graves repercusiones, nunca debería haber arrojado a Europa y al resto del mundo a aquella orgía asesina que iba a segar millones de vida humanas. Pero, una vez en marcha, la maquinaria ya no se detuvo. A Alemania y Austria las unía un tratado de defensa mutua; Rusia se había comprometido a proteger a los serbios; los franceses tenían un pacto con Rusia; los otomanos, con Alemania… Y en pocas semanas las potencias europeas acabaron metidas en el infierno de la guerra, no por haberlo querido, sino porque se sentían en la obligación «contractual» de ir.

La mayoría de esos acuerdos los conocía todo el mundo y no pertenecían, pues, hablando con propiedad, a ninguna «diplomacia secreta»; pero esa era la expresión que se repetía entonces, especialmente en labios de Wilson, para caracterizar el absurdo sistema de alianzas y contra alianzas que había llevado a los pueblos a la abominable carnicería de las trincheras.

El presidente de los Estados Unidos gozaba de la necesaria credibilidad para hablar de este asunto y hacerse oír. Su país no se había arrojado a la pelea como los demás beligerantes. En

noviembre de 1916, cuando el conflicto arreciaba desde hacía más dos años, Wilson se había presentado ante sus electores para conseguir un segundo mandato enarbolando un eslogan que rezaba: «Nos ha mantenido fuera de la guerra». Solo cuando los submarinos alemanes se lanzaron contra su marina mercante, Norteamérica renunció a su neutralidad y envió, por primera vez en su historia, a sus propios soldados a combatir en suelo europeo. Donde no desembarcaron, de hecho, hasta junio de 1917, cuando se acercaba el desenlace del conflicto. En esta ocasión, Wilson tuvo buen cuidado de subrayar que su país, a diferencia de otros, no tenía reivindicación territorial alguna.

ESTA ÚLTIMA AFIRMACIÓN TORNABA IGUALMENTE creíble el otro gran principio que formulaba el presidente, el de la autodeterminación.

A muchos pueblos los habían anexionado o colonizado potencias más ricas, más ambiciosas y mejor armadas; otros tuvieron que ver cómo les imponían diferentes estatus de dependencia (tutelas, protectorados, concesiones, capitulaciones y otros tratados desiguales). Todos soñaban con el día en que pudiesen hacerse cargo o volver a hacerse cargo de su destino, y la Gran Guerra parecía proporcionarles la ocasión ideal para volver a empezar sobre nuevas bases. Los imperios europeos, que hasta entonces daban al resto del mundo lecciones de civilización, acababan de demostrar lo salvajes que eran, hecho que había dañado considerablemente su credibilidad moral. Además, estaban exangües y arruinados. ¿No era acaso el momento adecuado para replantearse el mundo y volver a construirlo de forma distinta?

De la India a África del Norte y de los Balcanes al Extremo Oriente, patriotas que hasta entonces resultaban inaudibles empezaron a manifestarse. Educados a menudo en escuelas que habían fundado los occidentales, decían que a sus respectivas naciones, atropelladas durante demasiado tiempo, les había llegado la hora de salir del letargo, de recuperar la dignidad y de establecer con quienes las habían sometido relaciones menos desiguales. Su estado de ánimo no se caracterizaba en aquel entonces por ser agresivo ni hosco, sino por anhelar profundamente la justicia, la libertad y la modernidad.

La humanidad parecía a punto de entrar en una era de reconciliación y armonía; y todo movía a creer que esa evolución

iba a acontecer bajo la autoridad moral de los Estados Unidos de América. Ellos eran los que simbolizaban mejor que nadie la nueva visión del mundo que estaba emergiendo. Eran, por su historia, una extensión de Europa; pero también habían tenido que combatir contra los imperios europeos para conseguir su independencia. Y habían conseguido edificar en poco tiempo una nación moderna, industrializada, poderosa, dinámica y próspera.

Representaban, pues, una inspiración, un modelo al que seguir y un potencial aliado para todos esos pueblos que estaban empezando a despertarse.

DE LA NOCHE A LA mañana, el presidente Wilson se había convertido en el hombre más respetado del planeta. Lo escuchaban como si fuera no el dirigente político de un país entre tantos otros, sino un profeta que anunciaba a la tierra entera el nacimiento de un orden mundial más equitativo, más ético y más humano. «Ninguna paz puede durar ni merece durar —decía— si no reconoce y no acepta el principio según el cual todo el poder legítimo de los gobiernos se deriva del consentimiento de los gobernados y que nadie tiene, en parte alguna, el derecho de transferir a los pueblos de una soberanía a otra como si fuesen propiedades»; y subrayaba que esos pueblos tenían que poder tomar sus decisiones «sin que los fuercen, los amenacen ni los aterroricen; los de menor tamaño en pie de igualdad con los mayores y más poderosos».

¡Se había acabado, pues, la época maldita en que, en la intimidad de las cancillerías, se repartían los territorios sin preocuparse por lo que deseaban quienes vivían en ellos! En adelante sería preciso el consentimiento de los pueblos afectados, repetía constantemente Wilson, y sus palabras les sonaban a los oprimidos a música celestial.

Los chinos, los indios, los coreanos, los egipcios y tantos otros veían al presidente de los Estados Unidos, al final de la Gran Guerra, como el padrino y el garante del porvenir en que tenían puestas sus esperanzas. Solo él parecía capaz de colocar los cimientos de un nuevo orden mundial e imponérselo a los recalcitrantes.

NO OBSTANTE, HABÍA EN SUS discursos unas cuantas implicaciones sin formular que sus compatriotas adivinaban con facilidad pero que los extranjeros no captaban; cuando Wilson hablaba del derecho a

la autodeterminación, se refería a las naciones de Europa central y oriental que ya habían dejado de soportar la autoridad de los rusos, de los austriacos o de los turcos; ni por asomo estaba pensando en los «pueblos de color», que no le parecían capaces de gobernarse por sí mismos, salvo quizá pasadas tres o cuatro generaciones, y a condición de que hasta entonces guiase sus pasos un tutor de raza blanca.

En aquella época convicciones así estaban muy extendidas. No daba vergüenza disertar acerca de los «civilizados» y los «no civilizados», los «superiores» y los «inferiores», los indígenas «evolucionados» o «atrasados». La mayoría de las personas, tanto las cultas como las ignorantes, los progresistas como los conservadores, tenía una visión jerarquizada de las razas y Wilson no era una excepción a la regla. Era incluso una elocuente ilustración.

En el momento de su elección, en noviembre de 1912, era seguramente el hombre más instruido que hubiera llegado nunca a la Casa Blanca. ¿Acaso no había escrito una monumental *Historia del pueblo estadounidense* en cinco tomos? ¿Y no había pasado ochos años al frente de la Universidad de Princeton, una de las más prestigiosas del país? No obstante, en lo referente a las razas, sus supuestas características y su «jerarquía natural», las convicciones del presidente no eran mejores que las de sus contemporáneos. A decir verdad, eran incluso peores.

Porque había en la personalidad de Wilson un componente adicional (un factor agravante, sin duda) que iba a tener, en esa encrucijada de la Historia, consecuencias devastadoras.

WOODROW WILSON, QUE NACIÓ EN diciembre de 1856, tenía ocho años cuando terminó la guerra de Secesión; había crecido en Georgia, en una familia que vivía la derrota de los sudistas como una tragedia. Al oírlo hablar del derecho de los pueblos y decir que no había que írselos pasando de mano en mano como si fuesen una simple propiedad, quienes lo oían podían pensar que aquello se podía extrapolar a la esclavitud y que esta lo horrorizaba. Pero eso sería prestarle indignaciones que le eran ajenas.

Wilson podía ser progresista en lo referido a la condición obrera o al voto de las mujeres; y podía tener arrebatos líricos cuando mencionaba el destino de las naciones oprimidas. Sin embargo, al examinar algo más de cerca sus discursos, llamaba la atención que

los ejemplos que ponía eran siempre los de los polacos, los checos o alguna otra nación europea. Nunca hablaba de los indios, de los chinos, de los coreanos, de los etíopes o de los egipcios. Quienes, sin embargo, escuchaban sus discursos con devoción y recitaban sus «catorce puntos» como si se refiriesen directamente con ellos.

Obviamente, se trataba de un grave malentendido que nadie quería ver. Al salir de la Gran Guerra, la humanidad entera era un hervidero de sueños, ideales y esperanzas, y a nadie le apetecía abrir los ojos ni perder las ilusiones.

EN EGIPTO, EL JEFE INDISCUTIDO de los patriotas, Saad Zaghloul, se hacía lenguas del «Dr. Wilson». Tenía incluso previsto ir sin demora a su encuentro para presentarle las quejas de su pueblo. Solo el presidente de los excelsos Estados Unidos podía explicar firmemente a los ingleses que la nación que había construido las pirámides no necesitaba un tutor para gobernarse a sí misma.

En cuanto se anunció el Armisticio, en noviembre de 1918, Zaghloul pidió audiencia al alto comisionado, sir Reginald Wingate, para darle la enhorabuena por la victoria de su país, recordarle que el protectorado británico solo se había impuesto en 1914 «hasta el final de las hostilidades» y confirmarle que ahora Egipto deseaba llegar a la plena independencia. Lo informó también de que deseaba ir a París, junto con una delegación, para encontrarse con los dirigentes de las potencias que planeaban reunirse allí. El funcionario respondió que tomaba nota de lo que acababa de decirle, pero que en ese momento el Gobierno de Su Majestad tenía que atender a cuestiones más acuciantes y que necesitaba tiempo para darle una respuesta. A los pocos días, informaron a Zaghloul de que no contaba con autorización para ir a Francia.

Al enterarse de la noticia, miles de egipcios bajaron espontáneamente a la calle en El Cairo, Alejandría y otras ciudades del país para protestar contra esa medida vejatoria y reclamar el final inmediato del protectorado. Todos los elementos de la nación estaban unidos en esa protesta como nunca lo habían estado hasta entonces. Los jeques con turbante de al-Azhar lo mismo que los dirigentes de las comunidades coptas y judías, los burgueses y los docentes, lo mismo que los campesinos y los obreros, y también, hecho inédito, muchas mujeres, con Safiya, la mujer de Saad Zaghloul, en cabeza; culta y elocuente, afín a la gente de a pie al

tiempo que la mejor amiga de la reina, iba a entrar en la Historia con el nombre de *Oum Al-Masriyine*, «la madre de los egipcios».

El movimiento de protesta adquirió tal envergadura que las autoridades británicas, decididas a no soltar Egipto, en especial el canal de Suez, que les parecía indispensable para controlar la ruta de las Indias, resolvieron ponerse firmes. Detuvieron a Zaghloul a primeros de marzo y lo desterraron a Malta junto con sus compañeros más allegados.

Convencido de que el castigo impuesto era una peripecia sin futuro, el postrer gesto de autoridad de una potencia colonial desesperada, el dirigente independentista decidió aprovechar su forzada estancia en la isla mediterránea para mejorar su conocimiento del inglés con la finalidad de, llegado el momento, poder hablar sin intermediarios con el presidente Wilson. A tal efecto, contrató a un profesor que le impartió clases intensivas. Zaghloul había cursado sus estudios de Derecho en francés, lengua en la que se expresaba con precisión y elegancia, igual que buena parte de la elite egipcia; pero con el inglés siempre había tenido dificultades. En esta ocasión, estaba muy motivado, pero no le dio tiempo a progresar, pues su destierro fue todavía más corto de lo que tenía previsto: mes y medio apenas.

La situación en Egipto se había ido deteriorando a toda velocidad. La intransigencia del alto comisionado había causado una auténtica sublevación, conocida en la Historia como «la Revolución de 1919». Hubo manifestaciones masivas y agitadas a las que los militares británicos reaccionaron con dureza, causando varios cientos de muertes.

La represión no aplacó los ánimos, pero, sin embargo, permitió al ocupante decir que no se estaba enfrentando a una agitación patriótica, sino a una violenta revolución organizada por los bolcheviques para provocar una guerra santa contra occidente, ¡ni más ni menos! En Egipto esa tesis resultaba aberrante; todo el mundo conocía a Saad Zaghloul, un notable liberal moderno, ferviente admirador de Francia y también, desde hacía poco, de los Estados Unidos. Pero en Washington y en el seno de la delegación estadounidense de la Conferencia de París se tomaron esas acusaciones en serio. Los consejeros de Wilson le recomendaron que se alinease sin demora con la posición de Londres. Esa era, por lo

demás, su tendencia natural y no fue preciso un gran esfuerzo para convencerlo.

EN CUANTO LAS AUTORIDADES BRITÁNICAS tuvieron noticia de la inminente toma de posición estadounidense a su favor, liberaron a Zaghloul y le permitieron ir a Francia. Ese gesto aparentemente conciliador ya no les suponía ningún riesgo.

De hecho, cuando el desterrado y sus acompañantes desembarcaron, rebosantes aún de esperanza, en el puerto de Marsella el 19 de abril de 1919, se quedaron horrorizados al enterarse de que los Estados Unidos acababan de reconocer oficialmente, en un comunicado, la necesidad de mantener el protectorado de los ingleses en Egipto.

Hubo patriotas que se quedaron atónitos y abrumados. Zaghloul, en cambio, se esperaba ese desenlace. En su diario íntimo había anotado, diez días antes: «La voz del presidente Wilson es cada vez más débil. Contábamos con sus palabras y lo veíamos como una profeta de nuestra época, pero sus propios compatriotas lo acusan ahora de doblegarse a los deseos de los ingleses. ¡Solo Dios sabe lo que podría ocurrir!».

No queriendo ceder al desánimo, los patriotas egipcios siguieron camino hacia París, donde solicitaron ver a Wilson. Pero no los recibieron ni el presidente ni ningún miembro de su entorno.

MUCHOS OTROS ACTIVISTAS, EN TODOS los rincones del globo, iban a concebir en esa misma época semejantes esperanzas, tras las que llegaron las mismas desilusiones.

El joven Ho Chi Minh, que estaba por entonces en París, redactó un breve texto llamado *Reivindicaciones del pueblo anamita*, alquiló un traje para esa ocasión y fue a dejar una copia en la sede de las principales delegaciones, y muy en especial en la de los Estados Unidos. Nadie se dignó contestarle. Al poco tiempo, ingresó en el Partido Comunista francés y se fue después a Moscú. En los años y las décadas siguientes iba a convertirse en un miembro activo de Komintern y en un tenaz adversario de Francia y de los Estados Unidos.

ENTRE LAS NUMEROSAS PERSONAS A quienes habían seducido brevemente los principios wilsonianos se hallaba también el joven Mao Zedong. En un texto escrito en julio de 1919 parecía convencido de las buenas intenciones del presidente

estadounidense, pero de que su voz la habían ahogado los demás participantes en la Conferencia de París. «¡Pobre Wilson!», exclamaba el futuro dirigente chino. «Rodeado de ladrones como Clemenceau o Lloyd George» y participando continuamente en reuniones donde únicamente se hablaba de anexiones de territorios y de reparaciones financieras, «no conseguía hacerse oír».

Al igual que Saad Zaghloul, Mao parecía convencido de que si Wilson hubiese podido «seguir los dictados de su corazón» sin que lo baqueteasen los ingleses y los demás «ladrones» nunca habría permitido que ocurrieran tantas injusticias.

LAS PROMESAS DE WOODROW WILSON alimentaron los sueños, durante un tiempo, de la tierra entera. En los Estados Unidos había conseguido incluso seducir a los más eminentes defensores de la causa negra. En su primera campaña electoral, en 1912, el candidato había prometido entre otras cosas conceder un sitio destacado a su comunidad, lo que había movido a varios de ellos, como W. E. B. Du Bois a hacer campaña a su favor. Pero, no bien lo eligieron, Wilson dio media vuelta con total desvergüenza. No solo renunció a nombrar a negros en puestos significativos, sino que se replanteó los pocos nombramientos que habían hecho sus antecesores. Llegó incluso a instalar la segregación racial en el corazón de la administración federal, cosa que ningún presidente había hecho hasta entonces.

Uno de los momentos más pasmosos de su mandato fue cuando en la Casa Blanca se proyectó, en una pantalla recién comprada y ante una hilera de invitados, la película *El nacimiento de una nación*, una ferviente apología del Ku Klux Kan. Fue en febrero de 1915 y las protestas no se limitaron a la comunidad negra.

La tesis que defendía el cineasta D. W. Griffith era que la guerra de Secesión era el resultado de una agresión de la Unión contra los sudistas, contra «su civilización» y su forma de vida. Nada diferente decía Wilson en su obra anteriormente citada, *A History of the American People*. Allí escribía, por ejemplo, que la reconstrucción había «colocado a los hombres blancos del sur bajo la gravosa autoridad de gobiernos apoyados por negros ignorantes»; y que el KKK se había fundado «para proteger al sur» de tales peligros. La película se basaba explícitamente en esas palabras de Wilson, proyectadas en la pantalla con rótulos, como sucedía en tiempos del

cine mudo.

Ese episodio ilustraba hasta unos extremos grotescos lo mucho que el presidente Wilson encarnaba los dislates que se realizaron al finalizar la guerra de Secesión, cuando, para lograr una reconciliación lo más rápido posible, se renunció a reconstruir en profundidad las sociedades sudistas basadas en la supremacía de una raza y decididas a perpetuarla.

EL 26 DE JUNIO DE 2020, la Universidad de Princeton anunció en un comunicado que iba a cambiarle el nombre a su Woodrow Wilson School for Public and International Affairs para eliminar la referencia al antiguo presidente, por considerar que «su mentalidad y sus políticas racistas» hacían que su nombre «no sea apropiado para una facultad universitaria cuyos profesores, estudiantes y antiguos alumnos deben oponerse firmemente al racismo en todas sus formas».

5

SI EL COMPORTAMIENTO DE los vencedores, recién acabada la Primera Guerra mundial, resultó calamitoso (¡con razón se dijo que el tratado de Versalles había causado muchas más víctimas que el conflicto que se suponía que remataba!), sería excesivo imputarle la responsabilidad de ese monumental fracaso únicamente al presidente Wilson. Lo lamentable, en su caso, es que había despertado esperanzas inmensas y las había frustrado. En parte por culpa de los dirigentes de las demás naciones, tanto por su avidez como por sus temores; y también en parte por su propia personalidad, por el entorno sudista en que había nacido y los tenaces prejuicios anclados en él.

No sería, pues, una insensatez afirmar que el enfoque incoherente de la cuestión racial tras la guerra de Secesión acabó teniendo consecuencias trágicas para toda la humanidad y no solo para los Estados Unidos.

En lo referido a Egipto, por ejemplo, no queda más remedio que constatar que la «ventana de lanzamiento» que se le había abierto a medias tras la Gran Guerra y se había cerrado con la «traición» de Wilson, no volvió a darse nunca más.

La revolución de 1919 habría podido encarrilar el país, bajo la égida de Saad Zaghloul, hacia una modernidad ilustrada y socialmente liberal. Ese derrotero se obstruyó definitivamente en las siguientes décadas. Quienes abogaban por ella perdieron toda credibilidad y tuvieron que retirarse entre abucheos, cediendo el sitio a movimientos radicales, sectarios, intolerantes, unas veces hostiles a Occidente y otras sometidos a la voluntad de este, y casi siempre autoritarios.

También aquí sería injusto cargar a un hombre, por mucho que fuera inquilino de la Casa Blanca, con todos los dramas que se derivaron de sus acciones y que humanamente no podía prever. Pero para quienes, como yo, crecieron en países damnificados, en los que se ponían trabas constantemente a la aspiración, al progreso, al desarrollo y a la democracia, las ocasiones perdidas no

se consideran meras peripecias desafortunadas. La Historia no siempre ofrece oportunidades de «repesca» y, si no se reacciona en el momento oportuno y de la manera adecuada, hay países que pueden resultar destrozados, civilizaciones enteras pueden hundirse en el retroceso, incontables poblaciones acaban por sumirse en la desesperación, el rencor, el odio a los demás y el odio a sí mismas.

Al decir esto me limito a describir una realidad que llevo contemplando apenado desde que abrí los ojos al mundo. A saber, que, en numerosas regiones del planeta, desde el centro de Europa hasta el oriente de Asia, pasando por mi Levante natal, los daños que causaron los tratados firmados al acabar la Primera Guerra Mundial fueron enormes, duraderos y a menudo imposibles de remediar.

A LA INVERSA, NO QUEDA más remedio que dejar constancia de que ni esa paz chapucera ni las incoherencias del presidente Wilson influyeron en el trayecto de los Estados Unidos, que siguieron avanzando sin tregua. Ni siquiera la Gran Depresión, que había comenzado en noviembre de 1929 antes de extenderse por el resto del mundo, llegó a frenar su ascenso. Menos de quince años después del terrible «Martes Negro» de Wall Street, que estuvo a punto de socavar los cimientos de su prosperidad, se habían convertido en la primerísima superpotencia de la Historia.

Uno de los factores determinantes de su ascenso al primer puesto fue que decidieron adoptar, al salir de la Segunda Guerra Mundial, una actitud muy diferente a la que tuvieron al finalizar el conflicto anterior. En vez de las promesas no cumplidas que caracterizaron la presidencia de Wilson, hubo un compromiso masivo que incluso superó las expectativas de los beneficiarios. Con resultados innegablemente prodigiosos: sin el Plan Marshall, Europa occidental habría tardado varias décadas en recuperarse de la devastación, y Japón, sin la «terapia de choque» a la que lo sometieron los estadounidenses, no habría hallado en sí fuerza para cambiar de rumbo y obrar el milagro económico que fue el suyo.

Huelga decir que esa generosidad no era desinteresada. ¿Por qué iba a tener que serlo? Aunque Washington pretendiera, contribuyendo a que Europa se recuperase, oponerse a la influencia del comunismo, eso no le quita ningún mérito. Cuando, recién concluido un conflicto, encuentra la forma de que converjan los

intereses propios y los ajenos, aunque fueran los de enemigos contra los que acababa de luchar, se trata de un proceso legítimo y por completo respetable.

DESDE MI PUNTO DE VISTA, en cualquier caso, la actitud de los Estados Unidos en esa encrucijada crucial de la Historia quedará como un modelo de cómo debe comportarse un vencedor. Si hubiesen seguido la misma línea de conducta en sus otras dos victorias del siglo XX (en 1919, al salir de la Primera Guerra Mundial, y en 1989, al salir de la Guerra Fría) se habrían ahorrado, a sí mismos y también a toda la humanidad, muchas tragedias.

No se enmiendan las faltas del pasado, pero no está prohibido soñar en lo que habría sido nuestro mundo si los pueblos colonizados y oprimidos (los egipcios, los chinos, los indios, los iraníes y tantos otros) hubiesen hallado en los Estados Unidos una aliada y una inspiradora en vez de tener que volverse hacia otros modelos; como el de la Unión Soviética, que no pudo proporcionarles ni la democracia ni la prosperidad y, a menudo, los condujo a su ruina.

Del mismo modo, podemos lamentar que los Estados Unidos, cuando salieron victoriosos de la Guerra Fría, no tuvieran el coraje moral de hacerse cargo de la reconstrucción y la democratización de Rusia, como deseaba Mijaíl Gorbachov, en vez de dejar a ese gran país derivar hacia los demonios del nacionalismo, el militarismo y el revanchismo.

Resulta fácil, lo sé, «enderezar el rumbo» *a posteriori*, cuando ya se sabe cuáles han sido las consecuencias de las faltas cometidas. Aun así, no resulta inútil meditar sobre esos trágicos errores si se pretende no volver a tropezar una y otra vez con la misma piedra. ¿Acaso no debería servir para eso, más que para cualquier otra cosa, conocer el pasado?

PERO CIERRO EL PARÉNTESIS PARA reanudar mi breve historia del auge de los Estados Unidos, que supieron elevarse, en cinco o seis generaciones, de la categoría de «colonias rebeldes» a la de primera potencia mundial. Y para detenerme unos instantes en lo que permanecerá, en mi opinión, como una de las páginas más hermosas de esa epopeya.

LOS ESTADOUNIDENSES FUERON A LA Segunda Guerra Mundial con la misma desgana que a la primera. A la mayoría los había

decepcionado la labor del presidente Wilson, tanto es así que el Congreso rechazó el tratado de Versalles y se negó a ingresar en la Sociedad de Naciones. Desde aquel momento la opinión pública tenía una resuelta tendencia al aislacionismo. Para que lo eligiesen y lo reeligiesen, Franklin D. Roosevelt había tenido que jurar por lo más sagrado que nunca metería a su país en una nueva guerra.

Sin embargo, el espectáculo del mundo no lo incitaba ni mucho menos a quedarse de brazos cruzados. En Asia, Japón seguía expandiéndose y sus relaciones con los Estados Unidos se habían vuelto detestables. Mediaba una gran distancia con la época en que el primer Roosevelt, «Teddy», un primo lejano de «FDR», practicaba el *jiu-jitsu* en la Casa Blanca y animaba a sus compatriotas a hacer otro tanto.

Halagados por la admiración que les profesaba ese presidente, los japoneses le habían pedido que mediase en las negociaciones posteriores a su victoria sobre Rusia en 1905. Este cumplió adecuadamente con ese cometido, lo que le había valido al año siguiente el Premio Nobel de la Paz; era la primera vez que esa distinción recaía en un hombre de Estado en lugar de en alguna institución internacional o algún militante pacifista. Pero en Japón los círculos nacionalistas estaban furiosos. Les habría gustado que se le impusieran al zar reparaciones económicas, cosa que el presidente no deseaba. Hubo agitadas manifestaciones en que se acusó a Washington de haber tenido miramientos con los rusos por «solidaridad entre blancos».

Así pues, la mediación estadounidense, que supuestamente iba a asentar una relación de confianza entre ambas naciones, más bien alimentó un recelo mutuo, pues los japoneses acusaban a los Estados Unidos de albergar prejuicios racistas contra ellos y los estadounidenses se mostraban cada vez más desconfiados en lo referido a las ambiciones territoriales del Archipiélago.

En particular, la declarada voluntad de los japoneses de conquistar Manchuria e incluso toda China acabó por despertar en todos los dirigentes estadounidenses una creciente hostilidad que se tradujo en sanciones económicas y diplomáticas.

Durante toda la década de 1930 quedó patente que las relaciones entre ambos países iban a seguir deteriorándose y que existía un gran riesgo de que desembocasen en un enfrentamiento

militar.

UNA DE LAS CONSECUENCIAS DE esa enemistad fue el acercamiento entre el Japón imperial y la Alemania nazi. Al ser presa ambos países de la misma fiebre nacionalista, se encontraban por el camino con los mismos adversarios. Y, aunque el tratado de alianza que firmaron en noviembre de 1936 recibió el nombre de «pacto anti-Komintern», se oponía ante todo a los Estados Unidos, el Imperio británico y las demás potencias occidentales que tenían posesiones en Asia, como Francia y los Países Bajos. De hecho, las ambiciones de Tokio en el Pacífico fueron lo que impulsó a los estadounidenses a salir de su semi-neutralidad para implicarse de lleno en la Segunda Guerra Mundial y en todos los campos de operaciones.

Franklin Roosevelt, que había observado con creciente inquietud cómo avanzaba paulatinamente el nazismo y luego cómo las tropas alemanas conquistaban Europa continental, empezó por ayudar a Gran Bretaña con dinero y armas al tiempo que se abstenía de entrar directamente en la guerra, que era algo que la opinión pública estadounidense seguía rechazando. Incluso cuando pidió a sus conciudadanos que lo eligieran para un tercer mandato, en noviembre de 1940, cuando los alemanes se habían apoderado ya de París, Bruselas, Ámsterdam, Copenhague, Oslo y Varsovia, y se dedicaban a bombardear Londres, el presidente había tenido que volver a prometer que no arrastraría a su país a la guerra que estaba en marcha. El ataque sorpresa de los japoneses, en la madrugada del 7 de diciembre de 1941, contra la base naval de Pearl Harbor, en Hawái, tuvo el efecto de levantar en el acto todos los obstáculos para implicarse directamente, tanto en el frente europeo como en el asiático.

La intervención estadounidense fue masiva y de una eficacia temible. En pocos meses cambió el curso de la guerra y también el de la Historia, puesto que situó a los Estados Unidos en un estatus de preeminencia que ninguna potencia había alcanzado anteriormente. Un estatus que iba a durar varias generaciones y que, mientras escribo estas líneas, aún perdura, aunque cada vez esté más cuestionado.

EN TOKIO, PESE A LA decisión de las más altas instancias de provocar una guerra con los Estados Unidos, pocos dirigentes se hacían

ilusiones sobre la capacidad que tenía su país de salir victorioso de semejante enfrentamiento. Lo que convierte su ataque a Pearl Harbor en uno de los pasos en falso más pasmosos de la Historia, como ya he tenido ocasión de subrayar.

Y también en Berlín, los dirigentes más lúcidos, como Albert Speer, ministro de Armamento, entendieron de inmediato que la entrada de los Estados Unidos en la guerra significaba que el Tercer Reich ya no tenía ninguna oportunidad de ganar la guerra que había desencadenado. Bastaba con comparar la capacidad de producción de la industria militar alemana con la de los Estados Unidos para darse cuenta de que ya no cabía duda de cómo iba a acabar la contienda. A título de ejemplo y solo por ofrecer un término comparativo, entre 1941 y el final de la guerra, Alemania y Gran Bretaña pudieron producir en sus fábricas, una cantidad casi equiparable de aviones militares: casi 88 500 cada una. Japón pudo producir unos 62 000 y la Unión Soviética, 120 000. Los Estados Unidos, en el mismo período, habían fabricado 280 000 aparatos…

He escogido ese indicador porque es claro y elocuente. Hay muchos otros, referidos al volumen de tropas y a la calidad o la cantidad del armamento del que disponían. Y también a otros factores que no desempeñaron un papel visible en el conflicto, pero que incidieron en las mentes, sobre todo el hecho obvio —tan obvio que pocas veces siente nadie la necesidad de mencionarlo— de que el territorio de los Estados Unidos, sus ciudades y sus fábricas, jamás se hallaron bajo fuego enemigo. No ocupados, ni bombardeados, ni siquiera seriamente amenazados. «*Fortress America*» tenía, y con motivo, la sensación de estar fuera de todo alcance y de disponer de todo el tiempo y de toda la serenidad precisos para terminar la guerra victoriosamente.

De forma tal que la historia de este conflicto mundial, desde que los Estados Unidos entraron en la guerra, fue la de una inevitable reconquista. A veces lenta, a veces rápida, pero siempre en la misma dirección, sin que en ningún momento el curso de la guerra se viera seriamente trastocado.

EN EL FRENTE EUROPEO, EL año 1942 fue el último en que las fuerzas del Eje tuvieron aún algunas victorias. Pero ya había empezado el repliegue. Tras haber recuperado el norte de África, los aliados se lanzaron al asalto de Italia, causando la caída de Mussolini en julio

de 1943. Luego, en junio de 1944, llegó el desembarco de Normandía, preludio de la liberación de Francia, el ataque contra la propia Alemania y el hundimiento del Reich, que capituló sin condiciones en mayo de 1945.

Y, en el frente asiático, a las fuerzas estadounidenses les bastaron seis meses para anular los efectos del ataque de Pearl Harbor. Les llegó entonces a las fuerzas japonesas el inevitable repliegue, que los sacrificios de los soldados ralentizaron a veces, sin poder interrumpirlo. Luego vino, como de todos es sabido, ese desenlace sin precedentes: dos bombas atómicas lanzadas contra Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945, que causaron cientos de miles de víctimas y obligaron al país a admitir su derrota.

El País del Sol Naciente vio entonces llegar a sus costas, noventa y dos años después que el comodoro Perry, a otro militar estadounidense, el general MacArthur; no ya como un visitante turbulento, sino como el auténtico dueño y señor del Archipiélago.

6

AL SALIR DE LA Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos se habían convertido, sin discusión, en la primera potencia militar de la tierra, la única que tenía el arma atómica. Eran igualmente, con diferencia, la potencia económica predominante, hasta tal punto de que el dólar se había impuesto como la moneda de referencia del sistema financiero internacional. Y eran también, política e ideológicamente, el líder reconocido del bando occidental.

Su puesto era tan preeminente que, cuando se quiso fundar una organización que agrupase al conjunto de las naciones, unidas contra las fuerzas del Eje, fue en Nueva York donde se estableció su sede, antes que en Ginebra, donde se había alojado la difunta Sociedad de Naciones. Definitivamente, en cierto sentido el centro del mundo se había desplazado al otro lado del océano.

A los Estados Unidos solo les quedaba un motivo de preocupación: el comunismo. Que crecía, que se propagaba, y al que el viento de la Historia parecía dar alas. Iban a pasarse medio siglo dedicados a combatirlo en todos los frentes y todos los ámbitos. Un período turbulento, tenso y peligroso, durante el que los estadounidenses conocerían muchos fracasos, e incluso unos cuantos cataclismos memorables, pero de los que acabaron por salir victoriosos.

EN EUROPA, LA UNIÓN SOVIÉTICA, tras haber estado a punto de venirse abajo al invadir su territorio las divisiones blindadas alemanas en junio de 1941, se había recuperado rápidamente, gracias en parte a la ayuda que le habían proporcionado Washington y Londres; había tenido en Stalingrado una victoria decisiva; luego, sus tropas habían salido en persecución del enemigo hasta Berlín. Al acabar la guerra, el Ejército Rojo ocupaba la mitad oriental del continente, en especial Polonia, Hungría, Bulgaria, Rumania y Checoslovaquia, así como buena parte de Alemania; e incluso en la mitad occidental, en países de tanta importancia como Francia e Italia, los partidos comunistas constituían fuerzas políticas de primer orden.

En Asia oriental, el comunismo también progresaba deprisa. Una

parte importante del territorio chino estaba ya en manos de Mao Zedong, quien, en 1949, cuatro años después del final de la guerra mundial, iba a entrar en Pekín para proclamar allí el nacimiento de una República Popular basada en el pensamiento de Marx y Lenin. Tanto en el norte de Corea como en el norte del Vietnam, las zonas que controlaban los combatientes comunistas se habían convertido también en Repúblicas Populares.

EN TODOS LOS CONFLICTOS Y las crisis por los que pasaba el planeta, se detectaban ahora de una forma u otra los reflejos del enfrentamiento central entre «el Este» y «el Oeste», el comunismo y el capitalismo. Y, como las principales potencias de ambos bandos se esforzaban en evitar que sus fuerzas armadas se enfrentasen directamente, apareció la costumbre de hablar de una guerra «fría». Pero era una auténtica guerra, despiadada, intensa, incesante, integral, y no en todas partes era «fría». Algunas de sus batallas causaron miles de víctimas, como en Corea, Indochina, Indonesia, Afganistán, Oriente Próximo, América Latina o África austral.

Ninguno de sus protagonistas puede jactarse de haber reñido ese combate sin mancharse las manos. En los países que gobernaban, los comunistas se mostraron continuamente tiránicos e insensibles ante los padecimientos de sus administrados. Los dirigentes occidentales se mostraron mucho más respetuosos con sus pueblos, pero su comportamiento con el resto del mundo se caracterizó a menudo por un uso desmedido de la fuerza no bien consideraban que sus intereses estaban amenazados.

HABIENDO ZANJADO LA HISTORIA EN pro de unos y en contra de los otros, resulta difícil hoy darles el mismo trato. Pero es sensato recordar que había en ambos campos cínicos e idealistas, verdugos y víctimas; que ambas doctrinas rivales se cimentaban en principios universales completamente honorables que no siempre respetaban; que ambas produjeron obras intelectuales, literarias y artísticas de gran valor; y que los numerosos conflictos en los que consistió la Guerra Fría no pueden resumirse en un enfrentamiento simplista entre un «imperio del Mal» y un «imperio del Bien».

Dicho lo cual, no queda más remedio que admitir que la victoria de unos y la derrota de los otros no eran inmerecidas. El fracaso de la Unión Soviética no fue fruto solo de las artimañas del bando contrario, sino de la quiebra del modelo que pretendía edificar.

Supuestamente, su sistema económico centralizado debía funcionar mejor que el otro, ya que en teoría era más racional, más «científico», menos caótico; pero la realidad que todos pudieron comprobar fue que el dirigismo, que tenía la pretensión de ser racional, solo produjo ineficacia, absurdo y caos.

La quiebra política no fue menos concluyente. Al abstenerse de poner en marcha un sistema con el que los ciudadanos pudieran identificarse y vincularse, el poder comunista permitió que se desarrollasen en la población el desánimo, el cinismo y una desconfianza generalizada hacia los dirigentes, sus discursos, sus creencias y sus promesas.

AÑADIRÉ QUE LA ESTRATEGIA DE los Estados Unidos durante la Guerra Fría resultó, en conjunto, notablemente adecuada. Es innegable que la decisión de implicarse plenamente en la reconstrucción de Europa y de Japón fue todo un éxito. Hasta el final de la Guerra Fría, la comparación entre los países de la Europa del oeste y los de la Europa del este fue un factor determinante para orientar las elecciones de todos los pueblos del continente. Y el ejemplo del éxito japonés, una inspiración para los pueblos de Asia, sobre todo de Corea del Sur, antes de «convertir» incluso a la enorme China a la economía de mercado.

No menos juiciosa fue la decisión estadounidense de «contener» al antiguo aliado soviético, oponiéndose firmemente a sus intentos de expansión en todos los terrenos y en todos los continentes. Retrospectivamente, queda claro que era la única actitud posible para salir victorioso de ese enfrentamiento; las otras dos vías posibles, tanto la de una política de pacificación con Stalin como una reanudación inmediata de la guerra mundial mediante un ataque al Ejército Rojo habrían llevado a ambas a un desastre. La idea que ya desarrolló en 1946 el diplomático estadounidense George Kennan preveía que, si se «contenía» al sistema soviético de forma eficaz, acabaría por hundirse él solo sin que fuese menester guerrear directamente con él, y así fue exactamente como sucedió.

Pero si la estrategia del *containment* fue, en conjunto, juiciosa e incluso podría decirse que visionaria, algunas de las elecciones por las que se decantaron los Estados Unidos durante la Guerra Fría resultaron calamitosas y causaron serios «daños colaterales» cuyos efectos se siguen notando.

Igual que ocurrió en tiempos del presidente Wilson, muchas naciones de África y Asia, que se disponían a dar los primeros pasos en la escena internacional, tenían la esperanza de que los estadounidenses fueran para ellos un apoyo, o incluso unos padrinos benévolos. Una vez más, por desgracia, sufrieron una decepción. Los Estados Unidos, que se habían dejado convencer, en 1919, de que la agitación patriótica que promovían los notables egipcios era en realidad un complot bolchevique, tenían en adelante razones más serias para ceder a ese temor. Los comunistas estaban metidos necesariamente en todos los movimientos independentistas del planeta, y quien estuviera obsesionado con «la mano de Moscú» podía tener la seguridad de hallarla por alguna parte.

Así fue cómo los Estados Unidos arremetieron una y otra vez contra adversarios que habrían podido tener perfectamente como aliados y amigos.

EN IRÁN, POR EJEMPLO, EL doctor Mosaddeq, un eminente jurista democráticamente elegido para ponerse al frente del Gobierno, quería que su país tuviera soberanía sobre sus recursos petroleros, que hasta entonces habían controlado los británicos dejándoles a los iraníes solo unas migajas. Al presidente Truman, que estaba acabando su mandato, esas reivindicaciones le parecían completamente legítimas. Pero cuando su sucesor, Dwight Eisenhower, entró en la Casa Blanca en 1953, recibió en el acto la visita de Winston Churchill, que había ido a explicarle que Mosaddeq era en realidad una marioneta que manejaban los comunistas. Para plantar cara a ese «peligro», se encargó a la CIA que organizase un golpe de Estado, disfrazado de sublevación popular que derrocó al Gobierno legal y devolvió a los occidentales por veinte años el control del petróleo iraní.

El agente a quien confiaron esa misión era un nieto de Theodore Roosevelt, Kermit Junior, conocido por «Kim», quien contó más adelante los detalles de la operación en una obra titulada *Countercoup*, que se publicó en las semanas siguientes a la Revolución Islámica de 1979. La obra es sorprendentemente cándida al referir los detalles de la operación, aunque en ningún momento cuestiona su pertinencia. Según él, no podía negarse la existencia de una amenaza comunista que había que combatir a toda costa y por todos los medios.

Cierto es que había entre los dirigentes iraníes de entonces elementos del partido Tudeh, rama local del movimiento comunista internacional, que empujaron al jefe del Gobierno a adoptar posturas radicales, tales como la nacionalización del petróleo. Pero Mosaddeq no tenía, ni por sus convicciones, ni por su temperamento, ni por sus orígenes, ni por su visión estratégica, el mínimo motivo para alinearse con Moscú. Antiguo alumno del instituto de Ciencias Políticas de París y de la universidad suiza de Neuchâtel, hijo de un antiguo ministro de Economía con vínculos familiares con la dinastía Kayar, que había reinado desde finales del siglo XVIII hasta principios del XX y luchado constantemente contra las injerencias territoriales de los rusos, podría haberse convertido perfectamente en un firme aliado de Washington. De haber existido el deseo de tejer vínculos con él y de mostrarse comprensivo con sus reivindicaciones más legítimas, tanto Irán como los Estados Unidos se habrían ahorrado muchos sufrimientos. El sentido común habría recomendado ir por ese camino, pero la lógica del enfrentamiento total entre los dos bandos mundiales encarriló a los protagonistas en una dirección muy diferente.

Sería desde luego presuntuoso, setenta años después de esos hechos, afirmar de forma perentoria que, de todas formas, Mosaddeq se habría convertido en un adversario de Occidente. No obstante, todos cuantos escribieron sobre ese tema, sobre todo responsables e investigadores estadounidenses, así como los testigos directos de aquellos acontecimientos, me hace suponer que los Estados Unidos erraron el camino en esa cuestión y que habrían podido ahorrarse a sí mismos y ahorrar al pueblo iraní muchos sufrimientos si hubiesen sabido resistirse a la paranoia anticomunista de aquellos años. Que no siempre era injustificada, sin duda, pero que fue a menudo mala consejera.

EN EL PRÓLOGO DE SU relato, fechado el 15 de marzo de 1979, Kim Roosevelt escribió: «Este libro concluye con un triunfo… A finales del verano de 1953, el sah me dijo con sinceridad: “Debo mi trono a Dios, a mi pueblo, a mi ejército y a vosotros”. Ese “vosotros” se refería a mí y a los dos países a los que yo representaba, Gran Bretaña y los Estados Unidos. Todos éramos unos héroes. Ahora, por desgracia, ha dejado de ser cierto. Lo que había sido una historia heroica se ha convertido en una historia trágica».

Estas líneas podrían resumir muchas victorias de Washington durante la Guerra Fría y que acabaron teniendo un sabor amargo. Bien porque los Estados Unidos se opusieron encarnizadamente a hombres cuya retórica les desagradaba, pero a los habría podido convertir en amigos: aparte de en Mosaddeq, estoy pensando en el congoleño Lumumba, en el ghanés Nkrumah, en el indonesio Sukarno y en unos cuantos más; bien porque se aliaron con fuerzas intrínsecamente retrógradas que albergaban tanto odio por los occidentales como por los comunistas.

Tal fue, especialmente, el caso de Afganistán, donde propiciaron y estimularon un levantamiento yihadista contra la Unión Soviética que debilitó considerablemente a esta y contribuyó a su hundimiento; sin preocuparse por el hecho de que ese movimiento, una vez desbocado, iba a volverse con rabioso odio contra los propios Estados Unidos y a causarles en su propio territorio muy serios tormentos.

CUANDO, A FINALES DE LA década de 1980, los Estados Unidos salieron vencedores de esa larga y peligrosa guerra fría, muchos pensaron que su victoria iba a ser definitiva y conduciría a la instauración de un nuevo orden internacional que ellos iban a inspirar, a garantizar y, seguramente, incluso a dirigir. En adelante no habría ya en todo el planeta más que un único modelo de sociedad, que todos aceptarían, y una única superpotencia de primacía incontestable. Los acontecimientos del mundo se tornarían insignificantes y los cronistas del tiempo dejarían de escribir por no tener ya nada que contar.

Pero la Historia, cuya muerte se arriesgaban algunos a anunciar, solo estaba «atronada», por así decirlo. No iba a tardar en levantarse y en volver a dar tumbos en direcciones imprevistas. Porque, por descontado, la aventura humana no se detiene nunca; y también porque la potencia ganadora resultó incapaz de administrar de forma adecuada su supremacía para consolidarla y perpetuarla.

7

CUANDO EXAMINAMOS LA TRAYECTORIA de países tan diferentes como Japón, Rusia, China y los Estados Unidos, acabamos lógicamente por preguntarnos por qué uno u otro pudo en algún momento «perder la cabeza» y hacer peligrar así el beneficio de las realizaciones que había sabido llevar a cabo. Me cuidaré muy mucho de buscar en este aspecto leyes universales, conformándome con la que, está claro, es inherente a la condición humana, a saber, que existe en todos los que consiguen cierta preeminencia un inicio de ceguera y un peligro de embriaguez.

Cuando los dioses quieren destruir a alguien, lo vuelven soberbio, decían los antiguos griegos. En su mitología, donde a los sentimientos los representaban divinidades alegóricas, la soberbia se llamaba Hibris. Todos los hombres que consiguen encumbrarse por encima de sus semejantes por su estatus, riqueza, poderío, talento o, incluso, por su santidad, se cruzan antes o después, por el camino, con esa tentadora. Y muy pocos son los que saben resistírsele. Esto es cierto tanto para los individuos como para las comunidades humanas y particularmente para las naciones. Las cuatro a cuya trayectoria acabo de referirme no infringen ni mucho menos esta norma. Cada una de ellas tenía el legítimo deseo de enmendar las injusticias y cada una de ellas acabó por cometer, a veces en contra de su voluntad, injusticias aún más flagrantes.

El Japón de la era Meiji quería sublevarse contra las injerencias del hombre blanco y demostrar la inanidad de los prejuicios racistas; lo logró admirablemente, ganándose así el agradecimiento de todos cuantos han padecido, durante el paso de los siglos, vejaciones semejantes. Pero, en vez de persistir en ese mismo combate, no tardó en albergar a su vez sueños de conquista y prejuicios supremacistas que lo condujeron al precipicio. Menos mal que, en una segunda redención, supo mantener a salvo el honor de su primer ímpetu y devolver a su civilización una proyección planetaria.

Rusia también se había encomendado la misión de luchar contra

una gigantesca injusticia, la más universal de todas, puesto que no afectaba solo a una nación o a una raza, sino a los trabajadores del mundo entero y a todos los pueblos oprimidos. Ninguna lucha tenía unos principios más nobles, ninguna era más ambiciosa, realmente a la medida del país más extenso del mundo. Por desgracia, en pocos años al paraíso lo convirtió en infierno la rigidez de una doctrina, la esclerosis de un sistema y la desmesura sanguinaria de un hombre. Posteriormente a Stalin, Rusia intentó más de una vez volver a ponerse en pie, pero los destrozos habían sido tantos que nunca consiguió repararlos.

En el caso de China, que se había considerado durante mucho tiempo el «Centro» del mundo y había padecido luego durante siglos humillaciones insoportables, es comprensible que experimentase un justificado orgullo y un comienzo de embriaguez el día en que por fin pudo salir de la pobreza y el atraso. Empezó a soñar en voz alta con un tiempo en el que sería o volvería a ser la primera potencia del planeta, la más fuerte, la más rica, la más respetada y en el que la humanidad entera volvería a vibrar al ritmo de las rutas de la seda.

El principal artífice de la modernización del país, Deng Xiaoping, había recomendado, sin embargo, contención, discreción y modestia; sus sucesores, se fueron alejando poco a poco de sus sabios preceptos, pero es aún demasiado pronto para decir si ese distanciamiento va a continuar o si se reanudará el día de mañana la circunspección que él defendía.

VOLVIENDO A LOS ESTADOS UNIDOS, que conservan hasta ahora su preeminencia mundial, me parece que su *hibris* es más comprensible que la de los demás. Porque los acontecimientos los situaron en una posición tan dominante que les habría resultado difícil no padecer el «vértigo de las alturas»; y porque pueden vanagloriarse legítimamente de haber construido la nación más poderosa, la más próspera, la más influyente y la más dinámica de todas.

Sin duda el país tiene fallos en uno u otro ámbito, y he mencionado algunos; pero, si consideramos el conjunto de su recorrido, el conjunto de sus realizaciones, desde sus modestos comienzos hasta el día de hoy, está claro que se trata de una de las vivencias más logradas de toda la historia de la humanidad. En

particular, la contribución de este país al «invento» de nuestra civilización contemporánea, tanto material cuanto intelectual, es la más determinante de todas. Lo esencial de lo que es nuestra actual forma de vida y que nos diferencia tan radicalmente de las generaciones anteriores se lo debemos en primer lugar a los Estados Unidos.

Un éxito innegable, pues, y sobre el que no me costaría explayarme. Crecí en un entorno familiar en el que se veneraba a los Estados Unidos, sus campus universitarios, su eficacia, su creatividad, su pasmosa capacidad para acoger y para integrar, así como su sistema político, tan ingenioso y equilibrado, que fue un elemento esencial de su éxito. Sigo compartiendo esa maravillada admiración y hoy aún sería el hombre más feliz de la tierra si mi patria adoptiva, Europa, se decidiese por fin, como lo desearon Victor Hugo, Stefan Zweig y tantos otros, a construir su propia federación de «Estados Unidos» según el modelo de Norteamérica.

Dicho lo cual, debo añadir, muy seriamente, que en su papel de «potencia tutelar» de la humanidad, que empezaron a asumir durante la Primera Guerra Mundial, que consolidaron al acabar la segunda y que ejercieron casi a solas desde el final de la Guerra Fría, los Estados Unidos no supieron alcanzar la «altura» adecuada, lo que supone un riesgo de consecuencias dramáticas para el conjunto de la humanidad, así como para sí mismos.

UNO DE LOS EPISODIOS MÁS reveladores de esa «insuficiencia» es su prolongada malandanza en Afganistán. Cuando se retiraron de ese país a finales de agosto de 2021, de una forma bastante caótica, los responsables estadounidenses explicaron que lo habían hecho lo mejor que habían podido y estaban, desde luego, convencidos de ello. De hecho, sus argumentos parecían irrefutables: ¡los Estados Unidos se habían gastado en ese país casi un billón de dólares en veinte años con unos resultados nulos! ¿No es esa, acaso, la prueba de la buena voluntad del «médico» y de la incurabilidad del «enfermo»?

No obstante, cuando miramos algo más de cerca esas cantidades, tal y como las recopilaron en Washington los organismos oficiales encargados de supervisar los gastos, más que quedarnos impresionados por el calado de ese compromiso, nos quedamos sencillamente espantados. Porque descubrimos que la casi totalidad

de ese astronómico *trillion* se dedicó al esfuerzo militar. Para ser exactos: el noventa y cinco por ciento se gastó en las tropas estadounidenses, sus armas, sus municiones, su abastecimiento, sus instalaciones, así como en la formación de los soldados autóctonos; y si se resta de lo que queda lo que fue a parar a algunas agencias estadounidenses encargadas de misiones específicas, se comprueba que la parte *realmente dedicada* al desarrollo de Afganistán solo representó el dos por ciento del total, apenas más de veinte mil millones en veinte años, es decir, mil millones de dólares al año. Para un país que contaba, en el momento de la retirada estadounidenses, con más de cuarenta millones de habitantes, no es que resulte muy impresionante.

Cabría pensar que los Estados Unidos, deseosos de ganarse «el corazón y el alma» de las poblaciones afectadas, iban a desarrollar una red de escuelas y de universidades; carreteras, autopistas, estaciones, aeropuertos; y también empresas dinámicas, con fábricas, granjas con maquinaria, laboratorios, redes de distribución, etc. ¿Quién mejor que la gran Norteamérica podía llevar a cabo semejante modernización y favorecer así que empezaran a proliferar los profesionales competentes y se creara una clase media fuerte partidaria de la estabilidad, el progreso, la apertura y el rechazo visceral a ese retroceso que representan los talibanes? Pero por desgracia la superpotencia se encerró en un enfoque centrado en aplacar el conflicto, y se condenó así al fracaso.

El movimiento islamista, que había quedado al principio vencido y desacreditado, fue poco a poco recuperando terreno, lo que condujo al cataclismo de 2021. Del que los Estados Unidos tardaron muy poco en recuperarse, pero del que Afganistán no se recuperará. Hoy lo tiene en un puño el Gobierno más retrógrado del planeta después de haber tenido como mentor al país más avanzado. ¡Un lamentable fracaso! ¡Una tragedia! ¡Una vergüenza!

POR MUCHOS PUNTOS DE EXCLAMACIÓN que añada no se oirá mi indignación. Porque el relato estadounidense del desastre cuenta con todas las apariencias de la verdad. ¿Quién puede creerse de verdad hoy que un país musulmán podría haber sido un ejemplo de desarrollo? ¿Para qué intentar demostrar que Afganistán podría haber avanzado en una dirección muy diferente, la de la

modernidad, la prosperidad y la dignidad bien entendida? ¿Que sus mujeres podrían haberse evadido de la atroz esclavitud que les imponen? Sin embargo, estoy convencido de que los estadounidenses se habrían ahorrado mil contrariedades si, por ejemplo, hubiesen entregado el poder al antiguo rey Mohammed Zahir Shah, un personaje respetado que vivió mucho tiempo exiliado en Roma; habrían dejado a su cargo el delicado equilibrio entre las etnias, las tribus, los clanes y las provincias, mientras ellos, sin el lastre de esa ingrata carga, se habrían dedicado desarrollar el país, sus infraestructuras y su economía, dejando tan solo *in situ*, para garantizar la estabilidad del poder, una presencia militar modesta, discreta, consensuada y barata.

No, no vale la pena andar deliberando. Por muy poderosos que sean los Estados Unidos, con una democracia notable y recursos ilimitados, hay responsabilidades que no son capaces de asumir. El informe muy detallado que preparó, a petición del Congreso, el Special Inspector General for Afghan Reconstruction lo dice con mucha candidez y apenas si lo estoy parafraseando: ¡No sabemos cómo llevar a cabo este tipo de reconstrucción y si tuviésemos que empeñarnos en una tarea así en los años venideros fracasaríamos exactamente igual!

Pero dejemos de lado a Afganistán. Olvidemos incluso a todo el mundo arabo-musulmán, cuya crisis es tan profunda en la actualidad que constituye una cómoda explicación para todos los fallos, los suyos y los de los demás. Y volvamos mejor la mirada hacia otra región del mundo donde el modelo estadounidense podría haber causado el más sano de los «contagios». Me refiero a Latinoamérica. No deja de ser inquietante que la prosperidad de la gran nación estadounidense se haya extendido tan poco al sur de su frontera durante los ciento cincuenta últimos años y que los efectos de su éxito hayan sido tan poco beneficiosos en una región en la que tiene vara alta desde el siglo XIX.

No faltan motivos para que a los «yanquis» los aborrezcan tanto sus vecinos del sur como Europa central a los rusos y Corea a los japoneses. No cabe duda de que los pueblos hispanoamericanos admiran a su gran vecino del norte, pero padecen con su proximidad. «¡Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos!», exclamó el presidente Porfirio Díaz, a cuyo país

no dejó de maltratar su excesivamente poderoso vecino. Y si un antiguo alumno de las escuelas católicas como Fidel Castro se encrespó tanto como para alinearse con los soviéticos, fue porque la única elección que se le brindaba a un cubano de su generación era o ser el lacayo de los Estados Unidos o ser su enemigo, nunca un auténtico socio con un trato de igual a igual.

En todos los países del Nuevo Mundo, a los patriotas que luchaban por la dignidad de sus respectivas naciones, igual que habían hecho los norteamericanos frente a los colonizadores británicos, Washington los trató como a adversarios y los combatió encarnizadamente. Su crimen era las más de las veces no haber querido doblegarse ante los intereses de las compañías estadounidense, ya fueran mineras, frutícolas o financieras.

Puede objetarse que la misión de los Estados Unidos no era construir la prosperidad o la democracia de sus vecinos y que les resultaba normal comportarse obedeciendo a sus propios intereses. No cabe duda de ello si se consideran una potencia entre tantas otras. Pero si tienen la ambición de ser la única superpotencia y de asumir, en cierto modo, un magisterio político y ético en su continente y a nivel mundial, eso es algo que les impone forzosamente obligaciones de otro orden.

UNA DE ESAS OBLIGACIONES ES dar ejemplo en lugar de abusar de su tamaño para tener «bula» o prebendas, o sencillamente para hacer lo que les plazca.

Cuántas veces ha ocurrido, en estos últimos años, que los estadounidenses peleen con determinación por una causa, animando a los demás adherirse a ella… para luego bajarse del carro. Sí, dicen, hay que crear un tribunal para los crímenes de guerra. ¡Pero de ninguna manera podrá juzgar a nuestros propios ciudadanos!

Esa propensión a no doblegarse ante las órdenes «promulgadas para los demás» resultó ser especialmente flagrante en las intervenciones militares que hubo tras la caída del muro de Berlín, en noviembre de 1989, y cuando los Estados Unidos ascendieron al rango de única superpotencia.

AL PRINCIPIO NO HUBO PERCANCES. De modo que, en agosto de 1990, cuando Sadam Husein invadió Kuwait, Washington tenía tanto prestigio y la agresión era tan flagrante que la casi totalidad de los

países del planeta se colocaron tras la bandera estrellada. El ejército estadounidense, actuando realmente en nombre de la comunidad internacional, infligió un severo castigo al dirigente iraquí.

Semejante unanimidad no se había visto nunca hasta entonces. Y no se ha vuelto a repetir. Antes de que acabase el siglo ya había saltado hecha pedazos.

Una grave crisis sacudía por entonces a la antigua Yugoslavia y los Estados Unidos querían volver a reunir una coalición mundial para castigar al dirigente de Belgrado, Slobodan Milošević, considerado no sin razón el principal responsable de esa deriva. Lo que estaba a la orden del día era la cuestión de Kosovo, una provincia que había pertenecido durante mucho tiempo a Serbia, pero cuya población, que se había vuelto mayoritariamente musulmana y de lengua albanesa, reclamaba su independencia. En esta ocasión algunas potencias se mostraban reacias, sobre todo Rusia, que se negaba a asociarse a una coalición que iba en contra de sus correligionarios ortodoxos. Y China también expresaba sus reservas. Como esos dos países tenían derecho de veto en el Consejo de Seguridad, la ONU no lo aprobó.

Por eso que no quede, dijo el presidente Bill Clinton, intervendremos en nombre de la OTAN. No era lo mismo, ya que esta no es más que una alianza que agrupa a determinado número de países de Europa o de Norteamérica y no la expresión de un consenso internacional. Pero Washington no quería andarse con sutilezas. Se emprendió la operación militar, sobre todo con bombardeos aéreos masivos, y desembocó en la caída de Milošević.

La lección de esta campaña, que se desarrolló entre marzo y junio de 1999, fue que la superpotencia podía hacer lo que se le antojase, con o sin consenso, y que no había que intentar impedírselo.

CUATRO AÑOS DESPUÉS, CUANDO LOS Estados Unidos decidieron invadir Iraq, fue la propia OTAN la que se negó a participar. Dos de sus países más importantes, Francia y Alemania, consideraron que las razones invocadas para justificar una guerra no bastaban y que el argumento que alegaban los estadounidenses, a saber, que Bagdad había desarrollado armas de destrucción masiva, era poco convincente. Por eso que no quede, dijo el presidente George W. Bush, invadiremos pese a todo, sin la ONU y sin la OTAN,

sencillamente con «una coalición de quienes quieran», «*a coalition of the willing*», una expresión bastante informal.

Aunque la mayoría de los países y buena parte de la opinión pública (sobre todo el Reino Unido, el principal aliado de Washington) criticaron la operación, militarmente resultó ser un éxito. Quienes habían pronosticado una batalla feroz en torno a Bagdad recibieron un mentís tajante. La capital iraquí cayó sin resistencia y las estatuas del tirano se desmontaron ante los ojos del mundo entero.

Imágenes sobre las que deberían meditar todos aquellos que creían que podían plantarle cara a la superpotencia, tanto si eran sus adversarios como sus reticentes aliados. Cuando su formidable maquinaria se pone en marcha de nada sirve cerrarle el paso ni intentar contenerla.

AQUELLO ERA PARA LOS ESTADOS Unidos lo que la lengua inglesa llama púdicamente «*a mixed blessing*», un eufemismo que da a entender que la aparente «bendición» encubre una maldición. En aquel caso, la destacada victoria militar y la caída del dictador iraquí dejaron a los estadounidenses a cargo de un país que tenían que reconstruir y volver a poner en pie, una tarea que fueron incapaces de cumplir. No tenían nada previsto, no habían preparado nada. Ni para Iraq ni para los demás países donde les ha parecido útil intervenir en las últimas décadas.

Lo que habían llevado a cabo con gran éxito al acabar la Segunda Guerra Mundial, en Europa occidental con el Plan Marshall y en Japón con la «terapia de choque» del general MacArthur, nunca pudo repetirse. Cada vez que los Estados Unidos lo intentaron demostraron su incompetencia. Seguramente la población local no les importaba lo suficiente para intentar modernizarla de verdad ni para tomarse en serio su real anhelo de democracia. Muchas ocasiones se desperdiciaron así.

Entre las «maldiciones encubiertas» hay una que quienes están tan acostumbrados a ganar suelen subestimar: es precisamente la que se deriva del sentimiento de ser invencible.

Cierto es que los estadounidenses han padecido reveses en algunas guerras «periféricas», de las cuales la más traumática fue la de Vietnam y la más reciente la de Afganistán. Pero, a nivel global, siguen invictos y su posición, en lo más alto de la jerarquía de las

potencias, no ha dejado de reforzarse merced a las grandes guerras, calientes o frías. Lo que les proporciona, en mucho mayor grado que a todos los demás países, una inmensa confianza en sí mismos e incluso la certidumbre de poder salir vencedores de todas las pruebas y de todos los desafíos.

Sin estar en modo alguno injustificado, ese sentimiento de ser invencibles puede resultar calamitoso. Una de sus consecuencias para los Estados Unidos es que no sienten la necesidad de edificar instituciones internacionales sólidas y respetadas. ¿Por qué fijar normas coercitivas cuando pueden imponérselas a los demás sin tener que obedecerlas ellos? Los ricos y los fuertes siempre tienen la sensación de que las leyes protegen sobre todo a los pobres y a los débiles, lo cual es cierto; tienen tendencia a olvidar que su primer cometido es preservar el orden establecido y que, por ello, constituyen para los propios poderosos una protección a menudo mucho mejor que la de la fuerza bruta.

RETROSPECTIVAMENTE, ESTÁ CLARO QUE EL «periodo de gracia» del que gozaron los Estados Unidos al concluir la Guerra Fría debería haberse aprovechado para construir un nuevo sistema internacional en el que sus antiguos enemigos, sus rivales y todos los demás actores de la escena internacional habrían hallado su puesto. Un sistema así le habría garantizado seguramente a Washington cierta perennidad.

Pero es fácil acusar *a posteriori* a los Estados Unidos, que tuvieron que navegar sin brújula por aguas desconocidas y turbias. No solo tenían que «interpretar» el papel de superpotencia mundial, sino que tenían que «crearlo» de arriba abajo. Lo que exigía a sus dirigentes una lucidez, una creatividad y una magnanimidad inmensas, que no siempre tuvieron.

Estoy convencido de que todos los rivales de «la ciudadela de Occidente» habrían fracasado lamentablemente si hubiesen tenido que asumir semejante tarea. Porque ninguna potencia, ninguna nación, ningún espacio de civilización está en condiciones de asumir a solas el *leadership* global, político, ético e intelectual que la humanidad, en el estado actual de su evolución, necesita desesperadamente.

EPÍLOGO

Un mundo por reconstruir

«Lo pasado es el prólogo y lo que
viene hemos de ejecutarlo nosotros».

«What's past is prologue
What to come, in yours and my discharge».

WILLIAM SHAKESPEARE (1564-1616),
The Tempest

1

A LOS ANTIGUOS LES GUSTABA narrar «las vidas paralelas» de los hombres ilustres, Alejandro frente a César, Demóstenes frente a Cicerón; podríamos interesarnos de la misma forma por el recorrido de las grandes naciones que se enfrentan en la actualidad y cuyas conductas serán determinantes en las próximas décadas para el porvenir de nuestro planeta.

China y los Estados Unidos, que se hallan en lo más alto de la jerarquía de las potencias, siguieron trayectorias muy diferentes para llegar a ese puesto, pero ambas al margen de la norma. Aquella, un camino muy largo y accidentado; esta, el ascenso más fulgurante que se haya visto.

Lo que distingue a la primera es que existe *como Estado* desde la Antigüedad, en el mismo territorio, esencialmente con los mismos pueblos y con las mismas referencias culturales. Confucio, que sigue siendo hoy en día su pensador más influyente, nació en el 551 antes de nuestra era y murió en el 479, casi las mismas fechas que Heráclito, el filósofo presocrático que decía que todo pasa, todo cambia y que nunca nos bañamos dos veces en el mismo río.

Probablemente al gran sabio de China lo cuestionaron a menudo en el trascurso de los siglos, e incluso se lo combatió con violencia, como en los tiempos de la Revolución Cultural, cuando los Guardias Rojos quisieron erradicarlo de la mente de sus compatriotas. Pero sobrevivió y lo siguen venerando en todo el Asia oriental. Algunos dirigentes lo ven incluso como la fuente de inspiración que permitió a su nación modernizarse.

LOS ESTADOS UNIDOS SIGUIERON UNA trayectoria muy distinta. Frente a la antigüedad, la continuidad y la permanencia, encarnan la innovación, la audacia, el fulgor y también la mezcla.

Cuando los europeos y los chinos empezaron a explorar el planeta en las primeras décadas del siglo XV, ni estos ni aquellos sabían que existía, al otro lado del océano, ese inmenso continente que une el Polo Norte al Polo Sur y que iba a llamarse América. Cristóbal Colón pretendía ir a las Indias cuando sus carabelas

zarparon hacia el oeste y les bloqueó el camino un nuevo mundo que poblaban razas desconocidas a quienes se llamó, por tozudez, «indios».

Los primeros europeos que se asentaron en las costas de los futuros Estados Unidos eran unos puritanos ingleses que huían de las persecuciones religiosas. Las colonias que fundaron en la década de 1620, en el territorio de los «indios» de Massachussets, parecían frágiles y sin gran porvenir.

Estos «peregrinos» eran apenas un centenar y la mitad murió el primer invierno; siglo y medio después, sus descendientes se rebelaron contra la monarquía británica, y pasado otro siglo y medio, se habían convertido en la primera potencia del globo. El viejo continente, cuyas naciones no paraban de matarse entre sí, les pidió ayuda durante la Gran Guerra. Sus antepasados habían salido de allí como proscritos; los «americanos» —como se tomó la costumbre de llamarlos de forma un tanto abusiva— volvieron como salvadores, como protectores y casi como señores feudales.

Entre tanto, habían fundado, allende los mares, una nueva Roma. Con una presidencia imperial, un marcado gusto por las argucias jurídicas, un equilibrio sutil entre las diferentes ramas del gobierno y un Senado sito en la colina del Capitolio. No tardaron sus ejércitos en estar en condiciones de recorrer los caminos de todo el mundo conocido, como hacían antaño las legiones romanas; con la diferencia de que estas no llegaban mucho más allá de las costas mediterráneas, siendo así que en la era estadounidense el mundo conocido abarca la tierra entera y tiene en el punto de mira la Luna, e incluso Marte.

Y como sucedía en el imperio de antaño, los habitantes de la «nueva Roma» proceden de todos los orígenes. No cabe duda de que los «blancos anglosajones protestantes» se beneficiaron durante mucho tiempo de su anterioridad, que les concedió algunos privilegios; pero sucede cada vez menos. La diferencia de color, de creencia o de procedencia étnica se percibe ahora como una activo más que como una tara.

LOS ESTADOS UNIDOS LLEVAN CULTIVANDO esa filiación moral con la antigua Roma desde que nacieron. Inspirándose en ella se decantaron por instaurar una república; una decisión que hoy parece obvia, pero que no lo era necesariamente en el momento de

su Declaración de Independencia.

Por entonces aún no había tenido lugar la Revolución francesa, todos los regímenes políticos, en Europa y en otros lugares, eran de esencia monárquica, y las pocas experiencias republicanas en la Historia habían sido efímeras y no muy persuasivas. Salvo, precisamente, en Roma. A quien quisiera remitirse a un modelo republicano creíble no le quedaba más remedio que respaldarse en el de la Ciudad Eterna, cuyos sucesos y personajes ilustres —Escipión, Catón, Pompeyo, Cincinato, Virgilio, Cicerón, Plutarco, César, Bruto y tantos otros— formaron parte del bagaje cultural de los «padres» de la Unión, como Washington, Adams, Jefferson, Madison, Hamilton o Benjamin Franklin.

Algunos de estos últimos habían tomado sus ideas directamente de los textos antiguos; otros, de Montesquieu o de Locke, sin olvidar a Shakespeare.

SI DESTACO EL APEGO DE los «fundadores» al modelo antiguo es porque China, en su espacio asiático, desempeñó un papel comparable al del Imperio romano. Aunque, eso sí, con una diferencia de envergadura: al contrario que su émulo europeo, el Imperio del Centro sobrevivió a las invasiones bárbaras; por ello no solo se ha mantenido como una lejana referencia política, jurídica, moral, cultural o lingüística, sino también como una potencia contemporánea.

¿Qué habría ocurrido en Occidente si también hubiese sobrevivido el Imperio romano? La pregunta ya no tiene mucho sentido en nuestros días, pero durante mucho tiempo fue tema de reflexión. Hubo incluso varios intentos de prolongar el Imperio o de resucitarlo. Era el sueño de Carlomagno, a quien el papa coronó emperador en el año 800 en Roma; pero sus dominios no tardaron en fragmentarse y al poco tiempo no quedó de su empresa más que una suntuosa apelación, la de «Sacro Imperio Romano», y un título que lucieron varias dinastías, habitualmente germánicas, como los Carolingios, los Hohenstaufen o los Habsburgo, hasta que Napoleón lo abolió en 1806. Quien, si hubiese tenido tiempo, seguramente habría recuperado ese sueño para sí. ¿Acaso no escogió para su heredero el nombre de «rey de Roma»?

HUBO TAMBIÉN, POR SUPUESTO, OTRA prolongación notable con el Imperio romano de Oriente. Los historiadores lo nombran

habitualmente como «bizantino», pero sus habitantes y sus soberanos siempre se reivindicaron como «romanos». Sobrevivió mil años al de Occidente, ya que Roma cayó en el 476 y los otomanos no tomaron Constantinopla hasta 1453.

Veinte años después, la princesa Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador «bizantino», se casaba (en Roma, casualmente, en la antigua basílica de San Pedro) con el príncipe de Moscovia Iván III; su nieto Iván IV, llamado «el Terrible», orgulloso de esa ascendencia imperial, no tardó en considerarse con derecho a proclamarse a su vez «césar» y a sentarse simbólicamente en el trono de sus antepasados. Una larga estirpe de «zares» vino a continuación hasta 1917. Muchos cristianos ortodoxos veían entonces en Moscú «la tercera Roma», después de Constantinopla.

No se trataba, sin embargo, más que de ficciones (ambiciosas, engañosas y onerosas). El Imperio romano había desaparecido irremisiblemente y su herencia se había dispersado. En cambio, el Imperio del Centro permaneció. El único país que es a la vez un Estado y una civilización milenaria, como sus dirigentes gustan a veces de recordar.

2

CUANDO SE CONTEMPLAN LOS recorridos tan diferentes de los «dos colosos» de nuestra época, se siente a veces la tentación de pensar que su enfrentamiento representa hasta cierto punto una culminación lógica de la historia tal y como lleva cinco o seis siglos desarrollándose.

Por una parte, está el líder indiscutido del mundo occidental. Que empezó desde abajo, navegando prudentemente entre los grandes imperios coloniales y padeciendo de vez en cuando su ira, como cuando, en 1814, la expedición de castigo inglesa tomó su joven capital, Washington, e incendió la primera Casa Blanca y el Capitolio. Pero que consiguió luego ejercer ascendiente sobre los europeos; bien reduciéndolos por la fuerza, como a los españoles en 1898 o a los alemanes en las dos guerras mundiales, bien convenciéndolos para que reconociesen su supremacía, como en el caso de los británicos y de los franceses.

En el otro lado del estadio se halla si no el líder de Oriente, sí al menos el depositario actual de los dos mayores retos a los que tuvo que enfrentarse Occidente desde que afianzó su preeminencia, a saber, el despertar de Asia y la aparición del comunismo. Retos que lanzaron, al principio, el Japón de la era Meiji y la Rusia soviética, pero cuya heredera ahora es China.

El duelo de ambos «finalistas» se presenta, pues, como un desenlace lógico e imposible de evitar.

¿DE VERDAD ES ASÍ? ¿HAY que resignarse dócilmente a semejante enfrentamiento y a la carnicería que traería consigo? No lo creo. Desde luego, ya ha sucedido que la humanidad ha cometido matanzas sin sentido, convencida de que no podía obrar de otro modo; la Primera Guerra Mundial es, en este aspecto, un instructivo ejemplo. Me parece, no obstante, que el más sagrado de nuestros deberes es evitar a toda costa una «final» que se anuncia tan devastadora.

De hecho, no solo por los riesgos que tienen que ver con los arsenales atómicos. Por desgracia, esa espada de Damocles

permanece suspendida, más que nunca, sobre nuestras cabezas. Pero, sin llegar ni tan siquiera a semejantes extremos, existen otras razones de peso que deberían bastar para convencernos de que hay que evitar esa «lucha de titanes»; «expedientes» complejos y preocupantes que no podrían abordarse como es debido sin la participación activa de todas las potencias implicadas.

Están, por supuesto, las alteraciones climáticas. No me detendré mucho en ellas, pero únicamente porque los datos son conocidos, existe una abundante literatura y los fenómenos llamados «extremos» han demostrado, en las últimas décadas, la envergadura del peligro, su aceleración y su espantosa indomabilidad.

Por ello me limitaré aquí a hacer dos concisas observaciones. La primera es que en la actualidad *no se está haciendo nada serio para evitar el cataclismo anunciado*. Si bien, cómo no, se toman decisiones, se organizan conferencias, se firman acuerdos y se desarrolla cierta toma de conciencia. Pero si nuestra meta es frenar la deriva, el resultado a día de hoy es, pura y llanamente, un fracaso. En 2021 se hizo una parábola en forma de película llamada *Don't Look Up (No mires arriba)*, en la que dos astrónomos intentan avisar a los principales dirigentes políticos y militares de la inminente llegada de un cometa que va a destruir toda la Tierra; los escuchan cortésmente, pero con una pizca de impaciencia, porque, cómo no, hay otras prioridades…

Mi segunda observación, que se desprende de la anterior y que da también las «claves» para entender lo absurdo de la situación, es que nuestra incapacidad para enfrentarnos adecuadamente a un riesgo de esta envergadura se deriva de nuestra incapacidad para gestionar juntos, de forma responsable, los asuntos de nuestro planeta (incluso para impedir su aniquilación). Pues nuestra respuesta a tales retos nos exige sacrificios a todos y cada uno. Quienes se han acostumbrado a consumir sin tasa deberían moderarse, y quienes se hallan en plena expansión también deberían frenar un poco el ritmo. Los países que poseen los mayores bosques, los que se describen como «los pulmones del planeta», no deberían caer en la tentación de arrasarlos, y, a cambio, deberían poder contar con la solidaridad activa del conjunto de la comunidad internacional para indemnizarlos por las ganancias perdidas.

Menciono estos pocos ejemplos igual que podría haber citado

otros a decenas, a cientos. Las amenazas que pesan sobre nuestro ecosistema, sobre la fauna y la flora, sobre los glaciares, son incontables. Todas ellas requieren una cooperación sincera y decidida de los países afectados, de las potencias más ricas y más influyentes, y es un eufemismo decir que ese estado de ánimo no impera en el mundo de hoy.

ESTE FALLO QUE ACABO DE subrayar, esta incapacidad nuestra para cooperar, incluso sabiendo que nos va en ello nuestro porvenir y el de nuestros hijos, tiene más consecuencias que no dejarán de afectar a la humanidad en los próximos años.

A menudo nos preguntamos, cuando aparece un invento notable de los muchos que hay en nuestros días, qué efectos podría tener en nuestra forma de vida, en la evolución de nuestra sociedad o incluso en el porvenir de la especie humana. Y llegamos muy atinadamente a la conclusión de que todo depende de la forma en que se use ese invento: por quién, con qué finalidad, en qué marco jurídico o ético, y con qué supervisión, si es que la hay.

Sabemos ya, por ejemplo, que la energía nuclear es a la vez una tremenda oportunidad y un tremendo peligro. Podría proporcionarnos, en el futuro, energía limpia, sobre todo si por fin se controla la técnica de la fusión; de la misma forma que podría, en unas pocas horas de demencia, aniquilar ciudades, naciones, civilizaciones. Es una paradoja con la que llevamos viviendo décadas y que alimenta simultáneamente nuestras mayores esperanzas y nuestros peores miedos. Podríamos decir lo mismo sobre otros muchos ámbitos científicos y tecnológicos. Empezando por la biología.

Una de las cosas que más me ha maravillado en estos últimos años ha sido un invento inaudito que lleva un nombre tan bárbaro como «Crispr». Obra de dos brillantes investigadoras de California, la francesa Emmanuelle Charpentier y la estadounidense Jennifer Doudna (que les valió el Premio Nobel de Química tan solo ocho años después de que publicaran sus investigaciones, ¡un récord de velocidad!), se trata de una técnica para «editar» el genoma humano, un objetivo que parecía inconcebible hasta principios de nuestro siglo XXI o, cuando menos, era cosa de una ciencia ficción bastante desbocada, y que desde entonces es una práctica corriente que han utilizado miles de personas en el mundo para proyectos

tremendamente dispares. Este investigador se dedica a curar a un niño ciego de nacimiento y considerado incurable. Aquel, trabajando en su casa, en el taller que ha montado en el garaje, sueña con convertir a su perro en fosforescente para no perderlo de vista durante sus paseos nocturnos.

Descubrimientos así deslumbran a la par que preocupan. Efectivamente, no podemos por menos de preguntarnos qué sucedería si algunas personas empezasen a hacer de aprendices de brujo introduciendo en el genoma humano elementos genéticos procedentes de otra especie, o a la inversa. Se franquearía el paso a la «fabricación» de quimeras potencialmente monstruosas…

¿Qué metamorfosis, qué «mejoras» perversas podríamos presenciar si cada cual experimentase a su aire, sin ningún control?

¿Acaso no se pensó, mucho antes de estos adelantos revolucionarios, en clonar a los seres humanos? Algunos científicos se jactaron de haberlo hecho ya. Incluso sin tener pruebas, se sabe que, técnicamente, es algo perfectamente posible, puesto que ya se ha experimentado con ciertos mamíferos. Para prevenir tales despropósitos es imprescindible contar con un código ético claro, que tome en consideración con regularidad los nuevos descubrimientos y que se aplique de forma seria y eficaz *en toda la superficie del planeta*. ¿Quién creería que una gestión responsable de esas investigaciones pueda tener alguna oportunidad en el ambiente de odio mutuo y de desconfianza generalizada que prevalece en nuestros días?

Nuestra dificultad para cooperar unos con otros se manifestó de forma elocuente durante la pandemia del COVID19. Desde los primeros casos, hubo una oleada continua de alusiones y acusaciones por la responsabilidad de unos y otros en el desencadenante. ¿El contagio inicial era fruto de un contacto fortuito entre las especies en un mercado de Wuhan o de un accidente de laboratorio? ¿De un desafortunado cúmulo de circunstancias o de una actuación malintencionada?

No estoy seguro de que vayamos a saber la verdad algún día. La única certidumbre de la que disponemos es que si alguna vez, en los próximos años, a algunos individuos o a algunos grupos criminales se les viniera a la cabeza la idea de provocar una pandemia asesina o cualquier otra calamidad de esa clase no les resultaría imposible.

SIENTO LA TENTACIÓN DE MENCIONAR un ámbito más en el que los progresos han sido tan rápidos como en medicina y en biología: el de la inteligencia artificial. Los peligros son evidentes, incluso si aún es demasiado pronto para decir qué inventos afectarán de forma nefasta al porvenir de las sociedades humanas y cuáles acabarán siendo bienhechores o sencillamente inofensivos.

Como no quiero en forma alguna embarcarme en hipótesis descabelladas, me limitaré a decir que nos hallamos ante una inmensidad desconocida en la que todo podría ocurrir, incluido lo inimaginable. Precisamente quienes están investigando en este sector puntero desean una moratoria. «Apretemos "el botón de pausa" —parecen decir— y ¡esperemos hasta que se vean las cosas más claras!». Pero ¿cómo podrían prevalecer esos llamamientos a la sensatez si los principales protagonistas no están implicados?

Una constatación que podría usarse también, tal cual, en tantos otros ámbitos innovadores. Por doquier, a los avances los acompañan incertidumbre, inquietud y perplejidad. Por doquier nos gustaría hallar algo más de serenidad, vigilancia y solidaridad.

En esta fase tan crítica, tan fascinante, de evolución tan compleja, no cabe duda de que la humanidad tiene algo mejor que hacer que resignarse a una «final» apocalíptica entre los dos «colosos» de nuestro tiempo.

LO QUE RESULTA MÁS DESOLADOR es que ese enfrentamiento planetario hacia el que nos encaminamos como sonámbulos nos lo presentan constantemente como una visión «realista» del porvenir, mientras que a quienes querrían impedirlo se los considera unos soñadores ingenuos y casi insensatos.

¿No es ese un «realismo» un tanto obsoleto? Cierto es que antaño los enfrentamientos entre las potencias se zanjaban, en última instancia, en el campo de batalla. Pero ¿hoy? ¿Con todos los arsenales que hemos acumulado? ¿Es que no se ve que un duelo entre los dos gigantes se traduciría en una guerra de exterminio y una aniquilación generalizada? Considerar que se trata de un epílogo inevitable no es una visión realista, es una visión absurda, irreflexiva, irresponsable e incluso declaradamente suicida.

EN LO QUE A MÍ se refiere, estoy convencido de que el mundo de mañana no se hará ni contra Occidente, ni contra el Asia confuciana, ni contra los demás componentes de la gran comunidad

humana. No será posible construirlo sobre un campo de ruinas.

3

POR MI OBSERVACIÓN DE la Historia he aprendido que quienes basan sus conductas en un odio sistemático a Occidente suelen derivar hacia la barbarie, hacia la regresión, y acaban por atrofiarse y autocastigarse.

No por ello creo que todas las ideas, las modas o incluso los valores que los Estados Unidos y Europa han «derramado» por el mundo hayan sido beneficiosas. Abarcan lo mejor y lo peor, y aceptarlo todo, adoptarlo todo y copiarlo todo indiscriminadamente nunca es una buena postura. Resulta por ello indispensable abrirse también a otras «contribuciones» que procedan de tradiciones distintas y hayan sabido demostrar la valía de su propia índole.

Es, desde luego, el caso de Asia oriental, que, al tiempo que integra varios elementos de la civilización occidental, le aporta a esta «correcciones» necesarias. Los éxitos que las sociedades de tradición confuciana han conseguido tanto en el ámbito económico como en el educativo las convierten en fuentes de inspiración y en ejemplos dignos de atenta reflexión; incluso en Occidente, donde se tiende en exceso a considerar accesorio y superfluo, por no decir tontamente «folclórico», todo cuanto proceda de otra parte.

HAY EN ESPECIAL UNA CUESTIÓN que me parece fundamental: la del vínculo con la religión.

En los países de tradición monoteísta, bien sean cristianos, musulmanes o judíos, así como en el mundo hindú, ese vínculo resulta cada vez más pernicioso. Sobre todo, por el malsano nexo que se ha establecido en ellos entre religión e identidad. No voy a negar que la tragedia de mi país natal, El Líbano, me vuelve más sensible a ese aspecto de las cosas, pero habría llegado a la misma conclusión si hubiese nacido en Nigeria, Irlanda, la India, Afganistán, Bosnia o, sencillamente, en mi patria adoptiva, Francia. Los furores identitarios, en particular los que se asientan en una referencia divina, emponzoñan la existencia de la mayoría de las sociedades humanas y no dejan de empeorar.

Por el contrario, en los países de Asia oriental la identidad no se

asienta en la religión. No basta para protegerlos del fanatismo y de los brotes de intolerancia, pero los previene contra el ingrediente más tóxico de los odios de nuestra época.

En China, el doctor Sun Yat-sen, fundador de la República, y que es la única personalidad política a la que veneran tanto en Pekín como en Taipéi, se había convertido en su juventud al protestantismo, hecho que nunca empañó su imagen de patriota, ni su carrera política, ni el lugar que ocupa en la historia de su gran nación. En Japón, la misma persona puede practicar el budismo, el sintoísmo, el confucianismo y el catolicismo sin tener que justificarse ante las autoridades, la familia ni el Creador. Y, del mismo modo, en Corea del Sur, el cristianismo, que, por la cantidad de fieles, se ha convertido en la primera religión del país, coexiste sin violencia con el budismo, el taoísmo y las prácticas ancestrales.

En varias ocasiones he mencionado en este libro a Confucio, subrayando a veces los elementos controvertidos de su herencia, como, por ejemplo, su conservadurismo social, que valió durante mucho tiempo de justificación para el aislamiento de China y el inmovilismo de sus dirigentes. Pero hay una aportación esencial que nadie puede poner en duda: el de haber inculcado de una vez por todas a las innumerables personas que lo veneran que lo que tiene importancia en un ciudadano es su comportamiento en la sociedad, no sus preferencias metafísicas.

Las civilizaciones no deben avergonzarse, ni siquiera las más gloriosas y florecientes, por aprender a veces de las demás. ¿Acaso Asia oriental no se ha inspirado continuamente en Occidente para conseguir modernizarse? En la cuestión del vínculo entre religión e identidad no cabe duda de que es el resto de la humanidad, empezando por Occidente y el mundo arabo-musulmán, quien debería aprender de Asia oriental.

TRAS DESTACAR ESTE HECHO, QUE me parece esencial e injustamente desatendido o, en cualquier caso, infravalorado, me apresuro a cerrar el paréntesis. No tengo la intención de comparar los éxitos y los fracasos de las diversas sociedades humanas.

No porque sea aberrante o inadecuado hacerlo. Puede resultar instructivo calibrar los resultados de unos y otros en ámbitos tan diversos como las libertades públicas, la calidad de la enseñanza, la protección social de los ancianos, el lugar atribuido a las mujeres y

a las minorías, o la sensación de seguridad por la calle. Pero no tengo ni ganas ni capacidad para establecer una jerarquía moral entre las civilizaciones, entre las doctrinas que las guían, ni entre las naciones que pertenecen a ellas. Tanto por temperamento como por convicción busco más bien los aspectos complementarios y convergentes. Sueño con un mundo reconciliado, con una universalidad compartida que no excluyese a nadie. Sueño con una humanidad que llegase por fin a la edad adulta y cuyos componentes varios aspirasen a dar y a recibir, a influir en los demás y dejar que estos influyesen en ellos, sin humillar a nadie ni dejarse humillar.

Por supuesto es algo que queda muy lejos, el camino es largo, pero no está prohibido mirar al horizonte mientras se camina.

ME HE OCUPADO EN ESTE ensayo de cuatro grandes países cuyos singulares recorridos han contribuido a la construcción del mundo tal y como lo conocemos en este siglo. Cada uno de ellos ha luchado contra todos los demás y también contra las antiguas potencias coloniales. Todos han soñado con la hegemonía, todos han conocido victorias y momentos de embriaguez antes de pillarse los dedos. Estuvieron mucho tiempo intentando destruirse entre sí y no siempre han superado sus recelos, sus temores y sus resentimientos. Si el día de mañana decidiesen seguir sus peores instintos, como a veces les ha sucedido en los últimos cien años, las consecuencias serían devastadoras.

Me estremezco cuando oigo a mis contemporáneos, y a veces cuando me oigo a mí mismo, hablar de los enfrentamientos venideros, sobre todo entre los Estados Unidos y Rusia o China, como si fueran acontecimientos cualesquiera, de los que se pudiera hablar con serenidad, sentados a una mesa, entre amigos.

Nuestra disculpa, si es que hay que buscar una, es que la forma en que acabó la guerra fría nos ha dado a muchos, incluso a los responsables, una falsa sensación de seguridad. Es como si una voz interior nos susurrase con tono reconfortante: nos acercaremos al precipicio hasta el punto de creer que vamos a caer en él; luego, por milagro, tirarán de nosotros hacia atrás y la pesadilla se detendrá antes de que sea demasiado tarde; como en la crisis de Cuba, en octubre de 1962, nos llevaremos un susto tremendo, y nada más.

La caída del muro de Berlín es, por su impacto en nuestra forma

de ver las cosas y, en particular, en nuestro grado de alerta, como un Hiroshima al revés. El espanto que causó «la bomba» de 1945 había sido tan aterrador que, durante más de tres cuartos de siglo, toda la humanidad estuvo convencida de que nunca más se debía llegar a eso.

En cambio, el hecho de que la guerra fría, en la que «el equilibrio del terror» había sido un factor omnipresente, al final se ganase por puntos, sin que ni el ganador ni el perdedor pensasen en recurrir al arma suprema, nos embotó el estado de alerta.

En vez de seguir siendo inconcebible, el espanto termonuclear ha vuelto a entrar solapadamente en el discurso político e incluso en las conversaciones cotidianas como si se tratase de una «opción» entre otras, que es posible tomar en consideración en tal o cual circunstancia…

4

ESTABA ENFRASCADO ESCRIBIENDO ESTE libro cuando, en la madrugada del 24 de febrero de 2022, Rusia invadió Ucrania. Veinte días antes, cuando las tropas se estaban desplegando ya sobre el terreno y se preparaban para el asalto, Vladímir Putin había ido a Pekín para firmar con Xi Jinping una «Declaración conjunta» en la que ambos jefes de Estado trazaban los perfiles del nuevo orden mundial que querían instaurar.

El documento fustiga a los Estados Unidos y a sus aliados, o, por repetir el lenguaje empleado, a «algunos actores que no representan más que a una minoría a escala mundial» y que «se portan como si su modelo de sociedad debiera aplicarse a la humanidad entera, como si su concepto de la democracia fuese el único válido, como si a ellos, y solo a ellos, les correspondiese resolver a su manera todos los problemas del planeta». Frente a ese enfoque «unilateral», sigue diciendo el texto, la mayor parte de la humanidad exige «una nueva distribución del poder en el mundo».

¿Habrían decidido los más temibles adversarios de Washington entablar juntos y desde ahora mismo el combate decisivo? ¿Y sería la guerra de Ucrania, dentro de esa perspectiva, el comienzo de un «golpe de mano planetario» con la intención de «destronar» a la superpotencia reinante?

Está claro, en cualquier caso, que el mundo está ahora en su segunda «guerra fría»; un apelativo que merecería, no obstante, que lo mirásemos más cerca si aspiramos a comprender las características del pulso actual comparado con el que vino tras la Segunda Guerra Mundial.

UNA DE LAS MAYORES DIFERENCIAS es que, en esta ocasión, los adversarios de Occidente no son los representantes del bando de la revolución, sino más bien del bando del orden y, si me apuran, del conservadurismo político, social e intelectual.

En los tiempos en que Rusia era soviética, manifestaba continuamente su hostilidad a todas las religiones, que se la devolvían con creces; hoy la cruz ortodoxa ha sustituido a la hoz y

el martillo en el pecho de sus soldados.

En el pasado, sus aliados y sus afiliados se reclutaban, en todo el mundo, en la izquierda y la extrema izquierda del tablero de juego político; hoy los encontramos a menudo a la derecha de la derecha.

Al sur del planeta, tanto Moscú como Pekín se consideraban en la obligación de apoyar las sublevaciones de los pueblos oprimidos; en la actualidad no ocurre tal cosa. Cuando el mundo árabe se inflamó en 2011, cuando las protestas «primaverales» se propagaron, como un fuego de paja, de un país a otro, China se preocupó y Rusia llegó incluso a intervenir militarmente para salvar el régimen de Assad, que los rebeldes parecían a punto de derribar.

De forma más general, los movimientos populares que surgen en diferentes regiones del mundo causan en ambas potencias más desconfianza que simpatía; la mayoría de las veces ven en ellos, con o sin razón, «la mano de Washington», igual que antaño los estadounidenses veían en todo cuanto se movía en el mundo la mano de Moscú.

Tal es el caso, en particular, de lo que la Declaración conjunta llama curiosamente «las revoluciones de color». No cabe duda de que los dos líderes estaban pensando principalmente en la de Ucrania, en 2004 y 2005, que se llamaba a sí misma «naranja».

SEA COMO FUERE, ESTÁ CLARO que las fronteras ideológicas entre los dos bandos planetarios en la actualidad están desdibujadas. Y que, en este terreno, la nueva guerra fría no se va a parecer mucho a la anterior. Pero la diferencia más significativa se halla en el ámbito de la economía.

Ese factor había sido determinante en la competición entre capitalismo y comunismo, garantizando el triunfo de aquel y la derrota de este. A los adversarios de Occidente, temibles a menudo en lo militar y en lo político, los había perjudicado un sistema económico dirigista que había resultado ineficaz una y otra vez. No es lo que sucede en la actualidad, sino más bien casi lo contrario, como se ha podido comprobar desde los primeros meses de la guerra de Ucrania. Los apuros militares de Rusia han desmentido a quienes le pronosticaban una victoria rápida y su resiliencia ante las sanciones económicas ha desmentido a quienes le pronosticaban la ruina.

ANTES DE DAR POR TERMINADA esta rápida enumeración de las

diferencias entre las dos guerras frías, no puedo por menos de dejar constancia de que una de las consecuencias de este nuevo enfrentamiento planetario es que Japón, tres cuartos de siglo después de su extraordinaria renuncia a sus prerrogativas militares, haya decidido «renunciar a la renuncia», si se me permite decirlo así, para dotarse de un ejército auténtico, lo mismo que un país «normal».

Es poco probable que el Archipiélago vuelva a ser militarista y conquistador, pero su singularidad en este aspecto no tardará en ser más que un recuerdo. Lo cual no debe extrañarnos. La tardía tentación pacifista de los «prusianos de Asia» fue siempre bastante ajena a la realidad y el caminar del mundo ha acabado por convertirla en insostenible a todas luces.

LAS EVIDENTES DIFERENCIAS ENTRE LAS dos guerras frías no deberían, sin embargo, hacernos olvidar sus semejanzas, incluso si estas no se ven de la misma forma en ambos lados.

Para los occidentales, el bando «euroasiático» con el que hoy se enfrentan no se diferencia básicamente del bando «socialista» que los desafiaba ayer, puesto que ambos son la encarnación del autoritarismo frente a la democracia. También los chinos y los rusos ven una continuidad entre las dos guerras frías, pero la explican por la persistencia de la pretensión estadounidense a la hegemonía y por la necesidad de oponerse a ella.

En el primer punto, el de la democracia, la Declaración conjunta es poco convincente. Según esta, todos los regímenes políticos de la tierra tendrían derecho a considerarse «democráticos», garantizasen o no la libertad de expresión, tuviesen varios partidos políticos o uno solo… Es una pésima definición de la democracia que recuerda el lenguaje vacuo de la época soviética, cuando los países sometidos a la hegemonía del «gran hermano» se describían como «democracias populares» para no otorgarle al otro bando la exclusividad de esa noción.

El día en que esas dos grandes naciones quieran presentar una auténtica alternativa al modelo de sociedad occidental, sus dirigentes tendrán que «volver a hacer los deberes» en esta cuestión para llegar a ser creíbles, aunque no sea más que de cara a sus conciudadanos.

EN EL OTRO PUNTO PRINCIPAL, el de la hegemonía global, las palabras

de los dos dirigentes son mucho más convincentes. Cuando dicen que los Estados Unidos y sus aliados se portan como si estuvieran facultados para administrar según les convenga los problemas de toda la humanidad están expresando una opinión ampliamente compartida en el resto del mundo.

Desde el principio de la guerra de Ucrania, una pregunta recurrente ha sido por qué tantos Estados de África, Asia y Latinoamérica han dudado en condenar la invasión en las votaciones de las Naciones Unidas. La mayoría de las veces no tenía relación alguna con el contencioso entre Moscú y Kiev. Lo que mostraban esos países del sur era su irritación contra la propensión de los occidentales a decidir, a tenor de sus propios criterios, si tal acción militar es de recibo y tal otra no lo es. «Un doble rasero» refunfuñan en Nueva Delhi, Pretoria, Brasilia o Argel, y todo el mundo sabe que no es del todo falso.

Quien vive, como yo, en Europa, se queda horrorizado, y con razón, al ver que la guerra, que tantos sufrimientos ha causado en el trascurso de los siglos y que desde entonces ya se creía desterrada del continente, pueda reaparecer con cualquier pretexto por voluntad de un dirigente que se considera perjudicado. Pero, cuando se vive en regiones del mundo donde los conflictos prosiguen generación tras generación sin que la comunidad internacional parezca demasiado impresionada, la indignación no es forzosamente la misma; sobre todo cuando se está convencido de que las potencias occidentales tienen parte de responsabilidad en las tragedias que se han padecido en el paso de los siglos y que se siguen padeciendo.

Se trata de resentimientos que no se atenúan con facilidad y que cobran nueva vida en tiempos de crisis. Todos los adversarios de Occidente han tocado esa fibra sensible, complaciéndose en recordar todo lo que los ingleses, franceses, belgas, neerlandeses o norteamericanos les han hecho sufrir.

El Japón imperial había recurrido a esa retórica cuando soñaba con ser el líder de los pueblos de Asia, e incluso de las naciones musulmanas, como ya he tenido ocasión de recordar. Luego la Rusia soviética jugó esa misma baza, no sin éxito, durante toda su existencia, desde el Congreso de los pueblos de Oriente celebrado en Bakú en 1920. Y Mao Zedong quiso recoger esa antorcha con un

enfoque original: según él, el campo en el mundo entero debía rodear a las ciudades para asfixiarlas antes de acabar con ellas, igual que habían hecho los comunistas en China.

TODAVÍA HOY, CUALQUIER POTENCIA QUE quiera batirse con Occidente siente la tentación de presentarse, de una forma u otra, como portavoz de los pueblos que han padecido el colonialismo o tratos desiguales.

Pero, aunque un discurso así conserve cierta pertinencia y pueda mover efectivamente a las naciones del antiguo tercer mundo a mostrarse irritadas con los occidentales y complacientes con sus adversarios, a quienes pasaron muchos años colonizados les resulta difícil identificarse con un ejército invasor que se presenta para recuperar un país que recientemente ha salido de su seno y proclamado su independencia. Es algo que requiere una gimnasia mental que no resulta fácil. Por ello, la acción militar emprendida por Moscú en Ucrania no podía provocar una reacción popular espontánea en ningún lugar del mundo.

Por añadidura, e incluso reconociendo, con los presidentes chino y ruso, que los occidentales se portan a menudo «como si a ellos, y solo a ellos, les correspondiese resolver a su manera todos los problemas del planeta», no hay seguridad alguna de que la guerra emprendida en 2022 vaya a resultar de ayuda para reconsiderar esa preeminencia.

NO QUERRÍA ESPECULAR ACERCA DE las posibles consecuencias de un conflicto que está transcurriendo aún ante nuestros ojos y parece abocado a prolongarse. Pero que una batalla tenga el resultado inverso del que esperaban quienes la iniciaron es una constante en la Historia.

Podría decirse incluso que, cada vez que hay una guerra, no se tarda en descubrir que uno de los «jugadores» se había equivocado en los cálculos. Ha llegado a suceder incluso que todos los participantes se equivocasen a un tiempo. También en esto la Primera Guerra Mundial nos brinda un instructivo ejemplo.

A menudo, el extravío empieza cuando un dirigente se pregunta *si tiene razón cuando se considera perjudicado y quiere castigar a sus adversarios* en vez de preguntarse *si cambiar la situación en su provecho con una acción militar*.

El punto de partida de la «operación especial» que ordenó

Vladimir Putin era la frustración que sentía su país, que durante medio siglo fue una de las dos superpotencias mundiales que mandaba en la mitad oriental de Europa y a la que temía la otra mitad. De la noche a la mañana, ese estatus se volatilizó. La superpotencia acabó venida a menos, desmembrada y arruinada, situación que sus ciudadanos no podían vivir con serenidad.

Retrospectivamente, es cierto que ese giro decisivo lo gestionaron mal tanto los adversarios de Rusia como sus propios dirigentes. Empezando por Gorbachov, que tenía las mejores intenciones, pero a quien le faltó habilidad y le faltó prudencia. En vez de exigir, como contrapartida del desmantelamiento del pacto de Varsovia, una ayuda masiva que habría permitido a su país reestructurarse, modernizarse y democratizarse, accedió a todo de inmediato, conformándose con recibir a cambio palabras de ánimo y unas vagas promesas.

En cuanto a los dirigentes occidentales, les faltó generosidad y les faltó visión a largo plazo. Deberían haber previsto que una Rusia herida y menguada iba a ser para Europa una bomba de relojería. Había que ayudarla a toda costa a democratizarse, desarrollarse y reestructurarse; a encontrar en el mundo, al salir de la guerra fría, un papel totalmente distinto, otra forma de alcanzar la plenitud, para que pudiera engendrar otra generación de dirigentes que no fuesen corruptos, ni depredadores, ni ansiosos. Por desgracia no se hizo nada de eso.

Todo un estropicio, qué duda cabe. Pero que no justifica en modo alguno que se desencadene una guerra. Los avatares de la Historia han dejado en todas las regiones del mundo conflictos mal zanjados, fronteras mal trazadas, heridas mal cicatrizadas. Si cada vez que una comunidad humana se considera perjudicada, amenazada o víctima de una injusticia se arroga el derecho de recurrir a la fuerza, la Tierra entera ya no será más que una jungla ensangrentada.

EN ESTA GUERRA, ÉTICAMENTE INDEFENDIBLE, se plasma además una estrategia dudosa. En vez de sacar a Rusia de su callejón sin salida histórico, existe el riesgo de que se hunda más en él. En vez de demostrar la fragilidad de la nación ucraniana, se está garantizando su lugar en la Historia para mucho tiempo. En vez de hundir a la OTAN en su «muerte cerebral», se le ha permitido salir del coma y

recuperar una razón de ser. Y, en vez de poner fin a la predominancia de las potencias occidentales, su consecuencia podría ser «renovarla» por unos cuantos años más.

Si tal fuera el caso, si Occidente, cuyo crepúsculo se predice continuamente, logra salir de esta crisis habiendo conseguido una prórroga, hay que albergar la esperanza de que sepa utilizarla con acierto. No para zanjar cuentas, ni para marginar a unos y recompensar a otros, sino para construir una nueva legalidad internacional que permita prever los conflictos y difundir por todos los continentes la prosperidad, las libertades básicas y la primacía del derecho; todo aquello por lo que se debería haber trabajado en cuanto cayó el muro de Berlín y no se hizo.

Si Europa y los Estados Unidos no aprovechan la prórroga que les brinda la Historia para construir por fin un sistema internacional con el que la humanidad entera pueda identificarse, es posible que esa oportunidad no vuelva a presentarse.

Mañana podría cambiar el equilibrio de fuerzas. Podría ceder un «dique». El de la superioridad militar, el del dólar como moneda de referencia u otro que tenga que ver con novedades tecnológicas inesperadas. Si seguimos con una lógica de enfrentamiento y de dominio, si no hemos creado un mecanismo de solidaridad planetaria, las consecuencias podrían ser catastróficas.

Pese a todas esas preocupaciones, sigo convencido de que el momento de angustia por el que estamos pasando podría resultar bienhechor; que podría llevarnos a concebir, para la prosecución de la aventura humana, otro derrotero que no se limite a repetir las mismas tragedias con otros actores.

No es demasiado tarde. Contamos de sobra con los medios para salir de este «laberinto». Pero hay que empezar por reconocer que nos hemos extraviado.

Bibliografía

PARA UNA OBRA QUE abarca tantos países, épocas y asuntos es evidente que he tenido que recurrir a muchas fuentes. Sería engorroso nombrarlas todas. He preferido limitarme aquí a los libros que me han aportado datos concretos o enfoques juiciosos, y a los que, por ende, me gustaría manifestar mi agradecimiento.

De igual forma, todas las etapas de mi investigación han llevado aparejadas perplejidad e incertidumbre ante las diferentes formas de interpretar los hechos. Una y otra vez he tenido que rebuscar, comparar, conjeturar, y cien veces he sentido la tentación de explicar, en notas, mis largos titubeos y mis laboriosos «arbitrajes», pero también en esto me ha parecido engorroso aburrir al prójimo con los martirios que conlleva todo trabajo de investigación. Aquellos a quienes les gustaría ir más allá en el conocimiento de un personaje, de un acontecimiento o de una controversia, hallarán, así lo espero, lo necesario para emprender su propia exploración.

No mencionaré aquí más que uno de mis dilemas, referido a la manera de escribir los nombres chinos. Su transliteración ha cambiado mucho en los últimos años. En mi juventud se escribía «Mao Tse-Tung», «Teng Hsiao Ping» o «la emperatriz Tseu Hi»; ahora se escribe Mao Zedong, Deng Xiaoping y Cixi. Me he atenido, para los nombres de personas, a los usos actuales. Pero no ha sido fácil en lo tocante a los nombres de lugares. Los periódicos franceses siguen llamando a la capital Pekín, mientras que los anglosajones ya solo usan Beijing. Tras unos cuantos titubeos, he acabado optando por una solución sencilla, aunque no poco arbitraria, a saber, para los nombres más conocidos he conservado la grafía anterior (Pekín, Cantón, Nankín, Tientsin y Tsingtao, de preferencia a Beijing, Guangzhou, Nanjing y Qingdao), mientras que para todos los demás me he atenido a la grafía actual.

He aquí, pues, una lista de las fuentes consultadas. Seguramente habré omitido alguna y me disculpo de antemano.

Abrahamian, Ervand, *Iran Between Two Revolutions*, Princeton University Press, 1982.

Acemoglu, Daron, y Robinson, James, *Why Nations Fail*, Currency, 2012 [*Por qué fracasan los países*, Booket, 2014].

Akaha, Tsuneo, *The Vestige of History and «Cold Peace» Between Russia and Japan, in Russia in the Indo-Pacific* (obra colectiva), Routledge, 2021.

Barnouin, Barbara, y Changgen, Yu, *Ten Years of Turbulence: The Chinese Cultural Revolution*, Kegan Paul, 1993.

Baum, Richard, *The Fall and Rise of China*, The Great Courses, 2013.

Baverez, Nicolas, *L'Alerte démocratique*, L'Observatoire, 2020.

Berger, Joseph, *Nothing but the Truth: Joseph Stalin's Prison Camps*, The John Day Company, 1971, edición estadounidense [*Shipwreck of a Generation: The Memoirs of Joseph Berger*, Harvill, 1971, edición británica].

Bergère, Marie-Claire, *Sun Yat-Sen*, Fayard, 1994.

Bevins, Vincent, *The Jakarta Method: Washington's Anticommunist Crusade and the Mass Murder Program That Shaped Our World*, PublicAffairs, 2020 [*El método Yakarta: la cruzada anticomunista y los asesinatos masivos que moldearon nuestro mundo*, Capitán Swing, 2021].

Bix, Herbert, *Hirohito and the Making of Modern Japan*, Harper Collins, 2000.

Booth, Michael, *Three Tigers, One Mountain: A Journey Through the Bitter History and Current Conflicts of China, Korea, and Japan*, Macmillan, 2020.

Bouvier, Nicolas, *Chronique japonaise*, Payot, 1975 [*Crónica japonesa*, La línea del horizonte, 2016].

Brocheux, Pierre, *Hô Chi Minh. Du révolutionnaire a l'icône*, Payot, 2003.

Browne, Edward, *The Persian Revolution, 1905-1909*, Cambridge University Press, 1910.

Brzezinski, Zbigniew, *Le Grand Échiquier*, Bayard, 1997 [*El*

gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos, Paidós, 1998].

Cabestan, Jean-Pierre, *Demain la Chine: Démocratie ou dictature?*, Gallimard, 2018.

Carrère d'Encausse, Hélène, *Le Pouvoir confisqué. Gouvernants et gouvernés en URSS*, Flammarion, 1980.

Chang, Jung, y Halliday, Jon, *Mao: The Unknown Story*, Anchor, 2006 [*Mao: la historia desconocida*, Taurus, 2017].

Clements, Jonathan, *A Brief History of the Samurai*, Robinson, 2013 [*Los samuráis, historia y leyenda de una casta guerrera*, Crítica, 2010].

Dakroub, Mohamed, *Las raíces del roble rojo. Relato del nacimiento del Partido Comunista libanés, 1924-1931*, Dar al-Farabi, 2007 (en árabe).

Dalrymple, William, *The Anarchy: The East India Company, Corporate Violence, and the Pillage of an Empire*, Bloomsbury, 2019 [*La anarquía: la Compañía de las Indias Orientales y el expolio de la India*, Desperta Ferro Ediciones, 2021].

Dana, Richard Henry, *Two Years Before the Mast*, Nueva York, 1840 [*Dos años al pie del mástil: relato personal de la vida en la mar*, Alba, 2017].

Dikotter, Frank, *Mao's Great Famine: The History of China's Most Devastating Catastrophe*, Bloomsbury, 2018 [*La gran hambruna en la China de Mao: historia de la catástrofe más devastadora de China (1958-1962),* Acantilado, 2017].

Dittmer, Lowell, *Liu Shaoqi and the Chinese Cultural Revolution*, Routledge, 2015.

Domenach, Jean-Luc, *Mao, sa cour et ses complots*, Fayard, 2012.

Dreyer, Edward, *Zheng He. China and the Oceans in the Early Ming Dynasty: 1405-1433*, Pearson Longman, 2006.

Duiker, William, *Ho Chi Minh: A Life*, Hachette Books, 2000.

Ehrenbourg, Ilya, *Le Dégel*, Éditions Défense de la Paix, 1954.

Ekman, Alice, *Rouge vif. L'idéal communiste chinois*, L'Observatoire, 2020.

Fenby, Jonathan, *Generalissimo: Chiang Kai-Shek and the China He Lost*, Gardner, 2003.

Figes, Orlando, *Natasha's Dance: A Cultural History of Russia*, Picador, 2003 [*El baile de Natasha: una historia cultural de Rusia*, Taurus, 2021].

Frankopan, Peter, *The Silk Roads: A New History of the World*, Vintage, 2017 [*El corazón del mundo: una nueva historia universal*, Crítica, 2016].

Gaddis, John, *George F. Kennan: An American Life*, Penguin, 2011.

Gourdault-Montagne, Maurice, *Les autres ne pensent pas comme nous*, Bouquins, 2022.

Hamburg, Gary, *The Rise and Fall of Soviet Communism*, The Great Courses, 2013.

Hanes, W. Travis, y Sanello, Frank, *The Opium Wars: The Addiction of One Empire and the Corruption of Another*, Sourcebooks, 2004.

Harding, Christopher, *Japan Story: In Search of a Nation*, Penguin, 2018.

Heisbourg, Francois, *Le Temps des prédateurs. La Chine, les États-Unis, la Russie et nous*, Odile Jacob, 2020.

Hwang, Kyung Moon, *A History of Korea*, Bloomsbury, 2022.

Jacobs, Dan, *Borodin: Stalin's Man in China*, Harvard University Press, 1981.

Jacques, Martin, *When China Rules the World: The End of the Western World and the Birth of a New World Order*, Penguin, 2012.

Kagan, Robert, *The Return of History and the End of Dreams*, Knopf, 2008 [*El retorno de la historia y el fin de los sueños*, Taurus, 2008].

Kamil, Mustafá, *El sol naciente*, El Cairo, 1904 (en árabe).

Kaplan, Lawrence, *NATO 1948: the Birth of the Transatlantic Alliance*, Rowman & Littlefield, 2007.

Kayloe, Tjio, *The Unfinished Revolution: Sun Yat-Sen and the Struggle for Modern China*, Marshall Cavendish, 2017.

Kearns Goodwin, Doris, *Team of Rivals: The Political Genius of Abraham Lincoln*, Simon & Schuster, 2006.

Keene, Donald, *The Japanese Discovery of Europe, 1720-1830*, Stanford University Press, 1969.

Kessler, Mario, *Joseph Berger: Communist Activist in Palestine and Victim of Stalinism (1904-1978)*, Marxists Internet Archive, 2014.

Khlevniuk, Oleg, *Stalin: New Biography of a Dictator*, Yale University Press, 2015.

Kissinger, Henry, *De la Chine*, Fayard, 2012 [*China*, Debate, 2017].

— *L'Ordre du monde*, Fayard, 2016 [*Orden mundial: reflexiones sobre el carácter de las naciones y el curso de la historia*, Debate, 2016].

Laffan, Michael, *Mustafa and the Mikado: A Francophile Egyptian's turn to Meiji Japan*, Japanese Studies, 1999.

Lamouroux, Christian, *La Dynastie des Song. Histoire générale de la Chine (960-1279)*, Les Belles Lettres, 2022.

Lankov, Andrei, *The Real North Korea: Life and Politics in the Failed Stalinist Utopia*, Oxford University Press, 2014.

Lee, Kai-Fu, *AI Superpowers: China, Silicon Valley, and the New World Order*, Mariner, 2021 [*Superpotencias de la inteligencia artificial: China, Silicon Valley y el nuevo orden mundial*, Ediciones Deusto, 2020].

Levathes, Louise, *When China Ruled the Seas: The Treasure Fleet of the Dragon Throne, 1405-1433*, Open Road, 2014.

MacFarquhar, Roderick, *Mao's Last Revolution*, Harvard University Press, 2008 [*La revolución cultural china*, Crítica, 2009].

MacMillan, Margaret, *Paris 1919: Six Months That Changed the World*, Random House, 2003.

Mahbubani, Kishore, *Has China Won?*, PublicAffairs, 2022.

Maisky, Ivan, y Gorodetsky, Gabriel, *The Maisky Diaries:*

The Wartime Revelations of Stalin's Ambassador in London, Yale University Press, 2016 [*El cuaderno secreto: embajador soviético en Londres, 1932-1943*, RBA, 2017].

Malraux, André, *Les Conquérants*, Grasset, 1928 [*Los conquistadores*, RBA, 2003].

Mandelbaum, Michael, *The Four Ages of American Foreign Policy: Weak Power, Great Power, Superpower, Hyperpower*, Oxford University Press, 2022.

Manela, Erez, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Oxford University Press, 2009.

Mroue, Karim, *Un demi-siècle d'utopie, mémoires d'un dirigeant de la gauche libanaise*, Téraèdre, 2009.

Nye, Joseph, *Soft Power: The Means to Success in World Politics*, PublicAffairs, 2005.

Pantsov, Alexander, *The Bolsheviks and the Chinese Revolution*, Routledge, 2000.

— *Mao: The Real Story*, Simon & Schuster, 2012.

Peyrefitte, Alain, *Quand la Chine s'éveillera… le monde tremblera*, Fayard, 1973 [*Cuando China despierte… el mundo temblará. Ojeada sobre la ruta china*, Plaza & Janés, 1975].

Polak, Christian, *Ludovic Savatier, médecin de la Marine*, Bulletin de l'ASNOM, junio y diciembre 2020.

Pu Yi, *From Emperor to Citizen: The Autobiography of Aisin-Gioro Pu Yi*, China Publishing Group, nueva edición en inglés de 2007 [*El último emperador*, Caralt, 1990].

Ravina, Mark, *To Stand With the Nations of the World: Japan's Meiji Restoration in World History*, Oxford University Press, 2018.

Roosevelt, Kermit, *Countercoup*, McGraw-Hill, 1979.

Rubenstein, Joshua, *The Last Days of Stalin*, Yale University Press, 2016.

Rucker, Laurent, *Staline, Israël et les Juifs*, Presses Universitaires de France, 2001.

Russo, Gus, *Live by the Sword: The Secret War Against Castro and the Death of JFK*, Bancroft Press, 1998.

Satter, David, *Age of Delirium: The Decline and Fall of the Soviet Union*, Yale University Press, 2001.

Schiffrin, Harold, *Sun Yat-Sen and the Origins of the Chinese Revolution*, University of California Press, 2010.

Schuman, Michael, *Superpower Interrupted: The Chinese History of the World*, PublicAffairs, 2020.

Sebag Montefiore, Simon, *Stalin. The Court of the Red Tsar*, Cornell University Press, 2003 [*Stalin. La corte del zar rojo*, Crítica, 2023].

Seth, Michael, *A Brief History of Korea: Isolation, War, Despotism and Revival*, Tuttle, 2019.

Shemali, Fuad, *El origen de los movimientos comunistas (Memorias, 1935),* reeditado por Dar Noun, 2014 (en árabe).

Smith, Stephen A., *Russia in Revolution: An Empire in Crisis, 1890 to 1928*, Oxford University Press, 2017.

Souyri, Pierre-Francois, *Moderne, sans être occidental. Aux origines du Japon d'aujourd'hui*, Gallimard, 2016.

Stoler, Mark, *America and the World: A Diplomatic History*, The Great Courses, 2013.

Taylor, Jay, *The Generalissimo: Chiang Kai-Shek and the Struggle for Modern China*, Harvard University Press, 2009.

Tocqueville, Alexis, *De la démocratie en Amérique*, París, 1840 [*La democracia en América*, Alianza Editorial, 2017].

Tsuru, Shigeto, *Japan's Capitalism*, Cambridge University Press, 1993 [*El capitalismo japonés algo más que una derrota creativa*, Akal, 1999].

Tu, Weiming, *Implications of the Rise of «Confucian» East Asia*, Daedalus Journal, MIT Press, 2000.

Tudor, Daniel, *Korea: The Impossible Country*, Tuttle, 2012.

Vogel, Ezra, *Deng Xiaoping and the Transformation of China*, Harvard University Press, 2011.

— *China and Japan: Facing History*, Harvard University Press, 2021.

Wang, Sheng-Wei, *The Last Journey of the San Bao Eunuch, Admiral Zheng He*, Proverse Hong Kong, 2019.

Watson Andaya, Barbara, *From Rum to Tokyo*, Indonesia Journal-Cornell University, 1977.

Wilbur, C. Martin, *Sun Yat-Sen, Frustrated Patriot*, Columbia University Press, 1976.

Wood, Michael, *The Story of China*, Simon & Schuster, 2021 [*Historia de China: el retrato de una de las grandes civilizaciones de la historia*, Ático de los Libros, 2023].

Worringer, Renée, *Ottomans Imagining Japan*, Palgrave Macmillan, 2014.

Wu, Albert M., *From Christ to Confucius: German Missionaries, Chinese Christians, and the Globalization of Christianity, 1860-1950*, Yale University Press, 2016.

Yazbek, Yusuf I., *Historia del 1 de mayo en el mundo árabe*, Dar al-Farabi, 1974 (en árabe).

Amin Maalouf (Beirut, 1949) es un escritor y periodista franco-libanés. Estudió Economía y Sociología en la Universidad Francesa de Beirut. Fue corresponsal y director del periódico *An Nahar*. En 1976, como consecuencia de la guerra civil en el Líbano, se exilió a Francia, donde reside.

En su obra, se mezcla realidad y la ficción, así como las culturas orientales y occidentales. Sus temas más frecuentes son la emigración y la guerra civil de su pueblo. En 1993, recibió el Premio Goncourt de Novela por el libro *La roca de Tanios*.

De entre su obra cabría destacar ensayos como *Las cruzadas vistas por los árabes* o novelas históricas como *León el africano*.

Notas

[1] *Primavera perfumada.* <<

[2] *El bosque seco y vuelto a florecer.* < <

[3] *Guía para tornar propicia la estrella que guarda a cada hombre y para conocer los destinos del año*. < <